



LA
BELLEZA ROTA DE
CHRISTINA

LA AUTORA DE LA TRILOGÍA *LADYS*

LYDIA C. RAMIREZ

BLYTHEROSE

La Belleza Rota de Christina

Lydia Carpio Ramírez

Copyright © 2019 Lydia Carpio Ramírez

Primera Edición

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-1794527355

Diseño de Portada: Elaine Aguirre

Corrección: Carolina Pérez Ruiz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro- incluyéndolas fotocopias o difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



LA
BELLEZA ROTA DE
CHRISTINA

LA AUTORA DE LA TRILOGIA LADYS

LYDIA C. RAMIREZ

BLYTHEROSE

«Las mujeres llaman arrepentimiento al recuerdo de sus faltas; pero, sobre todo, al sentimiento de no poder cometerlas de nuevo.»
Madame de Pompadour

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Epílogo](#)

[Extras: Nicholas](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de la Autora](#)

Capítulo 1

❖ 6 de octubre de 1871 — París, Francia ❖

No había nacido con el don de la paciencia. Era lo que a todas horas le decían las monjas del internado, antes de propinarle una reprimenda por su escasa actitud a la hora de realizar algunas de las tareas que debía aprender cualquier señorita bien educada, que quisiera convertirse en buena esposa y madre en el futuro.

Pero tenía otros dones, sin embargo, que también conseguirían convertirla en una distinguida dama el día de mañana. Aunque en aquellos instantes, Christina no lo sabía, las monjas enviaban en sus cartas sus alabanzas hacia ella. Hablaban de una niña adorablemente encantadora y bella.

La niña pulsó la última tecla del piano de la *Sonata para piano n.º 14* de Beethoven en la sala de música del internado y, tras el gesto, se instauró el silencio, en el cual, aún parecía resonar el sonido de la melodía que acababa de entonar.

La hermana Marie-Jeanne se levantó de su asiento y aplaudió ligeramente, mientras el resto de sus compañeras de clase se unían a la pequeña ovación que dedicaron a su joven compañera.

Christina María Whittermore se levantó de la banqueta y colocó las manos detrás de su espalda, disimulando una sonrisa. No quería parecer pretenciosa y las hermanas la regañarían si lo supieran, pero estaba sintiéndose realmente gustosa ante aquella muestra de agrado, aunque solo durara apenas unos segundos. Estaba segura de que posiblemente en la siguiente clase sería regañada. Estaba acostumbrada. Sus bordados no eran exquisitamente perfectos y, por lo general, sus pasteles no podían comerse. Pero también aquello se podía aprender. El talento, como decía su madre, no. Con un don se nacía y ambas estaban seguras de que lo tenía.

—*Toujours aussi magnifique, ma chérie* — dijo la hermana, levantándose de su silla.

Después la envió a su asiento y la siguiente joven comenzó a tocar tímidamente. Christina sabía que había tocado bien, pero siempre agradecía alguna muestra de halago por parte de las hermanas. Hacía dos años que sus padres habían decidido enviarla a aquel colegio en París para que fuera instruida en las labores que una dama, esposa y madre debía conocer, siempre dentro del respeto a Dios, a la familia y a la Reina. La niña extrañaba a su familia, aunque su madre iba a visitarla cada tanto tiempo. Ella siempre le decía que no le agradaba aquella educación tan estricta. Era demasiado anticuada para ella. Los padres de Christina eran diametralmente opuestos, mientras que ella era de actitud más cercana a la época, su padre era mucho más anticuado. De hecho, había sido idea suya que la niña fuera internada en el colegio, para que no estuviera mal influenciada por el pecado de la sociedad. Además, ella tenía dos hermanos varones, hijos de un primer matrimonio de su padre, por lo que eran mayores que Christina.

Arthur y James ayudaban a su padre en el aserradero propiedad de la familia. Lo que les ayudaba a gozar de sirvientes y una vida acomodada, pero les mantenía muy alejados de la alta aristocracia de la que su madre ansiaba formar parte.



Aquella tarde, una vez terminaron las clases y las niñas se disponían a ir a misa, una de las

hermanas le dijo a Christina que fuera al despacho de la madre superiora. La niña, que sabía perfectamente que no había cometido ninguna imprudencia, se preguntó qué desearía decirle la monja. Comenzó a caminar rápidamente por los pasillos del internado, tras la hermana que la había llamado, temiendo llegar al lugar y encontrarse con un castigo que no le perteneciera. La hermana llamó a la puerta y unos segundos después la abrió invitando a la niña a entrar.

Christina saludó a la anciana que se encontraba sentada frente a ella y tomó asiento de forma erguida, con las manos sobre su regazo, a la espera.

—Señorita Whittermore, no te sientes tan tensa, no voy a regañarte —comenzó la reverenda, conociendo el temor de la niña—. Su madre ha decidido venir a visitarla en unos días. Nos ha solicitado nuestro permiso para permitir tu ausencia a clase durante algunos días y, aunque no me parece correcto, lo cierto es que no encuentro un motivo de peso para negarme. ¿Te agrada la idea?

La niña no pudo evitar abrir los ojos desmesuradamente cuando escuchó aquellas palabras. Realmente se sentía feliz. Las visitas de su madre siempre le hacían sentirse querida y añorada por su familia. El internado era un lugar cómodo y agradable, en parte. Los horarios eran estrictos y debían asistir a misa dos veces al día. Sabía que sus padres querían lo mejor para ella al enviarla allí, pero no podía evitar pensar que la habían abandonado. Algunos días despertaba sintiendo algo de tristeza. Tenía algunas conocidas entre las demás niñas, pero nada demasiado profundo. Apenas tenían tiempo para jugar o divertirse. Solo podían hablar de temas religiosos y los libros que les permitían leer eran sobre mártires. Y no era que no le gustara, simplemente resultaba demasiado tedioso y estaba segura de que su madre pensaría igual que ella.

—Sí, reverenda madre, añoro a mi madre y deseo verla pronto —musitó la niña dulcemente.

—Estoy segura de que ella tiene pensamientos similares —asintió la anciana—. Puedes retirarte, con suerte llegarás a la comunión.

La niña asintió y besó la mano de la monja, saliendo poco después del despacho.



9 de octubre de 1871

Christina se dispuso a vestirse con uno de los vestidos que se encontraban en su armario, con la ayuda de una de las doncellas del colegio, que eran asignadas al servicio de cada niña el primer día que llegaban. Aquellos días se habían convertido en demasiado largos para su gusto. Había ansiado el momento en el que una de las hermanas le informara de la llegada de su madre. Ella siempre la llevaba a visitar algunas tiendas de telas preciosas o salones de belleza. Incluso la llevaba a tomar la merienda en una tetería famosa.

La criada sujetó el cabello largo y ondulado la niña en un pequeño recogido con un lazo. Nada más terminar, Christina salió de la habitación hasta el despacho de la madre superiora donde su madre la esperaba. Y no la decepcionó.

Laura Whittermore se levantó de su asiento, cuando la vio entrar y madre e hija se abrazaron con cariño.

—Querida mía, cada día estás más hermosa —musitó su madre acariciando uno de los mechones rubios de su hija.

—Y también es toda una dama, cada día que pasa —intervino la reverenda madre—. Pasen unos días agradables, señora Whittermore.

—Por supuesto, reverenda madre —asintió su madre con una sonrisa, besando la mano de la anciana antes de salir.

Christina agarró la mano de su madre y la miró con una sonrisa entusiasmada, mientras

andaban por el camino empedrado que guiaba hasta la salida del internado.

—Querida, te he extrañado tanto —dijo su madre deteniéndose antes de salir, llevando las manos entrelazadas a su pecho.

—Yo también, madre. ¿Por qué no puedo tener una institutriz en Inglaterra como mis amigas? —le preguntó Christina frunciendo el ceño—. No me agrada este lugar.

Laura suspiró con pesar, ya que ella le había preguntado eso mismo varias veces al tonto de su marido.

—A mí tampoco —replicó la mujer con un escalofrío—. Es frío y lúgubre, no hay color, apenas parece haber vida en el interior. Pero no te preocupes, querida, estoy ideando un plan para terminar con este absurdo.

Christina no entendió lo quiso decir su madre, pero no le dio importancia. Lo único que importaba era que ella quería que abandonara el internado. Al menos estaba a su favor. La niña comprendía que aquellas cosas que le mostraban las monjas eran útiles, pero siempre se preguntaba si no podría aprenderlas en la seguridad de su hogar en Londres, junto a su familia.

—Pero no vamos a entristecernos tan pronto, tenemos ante nosotras algunos días para estar juntas de nuevo —prosiguió su madre, retomando el camino hasta el carruaje que las esperaba junto a la entrada—. Disfrutémoslos.



10 de octubre de 1871

Su madre la llevó a una tienda de telas preciosas y compró varias de ellas para confeccionarle algunos vestidos, además de las que compró para sí misma. Ella siempre iba a visitarla sin su padre. A él no le agradaba la capital francesa y había meditado mucho si enviar a su hija a estudiar en el extranjero. Pero el francés era un idioma sofisticado y aquel internado era de los mejores en cuanto a enseñanza femenina, por lo que dejó de lado sus reparos, sabedor de que la educación estricta de las monjas no se vería enturbiada por los aires extravagantes de París. Lo que no intuyó fue que eso haría que su esposa le abandonara cada pocos meses para visitar a su hija en la capital francesa. Sin embargo, poco o nada podía hacer para evitarlo.

Christina y su madre pasearon entre las tiendas de París y la niña disfrutó como siempre que su madre acudía a visitarla.

Después de la hora del té, su madre la llevó a una casa elegante en una calle concurrida de París y llamó a la campana de la puerta, esperando pacientemente a que le abrieran.

—¿A quién venimos a visitar? —le preguntó Christina en un susurro.

—A una vieja amiga, querida —contestó su madre con una sonrisa, apartando un mechón de cabello de la frente de su hija con cariño.

La puerta se abrió de pronto y frente a ellas apareció una mujer con aspecto de matrona que las miró con el ceño fruncido.

—*Nous venons pour visiter à madame Daviou* —expuso su madre amablemente.

—*D' accord. Suivez-moi* —replicó la criada caminando hasta el interior de la casa.

Christina observó a su alrededor la estancia que estaban atravesando. Era un largo pasillo apenas alumbrado por muchas velas dispuestas en diferentes soportes. Las cortinas eran de oscuro terciopelo verde. No parecía una casa muy grande, pero sí daba la sensación de ser un lugar como sagrado.

La mujer las guio hacia una habitación, a la cual les permitió entrar unos segundos después. Christina se encontró en un salón más alumbrado que el pasillo, con muchas velas. En el centro había una pequeña mesa redonda con una bola de cristal y frente a esta una dama vestida de forma

bastante estafalaria.

—*Bienvenues, prenez un siège, s'il vous plaît* —dijo la mujer con voz grave.

Christina siguió a su madre y tomó asiento junto a esta, entorno a aquella mesa tan extraña.

—*Bonsoir, madame. Je m'appelle Laura Whittermore et elle est ma petit fille, Christina* — comenzó a decir su madre en un francés exquisito—. *Je désire connaître qu'elle procure l'avenir à ma petite fille.*

La mujer asintió miró fijamente a Christina, la niña se sintió intimidada ante aquella mirada tan directa, pero se mantuvo firme a esta, aunque apretando la firmemente la mano de su madre, que aguardaba en silencio, a la espera.

Repentinamente la adivina parpadeó y fijó su mirada en la bola de cristal que había frente a ella. Pasó las manos sobre esta, como si estuviera acariciándola o ayudándola a entrar en calor.

—*Je vois un chemin. Un long chemin. Différentes pierres la feront trébucher et elle devra avoir la force suffisante pour s'obstiner à la sente. Seulement de cette façon, elle obtiendra la faveur du noble*—susurró la adivina con tono solemne.

Su madre la miró con satisfacción. Asintió y pagó a la mujer, para marcharse del lugar. Ya que había obtenido mucho más de lo que había ido a buscar cuando decidió llevar a su hija a aquella casa.

Cuando Christina se dispuso a caminar detrás de su madre y abandonar aquella estancia tan extraña y alejarse así de la presencia de la mujer, sintió un agarré sobre su brazo. La mujer se había levantado de su asiento y antes de dejarla marchar le pidió casi con voz suplicante:

—*Prends soin des fleurs blanches. Elles seront ta perte* —posteriormente la soltó y Christina salió del lugar con paso apresurado.

Una vez caminaban de regreso al hotel donde estaba hospedándose su madre, que era el que siempre ocupaba durante sus visitas, Christina se atrevió a decir:

—¿Por qué hemos ido a visitar a esa señora, madre? ¿Qué significa lo que ha dicho?

—Ha dicho algo maravilloso, querida. Además, significa, Christie que no regresarás al internado. Mañana mismo me acompañarás a Inglaterra y yo misma tomaré el encargo de tu educación —dijo ella con total felicidad y convicción.

—¿De verdad? —preguntó la niña extasiada de felicidad, sin embargo, frunció el ceño de pronto—. ¿No se opondrá padre?

—Yo me encargaré de convencerlo, no te preocupes —contestó su madre con bastante desagrado, acariciando el hombro de su pequeña niña [\[LC1\]](#)

Capítulo 2

❖ 14 de junio de 1879 — Hambleden, Inglaterra ❖

—8 años después—

— *«Goodnight my angel, now it's time to dream
And dream how wonderful your life will be
Someday your child may cry, and if you sing this lullaby
Then in your heart there will always be a part of me
Someday we'll all be gone
But lullabies go on and on
They never die
That's how you and I will be»*

Christina pulsó por última vez la tecla del piano y alzó la mirada con una sonrisa. A su alrededor, se congregaban los invitados de su madre que, como en cada fiesta, le pedían que tocara una pequeña pieza para ellos, algo que la joven realizaba gustosa. No podía negar que le agradaban los halagos que le dedicaban las amistades de sus padres e incluso las propias. Le encantaba cantar y si a la gente le agradaba escucharla, solo conseguía que le gustara más aún.

Los asistentes a la pequeña reunión que había ofrecido su madre se unieron en un sincero aplauso y la joven se levantó de la banquetta cuando el grupo comenzó a disgregarse poco después. Christina tomó una copa de champán, de la que apenas tomó un pequeño sorbo, ya que no quería que las burbujas le nublaran la mente.

—Querida Christie, cantas como un verdadero ángel —le dijo la señora Abigail Barber, una de las mejores amigas de su madre—. Tus preciosos hijos dormirán pacíficamente cuando les cantes con esa dulzura, ¿no crees, Laura?

Su madre sonrió y asintió lentamente, tomando el brazo de su amiga, una señora muy agradable, de aspecto espigado y algo desgarrado, con el cabello de color castaño oscuro. Ellas se habían conocido en unos de innumerables bailes a los que habían asistido, una especie de presentación en sociedad, donde finalmente ambas se habían terminado casando con hombres más mayores que ellas. Aunque en el caso de la señora Barber, el carácter de su marido era más agradable que el de su padre.

—Es un placer que le haya agradado, señora Barber —respondió Christina con una sonrisa.

—Pero no debemos adelantar acontecimientos, Abby, Christina aún debe casarse —musitó su madre.

—No creo que tarde demasiado, querida. Estoy segura de que más de uno no puede apartar la vista de ella —replicó Abigail Barber con un tono desdeñoso—. Y debo añadir entre nosotras, que cualquiera que sea el afortunado es un mal partido.

Su madre asintió con conocimiento de causa, ya que ella misma lo había pensado. Incluso Christina, desvió a la vista por el salón tomando cuenta de los caballeros solteros que se encontraban allí reunidos y sintió cierta desazón. Sabía que a su edad era lógico que comenzara a

pensar en un matrimonio y su madre había insinuado ante su padre la posibilidad de acudir algunas de las grandes fiestas que se celebraban al comienzo de la temporada en Londres, pero él se había negado. Decía que allí había perversión en exceso y Christina comenzaba a cansarse de tanta supuesta perversión.

La joven se separó unos metros de su madre y su amiga que habían comenzado a cotillear sobre una viuda que había quedado embarazada de uno de sus criados. Los chismes en aquel pueblo tan pequeño corrían como la pólvora y nadie podía hacer nada sin que lo supiera todo el mundo y era realmente descorazonador. La joven no había asistido a ningún baile en la capital y apenas la había visitado tres veces junto a su madre, aprovechando algunos viajes de negocios largos que hacían que su padre estuviera fuera de la casa varias semanas.

Christina comprendía a su madre. Su aburrimiento y sus ganas de abandonar aquella casa antigua. Su padre ya era un anciano y ella apenas tenía treinta y cinco años. La joven sufría del mismo hastío cuando cada día empezaba y terminaba como el anterior. Además, ellos eran los únicos residentes de la casa en esos momentos. Después del triste fallecimiento de uno de sus hermanos mayores, James —el menor de los dos— había perecido de viruela hacia siete años, la casa se había sentido aún más triste. Su padre, ya de por sí poco dado al afecto, se había recluido más en sí mismo. Christina había sentido mucho la muerte de James, ya que lejos de parecerse a su padre, había sido un muchacho amable y sonriente, siempre dispuesto a prestar una mano amiga. Siempre le regalaba juguetes cuando venía a visitarles y había sido muy bueno con ella. Incluso su madre había llorado amargamente la muerte de su hijastro y había tardado varios meses en poder decir su nombre sin la ronquera que precedía a las lágrimas.

Al contrario que Artur, este era demasiado parecido a su padre y había agradecido su marcha después de su matrimonio con una joven llamada Penélope Hogarth.

—Christina, estaba buscándote —dijo precisamente su padre en ese instante—. Quiero presentarte al señor Charles Cornell.

La joven desvió su mirada hasta el hombre que había junto a su padre. Sonrió con amabilidad colocando su mano sobre la del hombre, antes de que este la besara torpemente. Tenía el pelo rizado de color cobrizo, aunque comenzaba a clarear por las sienes, sus ojos eran de color café. Era un hombre grueso, de apariencia flácida y algo tosco. Parecía varios años mayor que ella misma, además de que estaba visiblemente incómodo.

—Me gustaría felicitarla por su maravillosa voz, señorita Whittermore. Ha sido un placer oírla —dijo él con voz grave soltando su mano.

—La agradezco el cumplido, señor Cornell —aceptó ella con el leve asentimiento.

El desagrado que le causaba a Boniface Whittermore la afición de su hija solo fue patente para esta cuando pronunció aquellas esas palabras, ya que el hombre torció el gesto de forma casi imperceptible.



❀ 15 de junio de 1879 ❀

—La fiesta de ayer fue toda una maravilla, ¿verdad, querida? —le preguntó su madre tomando asiento junto a la joven en la mesa del desayuno.

Christina y su madre siempre estaban juntas. La joven la veía más como una amiga agradable, ya que Laura no parecía capaz de asumir su rol de madre debido a su juventud. No recordaba haberla escuchado regañarla. La joven había escuchado a sus padres intercambiar algunas frases molestas por el comportamiento pueril de su madre, sin embargo, a esta poco le importaba lo que su anciano marido tuviera que decirle y mostraba su poco aprecio por este siempre que le era

posible.

—Dentro de las posibilidades que ofrece este lugar —asintió Christina tomando un poco de zumo de naranja.

—Vi que tu padre estuvo algún tiempo hablando contigo y con otro caballero, no recuerdo haberle visto anteriormente, ¿de quién se trata? —preguntó Laura cortando unas piezas de fruta.

—Padre dijo que se llama Charles Cornell, a mí también me sorprendió, él nunca me ha presentado a ningún caballero.

—Tendré que averiguar quién es y qué planea ese hombre...

Una doncella llamó a la puerta discretamente y entró en el salón con un arreglo floral entre sus manos que depositó junto a Christina.

—Un joven ha traído este obsequio para la señorita —musitó la muchacha respondiendo a la pregunta que ni siquiera habían llegado a pronunciar.

Laura miró las flores con escepticismo, mientras su hija tomaba la nota entre sus manos, luego ella se la entregó a su madre y la leyó por encima, apenas ponía un par de palabras, pero eran suficientes.

Charles Cornell.

—Tengo más interés aún en hablar con tu padre —sentenció Laura haciendo una pequeña bola con el papel y dejándola sobre la mesa.

Christina frunció el ceño con pesar, comenzaba a temer lo que planeaba su padre y estaba segura de que su madre también lo imaginaba.



Aquella noche, Christina bajó las escaleras rápidamente al escuchar varios gritos de su madre que provenían desde el despacho de su padre. Imaginaba que ambos se encontrarían enzarzados en alguna discusión que venía siendo normal. Ellos nunca habían terminado de simpatizar y aquella situación se había empeorado tras el fallecimiento de James. Laura no era la madre del muchacho, apenas era dos años mayor que él y aunque sintió verdaderamente su pérdida, a su padre no debía parecerle suficiente ya que, desde entonces sus diferencias, ya de por sí existentes, se habían arraigado.

—¡Al menos podría ser más joven! ¡Ese tipo es un viejo comparado con Christina! —le gritaba su madre.

La joven al escuchar su nombre terminó de bajar las escaleras y se acercó a la puerta del despacho para escuchar.

—Es un buen partido, Laura. Más de lo que podríamos esperar. Deja de imaginar que algún día emparentaras con la *realeza*, porque no será así —replicó su padre fría y duramente.

La joven sintió un ligero temblor en el estómago. Imaginaba lo que quería decir su padre con aquellas palabras. Desde la visita a aquella adivina francesa, su madre se había dedicado en cuerpo y alma en convertirla en una dama de sociedad, con vistas a futuro matrimonio entre un aristócrata y ella. O ni siquiera un matrimonio. Sin embargo, para una familia burguesa como la suya, aquella tarea era imposible.

—Planeas enviar a mi hija a los brazos de un viejo, como hicieron conmigo —contestó la mujer con rabia.

—Podrás transferirle la *sabiduría* que has adquirido con los años— contestó él con sarcasmo.

—Tienes razón— aceptó ella suavemente—. Podré explicarle cómo desear la muerte mientras un anciano se sacude sobre una.

Christina se cubrió la boca con la mano para evitar un grito, cuando escuchó un golpe seco. Se

retiró de la puerta al tiempo que vio salir a su madre con la mano sobre su mejilla que comenzaba a enrojecer. Ambas se miraron en silencio, sabedoras de que la otra sabía lo que había ocurrido en el interior del despacho.

Su madre la agarró de la mano y la guio hasta su habitación con rapidez. Christina encendió las velas y mojó un trapo para colocarlo sobre la mejilla de su madre.

—¿Te duele mucho? —le preguntó la joven amablemente colocando el paño sobre la piel enrojecida de su madre.

—No, cariño... —susurró esta mirándole con amor—. Lo has escuchado, ¿verdad?

Christina se limitó a asentir rápidamente. No había imaginado que su padre pretendiera entregar su mano a un hombre que había conocido el día anterior y con el que apenas había intercambiado unas palabras.

—No podremos hacer nada para evitarlo y créeme que nada me fastidia más que admitirlo, pero lo veremos por el lado bueno —musitó su madre amargamente.

—¿Lado bueno? Apenas conozco a ese hombre y solo hablé con él unos minutos y me aburrí miserablemente —replicó la joven con impaciencia.

—Tu padre cree que es muy inteligente y quizá aparentemente se salga con la suya, pero aprovecharemos esta circunstancia en nuestro favor —Christina miró a su madre enarcando una ceja, sin comprender sus palabras—. El señor Cornell es miembro de la Cámara de los Comunes, es un hombre importante. Se codeará con grandes señores y aristócratas, querida. De esa forma podrás introducirte en su ambiente.

Christina no estaba muy segura de lo que pretendía decir su madre, pero esta parecía cada vez más contenta con su plan. La joven no comprendía por qué su padre era así de brusco, comprendía su dolor al perder a su hijo, pero también ella era su hija. ¿No debía tener algo de consideración con ella y su madre?



Las visitas de Charles Cornell no tardaron en producirse. Christina paseaba de su brazo, siempre con la compañía de su madre o de una criada. Era su acompañante en las fiestas y le regalaba flores. Sin embargo, nunca estaba cómoda en su presencia. Charles apenas sabía hablar de otra cosa que no fuera política, cuando hablaba, ya que durante muchas de sus visitas las únicas palabras que escuchaba de sus labios eran los saludos y las despedidas. Christina no imaginaba nada peor que terminar su vida junto a él. La joven apenas podía dormir de pensar en pasar unos instantes junto al hombre.

Comenzaba a sospechar que la famosa proposición estaba cada vez más cerca, ya que su padre lo insinuaba de forma nada tímida delante de aquel hombre. Por eso para ella apenas fue una sorpresa que un lluvioso día de julio, Charles Cornell le hiciera la pregunta más deseada por las jóvenes casaderas y ella, con tristeza bien disimulada, tuvo que contestar afirmativamente a su propuesta.

Capítulo 3

❀25 de septiembre de 1879❀

Christina se encontraba sentada frente al espejo de su tocador mientras cepillaba su cabello con presteza. Había sido un día demasiado intenso, demasiado largo y al mismo tiempo parecía que había durado un suspiro.

Había sido una boda preciosa. Siempre que lo miraran ojos diferentes a los de la novia. Su madre se había esmerado en conseguir que todo saliera bien, que al menos fuera una celebración perfecta. Estaba realmente agradecida por esto. Su vestido había sido de una delicada tela rasa de color blanco y adornado con pequeños diamantes a la altura de su pecho y su velo había sido una delicia suave que apenas flotaba sobre su cabeza. Su ramo había estado compuesto por unas hermosas flores de azahar y a su lado había estado Charles. Vestido con un traje negro, más propio de un funeral que de una boda.

Christina se había preguntado varias veces por qué se casaba con ella, bueno en realidad lo sabía. Era lo suficientemente mayor como para necesitar una esposa que le diera hijos e hiciera de anfitriona frente a sus invitados, pero él había respondido a su desazón con menos entusiasmo que el suyo propio.

Se levantó de la silla y suspiró mirándose al espejo. Al día siguiente sería una mujer casada, con todo lo que aquello conllevaba. Su madre le había explicado lo que iba a suceder esa noche. Le había dicho que se limitara a tumbarse sobre la cama y dejar que él hiciese el resto.

«Es lo más sencillo y en un suspiro habrá terminado y con suerte se marchará a su habitación hasta la siguiente noche.»

Su madre lo había dicho en un tono tan neutro que parecía algo terrible, al menos esperaba que tuviera razón y que pasara cuanto antes todo aquello.

Christina se dirigió hasta la cama y se sentó, apoyando la espalda sobre las almohadas. Había apagado previamente las velas que habían alumbrado la habitación y esperó.

Un buen rato después, cuando estaba a punto de quedarse dormida, abrió los ojos rápidamente al escuchar el sonido de la puerta al abrirse. Se puso erguida y le escuchó caminar como un animal herido hasta la cama.

—¿Estás dormida? —le preguntó en un susurro con la voz un poco pastosa.

—No —contestó la joven valientemente, podría haberse quedado callada y fingir lo contrario, pero era mejor pasar todo aquello de una buena vez.

Charles no dijo nada más y se metió en la cama con ella. Christina sintió la tentación de alejarse cuando sintió su brazo rozar el suyo, pero se contuvo a tiempo. Entonces él tomó aire como si quisiera darse fuerza a sí mismo, algo que no entendió la joven muy bien y apartó las sábanas que la cubrían.

Se colocó sobre ella y subió su camión lo suficiente para dejar sus partes al descubierto, al igual que había hecho él previamente con sus calzones. Ella se recostó sobre su espalda y sin más preámbulos Charles la penetró de un fuerte envite.

Christina abrió los ojos al sentir una punzada de dolor, agarró el colchón que había bajo ella, apretándolo fuertemente para no gritar. Recordó lo que le había dicho su madre y ella no se había equivocado, apenas se movió unos momentos sobre ella, tembló ligeramente profiriendo una especie de quejido y se dejó caer sobre ella, apenas unos segundos.

Entonces se apartó de ella por fin. Estaba segura de que apenas había durado unos segundos aquel momento tan burdo, pero realmente le había parecido demasiado. Casi tan rápido como había acudido a la cama, se levantó y se marchó del lugar.

Christina se sintió verdaderamente asqueada y sentía una especie de... insatisfacción. Se encontraba tensa, como si hubiera esperado algo más después de aquello además del dolor. Ni siquiera él parecía haber disfrutado de aquella cosa tan absurda que habían hecho. Sentía algo viscoso entre sus piernas, era absolutamente horripilante. Se levantó de la cama dispuesta a cambiarse y limpiarse. Había sido un maleducado hacerle aquello y marcharse como si nada, aunque lo prefería.

Lo único bueno que tenía de toda aquella situación era que ya sabía lo que le esperaba y era una autentica calamidad. Charles no solo era aburrido fuera de la cama, sino que también lo era entre las sábanas.



5 de octubre de 1879

No habría luna de miel. Charles estaba muy ocupado en con sus reuniones del partido y las sesiones en la Cámara de los Comunes del Parlamento. Residían en una casa muy cercana a la de sus padres, ya que la ciudad estaba apenas a una hora de distancia y a Charles no le gustaba la ciudad. Como a su padre. Su madre había estado de lo más acertada al compararle con él.

Christina pasaba las horas leyendo, bordando y hablando con su madre, ya que ni siquiera podía tocar el piano o cantar, porque en la casa no había este instrumento. Hablar con Charles la hacía sentirse débil. Él no tenía conversación o al menos no con ella. Apenas pasaban tiempo juntos y la mantenía excluida de su vida diaria, algo que la joven agradecía también. Los únicos momentos en los que estaba tiempo con él era durante esos asaltos de cinco minutos que le ofrecía todas las noches desde su matrimonio. Él parecía interesado en dejarla embarazada y ella lo estaba también. Cuando esto ocurriera rezaría lo que fuera por tener un niño e intentar dejar de tener que soportar esa tontería.

Se sentía bien sola, pero no por las noches, cuando Charles por fin se marchaba de regreso a su habitación, volvía a ella aquel sentimiento de... Insatisfacción. Ahora comprendía a su madre y por qué sentía aquel aburrimento y se refería de forma tan despectiva a su padre. Estaba segura de que ella lo haría también y no tardaría mucho.

—¡Querida! —musitó Laura entrando en la sala de estar de la casa de su hija, dándole un abrazo—. Vivimos a poco más de unos metros, pero parece una eternidad.

Su madre siempre iba a visitarla, tomaban el té juntas y hablaban, de todo, excepto de aquello que Christina deseaba hablar, pero sentía vergüenza de decir. La joven decidió que lo haría ese día, esperó a que la criada les sirviera el té y las pastas, y se retirara para comenzar a hablar.

—Me gustaría preguntarte una cosa, madre.

—Lo que quieras, Christie —asintió Laura tomando un sorbo de té.

—Es sobre... Charles, cuando nosotros... Estamos juntos en la cama —musitó la joven sintiéndose ruborizar por momentos.

Laura ni siquiera se inmutó, sino que asintió sabiamente, con conocimiento de causa.

—¿No te agrada *eso* o no te agrada él? —preguntó la madre dejando la taza sobre la mesa.

—¿Hay alguna diferencia?

—Claro que sí, querida. Puedes sentir rechazo hacia el acto en sí o hacia él.

Christina se sintió aún más ruborizada y algo sofocada. No, Charles no era de ese tipo de hombre, eso era algo obvio por la forma en que tenía de comportarse con ella.

—Quizá no es culpa de él...

—No puedes saberlo sin tener con qué comparar, querida. Hay hombres que no saben hacer el amor, simplemente se colocan sobre una y punto. Pero hay otros... —su madre suspiró con sofoco. —. Esos hombres te hacen sentir una mujer especial, como si adoraran acariciarte... Besarte.

—Nunca me ha besado, ni acariciado. Simplemente... *Ya sabes.*

—Es un inepto como tu padre. Lo supe con solo verle, no imagino en que piensa ese imbécil, debería dar gracias a Dios todos los días por tener una esposa tan hermosa y buena como tú.

—¿Y cómo supiste que él era un... *inepto*?

Laura desvió la vista hacia otro lado sin responder, cruzó las palmas de sus manos entre sí, como si estuviera pensando lo que iba a decir a continuación. Miró fijamente a su hija como si quisiera decirle algo con la mirada. Entonces Christina recordó sus palabras anteriores.

«*No puedes saberlo sin tener con que comparar, querida*»

—¿Le fuiste infiel a padre? —preguntó la joven en un susurro procurando que nadie pudiera escucharlas—. ¿Él lo sabe?

—No me sentencies tan a la ligera, Christina, tú bien sabes ahora lo que se sufre cuando no te sientes completa en tu matrimonio... Fue un error, apenas duró y no, por supuesto que no lo sabe.

En otro momento, quizá antes de casarse habría puesto el grito en el cielo o ni siquiera entonces. Ella conocía a su padre, sabía que era frío y desagradable, sobre todo con su madre. Desconocía como era su vida marital, pero ahora podía hacerse una idea. Y su madre era joven y hermosa. Nadie estaba libre de pecado, quizá ella misma también cometería ese error.

—Lo comprendo, madre. No soy quien, para juzgarte, yo lo entiendo. Al menos pudiste saber que no eras el problema, yo aún no lo sé —musitó la joven con una sonrisa, abrazando a su madre.

¿Por qué iba a ella a recriminarle nada? Los hombres lo hacían, aunque estaba mejor visto que en las mujeres. Su madre había conseguido que nadie lo supiera y era algo asombroso en aquel pueblo. Y aquello no hacía que la quisiera menos, por supuesto que no. Era una madre asombrosa y no era su deber juzgarla como esposa.



*** 3 de noviembre de 1879 ***

Christina se levantó de la cama y sintió tal malestar que apenas le dio tiempo de dar unos pasos junto a la palangana del agua para vomitar todo lo que había en su estómago. Era la tercera mañana que había despertado con ese malestar y aunque no había llamado aún a ninguna partera, estaba segura de que estaba embarazada o al menos eso deseaba creer. Tener un bebé la ayudaría a volcar todo su tiempo en alguien que quisiera recibir su cariño, además de que le evitaría tener que soportar los asaltos nocturnos de Charles. Sería mucho mejor que fuera un niño, pero en el fondo no le importaba. No deseaba emocionarse demasiado, ya que, si finalmente no era nada de eso, la angustia sería mucho peor.

—Buenos días, señora —la saludó la doncella con una sonrisa cómplice—. ¿Desea un poco de té?

Christina estaba segura de que sospechaba lo mismo que ella. Hacía poco más de un mes que estaban casados y todos parecían desear que estuviera en estado. Bueno, todos menos Charles, pero de él desconocía todo lo que rondara por su cabeza.

—Sí, gracias —asintió la joven sentándose sobre la cama, de nuevo—. ¿Y podrías llamar a la partera?

La doncella asintió rápidamente y se marchó para hacer lo que le había pedido su joven señora. Christina no podía imaginar que ocurriría finalmente si le decían algo negativo. Se sentiría bastante decepcionada.



Aquella noche, después de otra cena silenciosa, Charles se había marchado a su despacho de nuevo a continuar trabajando como todas las noches. Christina escogió ese momento para comunicarle aquella noticia.

Después de revisarla aquella mañana, la partera le había comunicado que efectivamente se encontraba en estado. Christina había sonreído con alegría por todo lo que conllevaba esta maravillosa noticia y era hora de decírselo a Charles también.

Dio unos golpes en la puerta y la abrió ligeramente:

—¿Puedo hablar contigo unos segundos, Charles?

—¿No puede esperar? —preguntó él con ese tono suave sin mirarla.

—No —contestó ella fríamente, entrando en la habitación—. Esta mañana he hecho venir a la partera, porque me he encontrado mal.

—¿Y? ¿Estás enferma? ¿Te encuentras bien? —le preguntó levemente pálido, como si estuviera genuinamente preocupado por su salud.

Christina sintió algo de aprecio por ello, al menos podría decirse que él no era del todo indiferente en cuanto a su presencia en su vida. Aunque apenas tuvieran cosas en común.

—Mejor que bien, estoy embarazada, Charles.

Su marido mostró una tenue sonrisa por primera vez desde que le conoció y Christina le correspondió con otra. No era un mal hombre del todo, solo pecaba de aburrido y poco atento. La joven comenzaba a imaginarse con su pequeño bebé en brazos. Al día siguiente se lo diría a su madre y podrían comenzar a prepararle sus cosas.

Capítulo 4

❀ 19 de febrero de 1880 ❀

Christina dejó de usar los corsés cuando comenzó a notarse su pequeña tripa. Pasaba horas mirándose frente al espejo, como si el mero hecho de observarse muy a menudo, fuera a conseguir que la criatura naciera antes. Según sus cuentas, nacería en verano. Su madre le había dicho que era una buena época para criar a un bebé, ya que no debería soportar el frío invierno hasta que no fuera unos meses más grande.

Su madre había recibido la noticia de su maternidad con mucha alegría. Si antes pasaba tiempo en casa de su hija, ahora estaba mucho más tiempo junto a esta. Christina no podía hacer otra cosa que darle la razón a su madre. Aquella criatura le había servido de consuelo y no porque su matrimonio con Charles fuera mejor, ni siquiera sabía si él se sentía feliz por ser padre, pero sí le hacía sentir feliz a ella. Él continuaba con sus cosas y ella lo prefería, sobre todo con el añadido de la ausencia de intimidad entre ellos. Christina sentía que su marido era alguien extraño, ajeno a ella. Era muy extraño vivir con una persona y no saber nada de ella. Tendrían un hijo y no se conocían.

Ni su madre ni ella sabían coser muy bien, pero en los últimos meses estaban tomando práctica, ambas habían comenzado a tejer la ropa del bebe, sus patucos y algunas pequeñas mantas para la cuna. Al principio había sido un verdadero desastre, apenas servían las prendas que habían confeccionado en los inicios de su embarazo.

—¡Demonios! He vuelto a pincharme —maldijo su madre llevándose el dedo a la boca para limpiar la gota de sangre—. No comprendo por qué no hay tiendas que hagan estas cosas.

—Prefiero que no las haya, eso le quita implicación. Imagina cuando nazca el bebé y le veamos vestir con esto —musitó Christina mostrándole el pequeño jersey que estaba tejiendo ella, cuya manga izquierda era más larga que la derecha.

—Si continúas tejiendo esa manga al final solo podrá ponérsela el día de su décimo cumpleaños, Christie —replicó su madre enarcando una ceja.

Ambas se miraron y comenzaron a reír. Christina sintió un ligero pinchazo en la parte baja de la espalda y se movió intentando retomar la postura. Colocó uno de los cojines tras ella para estar más cómoda.

—La última vez que cogí unas agujas estaba embarazada de ti —musitó su madre con voz nostálgica, ajena a todo.

—Imagino cómo debió ser... Aunque lo cierto es que a veces temo no hacerlo bien— contestó ella, sintiendo otra molestia—. Tú me ayudarás, ¿verdad?

—Claro que sí, cariño. Yo no tuve a mi madre conmigo, estoy muy agradecida a Dios por haberme dado la oportunidad de acompañarte a ti, querida. Sobre todo, teniendo en cuenta cuán parecidas somos en cuanto a la situación.

—Sí, Charles apenas está aquí, algo que realmente agradezco porque su silencio me saca de mis casillas. Es como un ser errante, un fantasma.

—A mí me vas a hablar de *fantasmas*, querida. Pero ese bebé será para tu corazón un hermoso bálsamo, como tú lo fuiste para el mío —dijo Laura agarrando una mano de su hija.

Christina reprimió un pequeño gesto de dolor, mientras se removía de nuevo sobre su asiento. Llevaba demasiado tiempo en la misma postura.



Christina llevó a sus labios un pequeño trozo de carne, mientras miraba de soslayo a su marido tomar su comida. Mirándole bien, parecía que había envejecido desde su matrimonio. Tenía varias canas más por su cabello y su carácter continuaba siendo igual de reservado. Le tenía cierta ojeriza, no podía negarlo. Cada vez que le veía aparecer se sentía como si perdiera toda su energía de forma abrupta. Había pasado el resto del día tumbada en la cama a la espera de que aquellos pinchazos tan incómodos se le pasaran, aunque había sido ponerse de nuevo en pie y habían regresado.

Hubiera preferido quedarse en su habitación, pero si no acudía a la cena, él podría presentarse en su habitación y nada le apetecía menos.

—¿Acaso quieres algo? —le preguntó su marido de repente.

—No, solo me siento un poco cansada —replicó la joven fríamente.

—No has dejado de mirarme desde que he llegado, cuando siempre procuras evitarlo —dijo él con gravedad.

—Creo que has bebido demasiado vino, Charles, deberías parar.

—Es la única táctica que me funciona para soportarte —Christina le miró sin poder creer que de verdad él hubiera dicho aquello.

¿Él tenía que *soportarla* a ella? ¿Era tan descarado como para decirle eso? Estaba segura de que era totalmente, al contrario. Ella era la que le aguantaba sus rarezas y sus silencios, sus conversaciones aburridas y su poca soltura en el arte del amor.

—¿Me *soportas* tú a mí? Sospecho que no te conoces lo suficiente —replicó con un gesto de dolor debido a otro pinchazo.

—No deberías replicarme.

—Entonces deberías disculparte, porque me has ofendido gratuitamente cuando aquí la única que intenta al menos hablar contigo, soy yo. Si fuera por ti apenas sabrías mi nombre.

—*Porque mereces algo mejor que yo* —musitó él cansinamente—. Tengo conocidos que desean meterse en tu cama, obviando nuestro matrimonio, puedo hacerles venir.

Christina no podía creer lo que estaba diciendo aquel tonto. Prefería que se mantuviera sumergido en sus pensamientos a tener que soportar aquel insulto. La joven le echó el contenido de su vaso en el rostro y le dio una bofetada.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, Charles? Si has tenido un mal día no te... —sin embargo, la joven no pudo continuar hablando ya que su discurso se vio interrumpido por un pinchazo más fuerte que los anteriores y soltó un grito, poniéndose una mano sobre su espalda.

La joven se levantó de la silla torpemente, ya que inmediatamente después sintió otro dolor mucho más fuerte.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien, Christina? —musitó Charles de repente junto a ella.

—Me duele, yo no sé... —de pronto sintió un líquido que bajaba por sus piernas.

La joven levantó levemente su vestido viendo cómo su ropa interior comenzaba a teñirse de rojo.



Su bebé habría sido un niño hermoso. Quizá habría sido rubio como ella o habría tenido los ojos de Charles, o, al contrario. No lo sabía. Y no podría saberlo nunca. Había sido pequeño niño y ni siquiera había comenzado sus andanzas por el mundo, cuando lo había abandonado. Los dolores que Christina había estado sintiendo era los parecidos a un parto, pero un parto demasiado temprano, porque su hijo aún no estaba preparado para sobrevivir en el mundo sin su protección y finalmente no lo había conseguido.

Charles le había mandado bautizar y lo había enterrado en un panteón familiar. Un bebé solo entre esas personas y ella no había podido ir. Aquel parto prematuro casi acaba con su vida también, pero ella había sobrevivido. ¿Por qué ella sí y su hijo no? ¿Acaso merecía ella vivir más que su bebé? Había depositado todas sus esperanzas y su amor en aquel niño. Había deseado que él llegara al mundo y lo habría querido, lo habría amado tanto. Quizá Dios se lo había llevado junto a él de nuevo porque ella no habría sido una buena madre.

Apartó de sí la bandeja con la comida que las criadas le habían llevado. No quería comer, ni salir de su habitación, prefería quedarse allí tumbada, mirando las llamas de la chimenea. Hacía días que no se vestía ni siquiera, ni se arreglaba el pelo, por más que su madre había intentado conseguirlo.

Escuchó la puerta abrirse y vio sin sorpresa que se trataba de su madre. Ella había estado junto a su hija en el instante en el que la avisaron de lo que ocurría. Comprendía su dolor y la acompañaba en él, pero no iba a permitir que ella se dejara morir. No podría soportarlo.

—Christina, he venido a invitarte a pasear por el pueblo. Veremos lo mismo de siempre, pero...

—No quiero, madre —la interrumpió la joven antes de que pudiera continuar.

—Cariño, sé que te duele, créeme que entiendo tu dolor. Todas hemos sufrido algo así. Antes de que nacieras también perdí un bebé —musitó su madre, consiguiendo que Christina la mirara atentamente por primera vez en días—. Lamentablemente son cosas que ocurren a menudo. Pero tendrás otros hijos, que no podrás suplantar al que has perdido, pero calmarán tu dolor.

—Sabes lo que implica todo eso, madre. Creo que Dios me ha castigado por mi egoísmo.

—¿Qué egoísmo, Christina? Dios nunca podría castigarte con algo así.

—Yo deseaba tener un hijo para no tener que... volver a hacer el amor con Charles, pero también quería a mi bebé —susurró ella comenzando a llorar dolorosamente.

—Claro que lo querías, cariño —musitó su madre abrazándola llorando también—. Las cosas pasan por algo, estoy segura de que ese pensamiento tuyo no ha tenido nada que ver.

—Quizá el castigo también era para Charles... A él apenas parece importarle lo que ha ocurrido, continúa con su vida como si nada.

—No sé qué pasa por su cabeza, Christina, si es así él pagará sus deudas algún día ante el Creador, pero tú debes reponerte, cariño. Me duele mucho verte así.

—Pero me duele mucho, solo tengo ganas de llorar.

—A veces el dolor es bueno y llorar consuela el alma —Laura apoyó la mano sobre la cabeza de su hija, sin dejar de llorar, mientras Christina sollozaba sobre su hombro con desconsuelo.



Hacía varias horas que su madre se había marchado, no sin antes obligarla a comer y después de cepillarle el pelo, obligándola por consiguiente a salir de la cama. Christina había hecho lo que ella le había pedido de forma automática, aunque aún no dejaba de sentir tristeza por la pérdida de su bebé. Quería pensar que su madre tenía razón y que ella no había sido tan mala al pensar en el nacimiento de su hijo como una salida para lo que ella consideraba un martirio. Había sido culpa

de Charles, al fin y al cabo. Siempre guardaba silencio en su presencia, pero aquel día tenía que haber comenzado a replicar aquellas cosas tan absurdas. Era un verdadero imbécil, si él no la hubiera puesto tan nerviosa aquel día quizá su hijo estaría vivo aún, aunque parecía que le importaba poco lo que había ocurrido.

Había sido rápido para enterrar al niño, pero no había ido a verla ni una vez. Algo que sinceramente agradecía, ya que le habría terminado echando a patadas. Era igual de sinvergüenza que su padre.

Se levantó de la cama a medianoche y deambuló por la casa de camino a la cocina para llenar una jarra de agua fresca. Vio con asombro que la luz del despacho de Charles aún estaba encendida y con rabia y sin pensarlo, entró sin llamar.

La recibió un olor rancio a sudor y alcohol. Charles se encontraba sentado en uno de los sillones de su despacho, mirando la chimenea con un vaso de licor en un vaso. Llevaban meses casados y apenas sabía que le gustaba tanto beber. Aquel hombre era un auténtico desconocido.

Caminó hasta donde se encontraba situándose junto a él.

—Puedes comenzar a gritarme, lo merezco —dijo él patéticamente, tomando el resto del líquido que había en el vaso—. Sé que fue culpa mía, Christina. No soy un buen marido, ni siquiera quiero ser un buen marido. No quería casarme contigo.

Christina abrió los ojos desmesuradamente sin esperar aquella confesión y se sorprendió al no sentir... Nada. Su marido acababa de decirle que no quería casarse con ella y que no la quería.

—Yo tampoco quería casarme contigo, ni tampoco quiero ser una buena esposa. He intentado adaptarme a ti y me está resultando imposible —musitó ella olvidando todos los reclamos que había preparado, tomando asiento junto a él.

—Lo sé, yo no soy un hombre fácil y no estoy ayudando. No estoy enamorado de ti, pero no te odio y mucho menos quería matar a nuestro hijo —susurró él, la joven alcanzó a ver una lágrima caer por su mejilla antes de que él se tapara la cara.

Christina guardó silencio durante unos minutos, mientras ambos se mantuvieron en silencio sumergidos en sus pensamientos.

—Lo sé, yo tampoco quería que muriera... Quizá podríamos comenzar de nuevo. No tenemos que ser un matrimonio apasionado, porque va a ser imposible, pero... Podríamos intentar llevarnos mejor.

—¿Cómo puedes sentarte ahí y decirme eso después de la forma en la que me he portado contigo?

—Porque estoy demasiado triste con toda esta situación como para que deba además sentirme incómoda contigo.

—Pero no podré amarte como una mujer debe ser amada, ¿lo comprendes?

—Algunas de nosotras debemos asimilar que no tendremos ni pasión, ni amor en nuestras vidas —musitó ella encogiéndose de hombros.



Hablar con Charles no sirvió para aliviar su dolor de forma inmediata, ni siquiera habían tenido una conversación amistosa, pero al menos saber que sentía la muerte del niño era algo. Podía decir que saber que no la quería la aliviaba también. Al menos no se sentía obligada a corresponderle o fingirlo. Prefería aquella sincera respuesta a aquel silencio ensordecedor que le había precedido.

Al día siguiente decidió vestirse, alegrarse el pelo y perfumarse para pasear fuera de la casa, quizá su madre tuviera razón y necesitara un poco de aire fresco. Sin embargo, en la parte del

hombro izquierdo, junto a su corazón, colocó un pequeño lazo negro.

Se miró al espejo y se prometió llevarlo hasta el día de su muerte. Un símbolo de su bebé que no había tenido la oportunidad de vivir.

Capítulo 5

❖9 de enero de 1881❖

—11 meses después—

Christina apretó la mano de su madre con fuerza, sin pensar en el daño que pudiera hacerle con ese gesto. Mientras Laura pasaba un trapo húmedo por su frente limpiándole el sudor. Sin embargo, la mente de la joven solo pensaba en una cosa.

La partera estaba inclinada junto a ella e intentaba ayudar a su bebé a nacer. Christina no habría imaginado que apenas unos meses después de la pérdida de su primer hijo se volvería a quedar embarazada y mucho menos, teniendo en cuenta la poca disposición que tanto ella como Charles habían mostrado para mantener relaciones.

Solo había ocurrido una vez. No sabía muy bien por qué, Charles había acudido a su cama una noche y había repetido aquel acto, de forma parecida a su noche de bodas y parecía cosa de brujería que esa única vez hubiera fructificado de forma tan... sorprendente. Casi no había podido creerlo cuando se dio cuenta de que se encontraba en estado de nuevo y Charles apenas se había creído tampoco, pero aquella era la prueba.

La partera le pidió que volviera a empujar, la joven llevaba varias horas sin dormir debido a los dolores que estaba padeciendo desde que había comenzado a ponerse de parto. Habían sido meses de incertidumbre y miedo. Había temido que se repitiera lo ocurrido con su primer hijo montones de veces y había sido una pesadilla recurrente.

En un grito y sin dejar de mirar a su madre, dio el último empujón y la habitación quedó suspendida en un silencio atronador, apenas roto por el sonido del llanto de un bebé.

—¡Es una niña! —exclamó la partera, envolviendo a la criatura en una sábana.

Christina notó como sus ojos se inundaban en lágrimas mientras reía sin poder creerlo. Su madre la miró con una sonrisa a su vez y se levantó de su lado, para acercarse al lugar donde su nieta lloraba sin parar.

Una vez limpia, su madre le entregó a la niña y la colocó entre sus brazos. Christina vio por primera vez a su hija, tenía los mofletes gorditos, estaba algo sonrojada por el llanto, sus manos se cerraban en pequeños puños.

La joven vio como una de sus lágrimas cayó sobre el pecho de su hija, pero no eran lágrimas de pena. Sino de alegría. Nunca hubiera imaginado que sentiría una dicha tan grande al tener a la niña por primera vez entre sus brazos.

—Mi pequeña Emily —susurró la joven besando su frente—. Te prometo que no permitiré que nunca te ocurra nada malo.

❖❖❖

❖14 de mayo de 1884❖

—3 años después—

—«*Slumber sweetly my dear for the angels are near
To watch over you the silent night through*

And to bear you above to the dreamland of love

And to bear you above to the dreamland of love» —Christina dejó la última nota en alto y sobre su regazo, Emily tocó una nota equivocada de forma brusca.

La joven rio alegremente, mientras su madre y la niñera de Emily aplaudían el pequeño espectáculo que ambas habían intentado representar, pero que apenas había conseguido entonar.

Christina se quedó sentada en la banqueta y dejó que la niña continuara golpeando las teclas del piano con fuerza, mientras reía a carcajadas.

Emily era un verdadero ángel. Había heredado la estructura de su padre y su afición por el dulce también. Tenía el cabello largo de color castaño y los ojos de un tono gris parecido a los de su madre. Pero en el carácter era diametralmente opuesta a su padre. Era inquieta y alegre. Vivaz y traviesa. Charles apenas era capaz de aguantar unos minutos en su compañía sin sentirse agotado, aunque Christina no negaba de su cariño por la niña, lo cierto era que su paciencia en cuanto a ella era más bien escasa. Por el contrario, Christina intentaba pasar el máximo tiempo posible con su hija.

Durante aquellos años, había comenzado sus andanzas como anfitriona. Organizaba pequeñas meriendas para las damas de la comunidad, donde hablaban de temas de interés de la sociedad o intercambiaban opiniones sobre las novelas rosas que leían a espaldas de sus maridos. Ellas, por supuesto, a Charles no le importaba lo que ella leyera.

Su relación con él era cordial. No tenían la frialdad de sus comienzos, eran compañeros. Christina le tenía cariño, se preocupaba por si enfermaba e incluso podía interesarse por los temas que a él le preocupaban. El paso de los años la había ayudado a darse cuenta de que ella no era el problema. Charles tenía un carácter especial y como bien le había dicho, no esperaba ser un buen marido. Ella tampoco quería que lo fuera. No necesitaba que lo fuera, en el amplio sentido de la palabra claro.

Se sentía orgullosa de haber alcanzado cierta estabilidad en su matrimonio, aunque era obvio que la mayor parte del mérito se lo debían a Emily. Después de su nacimiento, habían llegado como a una especie de pacto no hablado, por el cual, Charles nunca regresó a su habitación y francamente ella no le había echado en falta. Aunque si bien es cierto, en ocasiones sentía dentro de sí algo parecido a cierta insatisfacción con lo... simple que había terminado siendo su vida. Era sencilla y en ocasiones un poco aburrida, por eso decidió comenzar a organizar aquellas reuniones, aunque en un principio su marido no había estado nada de acuerdo con que llenara su salón con las damas más cotillas del pueblo. Pero Christina había aprendido a exaltarse con él y sabía cómo manejar ese carácter que él tenía. Muchas veces se había encontrado porque Charles era tan distante con ella. Le parecía bien que no le gustara, que no le atrajera, pero sentía como si algo en él no fuera lo suficientemente... claro.

—Me gusta —musitó Emily sin dejar de golpear el piano.

—Sí, cielo, ya lo vemos —contestó Christina con una sonrisa.

—¿Podemos cantar otra vez? —le pidió la niña con un pequeño puchero.

—Tenemos que merendar, Emily, luego más tarde —intervino su madre levantándose de la silla.

—¿Y después?

—Solo si te tomas la fruta —contestó Christina levantándose de la banqueta con la niña en brazos.

Caminaron hasta el comedor, donde estaba todo dispuesto para tomar la merienda. Sentó a Emily en una silla junto a la suya y la niñera se sentó al otro lado de la niña, para ayudarla a

comer.

—Vi el otro día a la señora Hastings y me comentó que vendría mañana a la hora del té —dijo su madre tomando un sorbo de su bebida.

—Espero que las demás señoras no la hagan sentir incómoda —musitó Christina.

La señora Hastings había enviudado hacía poco más de tres meses y se decía que se veía a escondidas con el hermano menor de su difunto marido que también había enviudado hacía más de seis años.

—Dicen que probablemente estuvieran juntos incluso antes de que muriera su esposa —continuó su madre en tono confidencial—. A mí me parece bien. Su marido iba de burdel en burdel, pero todo el mundo parece haber olvidado eso.

—Es un tema delicado y no debemos involucrarnos. Si la señora Hastings decide venir, será bien recibida, pero no podremos comentar el nuevo capítulo de la novela. Podría darse por aludida.

—¡Padre! —gritó Emily desde su silla, consiguiendo con su grito que ambas mujeres abandonaran la conversación.

Christina frunció el ceño al ver a Charles vestido para salir a la calle, él nunca salía de nuevo después de llegar de sus reuniones en Londres. Él se acercó a la niña y le dio un discreto beso en la frente.

—¿Vas a salir? —le preguntó la joven.

—Sí... Hay un problema y debo marcharme... Llegaré tarde —dijo él de forma atropellada.

—Muy bien, espero que no sea grave...

—Gracias... Hasta luego —replicó saliendo rápidamente del salón.

Christina miró a su madre y se encogió de hombros.

—Cuanto más tiempo hace que le conozco más raro me parece este hombre... —dijo su madre con seriedad.

—Debe ser grave lo que sea que ocurre, ha estado especialmente extraño —asintió la joven riendo—. Más de lo normal quiero decir.



25 de mayo de 1884

—Bien, señoras, ¿han podido leer el último capítulo de *Orgullo y Prejuicio* sin desmayarse? —comenzó la señora Harris, haciendo una pausa dramática—. ¿Cómo ha podido Elizabeth rechazar a Darcy?

Christina sonrió con disimulo ante el estupor de la mujer. Ella comprendía por qué, el protagonista de la novela parecía tan serio y frío como lo era su propio marido, pero estaba segura de que este finalmente tendría un motivo, algo que no ocurría con Charles, que simplemente era así.

—Querida Agatha, ¿cómo va a aceptar? Nos queda por leer más de media novela, no puede ocurrir todo de pronto —intervino Abigail Barber, la amiga de su madre.

—No creo que yo hubiera aceptado casarme con alguien como Darcy, tengan en cuenta señoras ese carácter tan ácido —replicó su madre con un escalofrío—. Me recuerda tanto a Boniface que creo que ya no le aguanto.

—Madre... —la regañó Christina en un susurro—. Estoy segura de que finalmente todas terminaremos suspirando de amor por el señor Darcy y envidiaremos a Elizabeth Bennet, ¿no cree, señora Hastings?

Claire Hastings elevó la mirada con algo de timidez y simplemente asintió con la cabeza. Las

cinco mujeres restantes la miraron a la espera de una respuesta. Christina tenía la suficiente confianza en aquellas mujeres como para haberles pedido que no hicieran sentir mal a Claire Hastings con algún comentario malintencionado. Sobre todo, los que pudieran salir de la boca de Agatha Harris, que era la más brusca de todas. Había acudido a varias reuniones, pero parecía temer que en cualquier momento se dijera algo sobre ella. Aquel miedo tan obvio le había dado a entender a Christina que los rumores no eran tales, sino más bien, se acercaban a la realidad.

—Aún no he podido ponerme al día con la historia —se disculpó con tono amable.

—Debes apresurarte, Claire, de otro modo terminaremos por arruinarte el final —sentenció Claudia Terrence después de tomar un sorbo de té.

—¿Qué es lo último que ha leído? —le preguntó Christina amablemente.

—Elizabeth ha escuchado al señor Darcy negarse a bailar con ella —comentó la mujer agarrando su taza de té.

—Recuerdo ese momento, tuve unas tremendas ganas de abofetear a ese cretino —dijo Abigail en tono jocosos, consiguiendo una carcajada generalizada.



Habían pasado varias horas charlando y sus invitadas comenzaron a recoger sus cosas dispuestas a marcharse. Parecía que Claire Hastings se veía cada vez más involucrada en el grupo. Recordaba cuando su marido vivía y nunca había actuado de forma tan extraña.

Agatha Harris, la señora más cotilla del pueblo, se detuvo en la puerta esperando a que las demás mujeres, incluida su madre, se marcharan cada una en el coche que habían enviado de sus respectivas casas para el regreso. Christina sospechó que algo debía atormentar la mente de la inquisitiva Agatha para que se quedara atrasada de las demás, pidiéndole hablar en privado. Solo esperaba que no fuera nada referido a Claire Hastings y su cuñado, porque estaba comenzando a sentirse hastiada de ese tema.

—Querida Christie, llevo toda la tarde debatiéndome entre hablar contigo y callar —comenzó la mujer con tono compungido.

Christina evitó reír abiertamente, ya que imaginaba que su indecisión apenas habría durado unos minutos.

—¿Qué le preocupa, señora Harris? —le preguntó la joven todo lo sería que le permitía aquella situación.

Para Agatha Harris todo lo que salía de su boca era de suma importancia. Era como un banco de noticias, si había un rumor nuevo ella tenía la primicia y si no, lo inventaba.

—¿Recuerdas a mi hija Loretta? Está casada con lord Pemberton y vive en Londres —comenzó la mujer presumiendo de nuevo del buen partido que había conseguido su hija.

Aunque no añadía que la familia Pemberton había decidido rebajar el status de la hija de su primogénito debido a la ruina en la que estaba sumida la familia, a la que apenas le quedaban unas propiedades y el apellido.

—Sí, claro.

—Me ha contado que ha visto a tu marido visitar una casa en la calle Strafford.

Aquello consiguió impresionar a Christina, que se habría esperado algo como eso.

—La primera vez creyó que era un error, pero lo ha visto varias veces más en las últimas semanas, no sabía que tuviera familia allí... Creí que todos habían fallecido —prosiguió la mujer.

—Sí, es una tía lejana, Charles le tiene mucho aprecio. Es anciana y no puede viajar —mintió la joven alegremente.

La señora Harris quedó convencida con la explicación y se marchó después de hacer su

cometido.

Christina negó con la cabeza, aquella mujer era todo un drama. Pero lo cierto era que podría haber algo de verdad en aquellas palabras. Charles hacía varias semanas que salía a horas extrañas y regresaba tarde. Decía que era por trabajo, pero quizá... Quizá tenía una amante. Christina sonrió abiertamente. Era incapaz de imaginar a Charles disfrutando con una mujer, pero quizá esta era mucho más elegante y atractiva que ella y había conseguido despertar el deseo fiero de su marido. Si era el caso, aquella mujer merecía todos sus respetos.

Capítulo 6

❀26 de mayo de 1884❀

Christina fue a visitar a su madre junto con Emily. Tras la reunión anterior, su madre había cogido un pequeño resfriado que la tenía en la cama. La joven había acudido a verla en cuanto había extrañado las visitas de su madre. Ella apenas visitaba la casa de sus padres. Había ido en algunas celebraciones, pero prefería no ir para no encontrarse con su padre. La relación de ambos era nula y mantenían las distancias el uno del otro. Ella nunca había entendido por qué siempre deseaba mantenerla apartada, Christina hubiera deseado tener una buena relación con su progenitor, sin embargo, el carácter agrio de su padre, unido a su malhumor había evitado que congeniaran.

—Mamá, ¿dónde está la abuelita? —preguntó Emily agarrada de su mano, mientras esperaban que les abrieran la puerta.

—Está enferma, por eso hemos venido nosotras hoy, cielo —contestó la joven, escuchando los pasos de la criada que se acercaba a la puerta.

Esta se abrió ante ellas y la señora Bennet, el ama de llaves de la casa, que llevaba trabajando allí desde que su padre contrajera matrimonio con su primera esposa, las invitó a entrar. Christina sabía que su madre no era del agrado de la mujer. Ambas discutían bastante, ya que Laura había intentado llevar un poco de su esencia en la casa, algo que no había permitido la mujer, que habían mantenido el hogar como lo dejó la señora anterior. La joven estaba segura de que parte del rencor que le tenía su madre a su padre partía de este hecho. Por aquellas paredes parecía vagar el alma de Elizabeth Whittermore. Ella también lo sentía y ni siquiera la había llegado a conocer.

—Hemos venido a visitar a mi madre, señora Bennet, ¿puede recibirnos? —preguntó Christina tomando a su hija en brazos, y que había sido presa de un repentino ataque de timidez.

—Estoy segura de que no pondrá ningún problema. Acompáñeme —le dijo la mujer caminando por aquel recibidor fingiendo que ella no conocía el camino de memoria hasta la habitación de su madre.

Pasó por delante del comedor y vio a Arthur y a su padre enfrascados en una conversación, aparentemente entretenida. Su hermano alzó la vista al escucharlas, supuso y su padre giró la cabeza para mirarlas.

—Buenos días, padre —saludó la joven deteniéndose sin entrar al comedor—. Arthur, me alegro de verte de nuevo, ¿Penélope y los niños se encuentran bien?

Ambos esperaron a que su padre contestara a su saludo, pero al no ocurrir tal cosa, su hermano dijo con voz áspera:

—Sí, perfectamente... ¿Todo bien con vosotros? —le preguntó él de vuelta, sin levantarse de la silla, pero claramente incómodo.

Los dos estaban siendo unos desconsiderados y unos maleducados, pero ella no sería la que se lo hiciera notar. Su padre apenas conocía a Emily, bueno, apenas la conocía a ella y era más mayor. La niña se removió en sus brazos, apoyando la cabeza entre su cuello, para evitar que

pudieran verle la cara.

—Sí, he venido a ver a mi madre, pero no interrumpo más. Pasad un buen día — musitó la joven retomando el camino en dirección al dormitorio de su madre. Al menos los había visto, podrían pasar varios meses hasta que esto ocurriera de nuevo.

Los dos hombres la vieron marcharse y Arthur notó como la mirada de su padre se nubló con tristeza.



—¡Abuelita! —gritó Emily cuando entraron en la habitación de Laura.

Esta se encontraba en camisón, con su cabello trenzado sobre su hombro y la nariz roja por el resfriado.

—¡Mi pequeña flor ¡Ven aquí! —dijo su madre débilmente, mientras la niña subía en la cama y la abrazada.

—Estás malita y por eso hemos venido a verte —musito Emily con su voz suave, dando un beso en la mejilla de su abuela.

—Estábamos preocupadas por ti también, madre —dijo Christina. Al principio había pensado en no llevar a Emily, quizá podía contagiarse con el resfriado, pero había estado tan insistente que había terminado arriesgándose.

—Gracias por venir, estaba muriéndome del aburrimiento —se quejó Laura, tapándose la nariz con un pañuelo.

Emily saltó de la cama y se introdujo en el vestidor de su madre, para jugar con sus vestidos y sus cosas.

—He visto a padre y a Arthur abajo. Al menos uno de los dos se ha mostrado amable —dijo Christina con una sonrisa. Estaba tan acostumbrada a aquellos desplantes que apenas le importaban.

—La amabilidad brilla por su ausencia en esta casa —dijo su madre con voz ronca—. Eres la única visita que he recibido desde que estoy enferma, sospecho que no se separaría de mí si estuviera agonizando, para asegurarse claro.

—¡No digas eso, madre! —exclamó Christina santiguándose—. No es un hombre amable, ya lo sabes, pero no significa que desee tu mal.

—No lo conoces como yo... —las palabras de Laura se quedaron suspendidas en el aire, hasta que prosiguió—. Vi a Agatha Harris quedarse a hablando contigo, ¿acaso tiene un nuevo chisme que solo ha compartido contigo?

—Me insinuó que Charles tiene una amante —confesó la joven en voz baja con velada ironía—. Intenté no reírme, ante la preocupación que mostraba por mi matrimonio. Aunque nada sería mejor para mí que hubiera una querida, no creo tener tanta suerte.

—Tampoco lo creo, Charles es demasiado insípido y no tiene una gran fortuna que hipnotice a ninguna fulana.

—Quizá sería por amor, madre.

—¡Ay, por Dios Santo, Christie! No digas tonterías. Charles sería incapaz de hacer temblar la llama de una vela con su palabrería —replicó su madre después de un otro estornudo.

—Sí, pobrecito. A veces siento que algo le atormenta, como si hubiera alguna cosa que no le deja... Mostrarse como es.

—O quizá solo es un tipo mortalmente aburrido. Creo que es la clase de persona que no hay más de lo que se ve.

—Pero no puedes negar que esta extraño, tú misma lo dijiste. Sus salidas son algo inusual.

—Conociendo a Charles serán reuniones políticas.

Christina asintió, ya que su madre tenía parte de razón. Hacía cinco años que se había casado con Charles, era tiempo más que suficiente de encontrar algo que él no quisiera mostrar a simple vista y no había sido el caso. Era un tipo aburrido como bien decía su madre, pero ella había terminado acostumbrándose y tomándole cierto aprecio. Ojalá tuviera la suficiente confianza con él como para preguntarle porque estaba tan raro.



La joven no había vuelto a pensar en lo referido a la supuesta amante de su esposo. Su madre tenía razón, Charles era un hombre extraño y no le veía en la disposición de mantener una amante, apenas la soportaba a ella, como para aguantar a otra mujer.

Christina miró a su marido de forma desinteresada. Emily hacía un rato que se había ido a la cama. Ellos siempre cenaban juntos, aunque apenas hablaban de nada. Algo parecido a los inicios de su matrimonio, pero ahora Christina había comenzado a agradecer aquellos silencios. Había comprendido que Charles era un hombre de pocas palabras. Aquella noche parecía más distraído de lo normal.

—¿Puedo invitar a mis amigas la semana que viene a la hora del té? —le preguntó sorprendidamente la joven, atrayendo su atención.

—Nunca me has pedido permiso, ¿acaso es algo especial? —preguntó frunciendo el ceño, como queriendo recordar algo.

—No, solo quería informarte, sé que no te agrada encontrar gente extraña en la casa —musitó la joven sonriendo—. ¿Te encuentras bien, Charles? ¿Tienes algún problema en el trabajo?

—No, claro que no, ¿qué te hace pensar eso?

—Parecías más ausente de lo normal... ¿Entonces no te parece mal?

—No, haz lo que quieras —replicó él dejando a la servilleta sobre la mesa— Voy a leer a mi despacho. Buenas noches, Christina.

Él le dio un beso en la frente como había acostumbrado hacer desde el fallecimiento de su primer hijo y se marchó del salón. La joven se levantó para ir a su habitación, pero en el pasillo se encontró un trozo de tela en el suelo. Lo cogió y lo llevó hasta la luz de una vela para ver de qué se trataba.

La joven miró sorprendida que era un pañuelo de seda blanca, con las iniciales *P.C.* bordadas. Aquello no era suyo, ni de Charles... Abrió los ojos con sorpresa, miró hacia la puerta del despacho con una sonrisa.

Al parecer Charles era más pícaro de lo que ella creía... ¿Quién iba a pensar que tenía una querida? Sería la primera vez que un chisme de Agatha Harris era verdad. Aquella era una buena noticia.

29 de mayo de 1884

Christina esperó a que Emily comenzara a jugar con una pelota con su niñera, mientras su madre y ella tomaban un poco del sol primaveral. Laura se había encontrado lo suficientemente bien como para pasear un poco, necesitaba un poco de aire fresco. Las paredes de su habitación [\[CPR2\]](#) se habían comenzado a comprimir con el paso de los días y casi había terminado peleando a golpes con la señora Bennet.

—Mira, madre —musitó la joven, entregándole el pañuelo que había encontrado en el suelo hacia algunos días.

Laura agarró la tela con una ceja enarcada leyendo las iniciales.

—¿Es un admirador? —preguntó con curiosidad.

—Admiradora en realidad y no mía... Se le cayó a Charles hace unos días —musitó la joven riendo—. Creo que estábamos equivocadas y mi marido tiene una vida galante secreta.

—Sería la primera vez que me equivoco... Vaya, parece que Charles nos ha salido todo un picaflor... ¿Y qué piensas hacer?

—Fingiré no saberlo, obviamente. No pienso montarle una escena fuera de lugar, prefiero que esa mujer lo mantenga entretenido, quizá consiga endulzarle el carácter.

—Yo le probaría. Imagina que es de alguna criada... Podrías mostrárselo y preguntarle si se le ha caído, para ver qué dice, podría ser interesante, incluso...

Sin embargo, ambas mujeres dejaron de hablar y se levantaron rápidamente cuando vieron que la niña se caía al suelo. Emily comenzó a llorar desconsoladamente, debido a un pequeño raspón que se había hecho en la rodilla.

Christina la cogió en brazos y regresaron a la casa, aunque antes se detuvieron en el mercado para comprarle un dulce, que consiguió que la niña dejara de llorar.



La joven dejó a la niña entretenida con sus muñecas, mientras pensaba lo que le había dicho su madre. Podría ser interesante verle atrapado en aquella mentira, siempre teniendo cuidado de no ser demasiado evidente y que no pareciera que le estaba acusando de algo.

Llamó a la puerta y entró cuando Charles le dio permiso al otro lado de la puerta.

—Habéis regresado pronto... —dijo él con extrañeza.

—Sí, Emily se cayó jugando y se ha raspado la rodilla, no ha querido continuar el paseo —le explicó Christina con una sonrisa—. Pero quería preguntarte algo, creo que has debido confundir tu pañuelo con el de alguno de tus conocidos, porque se te cayó el otro día.

La joven dejó el pañuelo sobre la mesa de forma despreocupada.

—¿De dónde has sacado eso? —le preguntó con más seriedad de la que cabía esperar para un tema tan simple—. ¡Habla!

El hombre cogió el pañuelo y lo guardó en el bolsillo de su pantalón con el rostro pálido.

—Te lo he dicho, se cayó del bolsillo... ¿Qué ocurre, Charles? —preguntó la joven dando un paso hacia atrás.

—¡Nada! ¿Acaso no entiendes que no me pasa nada? ¡Soy normal! —le gritó él saliendo de la habitación a paso apresurado dando un portazo.

Parecía que era más sensible de lo que pensaba. Esa mujer debía importarle demasiado como para haberse puesto así. Quizá pensaba que ella se interpondría entre él y su amada. Y nada más lejos de la realidad. Quizá algún día podría hacérselo saber, siempre que no se pusiera histérico ante la simple insinuación.

La joven tocó suavemente el pequeño lazo negro que portaba en la parte izquierda de cada uno de sus vestidos. Rezó porque su estúpida indiscreción no supusiera el final de esa relación. Deseaba que se prolongara en el tiempo indefinidamente. Sonrió ante la posibilidad de que ocurriera.

Capítulo 7

❀31 de mayo de 1884❀

Christina hacía varios minutos que miraba la página del libro sin comprender ninguna palabra. Como le había dicho a Charles, había organizado una nueva reunión de lectura. Primero pasaban una hora leyendo en silencio cada una y después, tomaban el té mientras comentaban la lectura, entre otros temas. Sin embargo, aquel día, Christina no podía concentrarse. Intentaba comprender por qué Charles se había puesto tan brusco cuando le entregó el pañuelo, no había sido su intención molestarle, quizá había sido demasiado cruel con él. En cierto modo, había sido una especie de burla, ya que ni ella misma había creído posible que su marido pudiera tener una amante, como parecía ocurrir. Había preferido dejar el tema pasar, no iba a insinuar nada más.

Aunque temía que aquel estúpido gesto hubiera provocado la ruptura de la pareja, ya que desde entonces no había vuelto a salir. Él odiaba las visitas, por ese motivo le avisaba siempre que iba a organizar una reunión, porque él prefería no estar presente, pero por primera vez, se encontraba en la casa. Algo insólito. Parecía más taciturno de lo normal, si eso era posible. ¿Estaría sufriendo de mal de amores? Pobre Charles...

—¿En qué piensas, Christina? —le preguntó Claudia Terrence, mirándola por encima de su propio libro, ya que sin darse cuenta había mantenido la mirada en el frente.

—Nada, mi cabeza no se encuentra hoy muy concentrada para comprender la lectura —musitó la joven cerrando el libro.

Las otras mujeres salieron del mundo ficticio de *Orgullo y Prejuicio*, cerrando sus libros también.

—Sí, yo tampoco me estaba enterado de nada... No podía dejar de pensar en la falta de consideración que ha mostrado Claire Hastings al no acudir a la reunión —se quejó Agatha, como si el desplante se lo hubiera hecho a ella y no a la propia Christina, como era el caso.

—He oído que llegaba su cuñado de viaje hoy... Quizá este ofreciéndole una... *Bienvenida* —dijo en tono burlón Abigail con una risa instigadora.

—¿Tú crees? Sería demasiado descarado por su parte, además de despejar las dudas que caen sobre su cabeza —repuso Claudia juntando ambas manos.

A Christina no le estaba gustando nada el rumbo que estaba tomando la conversación, ya que no le agradaba que convirtieran aquella reunión agradable en una caza de brujas y fuente de chismes. Miró a su madre y esta negó con la cabeza, mientras servía el té.

—Si ambos son viudos no hacen mal a nadie —declaró Christina provocando un silencio ensordecedor tras sus palabras.

—¿Cómo puedes decir eso, Christina? ¡Es una falta de respeto a Dios y a la familia! —espetó Agatha mientras sus mejillas se tornaban rojas.

—Solo se tienen el uno al otro y si se aman, Dios no puede enfadarse —prosiguió la joven con rotundidad.

—¿Amor? Cómo se nota que eres joven, Christina, eso es un cuento que solo existe en las

novelas. Nosotras debemos respeto a nuestros maridos. Debemos suponer entonces que, llegado el caso, tú lo harías.

Agatha Harris era una mujer malvada y quisquillosa. La miraba con aspecto de superioridad, ella suponía que como Charles le era infiel, por eso decía todo aquello. Creía que estaba ardidada por lo celos, cuando era todo lo contrario. Decía aquello buscando la forma de soltar lo que le había contado anteriormente y comenzar así una nueva ola de cotilleo, que seguramente sería ya conocido por todos y quería añadir un nuevo dato a su rumor.

¿Le sería infiel a su marido si llegado el caso, se enamoraba de otro hombre? ¿Sería capaz de intentar aplastar esos sentimientos o se dejaría llevar por ellos?

—Eso es una falta de respeto, Agatha. Discúlpate o márchate —intervino Laura colocándose delante de su hija a modo de protección.

—Sí, querida Agatha, eso ha sido irrespetuoso por tu parte —asintió Abigail, mientras Claudia asentía.

—En ese caso me marchó, no deseo estar en un lugar donde no se me respeta —replicó la mujer dignamente, marchándose sin despedirse.

Las cuatro se quedaron calladas unos instantes, hasta que Claudia dijo:

—La edad le está pasando factura, regresará en unos días. Es incapaz de permanecer en su casa más de tres días seguidos.

Christina se encogió de hombros, pero en su mente aquel nombre había quedado tachado de su lista de invitadas. Al menos Claire Hastings era amable y buena, lo que hiciera en privado era asunto suyo. Agatha debería aprender a dejar de inmiscuirse en la vida de los demás.



La reunión se alargó un rato más. Todas habían perdido algo de entusiasmo después de la marcha dramática de Agatha Harris. Aquella había terminado de redondear un día bastante extraño para Christina. Se despidió de las mujeres en la puerta de la casa y su madre se marchó, prometiéndole ir al día siguiente. Estaba segura de que no querría saber nada de Agatha por mucho tiempo y ella tampoco. Esa mujer no sería bien recibida, no después de insultarla de esa forma tan deshonorosa, aunque hubiera quizá parte de razón en su razonamiento. Ella no pensaba que lo que hacía Claire fuera malo. No sabía qué sentía esa mujer, pero debía ser lo suficientemente fuerte y... excitante, como había dicho su madre, como para que no le importara lo que decía la gente. Cada día que pasaba era más obvio que entre ellos ocurría algo y Christina sospechaba que cualquier día acudirían con la noticia de una boda o quizá se marchaban antes, lejos donde nadie los conociera para poder vivir juntos su amor. Como la historia romántica que leían.

Quizá también había un señor Darcy para ella. No, no un señor Darcy, pero sí un Heachtcliff, de *Cumbres Borrascosas*. Las heroínas de las novelas románticas que había leído eran besadas con pasión, con ternura... ¿Cómo eran los besos? ¿Qué sentimientos despertaban en una mujer un beso? Charles nunca la había besado, no en los labios, apenas rozaba los suyos sobre su frente cuando le deseaba buenas noches.

Sintió un ligero escalofrío y se dio cuenta de que aún permanecía en la puerta con la mirada perdida. Estaba pensando solo tonterías. Cerró la puerta y caminó hasta la habitación de Emily, supuso que Charles estaría aún en su despacho, pero al llegar al dormitorio de la niña se dio cuenta de que este se encontraba junto a ella.

—¿Entonces tú sabes? —le preguntaba Emily con su voz aguda, con su pequeño camisón puesto y tumbada sobre la cama para irse a dormir.

—No, tu madre canta mejor que yo —respondió Charles, aunque no podía verle la cara ya que se encontraba de espaldas a la puerta.

—Yo podría enseñarte una canción, como las que me canta ella.

—La estropearía y entonces dejarían de gustarte tanto —Charles se levantó de la silla y se inclinó sobre la niña para darle un beso en la frente—. Buenas noches, Emily.

—Buenas noches, padre —susurró ella acurrucándose sobre la cama.

Charles apagó las únicas velas que alumbraban la habitación y salió, sorprendiéndose al encontrarse a Christina junto a la puerta.

—No quería interrumpiros, siento haber escuchado detrás de la puerta. Pero es la primera vez que os veo tan juntos y no quería interrumpir —se disculpó Christina con una sonrisa amable.

—Me ha interceptado cuando subía a dormir —dijo él encogiéndose de hombros—. No paso mucho tiempo con ella, pero no significa que no la quiera.

—Lo sé, Charles. No es necesario que estés a la defensiva conmigo —replicó ella un tanto molesta por su tono.

—Buenas noches, Christina —se despidió él marchándose escaleras abajo.

Parecía triste. Si realmente había una amante y había terminado la relación, parecía sufrir por ello. Esperaba que la retomara si eso le hacía feliz.



2 de junio de 1884

—Te juro que, si esa mujer entra de nuevo en esta casa, la echare a patadas yo misma y no me importa que sea tu invitada —decía su madre al día siguiente, mientras dejaba su sombrilla sobre el sofá del salón de forma brusca.

—No volveré a invitarla —replicó Christina dejando a un lado su bordado.

—Pero bueno, no quiero perder más el tiempo hablando de esa mujer... Por cierto, ¿dónde está Emily? —preguntó su madre, mirando a su alrededor, como esperando a que apareciera la niña.

—Jugando en el jardín... con Charles —musitó la joven con una sonrisa, mientras se encogía de hombros.

Su madre la miró tan impresionada que Christina soltó una carcajada. Lo extraño de aquello, era que, aunque Charles quería a Emily, y eso no lo había discutido nadie, su relación apenas pasaba de unos saludos y unas charlas por parte de la niña, que él parecía no escuchar. Sin embargo, él hacía algunos días que había dejado sus extrañas salidas y había comenzado a pasar tiempo con la niña. Aunque en su rostro se percibía que no le gustaban mucho los juegos de Emily parecía esforzarse. Christina no entendía que ocurría ahí.

—Esa amante le está haciendo mucho bien... —susurró su madre—. ¿Dónde habrá una igual para tu padre?

—Madre, por favor... Además, creo que han reñido o al menos eso parece, hace días que no la visita —le contó la joven.

—Como sea, yo tengo que ver al tieso de tu marido jugar con la niña —dijo ella en tono burlón, caminando hasta el jardín.

Christina la siguió y atravesaron la cocina, en dirección al lugar donde padre e hija se encontraban. Su madre continuó su camino, pero Christina se detuvo unos instantes en el lugar, ya que había un joven que ella no había visto anteriormente, comiendo su comida, en su cocina. No parecía mayor, aparentemente sería de su edad más o menos. Tenía el pelo negro y los ojos verdes.

—Disculpa, ¿usted trabaja aquí? —le preguntó la joven al hombre que comía la sopa de

lentamente.

Él se levantó al darse cuenta de que le observaban y se quitó la boina que llevaba sobre la cabeza, la joven tuvo que alzar la vista para mirarle a la cara, ya que era un joven sorprendentemente alto.

—Soy el nuevo jardinero, señora —musitó él con un asentimiento—. El señor Cornell me ha contratado.

—Ya veo... ¿Y cuál es su nombre? —preguntó de nuevo la joven, relajando el ceño, aunque le preguntaría a Charles por él.

—Phillip, señora Cornell.

—De acuerdo... En ese caso, bienvenido, Phillip. Continúe con su comida, por favor.

El hombre esperó a que ella saliera para tomar asiento de nuevo. Christina no le dio más importancia de la necesaria a ese tema. Ya que Charles se encargaba de la contratación de los empleados, supuso que deseaba tener el jardín bonito para el verano. Quizá incluso podría dar una pequeña fiesta al aire libre...

Escuchó el llanto de su hija y rápidamente se acercó hasta el lugar. Emily parecía haber tropezado con alguna piedra y lloraba escandalosamente, ya que se había golpeado en el pecho. Charles la mantenía sentada en el suelo, esperando a que retomara la respiración.

—Emily, debes tener más cuidado —dijo Laura con los brazos cruzados.

—Sí, cariño, por favor. Prométeme que serás más cuidadosa, ¿vale? —le pidió Christina junta a ella, limpiándole las lágrimas.

La niña asintió, aunque no dejaba de llorar. Gracias a Dios no parecía ser nada grave.

Charles la ayudó a ponerse en pie y Laura comenzó a limpiarle el vestido mientras le reñía amablemente por su poco cuidado al jugar.

—No sabía que necesitábamos un jardinero —le dijo la joven a su marido, mientras tanto—. Acabo de conocer a... Philip, creo que se llama.

Él la miró palideciendo tenuemente, como si no supiera de qué le estaba hablando y al mismo tiempo tuviera alguna incomodidad. Se mantuvo en silencio unos segundos y después dijo:

—Pensé que querrías tener un jardín cuidado durante la primavera... —Charles apartó la vista de ella, lo que le dio una clara señal de que le estaba mintiendo—. Debo regresar a mi trabajo.

Christina vio a su marido marcharse con aire sospechoso, ¿acaso podía ser más extraño aún? Era un tipo complejo.

—En fin... —se dijo a sí misma, caminando junto a su hija, que continuaba quejándose del golpe.

Capítulo 8

Consiguieron calmar a Emily permitiéndole tomar doble ración de pastel en su merienda. La niña dejó de jugar a la pelota y se marchó a su habitación, junto a la niñera para dormir su siesta.

Mientras Christina invitó a su madre a tomar un té. Realmente a ella solo le faltaba dormir allí, ya que todo lo demás lo hacía en compañía de su hija y nieta.

—Creo que Charles presiente que sé que tiene una amante y por eso la ha dejado, incluso ha contratado a un jardinero para arreglar el jardín por si quiero dar una fiesta en primavera —musitó Christina con una sonrisa amable.

Había pensado en el porqué del comportamiento tan extraño de su marido durante esos días y aquella era la única solución factible que acudía a su cabeza.

—Es un bonito detalle, si no fuera porque preferías que hiciera lo contrario —musitó su madre achicando los ojos.

—Pobre, siento cierta pena por él y ni siquiera tengo la confianza suficiente para decirle abiertamente lo que pienso y siento. Desearía decirle que puede confiar en mí, pero es tan... Frío que nunca sé que puede contestarme.

—Al menos tienes la suerte de sentir cierta ternura por él, si yo viera sufrir a tu padre reiría disfrutando de ello.

—Nunca he llegado a comprender por qué os odiáis... ¿Se trata de su primera esposa? —preguntó Christina armándose de valor por primera vez para hacer esa pregunta.

Su madre guardó silencio durante unos instantes que parecieron eternos. Parecía que intentaba organizar sus pensamientos. Quizá había formulado mal la pregunta o se estaba inmiscuyendo en algo que no era de su incumbencia, pero no había podido evitar decirlo en voz alta, ya que era algo que ella misma había sospechado desde que era pequeña. Su madre y ella parecían ser unas intrusas que habían llegado a aquella casa a interponerse entre el recuerdo de la maravillosa Elizabeth Whittermore y el resto del mundo. Todos parecían creerlo... Todos menos James y, paradójicamente, era el que físicamente se parecía más a Elizabeth. Ese era otro de los motivos por los que James era el favorito de su madre. Ella murió a darle a luz y había heredado sus rasgos y su carácter. Había sido el único de la familia que las había tratado bien y lamentablemente había terminado reuniéndose con su madre demasiado pronto.

—No, Elizabeth no tiene nada que ver en esto... Yo no podría odiarla, Christina, ¿alguna vez has visto un retrato suyo?

—No, creía que padre había retirado todos sus retratos cuando ella murió.

—Sí, ciertamente lo hizo, una vez vi uno que mantiene escondido entre algunas cosas en el primer cajón de su escritorio.

—¿Y cómo era? —preguntó la joven encogiéndose de hombros, sin entender a qué venía aquella respuesta a su pregunta.

—No sabría... describirla —musitó ella apartando la vista de su rostro un poco nerviosa—. Quizá algún día pueda mostrártelo y tú misma lo comprenderás.

—¿No puedes decírmelo ahora?

—No, querida, no es el momento. Aún no.



3 de junio de 1884

Christina empujó la pelota hasta el regazo de su hija y esta la empujó de vuelta a hacia ella de nuevo. Emily le había dicho que no había podido dormir bien porque le dolía la tripa. Estaba segura de que habían sido esos dulces de más lo que la habían empachado. No era la primera vez que Emily se enfermaba de la tripa por comer demasiados dulces. Había salido a Charles en eso. Aunque él pudiera controlarse mejor la que la niña. Eran igual de glotones.

—¿Quieres que salgamos a pasear, cariño? Quizá se te pasa el dolor de tripa —le dijo la joven, mientras la niña colocaba la cabeza en su regazo.

—No, mami, prefiero quedarme en la casa —musitó la niña con tono cansado. Estaba segura de que después de dormir la siesta se le pasaría el dolor.

Dejó la pelota a un lado y se quedó sentada en el jardín, con Emily dormida en su regazo. Esa noche tendría que asistir a una fiesta acompañando a Charles, con sus colegas del parlamento y nada le apetecía menos. A ella le agradaban las reuniones sociales, pero no esas en las que solo se hablaba de política y trabajo, en las que debía estar agarrada del brazo de Charles perpetuamente, aunque eso supusiera morir de aburrimiento.

Continuó su lectura de *Orgullo y Prejuicio*, debía ponerse al día con el resto del grupo para que no le fastidiaran el nuevo capítulo con los comentarios tan esclarecedores. Terminarían arruinándole el final de la novela y nada le haría menos gracia.

En uno de los descansos para tomar un poco de agua, alzó la vista y vio a Charles caminar hasta el cobertizo donde se guardaban los instrumentos de jardinería y de los caballos del carruaje. Parecía que quería ir con cuidado de que nadie le viera.

—Lilian, ¿puedes vigilar a Emily unos momentos? —le pidió la joven a la niñera que estaba dormitando a su vez bajo el árbol.

—Sí, señora —asintió la muchacha.

Christina colocó con cuidado la cabeza de la niña sobre el regazo de la niñera y se levantó con disposición, caminando hacia el lugar por el que Charles había ido previamente. No sabía muy bien qué querría encontrar, ya que no era extraño que él quisiera caminar por el jardín, pero le había parecido tan nervioso, que no podía evitar pensar que algo ocultaba.

Llegó hasta el cobertizo y no le vio en un primer instante, sin embargo, le escuchó hablar cuando pasó junto a la puerta. Le dio la vuelta a la pequeña construcción y se asomó por la ventana, que, aunque estaba un poco sucia y tenía varios aparejos delante, podía ver con claridad que dentro se encontraban dos personas. Una de ellas era Charles y la otra el joven que había conocido el día anterior.

—... marcharte —decía Charles en ese momento visiblemente nervioso, por no decir que histérico.

—No quiero, no pensé en otra forma de poder verte y hablar contigo, Charles —le contestó el muchacho con fiereza.

Christina frunció el ceño, ya que no entendía cómo podía ese joven hablarle así a su marido y este sin decirle nada. Parecía que se conocían, ¿pero de qué sería? No veía a ese chico como alguien que perteneciera a la Cámara de los Comunes y ese era el único sitio donde Charles iba aparte de la casa.

—¿Estás loco? ¿Imaginas lo que ocurrirá si alguien se da cuenta? Por el amor de Dios,

Christina puede darse cuenta, Philip debes...

—No lo digas —dijo el muchacho colocando un dedo sobre sus labios—. Ella me ha visto y no ha sospechado nada.

—No sospecha nada por ahora, pero encontró tu pañuelo, por eso no podemos continuar viéndonos.

Christina se tapó la boca con una mano, sin poder creerlo. ¿Cómo podía ser posible que aquel trozo de tela fuera del jardinero nuevo? Aquello no parecía tener sentido, hasta que, de un momento a otro, vi a Charles besando en los labios al joven y entonces para Christina comenzaron a encajar todas las piezas.



¿Cómo iba a fingir que no lo sabía? Christina había corrido de regreso a la casa y se había encerrado en su habitación, ya que no podría hablar con nadie. No hasta que ella misma pudiera asimilar lo que acababa de ver.

Charles era un afeminado. Él y Philip mantenían una relación de amantes. El pañuelo no pertenecía a una mujer sino a ese muchacho que con todo el descaro se había metido en su casa, para estar junto a Charles. Los afeminados estaban tan mal vistos en la sociedad. Eran personas anormales y por eso se sentían atraídos por otros jóvenes. Todo el mundo sabía qué había reuniones de caballeros, pero nadie lo decía abiertamente. Y Charles era uno de ellos. Ahora entendía por qué le dijo que no podía amarla. Aquello era eso que se le escapaba a su comprensión, por eso nunca contaba nada de sí mismo.

Pobre Charles. Quizá estaba enfermo, pero ¿qué culpa tenía él? Era como el que enfermaba de tifus o cualquier otra cosa. Si llegaba a saberse podrían encarcelarlo durante meses o años. Sería una horrible para él y para toda la familia.

Pensándolo bien, ¿qué diferente había entre una amante y un amante? Fuera como fuera, a ella le dejaba en paz. Debía tratar el tema con sumo cuidado, ya que no quería perjudicar a Charles, pero tampoco quería que problemas para su hija.

Lo hablaría con Charles, debía decírselo, que ella lo sabía y que le guardaría el secreto. Siempre que echara a ese muchacho de la casa. No podían verse allí, cualquiera podría verlos como había hecho ella y sería un escándalo.



Pero aquella noche no era la adecuada. No sabía cómo podía fingir que todo estaba como siempre, mientras paseaba entre la gente en aquella fiesta agarrada de su brazo. Charles continuaba siendo el mismo hombre frío y aburrido, pero ahora comprendía mucho mejor por qué lo era. Debía ser difícil mantener un secreto así. Es más, de no haber sido por la indiscreción de ese joven, ella nunca se habría dado cuenta. Sin embargo, no se arrepentía de haberlo averiguado, de saberlo por fin. Al menos le daba la oportunidad de comprenderle mejor.

Las personas allí reunidas estaban ajenas a su confusión, obviamente nadie era capaz de imaginar lo que pasaba por su mente. ¿Sería la casa de ese joven donde la hija de Agatha le vio entrar? Cada vez todo encajaba mucho más. Además, las iniciales del pañuelo, *P. C.* No conocía el apellido de Philip, pero la primera coincidía, después de escuchar eso, no era difícil suponer que también lo haría el apellido.

—Estás más callada de lo normal —musitó Charles junto a ella, entregándole una copa de champán de la bandeja del camarero.

—Me duele la cabeza y estoy un poco preocupada por Emily, continúa quejándose de la tripa —musitó la joven sin poder sostenerle la mirada.

—Mañana llamaré al médico —asintió él apretando su mano amistosamente.

La joven asintió, ya que también había verdad en aquella respuesta. Darle tantas vueltas al mismo tema estaba ocasionándole dolor de cabeza, además de que su hija aún continuaba quejándose del estómago.

En aquella ocasión se alegró del carácter poco participativo de Charles, ya que apenas después de cenar, decidió que era hora de regresar a casa. Christina suspiró aliviada, ya que tenía ganas de regresar a su casa, ver cómo estaba Emily y dormir. Aunque no sabía si podría dormir sin hablar antes con Charles.

Durante el viaje de regreso le miraba de soslayo, intentando encontrar las palabras adecuadas para decirle lo que quería decirle. Primeramente, aquel joven debía abandonar la casa. Si querían verse a escondidas debían buscar otro lugar más propicio, no en su casa. Aquello sería aún peor.

—Charles... —musitó la joven, mientras entraban al recibidor de la casa. Él la miró esperando que continuara—. Me gustaría hablar contigo, si tienes un momento.

—¿No puede esperar a mañana? —repuso él pasándose una de las manos por el pelo, con cansancio.

—No. Es importante —insistió ella. No podría esperar hasta el día siguiente, aquello no la dejaría dormir.

—Bien, entremos en mi despacho —asintió él, aunque Christina no podía decir que tuviera mucha disposición a charlar.

Sin embargo, no tuvieron tiempo de entrar a la habitación, ya que bajó la niñera de Emily rápidamente por las escaleras y al verla, le dijo:

—Señora Cornell, Emily se encuentra mal, después de cenar comenzó a vomitar y tiene mucha fiebre.

Christina olvidó inmediatamente lo que iba a hablar con Charles, eso podría esperar, le ordenó que buscara un médico y subió las escaleras rápidamente con el corazón latiendo frenéticamente. A Emily no podía ocurrirle nada. Se llevó una mano hasta el lazo negro que le recordaba su pérdida anterior.

Negó con la cabeza, no debía dejarse influir por el pánico. Solo era un poco de fiebre, estaba segura de que era un empacho. No volvería a dejarle repetir postre nunca más.

Capítulo 9

Christina entró rápidamente en la habitación. No reconoció aquella estancia como la habitación donde Emily jugaba todas las tardes o donde dormía después de que ella misma le cantara. La poca luminosidad, debido a las escasas velas que había encendidas le daba un aspecto desolador a la estancia. Había una criada junto a la cama de la niña y una palangana con los restos de la cena de Emily, que no habría podido aguantar en su estómago.

—Enciende todas las luces —le ordenó la joven acercándose a la cama donde estaba la niña acostada de lado.

—Molestara a la señorita y no la dejara dormir —musitó la muchacha levantándose inmediatamente.

—Hazlo.

Esta asintió y caminó por la habitación haciendo lo que Christina le había ordenado. Sin embargo, ella dejó de prestarle atención, para concedérsela exclusivamente a su hija. El rostro de la niña fue cobrando color conforme se fueron encendiendo las velas. Su piel estaba blanquecina y su frente se encontraba cubierta por una capa de sudor. Le acarició la frente, notando como esta se encontraba escandalosamente caliente.

Emily se removió ante su roce y abrió sus ojos levemente.

—¿Te duele mucho, cariño? —le preguntó Christina sentándose junto a ella en la cama, replicándose mentalmente por no haber atendido mejor a la niña.

Emily asintió simplemente, en silencio, mientras le sobrevino una nueva náusea que no pudo controlar, Christina la alzó rápidamente, pero terminó expulsando sobre el elegante vestido de su madre. Algo que a la joven no le importó nada.

—Lo siento, mami —musitó ella con un ligero escalofrío.

—No pasa nada, cariño —contestó ella con una sonrisa, mientras la niña continuaba temblando—. Traed más mantas.



4 de junio de 1884

Christina se había cambiado el vestido, debido a la visita del médico, ya que, de otro modo, no se habría movido de lado de su hija por un motivo tan absurdo. Aún no había amanecido, pero ella no había podido evitar enviar a llamar a su madre. No quería pensar mal, ni siquiera quería imaginarlo, pero veía a la niña tan enferma. Apenas era capaz de comer nada sin vomitarlo y no había nada que pudiera hacer remitir la fiebre. Sin embargo, aquello no era lo peor. Para ella misma, como madre, escuchar a su pequeña niña gritar de dolor sin poder hacer nada para evitarlo era infinitamente peor.

Estaba manteniéndose serena. Pero agradeció que su madre llegara antes que el médico. Laura entró en el cuarto de su nieta, donde la niña apenas acababa de quedarse dormida. La estancia olía algo mal debido a los vómitos de la niña, que no podía controlar.

Christina estaba sentada en la cama de su hija, con la espalda apoyada sobre la pared, con la

cabeza de su hija colocada sobre su regazo. Temblaba ligeramente, por lo que Laura tomó el embozo de las mantas y la arropó.

—No deberíamos haber permitido que comiera tantos dulces. A partir de ahora no tomara ninguno más —musitó Christina acariciando la frente de su hija.

—¿Crees que es un empacho, cielo? —preguntó su madre, sentándose en la silla junto a la cama.

—¿Qué otra cosa puede ser?

Laura se encogió de hombros ya que ella tampoco estaba segura de lo que podría ser, pero obviamente debía ser algo de empacho.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Aún no ha venido, envié a una de las muchachas a por él, pero está atendiendo un parto, dijo que vendría inmediatamente después —dijo Christina, ese era otro de los motivos que le hacían pensar que lo que le ocurría a su hija no era grave—. Siento haberte molestado tan temprano, pero no quería estar sola.

—No digas tonterías, Christina. Me hubiera enfadado mucho si no lo hubieras hecho... Incluso tu padre ha venido, parece genuinamente preocupado.

Christina la miró frunciendo el ceño, ya que aquello realmente no se lo esperaba. No era que Boniface no quisiera a Emily, sino que no lo había mostrado. Además, nunca había mostrado mayor interés en el matrimonio de su hija y su familia desde que se casó. Apenas había visto a la niña y está casi no le conocía. Sin embargo, lejos de alegrarse, aquello no hizo, sino aumentar aquel nudo en su estómago. La sensación de que algo ocurriría.

Todo carecía de sentido ante eso. Su poca relación con su padre y su falta de afecto, los comportamientos de Charles. Todo se había reducido a lo que ocurría en aquella habitación.

Emily comenzó a removerse sobre su regazo, y rápidamente Laura cogió la palangana y la colocó frente a la niña, para que pudiera vomitar. Le limpiaron la boca con un pañuelo y le dieron un poco de agua, cuando escucharon unos golpes en la puerta.

Charles se asomó ligeramente y dijo:

—Acaba de llegar el médico, Christina.

Laura asintió y salió de la habitación, mientras entraba el doctor Moore, que incluso la había atendido a ella de niña. Era un hombre con el pelo blanco y un bigote de idéntico color. Tenía los labios finos, rígidos en un semblante serio. Traía un maletín que colocó sobre la mesilla.

La joven se levantó y despertó a la niña. Se alejó levemente permaneciendo en un lado de la habitación mientras el hombre revisaba a Emily y le hablaba dulcemente. Christina se sintió más nerviosa de lo que cabía esperar y casi instintivamente llevó su mano al lazo negro, sin dejar de observar al médico con la niña.

De pronto, este se levantó y comenzó a recoger las cosas, alzó la mirada y dijo:

—Le recetaré unas gotas de láudano para calmarle el dolor —musitó él escribiendo en un papel.

—¿Eso no es muy fuerte para una niña tan pequeña? —preguntó la joven casi sin respiración.

—Lo necesita.

El médico salió de la habitación antes de que Christina pudiera detenerlo. Miró a Emily y le pidió a una criada que se quedara con ella unos segundos, en lo que ella iba a interceptar al médico. Fue al salón, donde únicamente se encontraban sus padres.

—¿Y Charles? —le preguntó con exigencia.

—El médico quería hablar con él, están en su despacho —dijo su madre y, antes de que

podiera terminar, Christina caminaba hasta el despacho de su marido.

Entró sin llamar y ambos hombres dejaron de hablar ante su interrupción.

—Yo quiero oír también lo que va a decirle —exigió la joven, cerrando tras ella y cruzándose de brazos.

El médico miró a Charles y este asintió con un suspiro.

—Su hija tiene el abdomen muy inflamado, por eso no puede retener la comida. Tiene una grave infección —dijo el hombre directamente.

—Es un empacho —susurró la joven tenazmente.

—No, quizá ha tomado algo en mal estado o ha sufrido un golpe fuerte, no podremos saberlo. Las enfermedades humanas son aún un gran misterio para nosotros, señora.

—¿Eso significa que tardará más en curarse?

—Christina... —Charles se acercó a ella y colocó sus manos sobre sus hombros obligándole a mirarle.

Entonces lo vio en sus ojos. No hizo falta que hablara. Estaba tan claro que la joven tuvo que apartar la mirada.

—Va a curarse —susurró la joven negando con la cabeza con insistencia.

—No va a curarse, Christina. Su sangre está muy envenenada por la infección. El láudano la ayudara a pasar sus últimos momentos sin dolor. Es lo único que podemos hacer por ella —le dijo Charles con voz gravemente afectada.

—¡Mientes! —le gritó la joven, apartándole de sí y dándole una bofetada.

Christina salió corriendo del despacho, negándose a creerlo. No, ese médico viejo y estúpido estaba equivocado. ¿Cómo iba a morir su hija? Mentía o se había equivocado, tendrían que llamar un médico nuevo, que revisara a su hija y que supiera lo que le ocurría, que no era otra cosa que un simple empacho. En unos días, volvería a tenerla detrás suya pidiéndole un poco más de pastel.

Entró en la habitación de la niña y esta aún estaba dormida. Vio con un vuelco en el estómago que había vuelto a vomitar. Se tumbó de nuevo junto a ella y le ordenó a la criada que se marchara. Su madre entró en la habitación. La joven estaba segura de que ella ya sabría lo que había dicho ese estúpido médico.

—Emily no va a irse, ¿verdad, mamá? —le pidió la mujer con los ojos colmados de lágrimas—. Prométemelo.

Laura guardó silencio, buscando las palabras adecuadas, sin embargo, ella sabía que no existían. ¿Cómo podrían existir? Nunca habría una palabra adecuada, que consiguiera consolar el corazón de una madre que iba a perder a su hijo.

—No puedo hacerlo, Christie. Ojalá pudiera prometerte una cosa así, Dios sabe cómo me gustaría. Pero solo podemos procurar que no sufra —musitó su madre dejando el frasco de láudano sobre la mesilla de la niña.

—Has creído lo que dice ese hombre. Tiene un empacho, madre —insistió Christina con fuerza.

—Tú misma sabes que no lo es, aunque quieras creerlo.

—¿Cómo puedes decirme eso? ¡Vete de aquí! Parece que todos deseáis su muerte, nadie quiere creerme —le replicó la joven con ferocidad.

Laura asintió con pesar, aunque no culpaba a su hija. ¿Cómo podría hacerlo? Ella misma no podía imaginar lo difícil que sería que ocurriera algo así a su hija. Le dolía tanto el dolor de Christina. Había visto nacer a Emily y la había visto crecer.

Emily comenzó a gritar con dolor y removerse entre sus brazos, mientras se agarraba el

estómago con fuerza. Christina intentó consolarla, agarrándola con fuerza contra ella, pero era imposible. La niña continuaba removiéndose.

—Mami, por favor. Me duele mucho, haz que deje de doler —le suplicó la niña agarrándose a ella.

Christina la meció suavemente contra su pecho y miró el frasco que había dejado su madre sobre la mesilla. Emily no merecía sufrir, ni llorar de dolor, si ella podía evitárselo. No sería la madre que Emily merecía si consentía que ella sufriera por su egoísmo. ¿Cómo iba a continuar viviendo sin su pequeña? ¿Por qué ella debía sufrir de nuevo el dolor de perder un hijo? Aquello era infinitamente peor que la primera vez.

—Sh... Mami va a calmar tu dolor, cariño —musitó ella.

Christina cogió a la niña en brazos y el frasco con la otra mano. Se sentó en la mecedora que había en la habitación. Ella misma había dormido a Emily ahí cuando era un bebé o consolado cuando le dolía algo. Acercó la medicina a la boca de la niña y esta frunció el ceño con desagrado.

—Si te lo tomas dejará de doler —le dijo Christina con una pequeña sonrisa.

Emily asintió y tomó un gran trago de la medicina. Esta se dejó caer sobre el pecho de su madre y Christina comenzó a mecer la silla, mientras acariciaba el pelo de la niña.

Unos minutos después, Emily dijo con dificultad:

—Ya no duele mucho... Pero tengo sueño.

Christina miró al techo tomando una bocanada de aire, las lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas, pero no dejó de mecer a su niña.

—Duerme, cielo. Mami va a estar aquí cuando despiertes —susurró besándole en la frente.

—¿Me cantas... mami?

—Lo que quieras, pequeña —musitó agarrándola con fuerza.

Christina comenzó a entonar la nana que había cantado tantas noches a su hija, mientras esta comenzaba a caer lentamente en un profundo sueño.

La joven sintió como la fuerza del pequeño cuerpo de su hija iba cediendo, hasta que finalmente se durmió para siempre entre sus brazos.

Capítulo 10

❀6 de junio de 1884❀

No era habitual que lloviera en verano. Sin embargo, aquel día el clima parecía haberse comprometido a mostrar fielmente lo que sentía la propia Christina en su interior. Una tormenta comenzaba a formarse sobre sus cabezas y la lluvia comenzó a caer de forma despiadada, mojando sus ropas.

Pero Christina no era consciente de ello. Tampoco lo era del brazo de su madre sobre su espalda, ni lo era de la presencia de Charles junto a ella, rozando tímidamente su hombro con su brazo.

Su mirada se mantenía insistente sobre la pequeña caja de madera, que comenzaba a ser cubierta por la tierra mojada. Parecía extraño imaginar que Emily estuviera ahí dentro, ¿cómo era posible? Parecía que habían perdido el juicio, porque su mente era incapaz de asimilar que ella estaba allí.

¿Cómo habría ocurrido? Christina sabía la respuesta y no salía de su cabeza. Ella no había cuidado de su hija. No había sido una buena madre. Había preferido estar en una fiesta en lugar de cuidar de ella y procurar su bien. Por eso Emily estaba allí, pero era ella la que debía estar ocupando su lugar en esos instantes.

¿Qué más podría quedarle por vivir a ella? ¿Por qué ella debería tener la posibilidad de continuar viviendo si su hija de tres años no la había tenido? ¿Acaso estaba siendo castigada?

Había querido irse con ella, ¿cómo podía continuar viviendo sabiendo que su hija no lo haría? Había guardado para sí la otra mitad del frasco del láudano, sin embargo, la entrada de su madre había evitado que ella pudiera acompañar a su hija en su camino. Y ahora estaría sola y asustada, esperando por ella, mientras dejaba con pasividad que la enterraran en aquel agujero oscuro.

—Christie, cariño, debemos marcharnos —le dijo Laura con voz suave.

—No podemos dejarla sola —replicó la joven sin dejar de mirar la tierra mojada, notando por primera vez que la tela del vestido negro se le pegaba al cuerpo y las gotas de lluvia caían por su rostro.

—Pero tienes que descansar, Christina, por favor —le suplicó su madre, obligándola a mirarla.

—Puede asustarse si me voy, debo quedarme con ella —insistió la joven irracionalmente.

—Yo me quedaré —dijo Charles de pronto.

Christina alzó la mirada y le miró frunciendo el ceño.

—¿Ves? Vamos, cariño —musitó Laura, pasando su mano por sus hombros.

La instó a caminar y la joven insistió con algo de reticencia, sabía que Charles cuidaría de Emily, al menos podría confiar en que era un hombre de palabra, él no la dejaría sola. Por eso aceptó la orden tácita de su madre y continuó caminando.



La casa parecía aún más triste de lo que le pareció el primer día que acudió allí tras su boda.

Casi parecía una eternidad de aquello, apenas habían sido unos años, pero se sentía una anciana. Aquel lugar la recibió con una frialdad inusitada, ya que hacía algún tiempo que había comenzado a pensar en aquella casa como su hogar. Pero no lo era.

Emily ya no estaba allí para convertirlo en un verdadero hogar. No había nadie que la llamara mamá, nunca más lo habría. No jugaría nunca más con ella, ni cantarían juntas. No habría que esperar a que despertara de la siesta, ni que la quisiera incondicionalmente.

Ya no era la madre de nadie. Y nunca la escucharía reír.

Las muchachas del servicio pasaban junto a ella y no la miraban, como si no supieran que decirle o como hablarle. La niñera se había marchado, porque ya no era necesaria. No había ningún niño que cuidar. Nunca más.

Caminó con su madre hacia las escaleras, Christina miró hasta el salón, donde su piano parecía esperarla y llamarla. Como si deseara que entonara una nueva nana junto a su hija. Pero no iba a ocurrir nunca más, ¿quién iba a dormirse al sonido de su voz? Ella no era madre.

—Quiero que se lo lleven —musitó la joven mirando el instrumento con rabia—. No quiero verlo nunca más.

—Pero cariño...

—Nada, hazlo lo que te pido, mamá —le ordenó Christina subiendo las escaleras rápidamente.

Entró en su habitación y cerró la puerta con fuerza. Se miró al espejo y apartó a la vista. No le importaba verse fea, con los ojos hinchados o la nariz roja. No quería verse de negro. El negro hablaba de pérdida, de su pérdida... Cogió uno de sus frascos de perfume y lo lanzó contra el cristal.

Se sentó sobre la cama y se abrazó las rodillas, con la espalda apoyada contra la pared.



❀ 7 de junio de 1884 ❀

No sabía muy bien cuánto tiempo permaneció allí sentada, mirando al frente. Recordaba a su madre entrar en la habitación de Emily y quitarle el láudano de la mano. Después apartaron a la niña de sus brazos y no habían permitido que volviera a verla. Su madre le había dicho que era mejor que la recordara como era ella. Viva y alegre.

No le habían permitido estar junto a su pequeña durante el velatorio. No había vuelto a verla y nunca más lo haría.

La casa estaba tan silenciosa que escuchó la puerta de la entrada cerrarse, con un sonido tan fuerte, que retumbó en toda la casa. Christina no sabía qué hora era, quizá era de noche o la hora de comer. No tenía hambre y poco le importaba morir de inanición. Había mantenido las cortinas cubriendo las ventanas y estas impedían que la luz, si la había, penetrara en la habitación.

Unos minutos u horas después, escuchó unos golpes en su puerta, al no recibir respuesta, la persona tras la puerta entró en la habitación. La joven miró sorprendida a Charles entrar allí. Hacía años que él no entraba allí.

—¿Has dejado sola a Emily? —le preguntó la joven con sorpresa.

—Christina, si quedarme allí eternamente fuera la solución para traértela de vuelta, lo haría gustoso, pero lamentablemente no va a ocurrir —dijo él con tono grave y la voz algo pesada.

—Somos sus padres, no podemos abandonarla —insistió ella poniéndose de pie.

—No la estamos abandonando, pero no podemos hacer otra cosa. Deja de hablar de Emily

como si estuviera viva, porque no lo está. Comparto tu dolor, sé que lo que siento no se acerca a lo que sientes tú en estos momentos, pero aferrarte a esa idea solo te hará daño.

—Tú no sabes nada, Charles. Ni sientes nada. Deberías regresar a tu despacho con tus papeles, al fin y al cabo, siempre te importaron más que Emily.

Charles recibió el golpe con más serenidad de la que había esperar. Asintió con seriedad y salió de habitación tan rápido como había entrado. Él no sabía nada, apenas podía hablar de nada.

¿Creía que había perdido el juicio? ¿Qué estaba loca? Quizá lo estaba o lo estaría de un momento a otro.

Regresó al lugar de antes y apoyó la cabeza sobre la almohada con cuidado.



Abrió los ojos cuando escuchó un pequeño ruido. Sintió una ligera caricia sobre su mejilla y se encontró frente a la mirada azul de su madre. Laura sonreía, aunque tenía los ojos rojos e hinchados. Christina percibió un ligero olor a comida, que le revolvió el estómago, lo que le dijo que debían haber pasado varios días desde la última vez que probó bocado, sin embargo, nada le apetecía menos.

—Deberías comer algo, cariño —le suplicó su madre, limpiando las lágrimas que comenzaban a caer por sus mejillas y mojaban la almohada.

—¿Para qué? Yo creía que después de perder a mi bebé, sabía lo que era sufrir, lo que era el verdadero dolor. Pero no lo sabía. No hay nada peor que esto, madre. Ni nada que pueda calmarlo.

—Lo sé, no te estoy pidiendo que lo calmes, ni que lo olvides. Nadie lo hace, solo el tiempo ayuda a sanar las heridas, incluso las más profundas.

—Esta no dejará de sangrar hasta que no la tenga de nuevo a mi lado, mamá. Y solo hay una forma de conseguirlo.

—Por desgracia, tú conoces ese dolor... No me hagas conocerlo a mí también. Christina, no me quites a mi hija, por favor. Quédate conmigo —susurró su madre con voz ronca, mientras comenzaba a llorar.

La joven apartó la mirada de su madre. No quería verla llorar, no quería verla sufrir. Pero tampoco quería continuar viviendo. No de ese modo, ¿qué clase de vida le esperaría? No iba a permitir que Charles retomara sus deberes conyugales, no después de lo que sabía y mucho menos iba a soportar aquella tortura de nuevo. Su existencia sería gris, triste... Como aquel vestido.

—Es como si yo también hubiese muerto cuando ella se fue y debo reunirme con mi niña.



*** 11 de junio de 1884 ***

No había salido de su habitación en aquellos días. Una de las criadas había ido a limpiar los cristales del espejo roto, pero con la misma rapidez que había entrado, se había vuelto a marchar. Había tomado algunos trozos de fruta, ya que su madre insistía en hacerla comer, aunque fuera un poco y amenazaba con quedarse con ella hasta que lo hiciera. Estaba segura de que se había mudado a su casa para estar más pendiente de ella. Sabía que la estaba haciendo sufrir, pero... Le daba igual. No le importaba, sentía su cabeza fuera de su cuerpo. Como si estuviera flotando sobre ella.

Apenas podía dormir. Sentía que no podía recordar la voz de Emily bien, como si hiciera años que no la escuchaba, en lugar de apenas unos días. Quizá Charles tenía razón y estaba comenzando a perder la cabeza. Apoyó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

«De pronto sintió alguien tocándole el hombro y abrió los ojos rápidamente.»

Frente a ella, los ojos grises de Emily la miraban alegres y sonreía con alegría. Christina se levantó rápidamente de la cama y notó que iba vestida con uno de sus vestidos claros.

—Mami, ¿por qué estás dormida ahora? ¿Estás enferma? —le preguntó la niña inocentemente.

Christina apenas podía hablar, por lo que agarró a la niña y la abrazó con fuerza contra ella, acercando su nariz al pelo de la niña, notando su olor particular afrutado. Emily comenzó a removerse entre sus brazos para mirarla a la cara.

—No, no estoy enferma —musitó Christina con dulzura.

—Estás triste porque me he ido, ¿verdad? —susurró la niña, con una sabiduría poco propia a su edad.

—Sí, te hecho mucho de menos, cielo —asintió ella acariciando su mejilla.

—Pero yo estoy contigo, mami. Estoy aquí —dijo ella acariciando el lugar donde su corazón latía con fuerza—. Al lado de mi hermano, le he visto mami y se parece a ti. Es muy bueno y jugamos juntos.

—¿Sí?

—No creemos que seas una mala mamá. Y cuidaremos de ti desde el cielo —le prometió ella abrazándose a su cuello.

—Pero yo quiero ir con vosotros, para que estemos los tres juntos.

—No, mami. La abuela se quedaría sola. Nosotros te esperaremos —susurró ella besándole la mejilla como tantas veces lo había hecho—. Pero tienes que dejar de estar triste, ¿me lo prometes?

Christina asintió rápidamente con la cabeza.»

Christina abrió los ojos de nuevo encontrándose de nuevo sola. La habitación estaba como ella misma la había dejado. No había ocurrido nada. Todo estaba como siempre. Se llevó una mano hasta la mejilla donde Emily la había besado. Había sido solo sueño, pero uno tan real... Casi podía continuar sintiendo sus pequeños labios y sentirla entre sus brazos mientras mantenían aquella conversación irreal.

La joven se levantó de la cama y sintió hambre por primera vez en días. Abrió las pasadas cortinas permitiendo que la luz del mediodía entrara en la habitación. Tuvo que cerrar los ojos unos momentos para no hacerse daño en los ojos.

Abrió la puerta y le pidió a una muchacha que le preparara un baño caliente. Esta acató la orden con rapidez y en menos de quince minutos se encontraba sumergida en la cálida agua. Después se vistió con uno de sus vestidos negros y sujetó su pelo en un recogido que evitando que el cabello le cayera suelto como siempre lo había hecho.

Miró el lazo negro. Aquel lazo que había cosido a cada uno de sus vestidos en señal de luto perpetuo por el fallecimiento de su hijo no nacido. Arrancó uno de otro de sus vestidos y lo colocó debajo del que llevaba puesto. Por Emily.

Sintió algo de presión en el pecho al dirigirse a la puerta. Pero debía hacerlo. Porque se lo había prometido a su hija. Acercó la mano al picaporte y salió de nuevo dispuesta a vivir por sus hijos.

Capítulo 11

❖20 de noviembre de 1884❖

Christina salía agarrada del brazo de su madre de la Iglesia, tras haber escuchado la misa. Era la única salida social que la joven se permitía desde el fallecimiento de Emily. Estaban siendo unos meses muy complicados. La rabia y la negación iniciales habían pasado. En su corazón únicamente persistía la nostalgia y la pena. Sobre todo la pena. Había días en los que pasaba horas enteras observando las cosas de la niña. Había ordenado cubrir los espejos. Miraba el reloj de su habitación, que marcaba la hora de su deceso y deseaba poder retornar el tiempo. Su madre estaba siendo un gran apoyo y si estaba consiguiendo, a veces al menos, levantar la cabeza, era gracias a ella. Prácticamente vivía en su casa, lo que también la había ayudado a no pasar tanto tiempo a solas con Charles.

Su relación con él había regresado a los inicios de su matrimonio. Aquel tiempo en el que apenas se hablaban o se miraban el uno al otro. Además de que la intimidad entre ellos había quedado en el pasado. No había nada que Christina deseara menos y si hubiera tenido ocasión se lo hubiera dicho. No había tenido ni tiempo, ni ganas para retomar aquel tema que había querido tratar con él aquella terrible noche. Quizá lo hiciera.

—Me gustaría ayudar en el orfanato —musitó la joven a su madre, haciendo referencia a los donativos que había pedido el sacerdote—. En nombre de Emily.

—Claro, cariño, estoy segura de que Charles no tendrá ningún problema —asintió Laura con una sonrisa, mientras caminaban de regreso a la casa.

—Lo sé, es un buen hombre... ¿Podríamos tomar el camino más largo? —pidió la joven, aun sabiendo que iba contra las normas de una familia de luto—. No deseo encerrarme aun en la casa.

—Quizá te vendría bien un cambio de aires. Podrías intentar convencer a Charles de mudarnos a Londres.

Christina sabía que eso sería de ayuda. La joven odiaba esa casa, la había odiado en su matrimonio y ahora aún más. Cada esquina y cada lugar le recordaban a su hija, quizá estaba comportándose de forma egoísta de nuevo, pero no deseaba continuar viviendo en una casa donde había perdido a sus hijos. Sin embargo, no podía marcharse dejando allí a su madre. Y así se lo dijo.



Se encontraban tomando el postre cuando decidió que se lo diría. Su madre intentaba charlar sobre lo dicho por el cura en el sermón.

—A mí me gustaría ayudar en el orfanato, Charles, podríamos hacer un donativo —intervino la joven dejando la cucharilla sobre la mesa.

—Como quieras, Christina. Escoger la cantidad que veas suficiente —aceptó él sin dar más problemas, como ella había supuesto.

La joven apartó la vista, estaba segura de que no se los daría. Pero sí había algo que quería tratar con él y debería hacerlo cuanto antes. Quizá era el paso de los días, pero su cabeza cada día

se encontraba más despejada. No serena, ni normal, faltaba tiempo para eso o quizá nunca ocurriría, pero había comenzado a asumir la lamentable pérdida de su hija. Su tumba estaba repleta de flores, lo que le decía que su pequeña se encontraba feliz junto a Dios, como no podía ser de otra forma.

Sus pensamientos cada día eran más ordenados y aunque la mayoría de ellos aún eran sobre Emily, había otros. Hacía una semana que se había dado cuenta de que el joven jardinero aún se encontraba en la casa. Se encontró preguntándose cómo era posible que Charles tuviera esa desfachatez. Y si lo hacía al menos esperaba que tuviera cuidado de no ser descubierto.

Su marido se levantó de la silla cuando terminó de comer y la joven hizo lo mismo, aunque ella aún no había terminado su postre.

—Me gustaría hablar contigo, Charles... ¿Tienes un momento? —preguntó Christina viendo cómo su madre y hasta el propio Charles parecían sorprendidos por su petición.

Era cierto que ellos apenas hablaban desde hacía algunos meses, salvo algunas fórmulas de cortesía y algunos saludos. No se habían sentado a hablar sobre lo ocurrido a Emily, ni siquiera hablaban de ella. Para Christina no era necesario. Aunque la niña nunca abandonaba sus pensamientos, no hablaba mucho de ella, no le gustaba usar las fórmulas de pasado cuando se trataba de Emily. Ella estaba viva en su corazón, aunque Christina aún no pudiera asumirlo y comenzar a hablar de la niña, contar cosas ocurridas en el pasado, solo le hacía más duro intentar seguir adelante. Y su relación con Charles nunca había sido lo suficientemente fluida como para sentarse juntos a charlar de sus tristezas.

Ella tenía a su madre, que estaba portándose como una verdadera santa con ella y él... No sabía qué hacía él, pero el trabajo parecía, a simple vista, su fórmula de escape.

—Sí, claro... —contestó él algo confuso.

La joven le siguió hasta su despacho, sabiendo que su madre no la había perdido de vista, estaba segura de que cuando saliera estaría preparada para hacerle todo un interrogatorio sobre lo que habían hablado.

—¿Quieres hablar sobre la cantidad que quieres donar? —le preguntó Charles amablemente, apoyándose en el escritorio.

—No, estaré de acuerdo con la cantidad que estimes oportuna... Es sobre otro tema, Charles. Aquella noche... yo quería hablar contigo, ¿recuerdas? —comenzó la joven sintiendo un temblor en la voz al hacer referencia a esa noche en concreto y Charles no necesitó más.

—Sí, algo recuerdo... ¿Por qué te inquieta ahora? Han pasado varios meses...

—Lo sé, pero es importante... Es sobre ti... Yo vi algo y quiero que sepas que lo sé, pero que debes tener cuidado. Deberías pedirle a ese joven que se marche.

Charles alzó la mirada repentinamente pálida, pero frunció el ceño, fingiendo no saber a qué se refería.

—¿De qué hablas, Christina? ¿Qué joven?

—¿Vas a obligarme a decirlo claramente, Charles? Sé que el pañuelo pertenece al muchacho, al jardinero. Os vi. Juntos —Christina dio más énfasis a cada palabra, remarcando la gravedad del asunto.

El rostro de su marido se tornó de color cenizo, parecía enfermo. Apretaba los puños con fuerza.

—No sé de qué hablas, creo que estás confundiendo las cosas, Christina. No deseo pensar que el dolor ha perjudicado seriamente tu mente.

—Puedes encerrarme en Bedlem sin quieres, Charles. Pero sé lo que vi y sé que sabes lo que

es. No voy a decírselo a nadie, pero te pido que cuides tus espaldas si no quieres que salir perjudicado.

—¡Deja de decir locuras, Christina! —le gritó golpeando la mesa con el puño—. Regresa a la mesa y termina de comer, antes de que continúes hablando locuras.

—Como desees —asintió la joven, sintiendo la primera emoción en meses.
Fastidio.



29 de noviembre de 1884

Charles se había enfadado realmente con ella. Se había marchado a la ciudad y casi vivía de forma permanente en Londres. Su madre había puesto el grito en el cielo al saberlo, ya que aparentemente ella no podría vivir en la ciudad, algo que necesitaba, a vista de su madre, mucho más que él. Estaba segura de que Charles creía que con su ofensa conseguiría hacerla sentir mal, pero solo había conseguido que estuviera más segura del gran secreto de su marido. Ya que dos días después de su marcha, el propio Philip había renunciado a su trabajo y se había marchado. La joven estaba segura de que había ido tras su amado a Londres para encontrarse con él.

Escuchó unos golpes en la puerta de su habitación y alzó la vista cuando entró a la criada. Traía una nota de su madre. Su padre había sufrido un accidente.



Christina llegó poco después a la casa de su padre. Arthur y su esposa ya se encontraban allí y su madre se levantó rápidamente a abrazarla para recibirla. Aparentemente se había caído del caballo sobre algunas rocas y varias de sus costillas se habían fracturado. Previsiblemente alguna de ellas había perforado uno de sus pulmones y esto lo estaba matando, ya que apenas podía respirar. La joven recibió la noticia con más serenidad de la que cabía esperar. Ya que su padre era solo un mero conocido para ella. Apenas habían pasado tiempo juntos cuando vivía bajo su techo y cuando se casó, el roce había sido nulo. Pero no podía negar que sentía cierta pena. Aunque lo que le daba más lástima era no poder sentirse triste por su pronta pérdida.

Christina sabía que su madre sentía algo parecido. Sus ojos estaban secos y se encontraba algo nerviosa, pero no estaba entristecida para nada.

—Y desea verte a ti —dijo Arthur con rigidez, cuando su madre terminó de contarle lo ocurrido.

La joven miró a Laura con el ceño fruncido, no hubiera imaginado que él quisiera despedirse de ella.

—No ha querido recibir al cura, dice que primero quiere verte a ti —asintió su madre encogiéndose de hombros.

Christina asintió y tomó aire. Hubiera preferido no tener que pasar sus últimos instantes de vida con él. Le recordaba demasiado a la reciente pérdida que ella misma había sufrido.

Tomó varias respiraciones antes de entrar en la habitación donde estaba su padre. Necesitaba darse valor, ya que sería la segunda vez en un periodo corto de tiempo que se despediría de un familiar, aunque este fuera, por desgracia, tan ajeno a ella como cercano.

Christina entró en la habitación y caminó hasta la cama. Su padre aún vestía la ropa de calle, se encontraba manchada de tierra y de sangre. Su respiración era trabajosa y tenía restos de sangre en la comisura de sus labios. El olor metálico de la sangre solo consiguió revolverle el estómago, pero se mantuvo en pie junto a él de forma estoica.

—Buenas tardes, padre, ¿desea hablar conmigo? —preguntó la joven, tomando asiento en la silla que había junto a la cama.

—Quería ver sus ojos por última vez —contestó con voz grave y baja, entre varias respiraciones—. Se parecen a los suyos. Me recuerdas tanto a ella... Cuando nos casamos.

—¿A mamá? —preguntó la joven con una sonrisa, ya que parecía que en algo estimaba su madre a su padre.

—No, no los de esa mujer... Los de mi esposa.

—Mi madre es su esposa, padre —insistió la joven sin entender nada.

—Puedo imaginar que Elizabeth me acompaña en mis últimos instantes si permaneces conmigo —dijo él de forma trabajosa, mientras buscaba su mano.

Christina agarró la mano de su padre. Debía estar delirando, ya que no había otra explicación plausible para que la confundiera con su primera esposa. ¿De qué iba a tener ella los ojos de Elizabeth Whittermore? Esa señora había muerto varios años antes de que ella naciera. Debía quererla mucho, tanto como para pensar que la hija de otra mujer podía parecerse a su esposa.



La joven acompañó a su padre en silencio, un tanto incómoda hasta que llegó el sacerdote. Después ella abandonó la habitación, para darle intimidad a su padre, ya que este necesitaba poner en orden sus asuntos con Dios antes de unirse a él.

Christina se acercó a su madre cuando llegó al salón.

—¿Te ha dicho algo? —le preguntó Laura tomando asiento junto a su hija.

—Hablemos más tarde, madre —musitó la joven mirando a la esposa de Arthur que parecía demasiado pendiente de su conversación.

Sin embargo, aquel tema debería quedar en pausa debido a la entrada de uno de los criados.

Boniface Whittermore murió aquella tarde, en la soledad de su habitación, con la única compañía del retrato de su primera esposa y junto al que fue enterrado, como él había deseado durante tanto tiempo.

Capítulo 12

❀7 de diciembre de 1884❀

Christina se cubrió los labios para evitar soltar una carcajada. Ciertamente no era el momento, ni tampoco era la situación, pero tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reír. Su madre hacía ocho días que se había convertido en la viuda de Boniface Whittermore y ante ella se abría un periodo de reclusión e aislamiento. Como viuda, Laura debía retirarse de la vida social. No podía asistir a reuniones, ni hacer visitas, a no ser que fuera a un familiar muy cercano. Las únicas salidas que se le permitían eran para ir a la Iglesia. Pero quizá eso lo hubiera aceptado la mujer de forma más o menos afable. El problema residía en la indumentaria que debía comenzar a vestir.

Su madre adoraba los colores claros y vivos, sin embargo, ante ella se abría un periodo de casi tres años en los que debería abandonar esos colores. Quizá incluso no podría volver a vestirlo.

La primera etapa del luto consistía en un año y un día, en el que solo podría vestir con trajes de seda o lana de color negro. Debía portar un velo que le cubriera el rostro y le llegaba hasta la cintura. Además, debía olvidar sus joyas, ya que no se permitía que portara ningún tipo de adorno.

El motivo por el que Christina casi ríe de forma nada decorosa era por la expresión que tenía el rostro de su madre mientras observaba su figura ante el espejo de la habitación que le había asignado su hija en su casa.

Laura había decidido cambiar de residencia a los dos días del fallecimiento de su marido, ya que Arthur y su esposa habían hecho posesión de la casa. Boniface había dejado en su testamento una cantidad anual que su hijo mayor que debía dar a su viuda, pero todo lo demás había pasado a sus manos. Y Christina no iba a permitir que nadie dejara a su madre en la calle. Además, ambas preferían vivir la una con la otra y dado que Charles se había marchado después de su conversación, él no pondría ningún problema.

—Tu padre ha muerto para continuar amargándome la vida —musitó su madre acariciando el collar de perlas blancas que adoraba y que no podría volver a vestir hasta dentro de varios años.

—No digas eso, mamá. Tienes buen aspecto, te sienta bien el color —musitó Christina queriendo hacerla sentir mejor.

—No mientas, Christie. Mírame, parezco una anciana —susurró con desazón la mujer sin dejar de mirarse en el espejo—. Mi piel está marfileña y parece que estoy a punto de acompañar a tu padre en la tumba.

—Mamá, al menos algún día podrás dejar de vestir de negro, pero padre continuará donde esta hasta el final de los tiempos —contestó Christina, dando a entender claramente que ella no era la peor parada en todo ese tema.

—Algo tendría que tener de agradable todo esto —asintió ella, obviando el sentido que su hija le había dado a las palabras para tomarlas a su favor—. ¿Aún no tienes noticias de Charles?

—No, creo que se molestó mucho después de nuestra conversación...

Christina no le había dicho a su madre el tema sobre el que había versado aquella

conversación. Ella simplemente sabía que habían hablado y que este se había ofendido, es más, ella pensaba que se había negado a la posibilidad de vender la casa y marcharse a vivir a Londres.

Escucharon unos toques en la puerta y Laura rápidamente cubrió el espejo con una sábana, mientras Christina se levantó de la silla para abrir, encontrándose una de las criadas tras la puerta.

—La señora Terrence ha venido a verla, señora Cornell —Christina frunció el ceño y asintió, cerrando la puerta detrás de sí.

—¿Qué querrá Claudia ahora? —replicó su madre, sentándose sobre la cama.

—Quizá quiera saber cómo te encuentras, mamá —musitó la joven un tanto contrariada.

Lo cierto era que los fallecimientos de Emily y su padre, había pasado tan pocos meses que parecía que una maldición se había cernido sobre ellos. Su madre decía que solo era una mala época, pero como eran fuertes podrían sobrellevarla. Era extraño que Claudia acudiera a verla, ni siquiera se había cumplido el periodo establecido por el fallecimiento de Emily. Apenas habían pasado seis meses y sin embargo le parecía una eternidad...

Sacudió la cabeza intentando no caer de nuevo en el círculo de la tristeza, era demasiado difícil regresar de él.

—Iré a ver que desea —dijo la joven saliendo de la habitación de madre.

Christina bajó la escalera con paso firme y entró en el salón donde la esperaba Claudia, con una chica más joven junto a ella. No se trataba de ninguna de sus hijas, por lo que Christina se sintió aún más confundida.

—Lamento tanto haber venido sin avisar y más en estas circunstancias, querida Christina, ¿cómo se encuentra Laura? Debe estar destrozada... Ha sido todo tan repetido... —se lamentó la mujer después de tomar asiento.

La otra muchacha mantenía la mirada fija sobre su regazo, mientras movía las manos con nerviosismo. Vestía un traje de color negro de lana, parecía que también estaba de luto, aunque ella no portaba velo.

—Lo está, Claudia, le daré tus saludos —asintió la joven.

—Te preguntarás a que se debe mi visita —comenzó Claudia Terrence, la joven asintió, ya que precisamente no se había preguntado otra cosa desde que había llegado—. Ella es mi ahijada, Bianca Porter, acaba de perder a su madre de una larga y penosa enfermedad. No tiene familia, soy lo único que tiene ahora, sin embargo, no puedo hacerme cargo de ella, tengo tres hijas en edad de casarse... Sé que estoy siendo indiscreta, pero... Podrías tomarla a tu servicio, como una dama de compañía, para Laura y para ti. Es una chica educada, aunque de familia pobre.

—Pero yo no... —comenzó a negarse la joven, ya que no esperaba algo así.

Realmente ella no se sentía capaz de cuidar de nadie. Aquella joven tendría unos dieciséis años y convertirse en su protectora conllevaba procurarle una dote y buscarle marido. No podría hacerse cargo, aunque económicamente no tuviera ningún problema, pero moralmente... Christina desvió la mirada hacia la chica. Estaba sola en el mundo y la única persona que podía procurarle un hogar no quería hacerlo. Claudia prefería desprenderse de ella. Debería estar sufriendo tanto, la pérdida de su madre, equiparable a la de su pequeña niña... ¿Qué sería de ella si se negaba? Quizá podría ayudar a su madre...

—De acuerdo, puede quedarse con nosotras —asintió finalmente Christina—. Aunque en estos momentos no seamos una grata compañía.

Sintió un nudo en el estómago cuando la vio suspirar aparentemente de alivio. Al menos podrían pasar las tres juntas sus duelos.

—Nadie cuidará de ti mejor que Christina, Bianca. Ya verás —asintió Claudia dichosa.



❀23 de diciembre de 1884❀

Su madre había recibido a Bianca con agrado. La joven era amable y algo tímida al principio, aunque luego se mostró mucho más comunicativa. No la trataban como a una criada. Hablaban con ella, aunque aún no tenían la confianza suficiente como para tratar con ella temas muy serios. Realizaban las reuniones de lectura entre las tres y comentaban los hechos de la novela. Lo cierto era que en poco tiempo había llegado a tomar aprecio a la joven.

—Mañana podríamos enviar a la señora Parks a comprar un poco de pavo. Aunque no podamos celebrar la Navidad con una gran fiesta como el año pasado, podríamos disfrutar de algo privado —dijo su madre mientras tomaban el té en el salón, frente a la chimenea.

Llovía en el exterior y se agradecía encontrarse a cubierto.

—Nunca he tomado pavo por Navidad, mi madre y yo siempre tomábamos un poco de ensalada y algo de fruta —dijo Bianca con nostalgia, mientras sus ojos comenzaban a brillar por las lágrimas.

—Debes extrañarla mucho... Emily adoraba la Navidad, va a ser la primera que pase sin ella, no sé si tengo ánimo para celebrarla, mamá —musitó Christina, enjuagándose los ojos con el pañuelo.

—Por eso mismo debemos celebrarla, por tu madre y por nuestra pequeña niña. Deberías tocar uno de sus villancicos favoritos —dijo Laura con una sonrisa.

—¿Toca el piano, señora Cornell? —preguntó Bianca con renovado entusiasmo.

—Hace varios meses que no lo hago —dijo la joven mirando a su madre, achicando los ojos.

—Pero lo hace maravillosamente y estoy segura de que no lo has olvidado.

—Madre, ¿si permito que compres el pavo dejarás el tema del piano a un lado?

—Como quieras, querida —asintió su madre.

Sin embargo, las tres se quedaron calladas cuando escucharon la puerta de la entrada cerrarse fuerte de un portazo. Christina se levantó y salió de la sala para ver que ocurría y se encontró con un empapado Charles que se estaba quitando la capa y el sombrero.

—No esperábamos tu visita, Charles —dijo Christina sorprendida.

—Quiero hablar contigo, es importante —dijo él con tono grave.

La joven asintió y caminó detrás de él hasta su despacho. Al pasar junto a su madre y Bianca, se encogió de hombros sin saber nada. La muchacha era la primera vez que veía a su marido, aunque había oído hablar de él en varias ocasiones.

Charles cerró la puerta después de que ella entrara y se apoyó sobre esta. Christina le miró sin comprender lo que ocurría, hasta que dijo:

—Es verdad... lo que me dijiste, es cierto.

Christina soltó un suspiro con calma. Ella imaginaba que lo era, de hecho, lo vio claramente, pero que él fuera capaz de decírselo abiertamente era muy importante.

—Tienes que prometerme que nunca se lo dirás nadie —le suplicó él con cansancio.

—Claro, por supuesto, no podría hacerte eso, Charles.

—Sabía que no lo harías, pero necesitaba escucharlo. Es algo contra lo que no puedo luchar, Christina. Muchas veces he deseado amarte tanto como le quiero a él. Sé que tengo un problema, pero... No puedo luchar contra lo que siento y en muchas ocasiones, tú has sufrido esa frustración. Incluso Emily. Créeme que lo he intentado, pero... Por favor, perdóname.

—No tengo que perdonarte nada, Charles. Yo no lo entiendo, no puedo hacerlo, incluso temo

que alguien pueda descubrirlo, que sufras por ello, por eso te pido que tengas cuidado.

—Gracias, es más de lo que merezco. De verdad te tengo mucho cariño, Christina, pero solo como puede quererse a un hermano. No como a una esposa, no como te mereces.

—No importa, podemos convivir en paz ahora. Nos conocemos y podemos tener una relación amigable.

Charles asintió con un suspiro y la abrazó con cariño. La joven le abrazó también. Al menos él sabía lo que significaba amar a alguien. Aunque no fuera normal, ni correcto. Ella no sería la que dijera lo que debía hacer.



*****24 de diciembre de 1884*****

Charles no iba a marcharse de nuevo. Además, recibió la noticia de Bianca con agrado, Christina estaba segura de que después de contarle su gran secreto, él aceptaría lo que ella le pidiera, por ello estaba tentada a pedirle que se trasladaran a vivir a Londres después de las fiestas, preferiblemente antes del cumpleaños de Emily. No deseaba estar allí en esa fecha, ya de por sí dura, pero lo sería más aún si permanecían en aquel lugar.

—Voy a regalarte mi collar de perlas por Navidad —le dijo su madre al día siguiente, mientras tomaban la merienda—. Es perfecto para tus ojos, los hará brillar aún más.

La joven alzó la vista y suspiró diciendo:

—No es momento aun para collares de perlas, mamá. Al menos no estoy de ánimo para eso.

—Como quieras...

Christina disimuló una sonrisa ante el tono resignado de su madre. Aunque sus palabras le habían recordado a aquella última conversación con su padre. Aquello tan extraño sobre sus ojos...

—Mamá, no he tenido ocasión de hablar contigo sobre algo que padre me dijo cuando quiso hablar conmigo aquel día —comenzó ella con sorpresa—. Lo he olvidado totalmente.

—No sería muy importante —replicó Laura restándole importancia.

—No, no lo es, ya que ciertamente parecía que había perdido un poco el buen juicio. Me dijo que deseaba morir mirándome a los ojos, porque le recordaba a su esposa. Creí que se refería a ti, pero hablaba de Elizabeth Whittermore, ¿no es ilógico? ¿Cómo iba a tener yo sus ojos? No somos parientes... —a medida que hablaba se daba cuenta de que el semblante de su madre iba tornándose más pálido—. ¿Ocurre algo?

—Parece que finalmente ese viejo sí lo sabía... —musitó la mujer para sí en un susurro.

Capítulo 13

Christina no entendió qué quería decir su madre con esas palabras. Era obvio que había hablado más para sí misma que con ella, pero no había podido evitar escucharlas.

—¿Qué sabía? —preguntó la joven después de que su madre guardara unos minutos de silencio.

Laura la miró como si hubiera olvidado su presencia junto a ella y sus ojos se nublaron con algo parecido al miedo. Frotó sus manos entre sí con nerviosismo, como si no supiera que hacer con ellas.

—Estaba segura de que nunca tendría que hablar de este tema —musitó Laura con pesar—. Había asimilado que no habría necesidad, porque no quería que... Me miraras mal.

Christina se quedó perpleja ante aquellas palabras. No imaginaba que su madre pudiera decir algo que hiciera que ella la mirara mal. Era imposible que eso ocurriera.

—Mamá, yo nunca podría quererte menos —susurró la joven, agarrando las manos de su madre que temblaban ligeramente.

Laura la miró tomando un respiro y asintió para sí misma dándole un apretón a la joven en la mano, pero sin soltarlas, como si las necesitara junto a ella para tener fuerza.

—Sabes que me casé muy joven, apenas era una niña. Boniface hacía apenas cuatro años que había enviudado de su esposa. Tenía dos hijos varones que eran mayores, no necesitaban una madre, pero supongo que alguien le dijo que requerían de la presencia femenina. Recuerda esa casa, ya era fría con nosotras allí, imagina con tres hombres —suspiró Laura con algo parecido a la nostalgia en el tono de su voz—. Yo también había perdido a mi madre, murió al darme a luz, mi padre deseaba que fuera lo suficientemente mayor como para deshacerse de mí, por lo que no puso mucho impedimento en casarme con un hombre tan mayor.

»Boniface ni siquiera pretendió ser un buen marido, no voy a hablar bien de él porque esté muerto. Nadie supo entender que por muy joven que fuera, yo era la señora de la casa. No podía cambiar nada de lugar, porque Elizabeth había decidido antes de morir que ahí debía estar. Yo era una intrusa... Una querida con nombre de esposa, que únicamente servía para calentarle la cama —Christina sintió un nudo en el estómago al escuchar aquellas palabras tan duras que su madre dirigía contra sí misma. Podía ver claramente cómo se había sentido ella en esa situación—. Entonces me quedé embarazada, no me agradó. No lo quería... Pero no pongas esa cara querida, perdí ese bebé, como tú aquella vez, solo que no lo sentí en absoluto. Y a Boniface tampoco le importó, él tenía a sus hijos. Al afable Arthur, ya sabes cómo es, digna copia de su padre, pero también estaba James, dicen que los padres no tienen favoritos, pero él sí lo tenía. Alto, esbelto, fuerte, de cabello rubio y ojos claros, era una réplica en masculino de su madre. E incluso en el carácter, era un hombre culto y leído. Adoraba la poesía y la música. Tocaba el piano como los ángeles. Boniface y Arthur se encargaban de los viajes y James siempre se quedaba en el aserradero. Yo estaba recuperándome de aquello cuando volvieron a marcharse. Y me quedé en esa casa hostil sola... con James.

Christina recordaba tímidamente a su hermano mayor. Era algo que incluso había notado de pequeña. Ella misma siendo joven se había sentido apartada de aquella familia, en aquella casa. En una ocasión rompió uno de los platos de la vajilla de Elizabeth Whittermore y la señora Greene quiso golpearla, si no hubiera sido porque James llegó y salió en su defensa, lo habría hecho. Le había hecho prometer que no se lo diría a su madre y nunca lo había hecho. Le hubiera gustado que él continuara entre ellos, estaba segura de que habría sido un consejero excepcional y mejor hermano que Arthur.

—Recuerdo que era muy amable con nosotras, mamá. Si se parecía a Elizabeth tanto como dicen, estoy segura de que era realmente una buena mujer —musitó la joven con una sonrisa.

—Yo lo supe entonces. Habían pasado unos meses de mi matrimonio y apenas tenía relación con los hijos de Boniface, siempre estaban trabajando. Pero durante aquellas semanas tuve la oportunidad de conocer a James mucho mejor, él solo era un año mayor que yo... Su compañía se me antojaba muy agradable y fue el único que pareció preocuparse por mí y yo... Me enamoré.

Christina regresó la mirada a su madre cuando escuchó aquellas palabras. No habría esperado algo como eso. Recordaba que ella había sentido su muerte, pero... Entonces regresó a su mente una conversación que ambas tuvieron cuando hablaban de su propia insatisfacción matrimonial. Su madre le había dicho que había sido infiel a su padre y ese hombre debía ser James.

—Mamá... —susurró la joven con perplejidad.

—Lo sé, sé lo que piensas. Pero no me juzgues tan rápido, Christina. Tú sabes lo complicado que es un matrimonio así. No me avergüenzo de nuestro amor, porque me ha dado cosas maravillosas. James fue y será el amor de mi vida. Hace años que soy viuda en realidad. Nunca deseé tanto vestir de negro como cuando él murió.

Laura hablaba con tal pasión, con tanta pena, que Christina no podía juzgarla, ¿quién era ella para erigirse jueza moral de nadie? ¿Acaso ella estaba libre de pecado?

—Sabes que no te juzgo, mamá, solo debes comprender que... me sienta sorprendida —musitó la joven relajando el semblante—. No puedes esperar que me quede como si nada después de una confesión así.

—Sé que no lo haces, porque eres dulce y buena como... —Laura se detuvo en su discurso y se removió inquieta sobre la silla—. James y yo comenzamos una relación que duró el tiempo que Boniface estuvo de viaje. Nunca he sido tan feliz en mi vida, aún no consigo saber cómo los criados nunca se dieron cuenta de sus visitas nocturnas. Cuando Boniface avisó de su regreso, James dijo que iba a hablar con él, deseaba expresarle lo que ocurría, que nos amábamos y que estábamos dispuestos a permanecer juntos, con su favor o sin él, pero que, de un modo u otro, nos marcharíamos.

—¿Padre no lo permitió? No imagino como debiste sentirte, debió ser terrible...

—No, no fue Boniface quien lo impidió... Fui yo, yo le pedí a James no lo hiciera —la interrumpió Laura de forma tajante—. Le dije que debíamos dejar de vernos y que lo mejor era olvidar lo que había ocurrido entre nosotros.

—¿Por qué? Si tú le amabas, mamá —replicó Christina con fastidio.

—Porque no podía, Christina. La vida con James sería difícil, muy dura y yo lo habría soportado por amor... Pero el amor no da de comer y necesitaba esa seguridad y solo podía procurármela Boniface. No podía ser egoísta, debía pensar en alguien más aparte de mí.

—No entiendo, mamá, ¿quién era más importante para ti como para rechazar al amor de tu vida?

—Tú —susurró la mujer cubriéndose el rostro con ambas manos—. Era joven, pero no tan

tonta como para desconocer la crudeza del mundo y yo debía protegerte. Y que Dios me perdone, pero en aquel momento, la única persona que podía procurarte un hogar y comida era si Boniface creía que debía hacerlo. Le hice creer que eras... suya.

Christina se levantó de la silla y comenzó a caminar por el salón. No podía creer que todo aquello fuera cierto y al mismo tiempo... Todo parecía encajar de forma sorprendente. Su pa... Boniface nunca la había querido como a una hija, de hecho, la internó en aquel colegio en Francia en cuanto pudo. Su madre creía que él no lo sabía y había ido descubriendo el parecido con su difunta esposa con el paso de los años... ¿Cómo no iba a parecerse a su abuela? Y James, siempre se portó amable y cariñoso con ella.

—¿Él lo sabía? —susurró la joven un tanto dolida—. James, ¿sabía que yo...?

—No, no durante mi embarazo, al menos. Él se sintió muy dolido por eso, hice creer a todo el mundo que habías nacido antes de tiempo, tuve suerte, no fuiste un bebé muy grande. Pero luego sí lo supo. Solo tuvo que ponerte la vista encima, un día le encontré en tu habitación y te sostenía en brazos. Boniface nunca lo hizo y sin embargo él siempre intentaba pasar tiempo contigo. Nunca me perdonó mi cobardía... Pero yo no quería que te ocurriera nada, pensaba que Dios podría castigarme, porque no había sentido pena por el primero y tú eras... el centro de mi mundo, lo más importante para mí. Y para James, él te adoraba, Christina.

—Siempre sentí ese cariño, él siempre fue muy bueno conmigo —musitó la joven, sintiendo cierta... paz. Era algo extraño, ya que aparentemente Boniface era su padre, pero no había terminado de encajar con él. Ni siquiera había sentido mucho su muerte, al contrario que había ocurrido con James, que había sido una experiencia francamente dolorosa.

—Me engañé a mí misma, diciéndome que Boniface nunca lo descubriría, pero cuanto más crecías menos te parecías a mí o a él. Te encantaba recitar, cantabas y tocabas el piano como un ángel y él lo sabía. La relación de James y su padre se fue enfriando en los últimos años, sobre todo cuando decidió enviarte a Francia. James era el que pagaba mis viajes para visitarte, para que no te sintieras sola. Creo que Boniface siempre lo supo y fue por la memoria de su esposa y James que nunca dijo nada.

Christina estuvo de acuerdo en ese punto con su madre. Comprendía por qué su relación paterna nunca había terminado de cuajar y el simple motivo era que no se trataba de una relación semejante. Él hizo lo que su madre esperaba, procurarle comida y un techo, pero nunca cariño.

—Sé que actué mal y sé que no me merezco pedírtelo, pero ¿podrás perdonarme? —le suplicó Laura juntando las palmas de sus manos frente a su rostro.

La joven se acercó a su madre y la abrazó, mientras sentía que su madre comenzaba a llorar desconsoladamente.

—Yo no tengo que perdonarte nada, mamá, por supuesto que no —susurró la joven, consolando a su madre.

Al menos ella había conocido el amor, ni siquiera era capaz de imaginar lo que hacía sentir aquella sensación como para cometer aquellas locuras, parecidas a las que se decían en los libros.



Su madre se había salido con la suya y había conseguido realizar una cena más o menos ostentosa. Ella y Bianca se habían atrincherado en la cocina, junto a la señora Cooper para preparar una cena algo refinada, aunque estaba lejos de ser una gran reunión de sociedad.

Christina había terminado accediendo al plan de su madre, ya que se había sentido francamente bien al conocer aquel detalle de su historia. Desde que había conocido la verdad, que James era su padre, en lugar de su hermano, no había podido dejar de pensar en su rostro.

Intentaba rememorar sus rasgos, aunque era una tarea un tanto complicada debido al paso de los años. Al menos este se había marchado junto a su madre, quizá incluso estaba con Emily y su bebé. Sabía que era un pensamiento un tanto extraño para tener en Navidad, pero no podía evitar sentir esa pena en su corazón. Además de conocer la verdad sobre su madre, aún residía en ella la pérdida de Emily. Quedaban unas tres semanas para el que habría sido el cuarto cumpleaños de su pequeña. Tan solo imagina que debía encerrarse en aquella casa, donde respiraba, sentía y soñaba a Emily, le parecía una tortura inimaginable. Quizá estaba siendo una desconsiderada o una cobarde, mas no le importaba. Comenzaba a necesitar urgentemente abandonar aquella casa.

Era posible que los meses comenzaran a hacer mella en ella, pero lo que en un principio había sido un refugio para su pena, se estaba convirtiendo en una cárcel.

—¿Te encuentras bien, Christina? —le preguntó Charles.

Ambos esperaban que su madre y Bianca avisaran que la cena estaba servida para dirigirse hasta el salón.

—No deseo continuar viviendo aquí—musitó la joven, armándose de valor, ¿por qué debía andarse con medias tintas?

—Creía que te agradaba la casa —contestó Charles frunciendo el ceño.

—Nunca me ha gustado, pero desde... Emily, he comenzado a sentirme incómoda de verdad. Y no es solo la casa, en el pueblo todo el mundo nos conoce y... Con mayor o menor acierto, siempre aluden al tema de nuestra reciente pérdida.

—¿Crees que si nos marcháramos sería más fácil para ti? —preguntó Charles con suavidad, la joven le miró impresionada, ya que no esperaba aquella concesión por su parte, la joven asintió simplemente.

Aquella noche, mientras tomaban el postre, Charles les comunicó a las tres que pasadas las Navidades trasladarían su residencia a la bulliciosa ciudad de Londres.

Capítulo 14

❖ 13 de febrero de 1886 ❖

Christina revisaba una a una las invitaciones que había recibido aquella semana. Mudarse a Londres había sido una de las mejores decisiones que habían tomado. Su madre aún vestía de luto, aunque ya no de forma tan rigurosa y podían pasear tranquilamente por los parques y las calles de la ciudad. Siempre se encontraban bulliciosas de gente. Vivían en una zona de clase media de la ciudad. Cuando se habían trasladado había tenido claro que era algo bueno. Había tenido razón al pensar que su tristeza se calmaría de forma más sencilla si cambiaban de aires y así había sido.

Su relación con Charles era de lo más pacífica. Él había cambiado considerablemente, quizá debido a que ella ya conocía su profundo secreto y actuaba de forma más relajada. De cualquier modo, no habían vuelto a hacer vida marital desde que ella quedó embarazada de Emily y para Christina era algo impensable, no solo por lo que sabía de su marido, sino por otro motivo mucho más profundo. Lo que ocurría entre las sábanas acarreaba muchas veces consecuencias y podían ser dolorosas. También había notado el cambio de conducta en Charles, ya que no ponía reparos en asistir con ella a las fiestas. Se sentía como si la estuviera resarcido por lo que ella conocía de él, un modo de disculpa.

—No asistiré a la reunión de té de la señora Gardiner —musitó la joven, retirando la invitación y entregándosela a Bianca—. Escríbele una nota disculpando mi ausencia.

—Sí, señora, ¿y la recepción de los señores Madison? —preguntó Bianca, tomando nota en uno de los papeles que tenía frente a sí.

Su vida social era ajetreada, pero no se quejaba. Ella así lo había querido. Había utilizado los primeros meses en Londres para recomponerse y había llegado a la conclusión de que continuar entristecida por lo ocurrido no era conveniente. Emily viviría siempre en su corazón, como lo hacía su otro hijo. Nada podría arrebatárselos. Era lo que pensaba cuando se levantaba cada mañana. Era amiga de grandes señoras de la sociedad, incluso de algunas aristócratas menores. Además, entre sus invitados regulares estaban incluidos hombres de letras y personas influyentes. Sabía que, si Charles no fuera alguien medianamente importante, poca gente la aceptaría, pero estaba feliz con eso. Tomaba el té con grandes señoras y la trataban como a una igual. Incluso les habían invitado a sus casas de campo a pasar algunos fines de de semana.

Y su madre se sentía orgullosa por eso. Desde que había nacido había tenido esa aspiración para ella y, aunque había sido doloroso el recorrido, al fin podía decir que se sentía feliz con lo que tenía. Aunque no podía evitar recordar la historia de amor de sus padres y junto a ese recuerdo acudía a ella una sensación de nostalgia e insatisfacción. Pero no podía quejarse de lo que tenía, debía ser agradecida a Dios por todo lo que le había dado. Le había dado unos hijos maravillosos, aunque no los había tenido con ella mucho tiempo, pero al menos había conocido lo que significaba ser madre. Algunas de sus nuevas amigas desconocían lo que era eso, ya que no conseguían concebir, al menos había podido llamarse *madre*.

—¿Es la semana que viene? —preguntó ella retomando el tema de los Madison, Bianca afirmó

—. Sí, asistiré a esa, supongo, espero que haga mejor tiempo.

Christina se levantó de la silla y se asomó por la ventana. Llovía de fuertemente en la calle y apenas tenía ganas de salir de la casa, era obvio que no podría asistir a la reunión de té de la señora Gardiner.

—¿Qué excusa le pongo a la señora Gardiner?

—Dile que estoy un poco resfriada —repuso ella con una sonrisa pícaro, mientras su mirada se desviaba hasta el piano que había en el salón.

No había conseguido deshacerse de ese instrumento. Parecía que la seguía allá donde iba. Había pedido varias veces que lo retiraran, pero su madre parecía negarse a hacerlo. Decía que podía arrepentirse de esa decisión tan radical y luego podía ansiar recuperarlo. No recordaba cuál había sido la última pieza que había tocado. Pero estaba segura de que había sido con Emily en su regazo. Tocar nunca sería lo mismo...

—¿Añora tocar? —le preguntó Bianca, a la que no se le había escapado la mirada que Christina dirigía al instrumento.

—He olvidado cómo se hace —musitó la joven tocando la delicada madera que formaba el aparato.

—Estoy segura de que, si lo intenta de nuevo, será como si nunca lo hubiera dejado de hacer —musitó la muchacha retomando su tarea.

Christina no podía negar que la compañía de Bianca la había ayudado. Era una joven locuaz e inteligente. No tenía pretensiones de ningún tipo. Su madre decía que ella parecía feliz de envejecer junto a ellas, como tres solteronas ancianas. Bianca reía ante eso, pero lo cierto es que no mostraba interés por ningún joven y no era por falta de dote, ni de pretendientes. Tanto su madre como ella había prometido procurarle una generosa dote para que no tuviera que casarse con cualquiera y había varios jóvenes interesados en ella, o en su dinero, pero ella no los quería y Christina no iba a obligarla a nada. No iba a hacer lo que su padre hizo con ella y si era deseo de Bianca permanecer con ellas, no le importaba. A ella no le estorbaba.

—Nos quedaremos con la duda... —susurró la joven apartándose del sitio.

La puerta del salón se abrió de pronto, dando paso a una acelerada Laura que parecía no poder contener el aliento.

—¡No podéis imaginar lo que me han contado! —exclamó exaltada, mientras se sentaba en el sofá.

—¿Es una mala noticia, señora Laura? —preguntó Bianca santiguándose.

—¡Todo lo contrario! ¡Es una noticia maravillosa!

—Pues habla de una vez, mamá —le urgió Christina tomando asiento junto a ella.

—He visto a Jane Mortimer a la salida de la Iglesia, me ha dado recuerdos para ti, querida. Pero me ha dicho que se va a celebrar una fiesta de máscaras en dos semanas —dijo su madre como si fuera una gran noticia.

—¿Y qué?

—¿Cómo que *y qué*, Christina? —repitió su madre con tono burlón—. La gran noticia es que la va a celebrar los duques de Harford, querida. Va a asistir *la crema y nata* de la sociedad inglesa.

Christina frunció el ceño. Había oído hablar de los duques de Harford, más bien había escuchado la fama del duque y no era muy halagüeña, nunca se lo habían presentado y ella apenas le había visto, ni siquiera podía formar su rostro en su cabeza. Los aristócratas solo se mezclaban entre ellos y aunque fuera una fiesta a la que le agradara ir, estaba segura de que no la invitarían.

—¿No has recibido la invitación, querida? —preguntó su madre mirando varias veces las notas que había sobre su mesa, después de revisarlas tres veces las dejó caer con un bufido—. No lo puedo creer, estaba segura de que te invitarían.

—No tienen por qué hacerlo. No estamos a su altura —musitó la joven, arreglando una arruga inexistente de su falda.

—¡Eres la mejor anfitriona de todo Londres! Incluso mejor que esa señora, estoy segura de que es un error. El señor Mortimer trabaja en el parlamento con Charles y si les han invitado, vosotros no podéis ser menos.

—El señor Mortimer está en la Cámara Alta, mamá. Es un *lord* —la corrigió la joven amablemente.

—Te garantizo que llegará, solo va a tardar unos días más —se convenció la mujer, ya que, aunque ella no podía asistir a la fiesta, quería que fuera su hija.

Christina miró a Bianca y se encogió de hombros, cuando los días comenzaran a pasar sin noticias, ella misma caería de su nube.



✿ 17 de febrero de 1886 ✿

—Pobre señora Laura —se lamentaba Bianca, mientras caminaban entre las calles de Londres, en dirección a la Iglesia.

Christina suspiró con pesar, ya que como era obvio la invitación no había llegado a su casa y aunque no hacía muchos días de que su madre comenzara a esperarla se había sentido lo suficientemente desdichada como para quedarse en la cama, no había deseado levantarse, ya que se sentía poco más que desagraviada.

—Debió hacerme caso cuando le dije que no debía emocionarse con esa fiesta —dijo Christina con tono reprobatorio—. Siento que es como una niña pequeña.

—Pero ella estaba tan entusiasmada con el baile de máscaras... —se quejó de nuevo Bianca.

—Lo sé, lo sé...

De pronto Christina notó un empujón en la espalda y alguien tiraba de su bolsa. Ella comenzó a luchar para evitar que aquel ladronzuelo se la arrebatará, escuchó a Bianca comenzar a gritar para llamar al guardia. La joven notó un dolor repentino en el brazo y el hombre consiguió arrebatarse la bolsa y huyó después de empujarla. Se llevó una mano al brazo y vio que tenía una herida que sangraba bastante. No le agradaba el olor metálico de la sangre y comenzaba a marearse.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó una voz grave junto a ella.

Christina alzó la vista, mientras escuchaba los gritos histéricos de Bianca pidiendo auxilio. El hombre junto a ella le sonreía amablemente, aunque la miraba con algo de cinismo. Tenía los ojos azules, más oscuros que los suyos y el pelo cobrizo, algo rizado, aunque lo llevaba corto. Olía a... Negó con la cabeza, intentando recomponer sus pensamientos.

—Parece que está herida, ¿puede ponerse en pie? —le preguntó de nuevo de forma más lenta, como si ella fuera incapaz de comprender el idioma.

—¿Sabe si se ha golpeado la cabeza? —preguntó otra voz masculina [CPR3] más lejos de ella.

—Sí, puedo sola —asintió la joven, aunque él la ayudó sin mucho esfuerzo.

Christina se sorprendió al notarle tan alto, pero también se fijó en el otro joven que estaba junto a Bianca, que la miraba con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Debería curarle eso, mi amigo es médico, si no tiene inconveniente, podría ofrecerle mi casa para que la ayude —dijo él manteniendo el tono educado.

Christina iba a negarse, pero se percató del gran cúmulo de personas que había a su alrededor congregadas debido al incidente.

—No deseo importunarles —musitó la joven preparando su negativa.

—Insisto, señorita, como médico prometí curar a los heridos, no me haga faltar a mi palabra —dijo el otro joven. Su gesto era más relajado que el del primero, también tenía los ojos claros, pero estos eran grandes y expresivos, era moreno y tenía los labios gruesos, además era varios palmos más bajo que el primer caballero, cuya presencia aún se hacía notar junto a ella, pese a que no había hablado.



Quizá había sido las ganas de apartarse de toda esa gente o la insistencia de Bianca lo que había conseguido que aceptara la ayuda de ambos caballeros, aunque sabía que no era algo galante. La casa del hombre era más grande que la suya y estaba bellamente decorada con madera oscura y seda. El médico procedió a curarla en el salón de la casa, los sofás eran de color blanco y las lámparas tenían adornos dorados.

—¿Le duele? —le preguntó el médico después de comenzar a coserle la herida.

—Un poco —dijo la joven queriendo reír por aquel eufemismo.

El hombre castaño se sentó junto a ella y le ofreció su mano.

—Apreté fuerte cuando le duela —le dijo él suavemente.

Christina miró su mano y luego sintió de nuevo otro pinchazo, sin saber cómo se vio tomando aquella mano suave y grande entre la suya. Su mano parecía diminuta a su lado y estaba segura de que él apenas sentía sus apretones. Frunció el ceño de dolor cuando volvió a sentir una nueva punzada. Se vio tentada a mirar hasta la herida, donde el metal se clavaba en su carne, pero él lo evitó preguntando:

—¿Cuál es su nombre?

—Christina... Christina Cornell —susurró la joven con un pequeño gesto de dolor.

—Encantado Christina, mi nombre es Nicholas —continuó él amablemente, queriendo apartar su atención de su herida—. Le prometo que atraparan al maleante que la ha atacado, señorita.

—Es *señora*, señora Cornell —le rectificó ella, sintiéndose en la obligación de hacerlo.

Sentía una especie de hormigueo extraño en sus dedos, él masajeaba sus nudillos como si quisiera infundirle seguridad. Charles nunca se había mostrado tan atento en ninguno de sus partos o cuando se había refriado... Sacudió la cabeza y soltó la mano del hombre de forma un tanto brusca.

—Todo listo —dijo el médico sacándola de sus pensamientos—. Me gustaría revisársela de nuevo en unos días, señora Cornell y cambiarle el vendaje.

—No es necesario que se moleste, puedo llamar a nuestro médico habitual —musitó la joven, levantándose del asiento y sin mirar otro hombre. Deseaba marcharse cuanto antes.

—Como quiera —aceptó él sin ofenderse aparentemente.

—Pero no se negará a que uno de mis coches las lleve a su casa, señora Cornell. No creo que sea adecuado caminar en su estado —intervino Nicholas—. Me ofenderá si lo rechaza.

—Se lo agradezco —asintió ella haciéndole una señal a Bianca para que se acercara a ella.

El coche apareció enseguida ante la puerta y aquel hombre, Nicholas, la ayudó a subir con amabilidad. Se despidió de ella con una sonrisa suave y la joven evitó mirar hacia atrás, ya que podía notar la mirada de aquel hombre sobre ella.

Miró la mano que él había agarrado tan dulcemente, como si se tratara de un viejo amigo. Qué cosa tan absurda.



❀ 18 de febrero de 1886 ❀

Laura había puesto el grito en el cielo cuando la vio herida, incluso pasó por alto que ambas habían estado en compañía de dos desconocidos. Fue como si ese accidente consiguiera abandonar la decepción por no haber sido invitada a esa famosa fiesta, incluso Charles se había mostrado preocupado cuando se enteró y envió que llamaran de nuevo al médico, este miró el vendaje y le dio su visto bueno, algo que consiguió aplacar a su marido. Pero no se mostró tan solícito como aquel hombre. No podía exigirle nada a Charles, ni ella quería ninguna muestra de cariño por su parte sin embargo...

Christina tomó las cartas que habían llegado a su casa aquel día, había varias para Charles por lo que las puso a un lado. Sin embargo, una de ellas estaba dirigida a los *Señores Cornell*, parecía una invitación ribeteada en oro.

La joven la abrió frunciendo el ceño, ya que desconocía que podía ser.

Los Duques Harford tienen el placer de invitarles al Baile de Mascarás que se celebrará el próximo día 23 en el 12 de Berkeley Square, a las siete. Esperamos su presencia. Pasen un buen día.

Laura leyó a la invitación por encima de su cabeza y comenzó a gritar con alegría.

Capítulo 15

❀ 20 de febrero de 1886 ❀

Laura se sentía pletórica de felicidad, había comenzado a idear el vestuario perfecto para que su hija deslumbrara en la fiesta. Christina se había tomado la invitación con algo más de calma, nunca hubiera esperado recibirla, sencillamente porque pertenecía a una clase social diferente. Su madre siempre había deseado relacionarse con marquesas, condesas o duquesas y había querido cumplir ese sueño a través de ella.

Lo primero que había decidido era que debían apremiar a una modista para que terminara el vestido a tiempo. Sería de un color dorado claro, con las mascara a juego, bastante sencilla. Laura decía que su verdadera belleza radicaba en la sencillez. Y Christina estaba de acuerdo, tampoco quería asistir como si se tratara de una alborotadora. Ella se sentía bastante nerviosa, ya que codearse con personas ilustres como aquellas era de lo más complicado, estaba segura de que permanecería junto a Charles toda la velada, hasta que llegara una hora decente a la que pudieran marcharse sin faltar al respeto.

Convencer a su marido no había sido muy complicado, a Charles no le agradaban las grandes fiestas, pero no era tonto, sabía que tener una bulliciosa vida social era clave para su carrera política, ya que estaba cerca la reelección y deseaba no perder su sitio en la Cámara Baja del Parlamento.

Christina se encontraba cosiendo dos pequeños lazos negros en la parte izquierda de su vestido de fiesta que acababa de llegar, era un ritual que seguía siempre que compraba un nuevo vestido y lo haría hasta que Dios finalmente la llamara a su lado y, por ende, junto a sus hijos.

—Querida, ¿es necesario que los llesves? —preguntó Laura con voz suave, con algo de tacto.

—Sí, madre, es necesario y no hay discusión posible en cuanto a eso —replicó la joven sin levantar la vista de su tarea.

—Como quieras, querida —asintió su madre sin dar más réplica.

Bianca entró en el salón en ese momento cargando un pequeño paquete y cerró tras de sí.

—Señora Christina, un muchacho ha traído esto para usted —musitó la muchacha dejando el paquete junto a ella.

Christina lo miró y terminó de dar la última puntada del segundo lazo en su vestido y entonces lo dejó a un lado del sofá, tomando con una mano el paquete que le habían traído.

—¿No pone de quién es? —preguntó Laura con intriga.

—No... —musitó Christina abriéndolo con cuidado.

En su regazo apareció la bolsa que aquel maleante le había robado el día que fue herida. La joven no se explicaba cómo había llegado hasta ella de nuevo, la había dado por perdida desde el mismo instante en que se la habían quitado. Miró en su interior y notó que también estaban las monedas que llevaba ese día.

—Vaya, ¿habrá sido la policía? —preguntó Bianca encogiéndose de hombros.

—Es posible...



❀ 23 de febrero de 1886 ❀

Charles salió antes de que ella del carruaje y se giró para ayudarla. Christina se sorprendió al ver a todas las personas que comenzaban a llegar a la gran casa, además de las que ya había en el interior. La casa de los duques de Harford era una mansión enorme. No estaba situada en el centro de Londres, aunque estaba en una de las zonas más ricas de la ciudad. Era una de esas casas que causaban envidia por doquier. Tenían unos amplios jardines.

El duque de Harford era uno de los nobles más poderosos, ricos e influyentes de la ciudad. Pocas personas daban un paso en un negocio sin que él lo supiera. Era dueño del banco más importante de la ciudad, además de poseer varios comercios en alquiler y varias casas por la ciudad. Además, tenía cuatro grandes propiedades en el campo. Se decía que escondía en cada una de ellas a una amante y que las visitaba según la estación del año.

De su esposa, Eloise Mansfield, lady Harford, apenas se hablaba, si no era para enviar la agradable vida que llevaba en la casa de campo que tenían en Gales. Ella vivía allí la mayor parte del año, aunque iba a Londres de visita siempre para celebrar aquellos bailes y también para conocer de las andanzas de su marido. Christina se preguntaba cómo sería la vida de una esposa en esas condiciones.

Lo que todos los rumores señalaban era que el duque era un don Juan y nadie conocía cómo era para su esposa todo aquello.

La joven miró a su rechonchete marido y agradeció no tener que preocuparse por sus amores y escauceos furtivos. Imaginaba cómo podría haber sido estar enamorada de él y conocer de su rareza.

Todos los invitados llevaban el rostro cubierto por máscaras de distinta forma y eso fue algo que la joven agradeció, ya que le daba un anonimato y la posibilidad de observar con mayor seguridad a la que gente que se congregaba allí. Esas personas que hablaban con pomposidad y elegancia tomaban bebidas caras y que parecía que tenían el destino del mundo en sus manos.

—¿Deberíamos saludar a nuestros anfitriones? —le preguntó Charles un tanto avergonzado, mientras tomaban un poco de champán en una esquina del gran y atestado comedor.

—¿Sabes quiénes son? —preguntó la joven alzándose en sus pies para ver un poco mejor por encima de sus cabezas.

De pronto todo el mundo guardó silencio y una voz se destacó entre la multitud. Un hombre alto y elegante, hablaba dándoles la bienvenida. La joven estaba segura de que debía ser el duque, era más joven de lo que creía y su esposa, se encontraba junto a él. Había una distancia reseñable entre ellos, como si evitaran rozarse y cuando terminó de hablar ninguno de los dos hizo amago de acercarse al otro.

—Él debe ser, le he visto en alguna ocasión. Ha ido de oyente al parlamento, tiene bastante poder en la Cámara Alta, pese a no tener un asiento —le explicó Charles, mientras ambos le observaban.

El duque se encontraba hablando con algunas personas a su alrededor y de vez en cuando, alzaba la mirada entre la multitud como si estuviera buscando a alguien. La joven se preguntó si habría perdido de vista a su esposa, pero esta se encontraba a su izquierda.

Comenzó la música y varias personas comenzaron a bailar en el centro de la sala. Christina se sorprendió al notar el desinhibiendo que les ofrecía tener los rostros cubiertos y que apenas fueran reconocibles.

—Bailemos, Charles —le pidió la joven a su esposo, para al menos pasear por la sala y dejar

de encontrarse escondidos tras esa columna.

—Sabes que odio bailar, Christina —refunfuñó su marido, mientras ella tiraba de su mano hasta el centro de la pista.

—Permite al menos que luzca mi vestido —susurró junto a su oído situándose junto a otra pareja, mientras comenzaban a sonar los compases de la nueva canción.

Lo cierto era que Charles no sabía bailar, era como un animalito recién nacido aprendiendo a andar. La joven agradeció que no se le viera el rostro, ya que, en su torpeza, Charles apretaba el lugar donde se encontraba su herida y se disculpaba después, para repetir la acción.

Si hubiera continuado bailando con él hubiera terminado manchando su vestido con sangre, pero era consciente de que no lo hacía con malicia. En otros tiempos le hubiera maldecido por aquello, sin embargo, no podía evitar sentirse algo protectora con él, como si fuera un pequeño infante huérfano, algo patoso.

La canción terminó poco después y Charles la sacó de la pista de baile. Christina sonrió disimuladamente, ya que estaba segura de que su marido no repetiría aquella hazaña dos veces seguidas, ni siquiera dos veces en la misma noche.

—Disculpe —dijo una voz masculina junto a ellos, que ya se encontraban alejados del resto de bailarines.

Christina alzó la vista y se sorprendió al ver al mismísimo duque de Harford frente a ellos, solicitando su atención. De cerca, pudo ver sus ojos de un color azul oscuro... que le resultaron familiares. No se dio cuenta del silencio que se hizo en la sala durante unos segundos, para después comenzar de nuevo el bullicio.

—Excelencia —susurró Charles con un tono complaciente, que nunca le había oído usar, a la vez que inclinaba la cabeza.

Christina realizó una reverencia de acuerdo con el protocolo necesario.

—¿Sería muy inoportuno por mi parte si le pido el siguiente baile a su esposa? —dijo él en un tono ligeramente burlón, alargando la mano hacia ella.

Christina frunció el ceño, pues aquella voz le resultó también conocida, ¿dónde la había escuchado antes?

—Por supuesto, excelencia —asintió Charles, colocando su mano enfundada en un guante, sobre la del hombre.

La joven se sorprendió al notar con qué facilidad Charles había cambiado el tono aburrido a uno más considerado, nunca hubiera imaginado que se atribulara con esa facilidad ante un hombre importante o quizá simplemente le agradaba el hombre, en un sentido más literal.

Sin tener tiempo a reaccionar, la joven se vio arrastrada de nuevo a la pista de baile, cuando comenzó a sonar una balada más lenta que la anterior. El duque colocó su mano recatadamente en su espalda y su mano junto a la suya, comenzando a moverse con suavidad.

Christina le miraba confusa directamente a los ojos, sin importarle la etiqueta, intentando adivinar dónde le había visto antes.

Él sonrió abiertamente, como si supiera lo que trataba de hacer.

—Espero no hacerle daño en su herida, ¿aún le duele? —le preguntó cerca de su oído.

Entonces Christina supo de quien se trataba, ese hombre que la había ayudado y en cuya casa había sido curada, cuya mano había rechazado de forma desconsiderada era ni más ni menos que el duque de Harford.

—No, apenas lo noto —mintió la joven recuperándose de la turbación.

—No me lo ha parecido antes... ¿Acaso su marido lo desconoce? No le veía agarrarla con

delicadeza, para evitar hacerle daño.

Christina se sintió repentinamente con el deber de defender a Charles, aunque ella misma había pensado lo mismo que él verbalizaba.

—Charles no es un ávido bailarín —musitó rápidamente y se arrepintió de haberlo dicho, a él no le gustaría que dijera una de sus debilidades.

—Lo he visto, es un milagro que continúe teniendo ambos pies... ¿Recibió su bolsa?

—No sabía que había sido usted quien me la había remitido, le estoy sinceramente agradecida, excelencia —musitó la joven, confundida por su cambio repentino en la conversación.

—Me hubiera gustado llevársela en persona, pero no habría sido adecuado, ¿verdad?

La joven casi dio un tropezón, pero obviamente él era mejor bailarín que Charles, ya que evitó que se notara haciéndola dar una pirueta sobre la pista, lo que hizo que él tuviera que apretar su agarre en su cintura y provocó que tuvieran que encontrarse uno más cerca del otro. Christina comenzó a sentir un calor, como si todo el mundo estuviera muy cerca.

—No, no lo habría sido, aun así, ha sido muy amable —replicó la joven con un tono más severo del correcto, debido a la turbación que sentía.

—Debo suponer que no me habría invitado a una taza de té, por mi *amabilidad* —susurró él con una risa ahogada.

—¿Se está burlando de mí, excelencia? —preguntó la joven indignada, intentando separarse de él.

—Nunca haría tal cosa, pero debo reconocer que nunca nadie me ha agradecido un favor con tanta vehemencia como lo hace usted.

—Lamento si algo en mi tono le ha ofendido.

—No me siento ofendido —negó él tajantemente, después se separó de ella, ya que la pieza había finalizado—. Disfrute de la fiesta.

El duque hizo una leve inclinación con la cabeza y se retiró de la pista de baile. Christina se preguntó qué había ocurrido, necesitaba tomar un poco de aire fresco, ya que no entendía nada de aquel intercambio de palabras. Se sentía... Frustrada.

Contra todo pronóstico deseó marcharse a casa. Nadie les hacía mucho caso, se sentía como alguien que estaba para cubrir el hueco. Todo el mundo se conocía entre sí, regresó junto a Charles como si él le sirviera de escudo.

Se encontró de nuevo con la mirada del duque la miraba fijamente, entonces alzó la copa que tenía en sus manos como en un silencioso brindis y bebió lentamente sin dejar de observarla.

Aquello le provocaba algo de incomodidad, no podía dejar de mirar a su alrededor, como si todas las personas allí reunidas supieran algo que ella desconocía. En su interior comenzó a sentir cierto nerviosismo y se dijo que no había sido buena idea asistir a aquella fiesta.

Capítulo 16

❀ 24 de febrero de 1886 ❀

Christina se despertó al día siguiente, pero no se levantó de la cama inmediatamente. Repasó mentalmente lo ocurrido en la velada del día anterior. No había supuesto que el hombre que amablemente le prestó su ayuda fuera el mismísimo duque de Harford, de haberlo sabido no se habría dejado convencer por Bianca para que les prestara su ayuda. Y no debió permitir que Charles cediera su mano con tanta ligereza para bailar. Había comprobado que por mucho que había estudiado recato y modales, enfrentarse a un aristócrata aún le quedaba muy retirado. Podía haber parecido hosca, desagradecida, no recordaba muy bien que le contestó en aquel extraño baile. Solo esperaba que no volvieran a invitarla a uno parecido, nunca se había sentido tan incómoda.

La joven se levantó de la cama finalmente, para no retrasarlo más, ya que debía vestirse y arreglarse para un nuevo día. Se decidió por un vestido de color anaranjado y sujetó su cabello en el ya característico recogido que había asumido como propio desde el fallecimiento de Emily.

Christina bajó al salón donde, como todas las mañanas, su madre y Bianca la esperaban para desayunar. La joven tomó asiento junto a Laura y se sirvió un poco de zumo, cuando iba a tomar un pequeño trago se dio cuenta de que ambas la miraban con una pequeña sonrisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Christina frunciendo el ceño, dejando el vaso sobre la mesa de nuevo.

—¿Cómo que *qué ocurre*? ¿Acaso tenemos que preguntar? —replicó su madre con tono exasperado.

—¡Háblenos de la fiesta, señora! —exclamó Bianca con entusiasmo.

—He oficiado algunas mejores que esa —musitó la joven con tono desdeñoso.

—¿Y cómo eran los anfitriones, la decoración...?

—Era bastante francés, aunque algunos del centro de mesa estaban faltos de agua, la comida fue agradable y la música también —continuó la joven, omitiendo lo que haría que tanto su madre como Bianca dieran un respingo.

—¡Por Dios, Christie! No fuiste a un funeral, ¿acaso no ocurrió nada especial? —replicó su madre comenzando a enfadarse por su falta de entusiasmo—. ¿Viste a los duques? ¿Cómo eran?

Visto que ninguna de las dos pararía con su interrogatorio, decidió contarles claramente lo que había ocurrido.

—Sí, sí los vi... Lady Harford se mantuvo en un segundo plano toda la velada, en mi gusto no realizó sus funciones de buena anfitriona... Su excelencia, fue más amable, resulta que ya nos habíamos visto —su madre y Bianca abrieron la boca con impresión de forma muy poco adecuada—. El caballero que nos socorrió cuando nos atracaron... Era el duque de Harford.

—¡Qué maravillosa coincidencia! ¿Te reconoció, querida? —preguntó Laura con renovada expectación.

—Pues sí, se interesó por el estado de mi herida y me pidió un baile —susurró la joven con

voz apenas audible.

Tanto su madre como Bianca dieron un grito de alegría, casi como si les hubiese pedido bailar a ellas o incluso matrimonio.

—¿Hablasteis? ¿Qué te dijo, querida?

—Él se portó tan bien con nosotras el otro día... ¿También estaba su amigo? ¿Le vio?

—No, supongo que estaría, pero a él no le vi... En realidad, apenas intercambiamos unas frases amables durante nuestro baile y no me separé de Charles durante el resto de la noche —sentenció la joven, sin comprender por qué le daban tanto interés a eso.

Su madre unió su mano cerca de su rostro con una sonrisa deslumbrante.

—Creo que le has agradado, Christie... ¿Recuerdas si bailó con alguien más?

Christina pensó seriamente en la pregunta de su madre y se dio cuenta de que no. Él solo bailó con ella, ni siquiera tomó la mano de su esposa durante ningún momento durante la velada, ¿por qué solo se lo habría pedido a ella?

—No lo recuerdo... —mintió la joven, ya que no deseaba que su madre tuviera ideas extrañas —. ¿Podemos cambiar de tema?

Ambas mujeres asintieron sin replicar, hasta que una de las criadas entró en el salón con una solitaria rosa entre sus manos.

—Señora Cornell, el muchacho ha dicho que es para usted —musitó la muchacha dejando la flor junto a ella.

—Vaya, quizá Charles quiera disculparse por algo —musitó su madre con desdén.

Christina abrió la nota y no reconoció la letra, solo decía *Para mi buena amiga, N.* pero no era la letra de Charles, además él nunca haría algo tan... extraño. Solo él había regalado flores una vez y fue cuando pretendía casarse con ella. Había firmado con una letra. Una inicial. *Nicholas*. Las manos de la joven temblaron ligeramente con la tarjeta entre ellas.

—¿Qué dice la nota, querida? —le preguntó su madre mientras se la arrebató de las manos sin que ella pudiera hacer nada, la leyó por encima y la miró con sorpresa—. Creo que tienes un *admirador*, Christie.

Su madre sonreía con alegría, ya que no era muy difícil suponer de quién se trataba. Quizá estaba equivocada y comenzaba a tenerse mucha estima, pero el duque de Harford había mostrado más interés en ella que en el resto de sus invitados, solo había bailado con ella y, además, tenía cierta fama de... galán, entre la sociedad inglesa.



Christina no había prestado atención a la misa de aquel día. En su mente aún resonaban las palabras del duque, incluso había tenido la sensación de que aún podía sentir las manos del hombre sobre su cintura. Todo era un despropósito, estaba siendo de lo más paranoica, ya que apenas había recibido una rosa, firmada con una simple inicial, pero esta sola letra decía demasiado. Tan solo debería dejarlo pasar, ¿qué posibilidades había de verse de nuevo? ¿Por qué lo habría hecho?

—Voy a devolver la rosa, madre —dijo de pronto Christina, mientras salían de la iglesia.

—¿Por qué? No lo encuentro ofensivo...

—Soy una mujer casada, mamá, ¿no crees que es una vergüenza que acepte obsequios de otros hombres? —susurró la joven, con cuidado de no ser oída.

—No son *otros hombres*, querida. Solo es un gesto amable, sabe quién eres... Te llama *buena amiga*, simplemente.

—¿Cómo voy a ser la amiga de un caballero que apenas he visto dos veces? Mamá, incluso el

detalle más insignificante, puede entenderse como un asentimiento.

—Qué mente tan retorcida tienes, querida. Pero haz lo que quieras, al fin y al cabo, no voy a ser yo quien ofenda a ese hombre —refunfuñó su madre.

Sin embargo, no pudo responderle porque una de las nuevas amigas que había realizado desde su llegada a Londres, se detuvo junto a ellas. Esta estaba un poco empecinada en conseguir la mano de Bianca para uno de sus múltiples ahijados, sin embargo, la joven no deseaba casarse. Estaba empecinada en quedarse con ellas.

—¿Nuestra querida Bianca se encuentra indispuesta? —preguntó Margot Still con interés—. Alfred me pregunta todo el tiempo por ella, le tiene encandilado.

—Bianca ha decidido quedarse en casa, señora Still, pero le diremos de su interés por ella —musitó Christina amablemente—. Y de Alfred, por supuesto.

La mujer asintió convencida y se despidió de ambas.

—Deseó un buen matrimonio para Bianca, pero no va a ser Alfred Yates, te lo aseguro —replicó su madre, aunque sonreía despidiéndose de la otra señora.



Christina recordaba vagamente la dirección de la casa donde la llevó el propio duque cuando se encontraba herida y con una nota de disculpa, regresó la hermosa flor a su legítimo dueño. Era lo correcto, se dijo mientras la muchacha asentía haciéndose cargo de su encargo.



Después comenzó a prepararse para la pequeña recepción que iban a ofrecer los Mortimer para su hija recién casada, que acababa de regresar de su luna de miel en Italia. Había hecho un matrimonio muy ventajoso y les habían invitado a ambos a reunirse con ellos en su casa, junto a algunas personas más.

Era una pequeña reunión, por lo que la llegada de dos invitados inesperados causó gran revuelo. La joven alzó la cabeza para encontrarse con el duque de nuevo y junto a este, su amigo, cuyo nombre desconocía [CPR4], además parecían inseparables. Harford la encontró rápidamente y sonrió con cinismo alzando las cejas. Christina suspiró con un poco de fastidio, debía ser muy agradable que todo el mundo desplegara la alfombra roja a la llegada de uno, como sucedía con él. Se había invitado a aquella fiesta, ya que nadie le esperaba, pero en lugar de parecer desconsiderado todo el mundo parecía de lo más agradecido con su presencia.

—Qué suerte tenemos, Christina, codearnos con personas así es lo que necesita mi carrera política —musitó Charles entusiasmado, ajeno a la turbación de su esposa.

Ambos vieron al duque acercarse con distintos sentimientos, Charles parecía complacido y ella... algo incómoda, no quería pensar que estaba allí por ella, además no debía sentirse mal, era él el que había llegado de pronto... Tampoco deseaba se sentía halagada... Era extraño, todo era extraño.

—Señor, Cornell, señora —dijo Harford con algo de altanería en su tono, aunque parecía divertido, al menos él disfrutaba—. Es una agradable sorpresa verlos de nuevo, ¿conocen a mi amigo?, ¿Lord Paul Kingsley, señor Cornell?

Christina sí le conocía, era el joven que le había acompañado el otro día. El médico que la había atendido y cuyo nombre había impresionado [CPR5] a su propio doctor cuando le preguntó por la persona que la había curado en primer lugar. Al parecer era uno de los mejores de toda la ciudad, atendía a grandes personalidades de Londres. Sus costuras eran como bordados, según había dicho su propio médico.

—No he tenido el placer, excelencia, aunque he oído su fama —dijo Charles utilizado de

nuevo ese tono casposo que nunca había escuchado de él.

—A su esposa sí tengo el gusto de conocerla, espero que se encuentre bien de su herida, señora —dijo Paul Kingsley con un ligero asentimiento.

Charles la miró sin comprender y Christina le miró con una sonrisa.

—Desconocía que había sido lord Kingsley quien me había ayudado cuando me hirieron, querido —la joven no supo quién de los dos se había sorprendido más ante aquel apelativo cariñoso, si Charles o ella misma.

—No desdeñe mi papel como enfermero, señora Cornell, hiere mis sentimientos —intervino Harford mirándola con una ceja enarcada.

—Me alegro de que Christina haya estado en tan buenas manos. Se lo agradezco —dijo Charles alargando la mano hacia el médico y luego hasta el duque.

—Fue un placer —dijo Harford rápidamente, sin dejar de mirarla—. No debe agradecermelo. Espero volver a verlos, puede ser el inicio de una *bonita amistad*, estoy seguro.

Ambos hombres se retiraron en ese momento, cuando les llamaron a todos para la cena. Christina no se había dado cuenta de sus nervios, hasta que sintió una ligera capa de sudor en su frente. Él había sido de lo más sarcástico en sus palabras y ella lo sabía, pese a no conocerle.

Y Charles estaba tan emocionado en su nube, que ni se daba cuenta.



La miraba con insistencia durante la velada, Christina temía que alguien se diera cuenta de ello y estaba comenzando a sentirse muy nerviosa. Se disculpó unos segundos y fue al tocador a relajarse. Aquel hombre estaba consiguiendo sacarla de sus casillas. Era un presuntuoso, presumido... Debía estar demasiado acostumbrado a que las mujeres se derritieran a su paso y... No entendía, ni quería saber que quería de ella o a que se debía aquella insistencia con su persona.

La joven se limpió un poco el sudor de la frente y tomó aire, salió del tocador y se encontró de nuevo frente a él, solo que en esa ocasión no había nadie más.

—¿Debo suponer que no le agradan las rosas? —le preguntó irónicamente, apoya contra la pared, evitando su huida.

—Excelencia, ¿me permite pasar? Podría vernos alguien —susurró la joven, uniendo las manos a su espalda.

—Responda primero, ¿le agradan o no? Es una cuestión con una respuesta sencilla —insistió él enarcando las cejas.

—Sí, sí me agradan.

—¿Por qué ha rechazado la mía de forma tan fría, entonces?

—No lo considero adecuado, excelencia, nosotros no nos conocemos, no considero correcto que me envíe rosas rojas.

—¿Lo vería mejor si fueran de otro color? ¿Se sintió ofendida por el tono de la flor?

Christina soltó todo el aire de golpe de sus pulmones. Él se burlaba de ella, estaba segura de que se divertía, obviamente no encontraba ningún problema en sus acciones, ¿cómo iba a hacerlo? Un hombre tan poderoso y rico como aquel, no conocía una negativa por parte de nadie.

—No se ría de mí, estoy segura de que comprender lo que le digo —susurró la joven apretando los puños.

—Sus mejillas se sonrojan por el enfado... Hace mucho tiempo que no conseguía enfadar a una señora... Desde mi niñera, creo— dijo, como si estuviera hablando consigo mismo—. ¿Le parecen más correctas las rosas blancas?

—Excelencia... —comenzó de nuevo la joven intentando tranquilizarse.

—Sí, las rosas blancas son perfectas —y tan extrañamente como había aparecido, se marchó dejándola allí plantada.

Christina se sintió desconcertada por su pequeña disertación. Aquel hombre era... peculiar y peligroso.

Capítulo 17

❀ 25 de febrero de 1886 ❀

Christina bajó las escaleras y fue recibida al pie de estas por una muchacha, en cuyas manos había una elegante rosa blanca que parecía mirarla con burla. La criada se la entregó en las manos, junto a la nota que rezaba:

Para mi buena amiga, deseo que el color de la flor ayude a sanar mi ofensa. N.

La joven tuvo que admitir ante sí misma que era un hombre ingenioso y de lo más insistente. Llevó la nota hasta su escritorio y escribió en una nueva nota:

Me gustaría aclararle que no está en el color de la rosa el motivo de mi sentimiento negativo. C.

Llamó a la criada y le pidió entregarla de nuevo en la casa del duque. Casi se sentía como una chiquilla traviesa, como si estuviera luchando contra una fuerza más grande que ella misma. Quizá él se ofendía lo suficiente como para no continuar con aquello.

❀ ❀ ❀

Christina estaba sentada sola en su habitación, preparándose para el baño cuando regresó la criada de nuevo con la flor y una nota. La joven agarró el papel con algo de interés y la leyó rápidamente:

Mi buena amiga, comprendo su inquietud, por ello deseo ofrecerle un trato. Le facilitaré una adivinanza y si usted consigue su respuesta correcta, haré lo que desea. N.

Sin darse cuenta, Christina se encontró sonriendo, era realmente un hombre insistente, quizá le hubiera agradado de haberle conocido en otros instantes. Se cansaría...

❀ ❀ ❀

❀ 4 de marzo de 1886 ❀

Sin embargo, no ocurrió. El duque continuaba enviando una flor con una nota, como si estuvieran carteándose. La adivinanza llegó el día siguiente y Christina supuso que sería lo suficientemente sencilla, como para responderla, pero no fue así.

¿Quién se desviste cuando hace frío?

La joven se sintió impresionada por el acertijo y lo que a simple vista parecía sencillo no lo era en absoluto. No era capaz de encontrar nada lógico que pudiera responder a la pregunta correctamente, por lo que comenzó a decir cosas un tanto sin sentido. En consecuencia, las rosas continuaron llegando, con la misma pregunta, pero el duque añadía otras más personales. Comenzó a preguntar por sus colores predilectos o días especiales, incluso flores favoritas. Christina siempre intentaba no responder, dejaba pasar las horas mientras aceptaba que esa rosa sería la última y que no continuaría siguiéndole el juego, que era lo que deseaba. Sin embargo, terminaba cayendo en su propia trampa y respondía a sus notas devolviéndole la rosa al mediodía. Su madre desconocía el intercambio de palabras que estaba sucediéndose entre ellos y la miraba con desaprobación al verla reenviarlas.

Christina comenzaba a sentir cierta expectación cada mañana, deseando ver la flor y conocer

la pregunta de aquel día, además de tener la posibilidad de una nueva oportunidad con el acertijo, aunque este hubiera pasado a un segundo plano, como si en cierta manera fueran amigos, aunque no lo fueran. Estaba segura de que estaba cometiendo un error, no había vuelto a verlo en ninguna fiesta. Se había encontrado buscándole con la mirada. Sus intercambios de palabras se habían convertido en algo distractor para ella, no hacía mucho tiempo que ocurría, pero era agradable. Algo que conseguía despejar su mente.

La flor de aquel día se la entregaron en su habitación. Christina se había acostado algo más tarde la noche anterior y por eso se había despertado pasada su hora habitual. Christina agarró la nota y sintió nerviosismo al leer lo que ponía:

Parece que le está siendo complicado responder a mi acertijo o quizá no se lo está tomando muy en serio, prefiero creer que comienza a verme como un amigo y ha perdonado mis ofensas primeras, me gustaría constatarlo, si lo desea, esta tarde en la casa que usted conoce.

Christina se encontró deseando responder afirmativamente. Recordaba sus ojos azules oscuros, era un hombre elegante y decidido. Nunca había conocido a nadie como él. Pero como había sabido en un principio también era peligroso, no podía dejarse llevar por unas notas inocentes, él deseaba mucho más. Había sido divertido sentir que alguien estaba pendiente de ella, incluso había sido agradable, pero quizá había llegado el momento de detenerlo.

—¿Va a escribir la nota, señora? —preguntó la criada, esperando a que le entregara la suya, como cada mañana.

—No, hoy no... Trae un jarrón con agua —musitó la joven, sintiendo algo de decepción, ya que la única flor que aceptaría sería presumiblemente la última.



—Christie, ¿por qué observas el reloj tan seguido? ¿Tienes que salir? —le preguntó su madre durante la hora del té aquella tarde.

La joven había sentido cierto cosquilleo en el estómago cuando la hora de aquella improvisada cita había llegado y cuando más se adelantaban las agujas del reloj más tensa se ponía. Por su cabeza había pasado la posibilidad de ir, pero la había rechazado rápidamente, ¿qué dirían de ella? Buscando a un hombre en su casa, un hombre casado... ¡Y ella lo estaba también! Sería un horror, aunque él fuera muy importante, ella aún no estaba lo suficientemente loca...

—No, por nada, solo espero que Charles no tarde mucho hoy, parece que va a llover fuerte —susurró la joven con delicadeza, desviando la vista del aparato.

—He visto que no has devuelto la flor hoy... Me impresiona que haya insistido tanto tiempo, teniendo en cuenta que se las has devuelto todas —dijo su madre cruzándose de brazos.

Christina suspiró asintiendo, aunque su madre no entendía lo equivocada que estaba.

—He pensado que era mejor dejar a un lado mi orgullo... Y aceptarlo.

—Me parece muy bien... ¡Un duque, dios mío! Es como lo que dijo esa adivina francesa, ¿recuerdas? —Christina la miró confundida—. *Elle obtiendra la faveur du noble...* El favor de un noble querida, un duque, como dijo madame Daviou.

La joven asintió recordando aquel episodio de su niñez, aunque repentinamente regresaron a su cabeza palabras menos halagüeñas...

«Prends soin des fleurs blanches. Elles seront ta perte» Su perdición, una flor blanca... Sacudió la cabeza negándose a creer en esa clase de superchería. Estaba segura de que no tenía nada que ver y que todo eran suposiciones de una mujer que no tenía ningún tipo de don.

La puerta del salón se abrió de pronto y Charles entró un tanto mojado por la lluvia, sacudiendo sus pantalones.

—Tengo que daros una noticia esplendida —dijo él con entusiasmo situándose cerca del fuego.

Ambas mujeres le miraron impresionadas, ya que nunca había ido Charles a buscarlas para decirles nada, debía ser algo verdaderamente impresionante.

—He tenido el gusto de encontrarme con el duque de Harford y ha recordado mi nombre —dijo Charles con emoción apenas contenida—. Me ha saludado muy amablemente y me ha invitado este sábado en Forrest Rhode, ha ampliado su invitación a vosotras, incluso a la señorita Bianca. Nos ha invitado a comer y después cazaremos algunas piezas.

Laura se llevó la mano a la boca de entusiasmo, casi no cabía en sí de gozo al escuchar la noticia y comenzó a caminar por el salón pensando qué podía vestir aquel día. Se codearían con la aristocracia... Miró a Christina con una ceja enarcada, estaba segura de que aquella invitación no era para Charles...

—No deberíamos ir, Charles... Va a hacer mal tiempo y no sabemos cuán lejos está ese lugar, además tú odias cazar —replicó Christina con nerviosismo, pues ella misma había llegado a la misma conclusión que su madre.

Una cosa era intercambiarse algunas notas inocentes y otra verse... Se sentía demasiado nerviosa solo de pensarlo, con su esposa delante... Sería bochornoso, ¿podría tratarse de algún tipo de venganza por no haber asistido a su cita?

—¡No digas tonterías, Christina! —exclamó Charles un tanto molesto—. Permitiría que me cazara a mí y colgara mi cabeza sobre su chimenea si eso me concede la oportunidad de codearme con sus amistades. Esto es un paso importante para mi carrera, quizá me ve con posibilidades y pretende ser mi valedor.

—Estoy segura de que podrías conseguir lo que quisieras sin la ayuda de ese hombre...

—Cualquier ayuda es poca, querida... Deja a Charles que se labré su futuro —intervino su madre con una sonrisa.

Charles asintió concordando por primera vez con su suegra. Creía que todo era perfecto para él y desconocía que, si alguien sobraba en aquella reunión, era él mismo, ya que el invitado por compromiso era el propio Charles.



❀ 6 de marzo de 1886 ❀

Forrest Rhode era una de las propiedades que el duque de Harford tenía a las afueras de Londres, donde residía habitualmente los fines de semana e invitaba a sus amigos a cacerías. Se encontraba a cuarenta minutos de viaje en carruaje y ocupaba una masa importante de tierras en la zona. Christina se sintió impresionada por la grandeza de la propiedad y solo al pensar que se trataba únicamente de una de las que él poseía, la hacía sentirse más nerviosa.

Las flores habían continuado llegando. En ninguna de sus notas había hablado de su ausencia o la invitación a aquella casa. En realidad, habían sido más impersonales que las anteriores, por ello mismo se habían unido a la otra en el jarrón, desde donde las tres parecían mirarla con actitud burlona.

Había intentado fingirse enferma para no asistir y desconocía por qué sentía aquella extraña reticencia, ya que no había hecho nada malo, pero sentía cierto desconcierto. No era lo mismo hablar con él sin mirarle, recordaba lo extraño que resultaba tratar con el duque, que siempre parecía tener en su poder una palabra que le diera la razón.

Charles estaba que se relamía del gusto, nunca lo había visto tan feliz y eso que ella le había dado dos hijos, ni siquiera estuvo tan dichoso en el nacimiento de Emily y era realmente

deprimente que la atención de un hombre importante consiguiera toda esa alegría.

El cielo permanecía gris como ella había supuesto, esperaba que no se alargara lo suficiente como para tener que quedarse a pasar la noche... Permanecer bajo el mismo techo que el duque y su esposa la haría sentir ridículamente incómoda.

El coche se detuvo frente a la gran casa y como si hubiera estado mirando por la ventana el duque salió por la puerta para recibirles con una sonrisa socarrona. La joven se sintió nerviosa al verle de nuevo, pero él no le prestó más atención que ofrecerle su mano para bajar del coche.

—Me da mucho gusto que hayan decidido a venir, espero que la lluvia no nos arruine un buen día de caza— dijo el duque educadamente.

Christina mantuvo la mirada en un punto fijo tras él, aunque sentía que la miraba con una sonrisa en los labios, se sintió más segura al no ver a su esposa e incluso al notar que no la miraba ceñudo.

—Le presento a la madre de mi esposa, la señora Laura Whittermore—musitó Charles galante.

—Encantada, excelencia, he oído hablar de usted —dijo su madre con descaro, a lo que Christina tuvo que alzar la mirada con sorpresa, encontrándose con los ojos del hombre que la miraban sonriendo—. ¿Se encuentra dentro su esposa?

—A mi esposa no le agrada Forrest Rhode —dijo el duque con tono duro, aunque sin disminuir la sonrisa—. Pasemos, por favor.

Christina no supo cómo, pero se encontró entrando en la casa del brazo del duque de Harford, miró hacia el cielo y vio un pequeño destello. Esperaba que no terminara así el fin de semana.

Capítulo 18

Christina quería fingir que no caminaba del brazo de aquel hombre. Su madre había agarrado a Charles del brazo para entrar y Bianca había aceptado amablemente el del doctor Kingsley, por lo que el duque la miró con una ceja enarcada, mostrando sus pocas opciones.

Tenerle cerca era perturbador, como cuando bailaron aquella primera vez, le resultaba cuanto menos un poco abrumador.

—¿Debo suponer que sus familiares desconocen de nuestro intercambio de mensajes? —preguntó el duque en voz baja junto a su oído.

—Supone bien, excelencia, algo que no sé por qué ocurre ya que era de lo más inocente —musitó la joven sintiendo como si el corazón le latiera de forma arrolladora, debido a los nervios.

—¿Quiere que lo aclaremos durante la comida?

—¡No! —exclamó la joven un poco más alto de lo normal, haciendo que Charles y su madre les miraran unos segundos.

Él se rio a su lado y la joven sintió como sus mejillas se tornaban rojas. Evitó posar de nuevo la vista sobre su anfitrión y se dedicó a observar las vistas. Y eran agradables. Al contrario que las casas de Londres que ella había visto del duque, aquella mansión era mucho más grande, pero se encontraba adornada con unos colores cálidos que le daban sensación de acogida.

El duque les guio hasta una sala, donde había una pequeña mesa de té, con varias bandejas de aperitivos y unos sofás bastante cómodos. Escuchó la exclamación ahogada que soltó su madre al entrar en la estancia. Dos de las paredes estaban cubiertas por grandes librerías llenas de tomos y en una esquina junto a la puerta, un gran piano forte.

Christina agradeció separarse del duque cuando se sentó en el sillón, junto a Bianca y a su madre que miraban todo como si no hubieran visto nunca una habitación así y ciertamente, ni ella misma la había visto.

—Tomaremos un pequeño aperitivo en lo que se sirve la comida, luego podremos disfrutar de mi *pasatiempo* favorito, ¿le agrada señor Cornell? —dijo el duque a su marido con una sonrisa menos amistosa de lo que cabía esperar en alguien que te estaba invitando a comer a su mesa.

Charles apenas lo notó, estaba demasiado atribulado con que aquel hombre tan importante supiera su nombre que no se dio cuenta. Pobre Charles, al contrario que al duque, a Charles no le gustaba la caza, esperaba que tuviera cuidado y no se hiriera. Pero lo cierto era que el duque siempre hablaba con amabilidad fría con Charles, era como si soportara su presencia, aunque no le pareciera agradable. A ella no le gustaba mucho su marido cuando cogía ese rol de sirviente solícito delante de alguien importante. Nunca lo había visto comportarse así, hasta que el duque se interpuso en su camino. Christina quiso creer que, si bien no le agradaba la persona de Charles, podría querer su ingenio en la política.

—Christina conoce varias piezas, excelencia. Estoy seguro de que estará encantada de tocar alguna de ellas —decía en ese momento Charles, sacándola de sus pensamientos.

—¿Disculpa? —preguntó la joven que no había estado pendiente de la conversación.

—Le decía a su excelencia que tocarías una pieza al piano, querida —repitió Charles con una sonrisa algo tímida.

Christina sintió un ligero pinchazo en el estómago. Ella no tocaba y él sabía bien por qué no lo hacía y desde cuándo. Intentó serenarse y no responder de forma brusca delante de los otros hombres, ya que su madre y Bianca estaban acostumbradas a eso.

—Ya sabes que no toco desde hace mucho tiempo, Charles —musitó ella con una sonrisa tirante.

—Puedes hacer una excepción —ofreció él mirando al duque con una sonrisa avergonzada.

—He dicho que no —replicó ella secamente, consiguiendo instaurar en la habitación un silencio tenso.

Christina desvió la mirada de su marido un tanto avergonzada también y molesta con él por haberla obligado a rechazar aquello de forma tan vehemente, pero él conocía los motivos y no debía haberla ofrecido. Había sido un desconsiderado. Su mirada se encontró con la del duque que la miraba con el ceño fruncido, parecía que había algo que estaba intentado descubrir y no sabía si eso era algo bueno.

—Respetamos su decisión, señora Cornell, disfrutaremos de su don cuando se sienta más cómoda —dijo él con una sonrisa, quitando algo de tensión al momento, algo que ella le agradeció—. Pasemos a la mesa.

Christina se levantó rápidamente con ganas de abandonar aquella estancia lo más rápido posible, no había nada más incómodo que permanecer en una sala donde hubiera un piano. Su madre pasó una mano por su cintura en señal de apoyo y Bianca la miraba con amabilidad. Todos sabían la verdad, pero el tonto de Charles deseaba presumir.



Había sido una comida tranquila. Se había dispuesto que ella se sentara a la derecha del duque y frente a su marido. Para la joven no había pasado inadvertido que el hombre había pasado sus dedos sobre su mano algunas veces con apariencia de descuido y quizá así lo habría tomado ella, de no ser porque al mirarle le había encontrado observándola a su vez. Lo más extraño era que lejos de sentirse incómoda había sentido cierto hormigueo en la punta de los dedos, había sido... agradable. Se había dicho que estaba perdiendo el juicio, ya que no debía encontrarlo *agradable*, debería indignarse, pero cualquier otro sentimiento que no fuera el de verdad, sería engañarse.

Nunca había recibido esas atenciones por parte de Charles. Ni siquiera le había regalado flores, además de aquella primera vez. Y aquel hombre lo había hecho, con la intención que fuera, pero lo hacía y lejos de hacerla sentir incómoda, le gustaba. Le gustaba llamar su atención, para ella que se había dedicado a llenar su vida de fiestas y gente que alabara su buen hacer como anfitriona. Era obvio que le gustaba sobresalir.

Como bien había pronosticado ella, la lluvia evitó que los hombres pudieran salir a cazar y decidieron posponerlo para la mañana del día siguiente. El duque les ofreció amablemente unas habitaciones en su casa, algo que hizo que su madre casi saltara de alegría, al igual que Bianca que no había dejado de charlar con el doctor Kingsley.

El duque de Harford envió a uno de sus criados a Londres para recoger en su casa ropa para ellos, que pudieran vestir al día siguiente. Todos estaban genuinamente encantados de quedarse aquella noche y aunque ella quería fingir lo contrario, también lo estaba.



Le habían asignado una habitación con un gran balcón que miraba hacia la gran propiedad, parecía que aquel lugar no tenía fin desde aquella ventana. Los muebles eran de color blanco y la

cama de dosel, era la más cómoda en la que había dormido y aun así el sueño parecía rehuirle.

La luz de la luna entraba entre las cortinas, se había quedado una noche despejada después de la lluvia, algo más que paradójico. Se puso la bata sobre su camisón y la cerró hasta el cuello para no tener frío. Salió al balcón y miró hacia el cielo. Las estrellas brillaban alegremente, muchas veces se había preguntado si Emily sería una de ellas. Estaba segura de que así era.

—¿Tampoco puede dormir? —escuchó a su izquierda, la joven se llevó una mano al cuello de su bata y vio al duque junto a un artefacto extraño, vestido con unos pantalones y una camisa simplemente mientras la miraba con una sonrisa agradable—. ¿Le resulta extraña la cama?

—No, hace algún tiempo que duermo muy bien —musitó ella suavemente.

Él se encontraba en el balcón que estaba junto al suyo, lo que la hizo suponer que se trataba de su habitación. De nuevo, no sabía si sentirse ofendida por que la hubieran hospedado junto a él, mientras que Charles dormía en un cuarto bastante alejado.

—¿Por eso no toca el piano? —preguntó él hábilmente.

—Es uno de los motivos, excelencia, pero no me gustaría aburrirle con mi conversación.

—Ya sabe que no puede aburrirme, ni ofenderme... ¿Le gustaría mirar? —preguntó él señalando el artefacto que tenía junto a él—. Las estrellas brillan especialmente esta noche.

La joven se sintió ligeramente más tranquila por el cambio de tema, además, realmente le había llamado la atención aquella cosa. Era muy curioso.

—¿Puede verlas con eso? —preguntó Christina dando un paso hasta donde estaba él.

Sin saber cómo, había comenzado a caminar y se había encontrado junto al duque.

—Sí, debe mirar por aquí.

El hombre acomodó el objeto a su altura y lo dispuso para que ella pudiera ver a través de él. Christina acercó su ojo por la abertura y se encontró viendo las estrellas que antes había observado, pero de cerca. La joven sonrió con entusiasmo.

—¿Le gusta? —susurró él junto a su oído.

Christina giró la cabeza y le descubrió más cerca de lo que había imaginado, sin embargo, no se apartó, no se sintió incómoda por su cercanía, pese a saber que debía sentirse de ese modo.

—Sí, es precioso —asintió ella.

—¿Por qué no fuiste a nuestra reunión, Christina?, creía que comenzaba a agradarte—musitó apartando con delicadeza un mechón de su cabello de su rostro.

Christina casi se sintió desfallecer al escucharle decir su nombre con aquella voz ronca y varonil, debía parecer afectada y él no ayudaba mirándola de esa forma tan directa.

—Me agrada —musitó ella sabiendo que debía haberlo negado—. Sus notas han sido algo muy agradable para mí.

—Vuelves a no responder claramente a mi pregunta.

—No fui porque no hubiera sido correcto, como tampoco lo son las flores... Mi marido...

—Él duerme como un tronco lejos de aquí —contestó él con tono desdeñoso, acariciando suavemente su mejilla—. Vuelves a ruborizarte.

Christina se encontró muy cerca de él, podía sentir su calor corporal a través de su camisón. Aquella tampoco era adecuada, no debía haber ido. Ni siquiera podía hablar con propiedad. Su rostro estaba acercando al suyo y la joven sabía que iba a besarla, pero aquello no estaba bien.

Estaba casada, Charles estaba allí mismo. Estaba segura de que luego se sentiría una tonta, pero se apartó de él con rapidez.

—Debería irme a dormir... Pase buena noche, excelencia.

—Será imposible ahora —contestó él agarrando su mano, evitando que se marchara—.

Siempre huyes de mí, Christina.

—Quizá usted debe huir de mí, en realidad —la joven consiguió que la soltara y entró corriendo en su habitación.

Sin embargo, sabía que no iba a poder dormir. Charles nunca la había besado, ni sabía cómo se sentía al ser besada y él había estado a punto de hacerlo. Apenas habían faltado unos segundos para que lo hiciera.

Esperaba no arrepentirse de haberse marchado.



7 de marzo de 1886

Christina bajó al salón en compañía de una de las muchachas del servicio que fue a buscarla. Había tardado más de lo habitual en terminar de vestirse, ya que no tenía su ayuda normal. Tampoco se había despertado temprano, había sido imposible debido a sus nervios. No entendía lo que había ocurrido en la terraza, pero sí sentía que no sería igual después de aquello. Al menos tendría la seguridad de no verle en el desayuno, ya que los hombres se habrían marchado a cazar, imaginaba cuán aburrido sería pasar el resto del día solas en una casa extraña, esperando para marcharse.

Sin embargo, la joven no podía estar más equivocada. Al entrar en el salón se encontró únicamente con el duque en la mesa, como si estuviera esperándola. La muchacha la invitó a sentarse y salió de la sala.

—Buenos días, Christina —musitó él, envolviendo de nuevo su nombre con suavidad, como la noche anterior—. ¿Ha dormido bien?

—Buenos días, excelencia —respondió ella sin tener en cuenta que había comenzado a hablarle por su nombre de pila sin que ella lo permitiera, pero ¿cómo impedirselo? —. ¿Aún no han salido a cazar?

—Paul y el señor Cornell han tenido que disculparme, no he pasado buena noche y me he retrasado —dijo él con una clara doble intención, observando sus gestos—. Y su madre y la señorita Still han aceptado dar un paseo con mi ama de llaves por la propiedad.

Christina se sintió nerviosa al encontrarse aparentemente sola y a merced de él, de pronto se sintió bastante molesta, ya que estaba segura de que él había organizado todo de esa forma, porque deseaba algo de ella.

—Me hubiera gustado acompañarlas —replicó ella achicando los ojos.

—Tus mejillas vuelven a ruborizarse por enfado... Cada vez me resulta más fácil darme cuenta, ¿a qué se debe esta vez? —dijo él con tono burlón.

—No me gusta su forma de actuar. Se comporta como si fuera el dueño y señor de todo, como si todo y todos le perteneciéramos.

—*No me gusta* andarme por las ramas cuando quiero algo —dijo cambiando el tono a uno más serio.

Ambos se miraban el uno al otro fijamente, como si el simple hecho de girar la vista le hiciera perdedor.

—¿Y qué quiere? —terminó preguntando ella.

—A ti —susurró él, agarrando una de sus manos—. Deseo que nuestra relación se estreche mucho más. No voy a negar que deseo tu compañía, Christina.

Christina tragó como pudo el nudo que tenía en la garganta. No podía decir que no había sentido un revuelo en su estómago al oírle o que su corazón no latía más deprisa después de sus palabras, porque sería mentirse. Recordó los rumores que había sobre él, esas tantas mujeres que

les esperaban en sus residencias. Una para cada estación del año.

Apartó su mano de entre las suyas con rapidez.

—Conozco lo que se dice de usted, excelencia, y no voy a prestarme a eso. Yo no voy a ser una de sus *queridas ocasionales* —musitó la joven duramente.

El semblante del hombre cambió por completo. Sus labios se fruncieron en una fina línea y sus ojos se achicaron por el rechazo. La joven supuso que nunca habría sufrido uno.

—No sabía que hacía oídos a los rumores, ¿puede saberse que ha oído, señora Cornell? —dijo él con un tono frío que a la joven no le agradó escuchar, pero se mantuvo en su lugar.

—No me haga repetirlo, solo conseguiría avergonzarnos a ambos, excelencia. Dejémoslo en que sé lo que me ofrece y lo rechazo.

Su ceño se arrugó más por el enfado, la joven notaba que estaba furioso pese a no haberle visto nunca tan molesto. Con ella siempre había empleado un tono amable, suave o incluso algo cínico y burlón, pero no así.

—*Dios nos libre de la vergüenza* —replicó él secamente—. No la insultaré más con mi presencia. No tengo ningún problema en cambiar de lugar mis atenciones.

Él dio un último golpe en la mesa y se marchó con paso furioso del salón. Christina se sintió repentinamente desolada, pero era lo mejor. Sí, debía repetirse que era lo mejor.

Capítulo 19

❀ 12 de marzo de 1886 ❀

Christina se encontraba acariciando los pétalos secos de las últimas tres rosas blancas que él le había enviado. Suspiró con tristeza al ver el deterioro de las flores, ya que parecía un claro reflejo de lo confusos que eran sus sentimientos también.

Como era de esperar, las flores habían dejado de llegar tan pronto como habían regresado de Forrest Rhode. Había esperado que hablar con el duque regresara todo a como estaba antes de conocerle. Pero no podía ocurrir. Todo le parecía demasiado aburrido, ni siquiera la reunión de té que había organizado durante semanas y que se realizó el día anterior había conseguido divertirla. Parecía una tontería extrañar aquellos pequeños mensajes, aunque supiera que estaban mal. La habían hecho sentir viva, como hacía años que no se sentía. Una sensación que había olvidado, desde que Emily murió.

Recordaba a su madre hablarle de su propia insatisfacción, que era muy parecida a la que ella llevaba años sintiendo. Su matrimonio con Charles era una vil mentira, a él ni siquiera le gustaba ella como mujer, tenía ese gusto tan extraño por los muchachos y era un tema en el que prefería no pensar. Desconocía si continuaba realizando sus encuentros, pero incluso aunque su amante fuera una mujer estaría mal visto.

Ella no era feliz, no lo había sido antes y lo había sabido. Había creído serlo con Emily, pero terminó muy pronto. En sus momentos más locos había imaginado que aceptaba la oferta del duque y se preguntaba que habría después. Tampoco podía decir que no sintiera miedo. Su roce no le era indiferente, era un hombre que podría hacer sentir el mismísimo cielo y, a la vez, hundirte en el infierno ante su marcha. Era alguien de quien podría enamorarse y eso era peligroso.

Su corazón corría serios peligros de sufrir si aceptaba algo así, por muy agradable que fuera al principio, por muy amable que fuera. Y él terminaría cambiando de lugar su atención, como le había dicho. Estaba segura de que no le sería muy difícil conseguir la atención de ninguna dama, quizá incluso ella ya se hubiera convertido en un recuerdo...

—¿Christie, no vas a bajar a comer? —le preguntó Laura haciéndola salir de su ensimismamiento—. ¿Qué te ocurre, querida? ¿Por qué lloras?

Christina se llevó una mano a la mejilla sorprendiéndose al encontrarla mojada por las lágrimas que no se había dado cuenta de que estaba derramando.

—El duque de Harford me ofreció mantener una relación más... *estrecha* —musitó la joven con un suspiro.

—Imaginaba que algo así ocurriría, nadie envía flores todos los días a una persona simplemente porque la ha ayudado... ¿Y qué ocurrió? —dijo Laura con algo de entusiasmo en su tono de voz.

—Le dije que no.

—¿Por qué, Christina?

—¿Cómo que *por qué*? Porque estoy casada y él también, sería su querida, mamá, ¿qué diría

la gente de mi?

—¡Al diablo la gente, Christina! Si ha habido algo que nunca le perdonare a Boniface es que te casara con este hombre. Yo he sido testigo de cómo aceptabas sumisamente una vida sosa y aburrida. Este hombre solo te ha dado llanto y pena.

Christina tuvo que darle la razón a su madre en eso. No podía negar que Charles había conseguido poco a poco que ella se adaptara a aquella vida vacía y gris, que solo brillaba cuando ofrecía sus fiestas.

—¿Acaso él no te hace sentir... *especial*?

Christina asintió rápidamente mirando las flores.

—No sé qué ocurrirá mañana, querida. No puedo negar que sufrí mucho por James, porque no podíamos estar juntos, pero los meses que lo estuvimos fueron los mejores de mi vida y no los cambiaría por nada. Pero al fin y al cabo, es tu vida y debes hacer lo que te haga sentir más cómoda a ti misma.

La joven suspiró aún confundida.



*** 13 de marzo de 1886 ***

Christina no tenía aquel día ganas de ninguna fiesta y mucho menos una en la que también estuvieran los compañeros de Charles que eran tan aburridos como él. Desde que había decidido negarse al duque, había comenzado a retomar aquella afición que realizaba al principio de su matrimonio: sacar defectos a su marido.

De pronto le parecía demasiado bajo, demasiado fondón, demasiado serio, demasiado... Charles. El pobre ni siquiera lo imaginaba, ya que su relación continuaba como siempre, además, aunque ella hubiera comenzado a atacarle abiertamente, tampoco se habría dado cuenta.

—Mira, querida, el duque de Harford ha regresado a la ciudad —dijo una mujer a otra que estaba a su lado.

Christina al escuchar el nombre alzó la vista instantáneamente y le vio junto a una dama morena hablando animadamente. La joven no pudo evitar sentir una ligera punzada en el estómago, algo parecido a rechazo, por aquella imagen. ¿A esa mujer le daba la atención que ella le había negado? ¡Qué pronto se había rendido! La joven continuó mirándolos hasta que él la atrapó observándole, dijo algo a su acompañante que la miró a su vez. Christina apartó la mirada rápidamente castigándose mentalmente por haber sido descubierta.

—¿Con quién habla? —preguntó la otra mujer en un susurro demasiado alto.

—Es la baronesa de Fay, dicen que mantienen una... *amistad* —dijo la primera mujer con una sonrisa.

Christina se apartó de ambas pues sabía que quería decir con *amistad*. Charles se encontraba hablando con algunos de sus amigos, por lo que aprovechó para salir al jardín de la casa para tomar algo de aire. No le gustaba verle con esa mujer, ¿por qué no tenía más consideración?

Su corazón latía apresuradamente pese a no haber corrido. Se sentía incómoda, mucho más incómoda que al imaginar a Charles en compañía de algún amante. No le había gustado y deseaba no haberlo visto.

Entró rápidamente a la sala de nuevo y esquivando a varias personas consiguió encontrar a Charles, este la miró sorprendido al verla junto a él:

—¿Podemos marcharnos? Me encuentro mal, Charles —le pidió la joven suavemente.

Él la miró y realmente la tuvo que ver enferma para consentir rápidamente. Christina se lo agradeció encarecidamente y dio gracias a Dios por no encontrarse con el duque en la salida.



❀ 14 de marzo de 1886 ❀

Christina se encontraba cepillándose el pelo sin dejar de mirar las rosas marchitas sobre el jarrón. Debía aceptar que era algo que debía ocurrir, que él se interesara en otras mujeres... Su reputación como bien había dicho ella. Solo había esperado no ser testigo de ello. No había podido dormir en toda la noche, imágenes del duque con aquella baronesa la habían importunado mucho más que si hubiera sido el propio Charles. Se había sentido una tonta por castigarse con ese tema que no le incumbía, pero sentía que sí lo hacía porque solo unos días antes era ella la que había acaparado la atención de aquel hombre. No sabía qué era correcto, ni siquiera sabía lo que quería. No deseaba ser una más de sus *amigas*, pero tampoco continuar su vida como si nada, se le apetecía tan aburrido, tan gris. Esas notas, encontrarse con él, habían supuesto para ella un estímulo más agradable de lo que había creído posible y ahora que había desaparecido, lo extrañaba tanto.

«No sé qué ocurrirá mañana, querida. No puedo negar que sufrí mucho por James, porque no podíamos estar juntos, pero los meses que lo estuvimos fueron los mejores de mi vida y no los cambiaría por nada».

¿Debía intentarlo? Su madre tenía razón, la gente siempre hablaba y ellos podrían ser discretos... Debía de estar volviéndose loca para pensarlo siquiera. Aquello que ella estaba viviendo no era una vida, simplemente existía. Quería vivir, necesitaba vivir...

Era hora de tomar las riendas de su destino, esperaba no arrepentirse, aunque si finalmente ocurría, esperaba alegrarse al menos de haberlo hecho y deseó que no fuera muy tarde para tomar la decisión.

Terminó de peinarse el pelo y se colocó el sombrero. Estaba decidida a intentarlo al menos y si era demasiado tarde, pues le quedarían varios años para arrepentirse de su estupidez.



No recordaba exactamente el tiempo que le había llevado llegar hasta allí y, sin embargo, parecía que apenas habían pasado unos segundos desde que se encontrara frente al espejo de su habitación. Parecía que la gente que pasaba por allí sospechaba algo, ya que parecían mirarla de forma extraña.

Christina fingió que no le importaba y llamó a la puerta de la casa del duque. Aquella a la que él mismo la llevó cuando estaba herida. Sentía un nudo en el estómago, pero contra todo pronóstico no se debía a miedo por ser descubierta, sino a que él la echara.

—Buenas tardes, señorita, ¿qué desea? —le preguntó una criada que había abierto la puerta.

—Me gustaría hablar con su excelencia, si se encuentra —musitó la joven un tanto tímida ante el escrutinio de la otra mujer.

—Sí, sí se encuentra, sígame —repuso la mujer con tono poco agradable.

Christina caminó tras ella y la hizo entrar en la misma sala donde la había curado a ella el señor Kingsley, le pidió que esperara allí durante unos momentos después de preguntarle su nombre.

La joven ni siquiera se atrevió a sentarse, no sabía qué iba a decir, no sabía que iba a hacer, había sido aparentemente sencillo ir hasta allí, pero una vez en el lugar no sabía cómo proceder, se moriría de vergüenza si él se burlaba de ella... Comenzó a arrepentirse de haber ido y se dijo que aún tenía tiempo para huir de nuevo, de ese modo solo quedaría como una pequeña anécdota en su mente.

La joven caminó hasta la puerta en el mismo instante en el que el duque la abrió. Encontrarse

de nuevo frente a él la hizo recordar los motivos por los que se había decidido a ir. Se sentía absurdamente feliz de que él se encontrara frente a ella. No podía dejar de mirar sus ojos. Sus labios estaban fruncidos en una línea recta y sintió los propios un poco resecos.

—Excelencia, yo... —comenzó la joven apartando unos momentos la vista de él, intentando reordenar sus ideas.

Sin embargo, no pudo decir nada más, ya que el duque dio un paso hasta ella, eliminando la distancia que les separaba y unió sus labios a los suyos.

Christina se agarró a sus hombros, sintiendo el tacto de la tela de su chaqueta entre sus dedos. Nunca había sido besada y nunca imaginó que sería una experiencia tan maravillosa. Las manos del duque se posaron en su cintura y la hicieron retroceder hasta que ella quedó *atrapada* entre su cuerpo y uno de los sillones. Sus labios eran dulces y suaves, sobre los suyos que se encontraban algo resecos por los nervios anteriores. Sintió sus dientes dar pequeños mordiscos en su labio inferior, mientras una de sus manos subía por su espalda hasta su nuca. Su corazón latía apresuradamente y podía sentir el suyo a través de su ropa.

Christina comenzó a sentir un calor abrumador, podía escuchar el sonido de sus respiraciones aceleradas. Y deseó que no se detuviera nunca, no quería que dejara de besarla. Nunca había conocido una sensación tan profunda como ser besada por aquel hombre.

Él abandonó sus labios unos segundos, dando unos pequeños besos en la comisura de estos. La joven abrió los ojos y vio los de él, se encontraban oscurecidos y la miraba fijamente. Ella pasó su lengua por sus propios labios y él con un gruñido, volvió a besarla, más ansiosamente esta vez, profundizando mucho más, hasta el punto de sentir su lengua jugar con la suya. Lejos de sentir repulsión o asco, Christina se acercó aún más a él, era como si necesitara tenerle mucho más cerca de sí misma.

Dio un grito ahogado cuando él la cogió en brazos sin dejar de besarla. Ella acarició su mejilla sin separar sus labios, mientras notaba que se movían hacia algún lugar, pero no le importaba cual.

Nada era importante, mientras sus labios no dejaran de tocarse.

Capítulo 20

Él la dejó en el suelo y Christina se dio cuenta de que se encontraba en una habitación, había cerrado la puerta tras de sí y la miraba con ojos hambrientos. Volvió a acercarse a ella y acarició su mejilla, mientras la joven dejaba la apoyaba sobre su mano.

Christina llevó uno de sus dedos a sus labios y los acarició tímidamente. Él cerró los ojos y suspiró, agarrando su mano entre las suyas.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó él en tono serio, sin un atisbo de burla en sus palabras.

—Hazme el amor —le susurró la joven.

Él suspiró con algo parecido a satisfacción y tomó de nuevo sus labios con un beso profundo y tierno. Christina conocía lo que ocurría entre las sábanas, pero no de aquella forma. Las manos de él le retiraron las horquillas que se sujetaban su sombrero y su pelo una a una, dejándolo caer sobre su espalda. Hacía años que nadie lo veía. Ella se giró y con paciencia él desabrochó uno a uno los botones de su vestido, que terminó hecho un nudo en una esquina de la habitación.

Cuando finalmente se encontró con su camisola, parte de su ropa interior, él volvió a besarla, aspirando con delicadeza el perfume que derrochaba su piel. Nunca había estado tan desnuda delante de un hombre. Escuchó el sonido de sus pantalones caer a su espalda. Sentía una presión en el estómago y su respiración resultaba pesada. Sus manos paseaban por sus brazos y su espalda, hasta que la hizo girar sobre sí misma. Regresó a sus labios, dejando pequeños mordiscos sobre estos.

La hizo caminar de espaldas hasta caer sobre la cama y mientras él mismo se quitó la camisa que llevaba, dejando al descubierto su pecho fuerte. Christina llevó una de sus manos hasta el lugar donde estaba el corazón del hombre que también latía de forma acelerada. Él se colocó sobre ella y volvió a besarla, pero esta vez bajó por su cuello y sus hombros. Con sus manos la hizo alzar los brazos para sacar la última prenda íntima que quedaba sobre su cuerpo. Nadie la había visto desnuda hasta ese instante y lejos de sentir vergüenza, solo sintió placer. Su piel ardía en los lugares que rozada la del hombre. Mientras con su boca dejaba impregnada su marca en cada parte de su piel, la joven se sentía desfallecer. No habría imaginado sentir algo parecido a lo que sentía en aquellos instantes. Ella enredó sus dedos en el cabello rizado del hombre y dio unos pequeños tirones que le hicieron reír ahogadamente, urgiéndole a regresar a sus labios.

Le escuchaba proferir algunos gemidos que se mezclaban en el ambiente con los suyos propios. Todo su cuerpo latía de placer ante él, se encontraba a su merced, a lo que él deseaba hacer y ella lo permitiría.

Tomó sus labios en un beso rápido y urgente. Ella deseaba y necesitaba aquella sensación que parecía rehuirla. Parecía que hacía años que esperaba por ello y al fin había llegado.

Christina colocó sus manos en su espalda y acarició sus hombros, mientras él continuaba besándola. Entonces él se incorporó ligeramente sobre ella, colocó una mano junto a su cabeza y la otra en su cintura. Con un movimiento lento, pero decidido, él se introdujo en su interior sin dejar de mirar a los ojos de la joven.



Christina comprendía por qué se había sentido insatisfecha con Charles, no era nada parecido a lo que acababa de sentir entre los brazos de aquel hombre que la miraba en esos instantes. Aún podía sentir sus besos y sus caricias sobre su piel. Se encontraba tumbada aún sobre la cama. Él estaba tumbado de lado mirándola, como si esperara que fuera ella la que dijera algo primero, observándola con la cabeza apoyada sobre su brazo. La sábana apenas le cubría, tenía aun el pecho desnudo descubierto y si bajaba la vista, podría ver mucho más. Ella misma se encontraba totalmente desnuda debajo de la sábana, sabía que quizá debía sentir pesar y vergüenza.

—No huyas de mí ahora —dijo él, agarrando su barbilla y obligándola a mirarle—. Quiero saber qué cruza por esa cabeza. ¿Arrepentimiento, quizá?

—No, no me arrepiento, yo misma se lo pedí, excelencia —dijo la joven mirándole a su vez.

—No me llames así nunca más —le ordenó él soltándola y sentándose en la cama—. No cuando acabábamos de hacer el amor, Christina.

—No sé cómo debo llamarle, ¿cómo lo hacen las *otras*? —preguntó ella con una punzada a aprehensión.

—¿Qué *otras*? —le preguntó a su vez enarcando una ceja.

—Sus otras... *amigas*.

—Ya veo... Esto debe ser sobre esos rumores, dime, ¿qué ha oído? Habla conmigo claramente.

—Sé que tiene varias amigas, se dice que mantiene una en cada una de sus propiedades por toda Inglaterra y que permanece lo que dura una estación con cada una de ellas —confesó la joven cubriéndose con las sábanas y armándose de valor.

Contra todo pronóstico, él comenzó a reír a carcajadas como si lo que acababa de decirle fuera sumamente gracioso.

—Se burla de mí —dijo ella sentándose sobre el filo de la cama, dándole la espalda, dispuesta a marcharse.

Sintió su brazo alrededor de su cintura y le pegó junto a él, acercando sus labios a su oído, después de dejar un pequeño beso en él, susurró:

—No existen esas mujeres, Christina. Temo decepcionarte, pero no soy tan viril como para satisfacerlas a todas. He tenido relaciones ocasionales con otras mujeres antes y durante mi matrimonio, no voy a negarlo, pero nunca ninguna ha sido duradera.

Christina se sintió bien y mal al mismo tiempo. Bien porque deseaba creerle, además él no tenía por qué mentirle, al fin y al cabo, no era su esposa, no le debía ningún tipo de respeto a ella, pero se sentía mal al saber que por esa razón que él había expuesto, su relación también fuese efímera.

—Dime qué piensas, dime que me crees al menos —le pidió junto a su cuello, haciéndole cosquillas con su aliento.

Christina decidió creerle, aunque estuviera mintiéndole, pero necesitaba hacerlo. Estaba decidida a hacerlo.

—Sí, le creo, exc...

—Nicholas —musitó él sin dejar de besar su cuello, haciéndola sentir desfallecer.

—Nicholas —asintió ella con un pequeño gemido—. Debería regresar a mi casa.

Él hizo caso omiso a sus palabras y continuó besándola hasta hacerla tumbarse de nuevo en la cama.

—Si sales por esa puerta no tendré la seguridad de que vuelvas a cruzarla —le dijo él, apartando un mechón de pelo de su rostro y acariciando su mejilla.

—Pero debo regresar, no puedo tardar mucho más tiempo —musitó ella sin muchas ganas de moverse.

—Pero volverás —le ordenó él, uniendo de nuevo sus labios—. Te dejaré marchar si me lo juras, de otro modo te convertiré en mi prisionera.

Christina sonrió imaginando que fuera posible, ojalá pudiera permanecer prisionera, aunque sabía que con lo que él había dicho, su relación tendría los días contados. No quería entristecerse con ese tema en esos momentos, ya tendría tiempo de hacerlo.

—Lo juro —musitó la joven, dejándose besar de nuevo.



Christina llegó a su casa un tiempo después. Había sido sorprendentemente difícil separarse de Nicholas, había pasado toda la tarde en su compañía, incluso había insistido en que permaneciera más tiempo con él, algo que era imposible. Él la había acompañado a la puerta y la había besado antes de abrir. La mujer que le había abierto la puerta en un principio la había mirado de forma extraña, negando con la cabeza. Pero decidió no prestarle atención. En la calle la gente caminaba junto a ella sin ser conscientes de lo que sentía dentro de sí. Le parecía demasiado extraño que nadie fuera capaz de sentir su... alegría. Porque realmente se sentía contenta, feliz, aunque también convergía en su interior un poco de miedo por lo que pudiera ocurrir a partir de ese día. Nunca había deseado menos regresar a su casa, a la vida... *normal*.

—¿Se puede saber dónde te has metido, Christina? Estábamos muy preocupadas por ti —la regañó su madre cuando entró a la casa.

La joven no sabía qué responder a eso y supo al mirar a su madre que no estaría satisfecha hasta conocer toda la verdad. De hecho, que ella fuera consciente, la ayudaría de cara a futuros encuentros, que deseaba que ocurrieran.

—Bianca, ¿puedes traerme un poco de té al salón? —le pidió Christina a la otra joven, omitiendo la pregunta de su madre.

—Claro, señora.

La muchacha se marchó a la cocina y Christina agarró a su madre de la mano y la llevó hasta el salón. Haciéndola sentarse junto a ella en el sofá.

—Mamá... Creo que he cometido un grave error y lo peor es que no lo siento así... Estoy muy confundida —dijo ella con una pequeña sonrisa.

—¿Qué error?

—He pasado la tarde con... el duque de Harford —musitó ella en un susurro.

Laura miró a su hija sin poder creerlo.

—Querida... ¿Pero vosotros...?

—Él me besó y yo... A mí nunca me habían besado, mamá. Charles nunca me ha hecho sentir lo que él al tocarme... No deseaba regresar.

Su madre agarró su mano mirándola con gesto tranquilo y una sonrisa comprensiva.

—Te dije que ocurriría de ese modo cuando apareciera la persona idónea.

—Pero tengo miedo... No podré retomar mi vida como hasta ahora cuando todo se acabe.

—Nunca es lo mismo, Christie, lo sé por experiencia, pero no pienses en el final. Disfruta por ahora, ya tendremos tiempo de todo lo demás, ¿de acuerdo?

—¿Crees que Charles se dará cuenta?

—Charles ni siquiera se daría cuenta de que va desnudo al trabajo de no ser por el frío, querida. ¿Y qué puede hacer si lo supiera? Es un simple pelele al lado de su excelencia. Estoy segura de que le aplastaría como a una cucaracha.

Christina no se sintió muy cómoda ante esa referencia a Charles, ella le tenía cierto cariño, además estaba tan ciego con su trabajo que ni siquiera notaría sus faltas...

—¡Dios mío! —exclamó la joven levantándose del sofá—. ¿Y si me quedo embarazada, mamá?

La joven comenzó a caminar de un lado a otro del salón con nerviosismo. No podía volver a pasar por aquello. No quería volver a sufrir la pérdida de un hijo, ni siquiera quería contemplar esa posibilidad y no lo había pensado...

—¿Sería algo malo? —preguntó Laura, pensando en aquella posibilidad como algo bueno, Christina la miró como si hubiera perdido la cabeza—. Ya veo que crees que sí es algo malo... Podemos encontrar una solución... Yo me encargaré de eso, no te preocupes.

—Mamá...

—No te preocupes, Christina, confía en mí.



✿ 15 de marzo de 1886 ✿

Aunque su madre le había dicho que no se preocupara, no podía evitar hacerlo. Obviamente aquella posibilidad estaba más que patente en su mente, sobre todo teniendo en cuenta que no había sido muy complicado quedarse en estado las otras veces. Si eso ocurría no sabría qué hacer, no quería ni siquiera imaginar lo que se vería obligada a hacer de confirmarse su temor.

Miró la flor que acababa de entregarle una de las muchachas y la llevó a sus labios dejando un pequeño beso entre sus pétalos. No se arrepentía de haberse entregado a él. No quería tener que arrepentirse.

—¿Aún no te has vestido? —le preguntó su madre entrando en su habitación sin llamar, como acostumbraba a hacer. Se colocó al pie de su cama con ambas manos a la cintura.

—No, lo haré en un rato.

—Continúas pensando en ese tema, escucha, Christina. Te prometí que te ayudaría y aquí tienes —musitó su madre entregándole una bolsa de tela con varias hierbas en su interior.

—¿Qué es esto?

—Abigail las ha toma desde que se casó con su marido. Al principio ella tampoco lo amaba, solo que con el tiempo comenzó a tomarle cariño, solo cuando dejó de tomarlas quedó en estado. Debes prepararte una infusión diaria y tomarla antes de desayunar... Le diré a Bianca que lo haga, para que esté lista cuando despiertes.

Christina asintió rápidamente. Una parte de sí se sintió algo mal por emplear un método así, pero también sabía que debía hacerlo, por su paz mental, no deseaba ser madre de nuevo.

Capítulo 21

Christina arrugó el ceño al tomar el primer sorbo de aquel té, desde luego no era lo más apetitoso que había probado, pero tragó sin pensar en el sabor a tierra que tenía aquel líquido.

—Es horroroso —dijo la joven, después de tragarlo completamente y beber un poco de agua.

—Pero hace lo que quieres que haga y eso es lo que importa, siempre puedes decidir no tomarlo —replicó Laura con los brazos cruzados.

Christina negó con la cabeza. Se negaba en rotundo a imaginar de nuevo aquella angustia que sintió con su primer hijo, e incluso fue infinitamente peor con Emily. Verla dormirse junto a su hombro fue la peor experiencia que había vivido en toda su vida. Bebería aquello durante todo el tiempo que fuera necesario para evitar de nuevo ese dolor. Su bebé la había destruido, la muerte de Emily casi la había matado. No soportaría lo mismo una tercera vez.



Christina no prestó mucha atención a la charla que su madre mantenía consigo misma, ya que ella apenas la escuchaba. Parecía que sentía aún las manos de Nicholas sobre su cuerpo y sus besos... Llevó uno de sus dedos a los labios recordando cómo había sido sentirle junto a ella... ¿Cómo podía ser que solo lo hubiera sentido una vez y ya lo extrañara? Apenas había pasado menos de un día sin verle y le añoraba.

—Buenas tardes, señoras, no esperábamos encontrarlas por aquí —Christina salió de sus pensamientos y por la ya conocida voz del doctor Kingsley.

La joven se sintió desfallecer al ver el caballero que había junto a él y que la miraba de aquella forma tan íntima, como lo había hecho el día anterior.

—Doctor Kingsley, qué agradable coincidencia —dijo su madre mirando a Nicholas por el rabillo del ojo—. ¿Todo bien?

Christina dejó de escuchar a su madre y al doctor intercambiar algunas palabras educadamente, ya que su atención se encontraba puesta en Nicholas que la miraba con una sonrisa.

—Vuelves a ruborizarte —musitó suavemente, para que solo ella pudiera escucharle—. Estás preciosa esta mañana, me hubiera gustado despertar y encontrarte a mi lado.

—No diga eso, podrían escucharle —le regañó ella, aunque interiormente se sentía exultante.

—¿Acaso comienzan los remordimientos? —él la miró y frunció el ceño con seriedad—. Necesitamos hablar, esta tarde.

—Asistiré a la fiesta de los Owen... ¿No será demasiado arriesgado ir tan seguido? —la joven deseaba poder ir libremente, incluso haberse quedado con él, despertar con él, pero era consciente del peligro que eso suponía.

Cuando todo terminara, si se descubría, sería ella la que sufriría el escarnio público y la burla, aunque saberlo no era tan importante como resistirse a lo que comenzaba a sentir.

—Ha sido un placer, doctor Kingsley, venga a tomar el té cuando desee, su visita será bien recibida —decía su madre en ese momento tirando del brazo de la joven—. La invitación se extiende a usted también, excelencia.

Ambos hombres asintieron y se despidieron de ellas. Christina no podía dejar de pensar en eso que quería él decirle. Parecía haberse enfadado, pero no podía ser tan inconsciente como para suponer que no debía ser cuidadosa. Para él tener amantes era tan sencillo que la asustaba y sin embargo ella...

—He visto como os mirabais, ¿qué te ha dicho? —le dijo su madre, ajena a la turbación de la joven.

—Quería que nos viéramos está tarde.

—Demasiado arriesgado, debéis ser cuidadosos, sería demasiado llamativo que entraras tan seguido en su casa, seguro que se le ocurre una solución, apenas podía despegar los ojos de ti.

—¿De verdad? —preguntó ella dejando a un lado su temor anterior, para pensar en el más tarde.

—Era obvio. Por cierto, creo que el doctor Kingsley está interesado en Bianca... Me ha preguntado varias veces por ella —dijo su madre tomando un rol de casamentera que desconocía en ella—. Ojalá venga a tomar el té, me agrada Paul Kingsley como marido de Bianca.

—Mamá, quizá ella se sienta incómoda, deberías preguntarle antes a Bianca —le replicó Christina.

—A Bianca también le agrada, lo vi cuando estuvimos en Forrest Rhode, no dejaba de mirarle y es un buen partido. Tú tienes suficiente con tus cosas, querida, déjame a mí.

Christina la miró negando con la cabeza, pero finalmente se encogió de hombros. Que hiciera lo que quisiera, finalmente lo haría de todos modos.



Christina agradeció que la fiesta de los Owen no fuera muy concurrida, ya que al menos le daba la posibilidad de escuchar las conversaciones en general, sin tener que caminar por la sala. Las mujeres charlaban junto a ella de chismes que en otra ocasión hubiera encontrado interesantes, pero en esos momentos su cabeza se encontraba demasiado enredada en su propia historia como para comentar la de otras personas.

Era un ambiente agradable, que propiciaba la charla, sobre todo la masculina, ya que por ese motivo se había oficiado.

—¡Dios mío, debo saludar! —exclamó Margaret Owen levantándose de su sitio y caminando hasta la puerta.

Margaret Owen era la hija mayor de Dominic Owen, un miembro de la Cámara Alta del Parlamento, esta era la anfitriona habitual de sus reuniones, desde que la señora Owen había fallecido hacia algunos años.

—¿Quién ha llegado? —preguntó Christina a la mujer que había junto a ella.

—Creo que es el duque de Harford, apenas hace vida social cuando permanece en Londres, pero desde que celebró su fiesta en febrero parece haberle tomado el gusto y ha asistido algunas —contestó la mujer con los ojos brillantes de entusiasmo.

Christina tuvo que controlarse para no levantarse de un salto e ir ella también a su encuentro. La joven alzó la cabeza con disimulo y sus ojos se encontraron con los de Nicholas, parecía algo más serio que otras veces, pero le vio especialmente atractivo. Estaba segura de que terminaría ruborizándose si continuaba pensando de esa forma.

La joven se disculpó y se levantó de su asiento, atravesando el pasillo para llegar hasta el baño. Se miró en el espejo y vio sus ojos expresivamente abiertos, ¿sería demasiado obvio? ¿O quizá solo lo era para ella? Su corazón latía aceleradamente debía tranquilizarse porque si continuaba comportándose de ese modo, alguien podría darse cuenta.

Tomó una bocanada de aire y salió del baño en el instante en el que acudían a él algunas señoras que la saludaron con la cabeza. Caminó lentamente hasta el salón de nuevo, cuando algo la agarró del brazo y la hizo meterse en un cuarto que se encontraba a oscuras.

Percibió su olor y supo que se trataba de Nicholas, ya que apenas podía verle debido a la escasa luz que había en la habitación. Ella se encontraba con la espalda apoyada contra la pared y él la mantenía *encerrada* con sus manos a ambos lados de su cabeza.

—No deberíamos estar aquí, ¿qué ocurriría si nos...? —sin embargo, no pudo terminar de hablar, ya que él puso de nuevo sus labios sobre los de la ella, silenciándola momentáneamente.

Christina olvidó lo que iba a decir y simplemente se permitió sentir, los brazos del hombre se cerraron en torno a ella, haciéndola suspirar.

—Esta noche estás aún más hermosa —musitó él junto a sus labios.

La joven volvió a ruborizarse, aunque gracias a la oscuridad él no se dio cuenta.

—Sé que te preocupa lo que piense la gente —susurró él junto a su cabeza—. Por eso he encontrado una solución. Nos encontraremos en este lugar.

Mientras hablaba le entregó una pequeña nota que colocó entre sus manos.

—Es algo temporal, no voy a permitir que nada se interponga entre nosotros.

—Pero Charles podría...

—Quien menos me preocupa es Cornell, Christina. Ve mañana, prométemelo —le ordenó besándola de nuevo, a lo que la joven no pudo hacer otra cosa que asentir.



❀ 16 de marzo de 1886 ❀

Christina había leído la nota varias veces, la prueba clara era que ya se encontraba arrugada. Había notado su mirada sobre ella durante toda la fiesta del día anterior, ella había intentado disimular su entusiasmo como bien había podido, pero incluso Charles había supuesto que la fiesta le estaba agradando bastante, nada más lejos de la realidad.

Estaba segura de que no tendría ningún problema para ir a aquel lugar que le había dicho Nicholas, también le había dicho que le enviaría un coche alquilado, todo saldría bien.

La joven escondió la nota cuando escuchó la puerta del salón abrirse de pronto.

—Qué bien que te encuentro, Christina, acaban de invitarnos al té de la tarde en la casa de lord Malcolm Frey —dijo Charles con rapidez.

La joven no pudo emitir palabra, ya que no había nada que le apeteciera menos, además de que no podía ir. Debía reunirse con Nicholas esa tarde. No deseaba faltar a su cita con él. No quería que volviera a pensar que huía de él.

—¿Es necesaria mi presencia? Tengo un poco de dolor de cabeza... —musitó la joven con voz grave, apretando la nota entre sus manos.

—Sabes que no puedo ir solo, es importante para mí —le dijo él con tono decepcionado.

Christina sentía que le estaba fallando, aunque era absurdo puesto que apenas eran un matrimonio, simplemente compartían la casa y el apellido, pero... No quería ir, no quería faltar a su cita con Nicholas, pero no disponía de una excusa plausible, por lo que tuvo que asentir con algo de decepción.

Charles se relajó visiblemente, sabía que él no era muy astuto en las reuniones sociales, siempre había sido arrastrado por ella y se había mantenido en un segundo plano, mientras hablaba con algunos de sus compañeros de temas que sí entendía. La joven estaba segura de que su secreto tenía mucho que ver en ese aspecto de su carácter. Ellos no habían vuelto a hablar de ello, prefería mantenerse al margen siempre que no se viera perjudicada por eso.

Decidió pedirse a su madre que estuviera pendiente de los recados que pudieran llegar. Tenía la sensación de que Nicholas se molestaría por su ausencia y su madre podría hablar con él y explicarle lo que ocurría en caso de que él fuera allí, algo que esperaba que no ocurriera. No imaginaba cómo podría volver a citarse con él, cómo podrían volverse a ver. Era demasiado complicado o al menos ella así lo sentía. Sin embargo, no deseaba retractarse, no tan pronto. Le había sabido todo a poco. ¿Cómo podría renunciar a aquellos besos y caricias si apenas habían comenzado?



Christina se miró en el espejo mientras se quitaba las horquillas del pelo para irse a dormir. No había llegado ninguna nota de él. Esperaba que se hubiera enterado o que lo hubiera supuesto. Se puso el camisón y se tumbó en la cama. Ojalá Charles no hubiera acudido con esa cita, había sido del todo inoportuna...

La joven no había dejado de mirar el reloj durante toda la velada. Había sido el té más largo que había tomado y eso que la esposa de Lord Frey era de lo más agradable, sin embargo, no podía dejar de pensar en el lugar donde le gustaría encontrarse y en la compañía de quien. Había decidido achacar ese dolor de cabeza inexistente para explicar su silencio. A ella le encantaba encontrarse rodeada de gente, sobre todo desde que Emily había fallecido, había sido una forma de superar el dolor, abandonar Hambleden e ir a Londres había sido lo único que había considerado para huir del dolor. Y aquel bullicio había sido algo que había acallado su tristeza. Sin embargo, en ese instante, le parecía demasiado tedioso. Las señoras hablaban de otras mujeres que no se encontraban y que alababan si estuvieran.

Hasta ese momento su vida podía resumirse en dos palabras: té y pastas. Pero ahora le parecía insignificante.

Debió haberse quedado dormida durante algunos instantes, ya que escuchó un ruido, que hizo que la joven se incorporara al escuchar, miró inquieta hacia el lugar y descubrió a Nicholas sentado en uno de los sillones que había frente a ella.

Capítulo 22

No podía verle bien la cara, la habitación estaba lo suficientemente oscura como para no poder verle con claridad pero Christina supo que se trataba de él. No imaginaba cómo había entrado en la habitación. Él la observaba desde el sillón y podía notar su enfado, sin embargo, la joven no podía negar que saber que se había tomado la molestia y el riesgo de ir a verla, le agradaba, aunque también temía que se hubiera arriesgado demasiado, parecía no ser consciente de sus acciones, pero claro, ¿cómo serlo? Si tenía el suficiente dinero y poder como para que nadie se atreviera a decir nada en contra de uno.

—Has vuelto a huir de mí —dijo él con voz grave, sin moverse del lugar.

Christina consiguió encender en ese momento una de las velas que apenas alumbró parte de la habitación, pudo ver parte de su rostro.

—Deseaba ir contigo, Nicholas, pero he tenido que acompañar a Charles a una de sus reuniones sociales, no podía abandonarlo —se disculpó ella levantándose de la cama.

No le parecía bien que se enfadara por eso, debía comprender que ella tenía algunas responsabilidades con Charles, por muy poco que le agradaran.

—Parece que tienes establecidas las prioridades —replicó él con indiferencia poniéndose en pie también.

—No tengo más remedio que actuar como su esposa —musitó ella cruzándose de brazos, frente a él.

Christina sintió que él parecía reprimirse, le sentía tenso junto a ella.

—¿Lo *finges* en todos los aspectos, Christina? —espetó él dando un paso hasta ella, haciendo que tuviera que alzar la mirada para mirar sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—No soporto imaginar que sus manos te tocan, es algo irracional, créeme que lo sé, pero no puedo evitar desear cortárselas desde que le vi agarrarte en el baile de máscaras —susurró con rabia, colocando sus propias en su cintura y acercándola a él.

Christina sintió unas repentinas ganas de reír, ¿él creía que Charles y ella...? Le parecía una verdadera broma, no podía imaginar a una pareja más obvia que ellos. En realidad, le parecía tan impensable que no imaginaba que alguien pudiera pensar que ellos... Sin embargo, era lógico pensarlo también. Estaban casados, al fin y al cabo.

—Charles y yo no...

—No me mientas.

—Es cierto, Nicholas, hace años que nosotros no... Yo no me planteo interceder en tu matrimonio.

—No hay nada en lo que interceder —rechazó él con un gesto de su mano, como si su matrimonio careciera de importancia.

—Entonces puede aceptarse eso mismo para el mío... A Charles no le *agrada*.

—¿Es lo más sensato que has pensado decirme?

Nicholas no la creía, ¿acaso le parecía tan extraño? Sin embargo, no lo era en absoluto.

—No tengo por qué engañarte, carezco de los atributos que excitan a Charles —musitó ella llevando su mano a su mejilla, cansada de aquella discusión sin sentido—. He deseado ir a nuestra cita durante toda la tarde.

Nicholas guardó silencio unos segundos hasta que acercó de nuevo sus labios a los de la joven, consiguiendo que ella tuviera que sujetarse a él para que sus piernas no la hicieran caer. En ese momento todo había comenzado a carecer de importancia, solo estaban ellos juntos y nada más importaba.

—Sé que parezco un perturbado, pero no tolero que vivas bajo su mismo techo, que tenga la posibilidad de tocarte cuando lo deseé...

—Desde hace varios años no existe ninguna relación entre nosotros, Nicholas —repitió ella con cansancio.

—Cornell debe ser más estúpido de lo que suponía... No podría vivir bajo el mismo techo que tú y mantenerme alejado... —dijo él acercando de nuevo sus labios a los de ella, fundiéndolos en un profundo beso—. Deseo hacerte el amor.

Nicholas continuó besando su cuello y Christina profirió un gemido suave.

—¿Y si entra alguien? Pueden descubrirte y... —dijo la joven entre suspiros mientras él la tumbaba suavemente sobre la cama.

—Nadie en esta ciudad hará nada contra ti, Christina —le dijo con tono arrogante, desprendiéndose de su chaqueta y su camisa—. Yo no lo permitiría.

Christina sintió como su mente se nublaba cuando notó las manos del hombre introducirse debajo de su camisón. La joven sonrió al escuchar sus palabras, quizá nadie se atreviera a hablar delante de él, pero Dios sabía qué dirían a sus espaldas. Sin embargo, aquellos temores carecían de importancia mientras le tenía junto a ella.

Mientras sus cuerpos se tocaban entre ellos, nada importaba. Lo que estuviera tras aquellas paredes, carecía de valor.



Christina mantenía la cabeza apoyada sobre su pecho, escuchando atentamente los sonidos de su corazón. Sus brazos la mantenían junto a él, sabía que él debía marcharse, pero nada le apetecía menos que quedarse sola de nuevo en aquella cama.

—¿Cornell es impotente? —preguntó Nicholas de pronto, sin dejar de acariciar su brazo con suavidad—. No imagino qué motivo puede haber para que no le *agrades*... A no ser que me hayas engañado.

—No puedo hablar de eso... Es un secreto —replicó ella moviéndose incómoda entre sus brazos—. Pero no te miento, Nicholas, debes creerme.

¿Sería lícito contárselo? Ella no deseaba que aquello fuera motivo para que ellos se enfadaran, pero tampoco era algo que pudiera contar libremente. Sería complicado para Charles si se sabía.

—Dejemos ese tema, ¿de acuerdo? —le pidió ella dándole un pequeño beso.

Nicholas asintió, aunque ella sabía que no se daría por vencido hasta que descubriera aquel secreto. Si había algo que había descubierto de Nicholas, pese a su recién iniciada relación era que le gustaba tenerlo todo bajo control. Las cosas se debían hacer como y cuando él lo decidía. Era algo implícito en una persona que estaba acostumbrada a hacer lo que quería.

—Debes marcharte, ¿verdad? —dijo ella, después de varios minutos en los que en la habitación solo se escuchó el sonido de sus besos.

—Imagina que no tuviera que hacerlo —repuso él repentinamente, evitando que ella se apartara.

—¿Cómo podría ser eso posible?

—Si aceptaras mi protección, Christina.



✿ 17 de marzo de 1886 ✿

Hacia algún tiempo que Nicholas se había marchado y Christina aún continuaba pensando en lo que él le había dicho. Era obvio que para Nicholas era inconcebible que viviera con su marido. Él había expresado abiertamente su deseo de mantener una relación con ella, en el pleno sentido de la palabra.

Sería su mujer en todos los aspectos, menos en el más importante: de cara a la sociedad. En sus labios todo había resultado de lo más sencillo. Ella aceptaría abandonar a Charles y trasladarse a una de sus casas, todo el mundo sabría que ella era su *querida oficial*. ¿Pero era ella lo suficientemente fuerte como para aceptar los rumores que comenzarían a su alrededor? Con Nicholas todo parecía tan fácil. Él no deseaba compartirla y quería su atención exclusivamente para él, por eso recelaba de Charles, además estaba segura de que no estaba del todo satisfecho con su explicación. Sabía que él volvería a ese tema, hasta saber que ocurría.

¿Qué lealtad le debía ella a Charles? En realidad, ninguna. Ni siquiera era un buen marido, había sido un padre ausente para Emily.

Suspiró con cansancio y se dejó caer sobre las almohadas. Tenía que dormir unas horas al menos, cogió una de sus almohadas y notó con agrado que el olor de Nicholas persistía entre las sábanas. Lo abrazó con una sonrisa, en realidad, quedándose dormida mientras reparaba profundamente contra los cojines.



—De nuevo vuelves a parecer pensativa, querida —le dijo su madre mientras insertaba una aguja en un trozo de tela—. ¿En qué piensas?

Christina sabía que no había nada que pudiera ocultarle a su madre, ella lo terminaría averiguando, la conocía demasiado bien como para poder engañarla.

—Nicholas quiere que acepte su protección, no le gusta que Charles y yo vivamos juntos —musitó la joven con un suspiro.

—A los hombres no les agrada compartir... Pese a que Charles no se puede considerar rival para alguien como Harford.

—Lo sé, mamá. Pero no puedo abandonar a Charles y salir corriendo a sus brazos sin pensar. Apenas nos conocemos y todo parece tan endeble que temo equivocarme.

—Quizá deberías dejar de pensar en lo que pensarán de ti o lo que dirán. ¿Qué deseas, Christina? Si te dijeran que eres libre de estar con él, que nadie diría nada, ¿lo harías?

No necesitaba ni siquiera pensarlo demasiado. Era como preguntar si le gustaba más el salado o el ácido. Charles no despertaba nada en ella, además de algo de simpatía que apenas duraba el tiempo suficiente. Terminaba demasiado saturada de su presencia cuando debían permanecer demasiado tiempo juntos. Mientras que Nicholas...

—Por supuesto que sí.

—Ni siquiera te importa Charles y tú a él tampoco. Esas personas que tanto temes no son mejores ni peores que tú. Ellos no han vivido y soportado a Charles, ni han llorado la muerte de tu hija... Si hablan de que hablen, que rabien de envidia, pero al final... Harford solo estará contigo.

—¿Y cuándo todo termine?

—Cuando termine podrás agradecerle que te haya separado de Charles, sin embargo, no creo que eso vaya a ocurrir a corto plazo.

—No lo sé, mamá... Estoy demasiado confundida —musitó la joven cubriéndose el rostro con ambas manos—. Pienso que es demasiado pronto.

Bianca entró en ese momento con una rosa blanca en una mano y una nota en la otra, que le entregó a la joven. Laura miró a su hija enarcando una ceja, era obvio que ese hombre no pensaba en otra cosa que en ella.

Christina miró la nota, que se trataba de una nueva cita para verse al día siguiente por la tarde, en el mismo lugar que la anterior. Le ordenaba que no faltara y ella no pensaba hacerlo.

—Por cierto, Bianca, ayer nos encontramos con el doctor Kingsley y nos pidió que le diéramos sus saludos —dijo su madre a una sonrojada Bianca que escuchaba atentamente las palabras de la mujer—. Le invité a tomar el té un día de estos y aceptó, ¿no te parece un joven agradable?

—Sí, es muy amable —dijo la chica con fingida indiferencia—. ¿Cuándo piensa invitarle, señora?

Laura sonrió astutamente con satisfacción. Christina la miró poniendo los ojos en blanco, no podía creer que su madre se pusiera a jugar a las casamenteras a su edad.

—En unos días, no debemos parecer desesperados, tenemos que comprarte un vestido bonito, ¿quieres?

—No es necesario, a mí me gustan los que tengo.

—Ya lo sé, pero permíteme obsequiártelo, no seas malvada.

—Como desee, señora. Se lo agradezco.

—En ese caso, iremos mañana por la tarde —dijo Laura.

Christina supo entonces la excusa que le valdría para salir sin crear sospechas.



Christina se dio cuenta de que Charles estaba especialmente serio aquella noche, estaba segura de que le ocurría algo en su trabajo y como era normal no pensaba inmiscuirse. Él siempre se mostraba de lo más antipático cuando tenía problemas.

—No me había dado cuenta de que había tantas flores por la casa —dijo Charles de pronto señalando unas de las rosas que Nicholas le había enviado.

—Sí, me agrada su olor... Mañana voy a acompañar a mi madre y a Bianca a hacer unas compras —dijo la joven cambiando de tema rápidamente.

—Espero que os divirtáis, yo permaneceré en mi despacho toda la tarde —aclaró él innecesariamente, ya que era lo que siempre hacía.

Laura sonrió disimuladamente, realmente ese hombre parecía incapaz de darse cuenta de nada, ni siquiera era capaz de imaginar que Christina pudiera entusiasmarse con otro hombre. Era tan parecido a Boniface que era incapaz de sentir simpatía por él, solo le producía una fría indiferencia. Deseaba que su hija aceptara lo que Harford le proponía, ella merecía ser feliz y no lo sería nunca con ese hombre.

Christina sospechaba que él tenía un nuevo amor, ya que volvía a estar tan extraño como la otra vez o quizá era el mismo. Era imposible de saber.

La joven asintió tranquilamente, ya que aquello le daba la seguridad de visitar a Nicholas sin que él interfiriera.

Capítulo 23

❀ 18 de marzo de 1886 — Slough, Inglaterra ❀

El coche sabía la dirección que debía tomar, la había recogido en junto a la casa de Nicholas. Su madre y Bianca habían actuado como coartadas, ya que supuestamente ella iba a acompañarlas para comprarle un vestido a la muchacha. Se sentía mal por tener que utilizar esos enredos para poder verse con Nicholas, aunque era consciente de que no podía ser de otro modo.

Nicholas había alquilado una casa en Slough a solo veinte minutos del centro de la ciudad. Se encontraba alejada del resto del pueblo y se llegaba a esta por un camino que se desviaba por el principal, antes de llegar al pueblo. Era todo de tierra y conforme se iban acercando se podía ver la propiedad en piedra. No era una casa grande, ni ostentosa, ni ella quería que lo fuera tampoco. Tenía un bonito jardín y un banco en la entrada.

Nada más parar el coche, la puerta se abrió y Nicholas la ayudó a bajar, tomándola de la mano, aunque antes de que pusiera un pie en el suelo, él la cogió por la cintura y la besó con pasión.

Christina rio ante su gesto y olvidó todo el miedo o el pesar que había sentido al ir hasta allí. Nicholas se separó de ella unos centímetros y le ordenó al cochero que se retirara. El hombre asintió y emprendió el camino alejándose de ellos.

—¿Ha sido un buen viaje? —le preguntó una vez que se quedaron solos.

—Sí, perfectamente —asintió ella sin dejar de sonreír.

—¿Te gusta? —le preguntó él, colocándose detrás de ella con las manos en su cintura para que viera la casa.

—Me encanta.

Nicholas agarró su mano y caminaron juntos hasta el interior. A Christina le parecía un lugar mágico, el interior se complementaba perfectamente con lo que había visto fuera. Los muebles eran de madera. El salón-comedor donde él la llevó tenía una chimenea encendida que daba al lugar un aspecto muy acogedor. Se cruzaron con una señora que acababa de dejar una bandeja sobre la mesa de té.

Christina sintió en sus mejillas el calor que desprendía la habitación y se quitó los guantes y el sombrero dejándolo sobre una mesa auxiliar para acercarse al fuego. Se arrodilló junto a la chimenea y acercó sus manos a la llama.

Sintió los labios de Nicholas en su mejilla y tiró de ella hasta quedar semirrecostada sobre él, que se había dejado caer, apoyando su espalda sobre el sofá. A su izquierda se encontraba la mesa con dos bandejas con bocadillos y una jarra de té, con dos vasos.

—Es como hacer un *pique-nique* —dijo Christina con una sonrisa, se sentía feliz por primera vez en mucho tiempo, parecía que realmente no podía ocurrirle nada entre sus brazos, se dejó abrazar por estos mientras observaba las llamas.

—Haremos uno de verdad cuando quieras —susurró él, dándole un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja, que hizo que un escalofrío la recorriera de la cabeza a los pies.

—¿De verdad? Nunca he ido a uno —confesó ella recordando las veces que había comido en el jardín con Emily, aunque aquellos no eran *pique-nique* en el sentido estricto de la palabra.

—Dime qué piensas, quiero saber todo lo que te preocupe —le pidió obligándola a mirarle.

Podría hablarle de Emily y de su bebé, además deseaba y quería hacerlo, pero no era el momento. Aún no. No podría compartir algo tan íntimo con él, sería mostrar demasiado de sí misma.

—No me preocupa nada, me siento muy bien ahora, aquí parece que nada malo puede ocurrir.

—Nada malo va a ocurrir, Christina. Si supieras cuánto deseo poder estar contigo todos los días sin tener que buscar artimañas para vernos, ya estarías conmigo.

—Nicholas, ya sabes que...

—No vuelvas a blandir a Cornell como un escudo entre nosotros, porque no sirve. ¿Acaso no te gusta que te bese? ¿Que te toque?

Nicholas fue acompañando sus palabras con sus propios gestos, besándola y acariciándola, haciendo que su cuerpo volviera a despertar como solo él podía hacerlo.

—Tan solo piensa lo que sería poder compartirlo sin temor a que llegue el momento en que debamos separarnos.

—Todo parece tan sencillo si lo dices tú...

—Es sencillo —insistió él con fuerza.

—Para ti lo es, para mí sería convertirme en tu *amiga* durante unas semanas y cuando todo comenzara a hartarte dejarías de mí y ¿qué me ocurriría? Debería alejarme del mundo, porque todos me mirarían y sabrían que fui tu *amiga*, tendría que ver cómo comienzas de nuevo con otra y yo no... — Christina se detuvo antes de añadir una nueva imprudencia a lo que acababa de decir, que ya era demasiado.

Nicholas pareció permanecer bastante tiempo en silencio, pero la joven no se atrevía a mirarle. Debía haberse enfadado por su discurso derrotista.

—Mis *amigas* como tú las llamas siempre han sido solteras o viudas que sabían lo que recibirían de mí, Christina. Deja de pensar en esos rumores o en mis andanzas pasadas... ¡Demonios estás recibiendo más explicaciones que mi propia esposa! ¿No te da eso una explicación de lo que significas para mí? Quiero... Necesito tenerte junto a mí todo el tiempo.

Christina le veía tan sincero, estaba segura de que él creía en lo que decía, sin embargo, no podía terminar de confiar en lo duraderos que fueran esas necesidades. Él podría encontrar otra mujer que las satisficiera.

—No vuelvas a sumergirte en tu cabeza, habla conmigo— le pidió él agarrándola de la barbilla—. A no ser que eso que dices solo sean excusas y no quieras separarte de Cornell.

—Si así fuera no estaría aquí —replicó ella sentándose en el suelo—. Nunca había sentido nada parecido a lo que siento cuando estamos juntos, Nicholas, por eso tengo miedo.

Nicholas la miró durante unos segundos y acortó la distancia que les separaba, pasó sus brazos alrededor de su espalda y la acercó a él fundiéndose en un abrazo.

—No quiero pelear —le pidió Christina apoyando la cabeza en su hombro.

—Sabes que no me detendré hasta que consiga lo que quiero, te dije que no me rindo fácilmente. Prométeme que lo pensarás al menos —dijo él, tumbándose sobre la alfombra con ella sobre él.

—De acuerdo —asintió la joven pasando colocando sus manos en sus mejillas y acercando su rostro al del hombre.



❁ Londres, Inglaterra ❁

Habían sido las tres horas más maravillosas de su vida. Nicholas y ella habían dejado a un lado ese tema que siempre conseguía enfrentarle, aunque estaba segura de que cualquier día terminaría claudicando. Él le había dicho que no era su intención abandonarla pronto, pero tampoco sabía si confiar en eso. Temía comenzar a dar demasiado de sí misma y que luego él la alejara para siempre. Si luego podía regresar con Charles al menos podría salvar la cara, si abandonaba a su marido y se marchaba con él, sabía que sería feliz durante el tiempo que durara, pero el final sería más terrible. Deseaba tener la seguridad y arriesgarse. Nada la ataba a Charles, ni siquiera se tenían aprecio, un poco de cariño por la convivencia y respeto por los años que llevaban casados, pero no era suficiente.

Nicholas le ofrecía pasión, risas, felicidad... Su corazón latía frenéticamente al pensar en cómo hubiera sido su vida de haber sido esposa de Nicholas. Poder caminar de su brazo sin miedo a lo que pensara la gente, sin tener que verse a escondidas. Aunque luego recordaba lo que debía pasar esa mujer; Lady Harford al saber que su marido andaba en los brazos de otra mujer y no en los suyos... Christina caviló en los pensamientos que esa mujer tendría sobre ella. Aunque ciertamente era tan poco importantes para ella como los podían ser los de Charles, aunque sí le daba curiosidad. Sentía curiosidad por esa mujer, que Nicholas rechazaba tan abiertamente, ¿por qué sería?

Christina entró en la casa y dejó su sombrilla en la entrada. Se sentía flotando en una nube, pero Charles salió a recibirla con gesto serio y explotó la burbuja que la había acompañado a casa. La joven frunció el ceño, ya que era demasiado temprano para que él hubiera regresado de su despacho.

—¿Ha habido algún problema en tu trabajo? —le preguntó Christina amablemente, caminando hasta las escaleras.

—No, no he ido a trabajar, he estado... dando un paseo. Creía que habías ido con tu madre y Bianca a por unos vestidos —repuso él con tono neutro.

Christina se giró para mirarle, quedando de espaldas a la escalera, ¿desde cuándo Charles se interesaba en lo que hacía durante el día? Era algo que no solía ocurrir demasiado a menudo, por ello el motivo de su sorpresa, era algo que no habría esperado y mucho menos aquel día.

—La señora MacArthur me ha invitado a tomar el té y no podía negarme —mintió la joven soltando lo que había preparado con su madre en el remoto caso de que él preguntara.

—¿En Slough? —Christina aguantó la respiración unos segundos, ya que no había esperado aquella respuesta.

¿Cómo podía él saber eso? ¿Quién podría haberla visto e ir con el chisme? Sin embargo, lejos de sentirse mal o agobiarse se sintió algo más liberada. ¿Qué importaba que él lo supiera? Al menos lo que ella hacía no pecaba contra la moralidad y el sentido común. No como él, ella siempre se había mantenido al margen sus actividades y desconocía que hacía en su tiempo libre. En un principio por Emily, pero luego le dio igual, mientras no interfiriera en su vida diaria él podía hacer lo que deseara con quien lo deseara. Sin embargo, no deseaba tener que darle explicaciones, ella nunca se las había pedido cuando creyó que tenía una querida, hubiera preferido que él tuviera la misma cortesía con ella.

—No quiero continuar *esta conversación* —contestó ella caminando de nuevo hasta la escalera, sin embargo, cuando tenía un pie sobre el primer escalón, notó un agarre en el brazo que

la hizo girarse.

—Tenemos que tener *esta conversación*, Christina. Te he seguido y os he visto. *Harford y tú*, ¿acaso no has oído lo que se cuenta de él? —susurró él con la voz aun pausada.

¿Por qué tenía que ser aquella la primera vez que él quería saber de su vida? Nunca le había preocupado cuando era desdichada, pero ahora que se encontraba algo más contenta, él tenía que inmiscuirse. Por ello, no entendía a qué se debía aquella aparente preocupación por ella.

—Son mentiras, él me lo ha dicho... Desea estar conmigo y yo quiero estar con él —replicó ella secamente tirando de su brazo, consiguiendo subir varios escalones más, hasta que volvió a atraparla.

Sabía que se estaba comportando como una chiquilla, pero no deseaba compartir ese aspecto tan íntimo con él. No era el momento adecuado, ni la persona adecuada para darle lecciones morales.

—¡Miente Christina! Quiere aprovecharse de ti y cuando tenga lo que quiere te hará a un lado, tienes que recapacitar, ¡por Dios! No puedes continuar con esa relación, es una locura, ¿no lo entiendes? ¡Todos dirán que eres una mujerzuela!

A la joven se le revolvió el estómago al escucharle, ya que eran las mismas palabras que ella misma pensaba, pero no quería escucharlas y de él menos que de nadie.

—No te atrevas a darme lecciones de decencia, Charles. Tus perversiones son mucho más graves que mis faltas. Tengo derecho a ser feliz, he soportado lo impensable durante todos estos años, me debes mucho más que yo a ti— le espetó ella con rabia y frustración—. ¡Podría gritar que eres un afeminado en la plaza y no podrías negarlo!

—Cállate, no repitas eso nunca más—le avisó agarrando más fuerte su muñeca.

—¿El qué? ¿Afeminado? ¿Anormal? ¿Acaso no lo eres? ¿No se les llama así a los que mantienen relaciones con otros hombres? —repitió la joven con burla—. Quizá incluso vistes más encajes que yo misma.

Charles alzó la mano que le quedaba libre y golpeó su mejilla con fuerza, haciéndola perder el equilibrio, lo que la hizo caer por las escaleras.

Capítulo 24

Christina se encontró de pronto al pie de la escalera, sentía un ligero dolor en el costado izquierdo, nada que no fuera demasiado insoportable, había perdido un poco el aliento. Sabía que había sido una imprudente, no debía haberle dicho aquellas cosas a Charles, pero nunca había pensado que él fuera a levantarle la mano. ¿Realmente merecía la pena continuar perpetuando aquella farsa?

—Christina, lo siento mucho yo no...

—¡Christina! —gritó su madre bajando las escaleras rápidamente hasta situarse junto a ella.

Laura apartó a su yerno del lado de su hija para que no la tocara, mientras ella misma ayudaba a su hija a ponerse en pie, notando con indignación que había un hilo de sangre que brotaba de su labio inferior, tenía la mejilla roja.

—¿Qué le has hecho?

—No quería... Yo... Christina, por favor —musitó Charles nerviosamente alargando la mano hasta ella.

La joven la apartó de un manotazo. Sabía que existían los maridos violentos, ella misma había escuchado a Boniface pegarle a su madre algún bofetón, pero no había creído que Charles fuera a hacerlo. Sabía que ella también tenía la culpa, ella había sido la que había hablado de más, pero de igual modo no pensaba permanecer en aquel lugar mucho más tiempo. Ella no era feliz con él y ya no debía fingir nada, él conocía su relación con Nicholas. Quizá incluso tenía que agradecerle que su acción la hubiera ayudado a decidirse.

—¡Demonios! Christina, no quería hacerlo, perdóname —le pidió Charles sin dejar de moverse de un lado a otro—. Iré a buscar a un médico.

El hombre *escapó* prácticamente para buscar al médico, sin embargo, la joven estaba más decidida que nunca.

—Al menos hace algo sensato —gruñó su madre mientras la ayudaba a sentarse en la escalera—. ¿Por qué discutíais, Christina?

—Sabe de mi encuentro con Nicholas... —Laura se llevó las manos a la cara de la impresión—. Dile a Bianca que nos marchamos.

—¿Nos marchamos? ¿Dónde vamos?

—Con Nicholas —musitó ella tocándose el labio herido y haciendo una mueca de dolor—. Aceptaré su ayuda, ahora me pregunto por qué no lo he hecho antes.



Bianca había recogido en una maleta algunas de las cosas más personales de las tres sin hacer preguntas. Sin embargo, llegado el momento, Christina no había sabido dónde ir o qué hacer. Laura deseaba que a su hija la viera un médico, por lo que Bianca dijo que ella conocía la dirección del doctor Kingsley, ya que él había hecho referencia a la cercanía de sus casas cuando la muchacha le dijo donde se encontraba su residencia. Christina tuvo que consentir ir allí, ya que la casa de Nicholas se encontraba demasiado lejos como para que caminaran solas de noche.

El doctor Kingsley las había recibido con total amabilidad, las había instalado en su casa sin hacer preguntas, simplemente porque Bianca se lo había pedido, realmente. Christina comenzó a creer que su madre podría tener razón en cuando a un interés entre el médico y Bianca. Este encontraba limpiando la herida de su labio, no había preguntado qué había ocurrido y la joven no quería entrar en detalles.

—Muchas gracias por recibirnos, doctor Kingsley —musitó la joven haciendo un pequeño gesto de dolor.

—No tiene por qué, no me habría perdonado no... —sin embargo, no pudo terminar de hablar ya que la puerta de la habitación se abrió de pronto y Nicholas apareció en su campo de visión.

Él se acercó rápidamente a la cama, ella sabía que estaba enfadado y supuso que había sido el médico el que le había hecho llamar.

—¿Qué ha ocurrido? —exigió saber él cerrando la puerta de un portazo.

—Apenas son unos golpes, Nicholas, no es nada grave —intervino Paul Kingsley poniéndose en pie.

—¿Nos permites unos momentos, Paul? —le pidió con voz grave sin dejar de observarla.

Christina se sentía protegida por él y a la vez sabía que no podría mentir sobre lo que había ocurrido. Paul asintió y recogió algunas de sus cosas, saliendo posteriormente por la puerta.

Cuando se cerró la puerta tras del médico, Nicholas caminó algunos pasos acortando la distancia entre ellos.

—Me he caído por las escaleras —contestó ella mirando la punta de sus dedos.

—¿Tú sola? —preguntó él con escepticismo, mientras la obligaba a mirarle, puso sus manos a ambos lados de su rostro, cambiando su expresión dura a una de ternura—. No me mientas, Christina.

Christina sintió cómo sus ojos se aguaban debido en gran parte a la tensión que había estado soportando durante aquellos días. Era como si dentro de sí hubiera ocurrido una especie de explosión que la obligaba a desbordarse. Nicholas tiró de ella hasta su pecho y la abrazó con suavidad contra él.

—Llévame contigo —le pidió apoyando la cabeza en su hombro y suspirando tranquilamente entre sus brazos.

—Siempre voy a cuidar de ti, Christina —asintió él besando su cabeza—. Pero quiero saber qué ha ocurrido.

La joven se apartó ligeramente de él, había estado segura de que él no se conformaría con un simple asentimiento, después de aquella huida que había protagonizado, él querría saberlo todo.

—Charles me ha seguido y... nos ha visto —comenzó la joven cuando controló el llanto—. Dijo cosas que no me gustaron, yo me enfadé, porque no quería escuchar esas cosas y... Dije otras que le dolieron a él, me dio una bofetada para que me callara, pero perdí el equilibrio y me caí.

—¿Qué podría hacer que te golpeará, Christina? —insistió él de nuevo—. Tienes que contármelo.

Christina no sabía si hablar, si realmente era una buena idea. ¿Qué podría hacer Nicholas con esa información? Ella no quería callarlo más, no era algo de lo que ella debiera sentirse responsable, pero era un secreto tan íntimo...

—Le recordé que sabía algo de él... Le llamé afeminado —musitó la joven con rapidez, no iba a sentirse culpable, ni iba a continuar callando un pecado que no era suyo.

—¿Y es cierto? ¿Lo es? —Nicholas la miraba seriamente, parecía impaciente por conocer su respuesta.

—Yo misma le vi besándose con un hombre y luego él mismo me lo contó.

—Ahora comienzo a entender algunas cosas... —musitó él para sí mismo—. *Anormal* o no pagará haberte puesto un dedo encima.

—No, Nicholas, por favor —le suplicó ella agarrando su mano—. Solo quédate conmigo, olvidemos a Charles y a todo el mundo.

Nicholas asintió ligeramente aún no muy convencido. Ella le hizo tumbarse junto a ella y se abrazó a él, alzó la cabeza ligeramente y le besó suavemente en los labios, mientras él la pegaba aún más contra sí.

—Ahora eres toda mía —musitó él con satisfacción junto a sus labios sin dejar de besarla.



*** 20 de marzo de 1886 — Brighton, Inglaterra ***

Christina no había esperado que todo ocurriera tan deprisa, aunque pensándolo bien, era algo lógico. Nicholas había sido muy impaciente en cuanto a su decisión de que ella se trasladara a una de sus casas. La joven no sabía aún si había sido una decisión acertada, pero estaba dispuesta a asumir las consecuencias de lo que ocurriera. Su madre tenía razón, la gente siempre tendría de que hablar y no había a pasar un día más bajo el mismo techo que Charles, por lo que la solución más conveniente era aquella, durara el tiempo que durara.

No le había hecho falta pedirle a Nicholas que permitiera a su madre y a Bianca vivir con ellos, él lo había dado por sentado ya que había preparado el viaje para las tres. Christina reconocía que era egoísta por su parte, una cosa era exponerse ella misma a la posibilidad de quedarse sin nada y otra muy distinta era hacer que su madre y Bianca se vieran en esa situación por su culpa. Sin embargo, prefería tenerlas cerca de ella.

Cuando Christina supo donde se trasladarían no le agradó mucho, pero controló bien su gesto. Nicholas había decidido que viviera en Brighton, a varios kilómetros de distancia de Londres. No sabía por qué la enviaba tan lejos, pero su parte más temerosa le decía que apenas pasaría unos días con ella. Él tenía todos sus negocios en Londres y no podría hacer el camino todos los días...

—Vaya... —susurró su madre con impresión cuando bajaron del coche y quedaron frente a la gran casa.

Estaba como la que había visto anteriormente, a las afueras del pueblo, tenía la fachada de piedra y una fuente en medio del jardín, había varios árboles. A un lado de la propiedad había un pequeño establo de madera.

Nicholas la instó a entrar mientras su madre y Bianca les seguían. El interior estaba decorado con madera clara, a la entrada se encontraban las escaleras que llegaban a la parte de arriba y a la izquierda un pasillo que comunicaba con la cocina y los dormitorios del servicio. A la derecha, un gran arco daba la bienvenida a un salón con una gran mesa de madera adornada con flores y manteles.

Atravesaron el salón y Nicholas abrió otra puerta que comunicaba con una sala de estar de lo más acogedora. Los sillones eran de color crema y había una mesa de té en el centro, frente a la chimenea. Los techos estaban adornados unas gigantescas lámparas de araña y a un lado tenía una pequeña mesa redonda para tomar la comida de una forma más privada. La vista de la joven se dirigió hasta un lado opuesto de la habitación, donde se encontraba el habitual piano, siendo este de un tono más claro que los que ella había visto anteriormente.

Además de todo esto, la casa constaba de un estudio con biblioteca y un despacho, además de seis dormitorios en la parte de arriba. Cuando regresaron al recibidor una mujer de la edad de su madre, aunque un poco más baja y robusta, les esperaba, iba vestida con un traje de color azul

marino y el pelo recogido en un moño. Tenía en su cintura un buen puñado de llaves.

—Señora Clarke, le presento a Christina Whittermore — comenzó Nicholas, la joven frunció el ceño al oírse llamar de nuevo así, al igual que lo hizo su madre y Bianca, pero ninguna dijo nada—. Ella es la señora de la casa, cualquier duda o problema, debe tratarlo con ella, ¿entendido?

Christina sintió que algo se removía dentro de ella y no de disgusto. No podía creer que Nicholas hubiera dicho eso, básicamente porque acababa de declarar abiertamente su relación para esa mujer y toda la casa. Ellos sabían que él estaba casado y que ella no era su esposa. Acababa de relegar en aquella propiedad el papel de su propia esposa en un segundo plano, dándoselo a ella y era algo que no habría esperado, ni siquiera hubiera imaginado que la instalara en un lugar así. La mujer asintió obediente, sin mostrar ningún tipo de desagrado o contrariedad. Incluso había omitido su condición de casada al presentarla con su apellido de soltera.

—Si me acompañan les mostraré sus habitaciones —dijo la señora Clarke.

Laura y Bianca emprendieron el camino detrás de la mujer, pero cuando Christina fue a seguir las, Nicholas la agarró del brazo y esperó hasta que ellas estuvieron arriba para decir:

—Llevas todo el viaje muy callada, ¿acaso no te gusta? —preguntó él sin dejar de observar las expresiones de su rostro—. Comienzas a arrepentirte...

—No, claro que no, esperaba... esto —musitó la joven mirando a su alrededor.

—¿Creías que iba a esconderte en una cueva? —replicó enarcando una ceja.

—Algo parecido... A ti no te importa decir abiertamente que soy tu querida, pero...

—No eres mi *querida*, ni mi *amiga*, deja de usar sobrenombres Christina. Si he dicho tu apellido de soltera ha sido por ti, para que nadie sepa que estás casada. No quiero que continúes preocupándote por lo que dirá la gente, sé que te importa y lo entiendo. Aquí nadie sabe nada —gruñó él poniendo las manos en la cabeza con frustración.

Christina se sintió conmovida por sus palabras. Él decía que lo había hecho por ella y le creía. Estaba tomándose muchas molestias para que ella estuviera tranquila y sin preocupaciones. Ese lugar era perfecto, porque no deberían esconderse de nadie y ella no quería esconderse. Ojalá pudieran pasear por las calles de Londres los dos juntos, pero no podía ser. Deseaba que algún día llegara el momento en el que no tuviera que esconderse y él le había dado un lugar en el que podían ser libres.

—Gracias, Nicholas —Christina se acercó a él y le abrazó, sintiendo inmediatamente sus brazos alrededor de ella.

—¿Quieres que te muestre la habitación? —preguntó él cogiéndola en brazos.

Nicholas la llevó hasta una gran puerta y la dejó en el suelo para abrirla. Tenía una sala de estar privada con una chimenea y algunos sofás de color azul claro, atravesaron un arco donde se encontraba la gran cama con dosel.

—Nuestra habitación —dijo él junto a su oído.

—¿Dormiremos juntos? —preguntó ella mientras comenzaba a nacer en sus labios una pequeña sonrisa.

—Por supuesto —afirmó él con arrogancia besando sus labios.

Nicholas comenzó a andar hasta la cama y la dejó caer sobre la cama sin dejar de besarla en ningún momento.

—¿Qué planes tienes para el resto del día? —preguntó la joven con dificultad, mientras él regaba de caricias su cuerpo.

—Te lo mostraré encantado —susurró él con un tono seductor que le dio a la joven una pista

de que lo que pensaba hacer.

Capítulo 25

❀ 21 de marzo de 1886 ❀

Christina sintió un agradable olor a flores cerca de su nariz. Abrió los ojos y encontró un hermoso ramo de rosas blancas donde había estado reposando la cabeza de Nicholas. La joven se sentó en la cama y agarró el ramo, acercándolo más a ella. Sonrió con felicidad. Nunca pensó que sentiría algo como lo que sentía en aquellos instantes. Se dejó llevar por la satisfacción de aquella mañana. Podía bajar las escaleras y encontraría a Nicholas, podría besarle y nada podría impedirselo. Podría sentirse una mujer. Nunca lo había sentido con Charles, porque obviamente él no estaba interesado, pero ahora... Se dejó caer sobre las almohadas sin despegar el ramo de su pecho.

Se sentía ruborizar al imaginar lo que estarían pensando su madre o Bianca. Habían desaparecido desde que llegaron por la tarde y no aparecería hasta esa mañana. Se sentía un poco adolorida, ya que en aquella ocasión Nicholas había sido un amante insaciable, aunque ella había respondido gustosa a cada uno de sus gestos. Aunque sentía algo de decepción por no haberle encontrado junto a ella, no podía quejarse.

Cogió el vestido que le quedaba limpio, apenas tenía dos para ponerse, pero no iba a malgastar el tiempo pensando en lo escaso de su vestuario. Pediría a la señora Clarke que limpiara los otros dos y podría adaptarse por el momento. Tocó con la punta de los dedos los lazos, ojalá sus hijos pudieran estar junto a ella... Aunque estaba segura de que ellos serían felices desde donde estuvieran sabiendo que ella lo era también.

❀ ❀ ❀

La señora Clarke había dispuesto que el desayuno se sirviera en el jardín. Hacía una buena mañana, la primavera estaba comenzando y los campos empezaban a llenarse de flores. Christina se sintió algo decepcionada al no encontrarse con Nicholas en el desayuno, ya que solo estaban su madre y Bianca. Ambas la miraban de reojo y su madre con una sonrisa socarrona.

—Le traeré su desayuno, señora —musitó la señora Clarke mientras ella tomaba asiento.

Christina las observó a ambas, mientras tomaba el té que Bianca le preparaba todas las mañanas desde que comenzara su relación con Nicholas.

—¿Ha dormido bien, señora? —preguntó Bianca tímidamente.

Laura soltó una carcajada de lo más estridente.

—Bianca, cielo, hay ciertas preguntas que no deben hacerse... Sospecho que ha sido una noche de lo más... *agradable* —musitó Laura sin dejar de sonreír abiertamente—. Te extrañamos para cenar, querida.

Christina la miró con fastidio mientras sentía que comenzaba a ruborizarse.

—Mamá... —la regañó la joven que casi se atragantó con el té—. ¿Por qué no cambiamos de tema...? ¿Os han agradado vuestras habitaciones?

—Por supuesto, querida. Es el doble que la que tenía cuando vivía con Boniface y tiene una vista espléndida al jardín, hemos presentado nuestro agradecimiento a su excelencia —dijo su

madre con satisfacción mientras masticaba un poco de pastel de frutas.

—Y me va a permitir encargarme del huerto —añadió Bianca con suavidad.

—Qué buena noticia, yo te ayudaré en lo que necesites —dijo Christina mientras la señora Clarke dejaba una nueva jarra de zumo y una fuente con fruta en la mesa—. ¿Sabéis dónde esta Nicholas?

—No, querida, le han avisado de que un caballero quería hablar con él y su excelencia se ha marchado a recibirle —dijo su madre agarrando su mano—. Nos ha pedido que te digamos que te buscará cuando termine.

—Bien, voy a revisar el huerto y a escribir algunas notas —dijo Bianca cuando terminó de desayunar, levantándose de su silla y cogiendo el vaso del té de Christina para limpiarlo.

Madre e hija la vieron escabullirse y Laura soltó una carcajada.

—Va a escribirle a Kingsley, le escuché decirle que le escribiera para saber que habíamos llegado bien —dijo su madre con tono instigador—. Pero le preguntó qué le parece y ella no dice nada... ¡Esta niña!

—No la atosigues, mamá, ella finalmente hará lo que crea conveniente, aunque siguiendo tus planes, creo que hacen una agradable pareja —musitó Christina sonriendo, cada vez más convencida de que su madre pudiera tener razón en cuanto a ellos.

Continuaron con su desayuno tranquilamente, pero Christina se dio cuenta de que su madre la observaba fijamente con una sonrisa feliz en el rostro.

—¿Qué ocurre? —a Laura le brillaron los ojos de emoción.

—Me da tanto gusto verte tan feliz, Christina. He deseado durante tanto tiempo que llegara este momento. Tus ojos brillan de una forma tan especial y no has dejado de sonreír desde que has bajado.

Christina amplió su sonrisa y dijo:

—Me siento muy feliz, como si todo fuera posible, como si hubiera sido liberada.

—Porque lo has sido, querida, aunque no haya sido un mal carcelero es lo que al fin y al cabo se convirtió Charles.

—Y aun así todo esto que siento está mal.

—Por supuesto que no. Todo vale la pena por ser feliz y quien diga que no sería capaz de cualquier cosa, miente.

Christina cada vez se sentía más convencida de que era cierto. En aquel lugar, lejos de todo y todos, era maravillosamente sencillo fingir que no existía nadie más que Nicholas y ella.



—¿Te han gustado mis flores? —susurró Nicholas junto a su oído, agarrándola por la espalda, mientras caminaba por el jardín.

Christina se dio giró y besó tiernamente sus labios con suavidad, no podía imaginar cómo había podido pasar su vida sin aquellos besos, ahora se había obsesionado con ellos.

Bianca había convencido a su madre de comenzar a limpiar el huerto, aunque en realidad lo estaba haciendo uno de los mozos y ellas simplemente ordenaban lo que debía hacer. Christina había preferido caminar por el jardín y familiarizarse con la propiedad.

—Sí, son preciosas... Aunque me hubiera encantado que hubieras estado tú —suspiró la joven.

—Yo lo hubiera preferido también, pero tenía que encargarme de un asunto —contestó él, agarrando su mano y comenzando a caminar junto a ella.

Christina supo por su tono de voz que no iba a continuar hablando de ese tema y ella no intentó

saber sobre ese asunto.

—De otro modo no hubiera permitido que nada me separara de ti esta mañana —continuó él—. Hay algo que quiero mostrarte.

Christina asintió y él la guio hasta el establo, donde había una yegua castaña y junto a este un pequeño potrillo del mismo color. En una cuadra diferente se encontraba un caballo aún más grande de color blanco.

—Son preciosos... ¿Cómo se llaman? —musitó la joven acercando la mano hasta la yegua que era bastante mansa.

—Dímelo tú, son tuyos —musitó él junto a su oído.

—¿Cómo? —Nicholas la miró enarcando una ceja, ya que era obvio lo que él había dicho—. Pero no puedo aceptarlo.

—Debes hacerlo, porque no los aceptaré de vuelta y me sentiré muy dolido si no los quieres.

Christina le conocía lo suficiente como para saber que él no se rendiría fácilmente e insistiría en ello.

—Pero es demasiado, no sé qué decir, no sé cómo agradecerte todo lo que ha hecho por mí.

—No tienes que agradecerme nada, aunque podría mostrarte una forma—susurró él junto a su oído, besando la parte que unía la oreja con el cuello.

Christina sintió un escalofrío, él la empujó y la dejó atrapada entre la pared y su propio cuerpo, notó con él subía su falda hasta descubrir su fina ropa interior, soltó el lazo que sujetaba sus calzones e introdujo la mano dentro de estos, encontrando la piel tibia de la joven.

—Pero... No, podrían vernos —musitó Christina entrecortadamente, sujetándose a sus hombros con fuerza, ya que sus piernas eran incapaces de sostenerla.

—Nadie se atreverá —musitó él mientras regresaba a sus labios. La joven escuchó uno de los caballos relinchar y acalló en algo sus gemidos.

Nicholas la alzó y sosteniéndola contra la pared, se introdujo dentro de ella con rapidez. Christina ni siquiera opuso resistencia, enredó sus dedos entre su pelo y clavó sus uñas en su cuello. Nicholas mantuvo su boca contra la de ella, evitando que su grito se escuchara por toda la casa.

—¿Qué clase de magia has empujado conmigo? —susurró él aun con la voz ronca, junto a su pelo, mientras ambos se recuperaban de aquel encuentro.

Christina abrió los ojos y recordó súbitamente que se encontraban en el establo. Acababa de tomarla de aquella forma tan poco galante, a la vista de quien pudiera verlos y sin embargo le daba igual. Él estaba haciendo lo que deseaba con ella y ella se sentía gustosa de responder a su pasión. Ella sintió cierta satisfacción al escucharle, si él se sentía de ese modo, quizá no estaba siendo la única que sentía algo cuando se encontraban juntos, aunque no supiera si él sentía algo más que deseo, podía conformarse con eso de momento. De otro modo no hubiera permitido que ningún hombre la poseyera como si fuera una fulana del puerto. Aunque ciertamente ella lo era también, sacudió la cabeza, no quería pensar en esas cosas, porque solo conseguirían hacerle daño.

—Quizá sea una magia eterna —replicó la joven con una sonrisa algo tirante.



✿ 22 de marzo de 1886 ✿

—Si continúas echando tanta agua no conseguirás que crezcan —le dijo Christina en voz alta a Bianca que se encontraba comenzando a plantar algunas de las semillas que la señora Clarke había encontrado en el cobertizo.

La joven se llevó el vaso de zumo a los labios, mientras observaba desde su asiento privilegiado el desastre del huerto, estaba comenzando a sospechar que no sería capaz de plantar nada bien. Sonrió con indulgencia, mientras tomaba un poco de sol. Los días estaban comenzando a aclararse y cada vez hacía mejor temperatura para sentarse al aire libre. Cerró los ojos disfrutando de la tranquilidad, hasta que sintió un pequeño roce en sus labios. Abrió los ojos y sonrió, al encontrar a Nicholas sentado junto a ella.

—Me alegra que estés tan contenta —susurró él inclinándose sobre ella.

—Gracias a ti —musitó ella acariciando su rostro, se detuvo en una arruga que tenía en su entrecejo—. Pero parece preocupado.

—Tengo que ir a Londres —Christina sintió aquella noticia caer sobre ella como un jarro de agua fría—. No pongas esa cara, yo no quiero irme y debo admitir que siento satisfacción al notar que no te gusta mi partida.

No había imaginado que se marchara tan pronto.

—¿Será mucho tiempo? —preguntó ella con cierta resignación, ya que nada podía hacer para evitarlo—. ¿Es por tu esposa?

—No —replicó él secamente—. Es algo importante, Christina, de otro modo nada conseguiría alejarme de ti.

Christina no entendió muy bien lo que quería decir, pero asintió, ya que al menos había pasado por encima aquella pregunta tan tonta que había hecho. ¿Y que si fuera a ir con su esposa? ¿Qué podría hacer ella para evitarlo? Nada, porque al fin y al cabo Lady Harford era un título que ella no ostentaba, por lo que tenía derecho a pedir explicaciones.

—No tardaré más de un par de días, he dejado algo de dinero en el primer cajón de mi despacho, desearía que fueras a Brighton y que compraras todo lo que necesites.

—No puedo aceptar eso, Nicholas, por favor...

—Por favor nada, ¿qué dirían de mí si permito que mi mujer vista siempre los mismos trajes? Me los podrás mostrar a mi regreso —Nicholas la besó profundamente, pero Christina era incapaz de entender nada más que la primera parte de su frase.

La había llamado *su mujer*, eso significaba que la consideraba alguien importante para él. Ella se sentía verdaderamente su mujer, pero que él lo pensara también. Christina sonrió tontamente mientras él la besaba escandalosamente frente a todo el que quisiera verlos, pero no le importó. Realmente nada importaba.



*** 23 de marzo de 1886 ***

Aquella noche sin Nicholas había sido sorprendentemente lenta y triste, había cogido su almohada y había dormido abrazada a esta. Si él la hubiera visto estaba segura de que se habría reído bastante.

—Se fue ayer y ya le extrañas —dijo su madre, leyendo su pensamiento una vez más.

—Sí, ciertamente echo en falta su compañía, supongo que me he acostumbrado pronto a algo tan agradable...

—Podríamos ir esta tarde a Brighton para lo de los vestidos, pasaríamos la tarde tranquilamente, ¿quieres?

Sin embargo, no tuvo tiempo de responder, ya que la señora Clarke entró en la sala de estar bastante agitada y dijo:

—Señora, hay un caballero que desea hablar con usted.

—¿Un caballero? —Christina se preguntó quién podría ser ya que nadie sabía dónde se

encontraba— ¿Le ha dicho su nombre?

—Sí, Charles Cornell. Ha dicho que es su marido.

Capítulo 26

Christina no esperaba que Charles apareciera allí y menos tan pronto. No sabía cómo podía haber averiguado tan rápido dónde se encontraba. Tampoco hubiera imaginado que él se hubiera puesto a buscarla presa de algún tipo de sentimiento negativo. No le agradaba su presencia allí y no por el enfrentamiento que tuvieron hacía unos días, en realidad debería agradecerle que hubiera sido el que finalmente le diera la resolución que la había llevado hasta allí. No le gustaba que hubiera ido porque no sentía que fuera necesario, ni siquiera lo creía oportuno. Era su marido, sí, pero solo de nombre y si ella pudiera hacer algo para evitarlo lo haría gustosa, por lo demás, pensaba que debían continuar cada uno su camino por separado. Ni siquiera congeniaban, no tenían nada en común... Aunque habían tenido algo.

Emily. Ella había sido algo maravilloso en su vida y, por mucho que le estorbara, Charles había sido su padre. Por ella y solo por ella, se levantó de la silla y aceptó recibirle. Escucharía lo que fuera a decirle, aunque estaba segura de que no le agradaría y luego le haría salir de su vida. Ya que no deseaba tenerle cerca, aunque llegara el momento en el que finalmente, Nicholas y ella se separaran.

Christina estaba segura de que su madre pensaría que estaba loca, pero no le dio oportunidad de opinar. Salió al recibidor y le encontró esperándola, con su sombrero y su bastón entre sus manos.

—Creía que te negarías a recibirme, Christina, discúlpame por lo que ocurrió el otro día. Me conoces y sabes que no soy así, ambos hablamos de más y me sobrepasé —comenzó él atropelladamente cuando la vio aparecer—. Sin embargo, no puedo evitar pensar que estas cometiendo un grave error del que te arrepentirás.

—Extrañas disculpas si vienen acompañadas de una amenaza —replicó Christina cruzando los brazos frente a ella.

—No se trata de una amenaza, ¡Christina! ¿Qué demonios te ocurre? Sabes que no eres así, no permitas que ese hombre te convierta en una...

—Al menos ahora siento algo, me siento feliz —le interrumpió ella.

—Creía que eras feliz, he puesto todo de mi parte para...

—*¿Todo?* Por dios, Charles, no mientas. Tú has omitido mi presencia, era como un objeto de la casa, pero nunca has hablado conmigo, ni has querido conocerme. Siempre te has mantenido alejado y no me quejo, incluso lo prefería, pero no puedes pretender que añore regresar a esa vida.

—Al menos era una vida digna, no entiendo cómo puedes preferir vivir en la casa de un hombre casado como su amante.

—Explicámelo tú, tú también tuviste a tu amante en nuestra casa.

—No volvamos a ese tema, Christina, no estamos hablando de mí.

—Tampoco quiero hablar de mí. No te importo, lo único que piensas es que mi escapada te hará quedar mal con tus colegas, que perderás la silla en el parlamento.

—Me importa tu felicidad, sé que no lo he demostrado, pero realmente te tengo cariño.

—¡Entonces déjame tranquila! —le gritó Christina harta de aquella conversación, sentándose en uno de los sillones que había en la entrada.

Le temblaba todo el cuerpo de frustración y la rabia. Le estaba dando mucho coraje verle allí delante de ella, como guardián de la moral, cuando era el menos indicado para hacerlo. Charles caminó tras ella entrando. Ambos quedaron de espaldas a la puerta por lo que no escucharon que esta se abría introduciendo un nuevo contenido en la discusión.

—Christina, sé que hay algo de sensatez aún en ti, piensa en Emily, a ella no le agradaría esto, creo que se sentiría profundamente triste —dijo él agachado junto a ella.

—No uses su nombre para hacerme sentir mal porque no vas a conseguirlo, viniendo de ti me parece una falta de consideración, Charles —Christina alzó la cabeza con enfado y le golpeó en el hombro.

—Veo que he llegado tarde —musitó una voz grave desde la puerta.

Christina se levantó del sillón con alivio y caminó rápidamente situándose junto a él, sintiéndose protegida con su presencia. Charles la miró con cinismo y algo de enfado, mientras el duque colocaba una mano en la cintura de Christina, atrayéndola hasta él y mostrando su superioridad en cuanto al otro hombre.

—Ha hecho sus tareas de forma ejemplar, Cornell, una lástima que no sirva de nada —dijo Nicholas con voz fría, controlando su enfado—. Márchese a Londres si no quiere salir mal librado.

—¿Me ha quitado a mi esposa y me amenaza? Podría pedirle una satisfacción por esto— contestó Charles cuadrando los hombros.

Christina no quería que ellos se enfrentaran, sería como una cacería y presentía que Charles podría tener muy mala suerte. No le quería cerca de ella, pero tampoco deseaba su mal.

—¿Estás loco? —musitó la joven mirando a Charles con un nudo en el estómago.

—No discutamos sobre el *honor*, porque no le he robado nada. Desconozco en la cama de quién ha dejado tanpreciado sentimiento —Charles palideció bruscamente y ella soltó un grito ahogado.

—¡Yo soy *muy hombre*! No sé qué mentiras le ha contado Christina, pero le aseguro...

—No comprendo a qué se debe su ofensa, Cornell. ¿He dicho algo que haga suponer lo contrario?

Christina sabía que Nicholas había dicho eso con toda la intención, con la misma que la había entendido Charles, pero realmente había sido el propio Charles el que había terminado hablando de más, ya que por las palabras de Nicholas podrían entenderse otras cosas.

Charles parecía haberse hecho mucho más pequeño, caminó sin decir nada más hasta la puerta y después de dirigirle una mirada de odio a Christina se marchó como toda una *dama ofendida*... Con portazo incluido.

—Nich...

—¡Señora Clarke! —gritó Nicholas con furia interrumpiéndola, la mujer apareció rápidamente asustada por el tono que acababa de emplear el duque—. No quiero que esa rata vuelva a entrar en mi casa, ¿de acuerdo?

La mujer asintió asustada, Nicholas caminó como alma que lleva el diablo hasta su despacho y cerró con fuerza tras él. Christina fue tras él y entró en el lugar poco después, mientras él se servía un generoso vaso de whisky.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó aún enfadado después de beberse todo el líquido de un

trago.

—No ha variado su discurso —musitó ella cambiando el peso de un pie a otro por los nervios.

—Y ha conseguido convencerte.

—No, claro que no, si hubiera sido así me habría marchado con él —declaró la joven acercándose a él.

—Y sin embargo parecía que compartíais secretos cuando he llegado, estaba excesivamente cerca para ser un *afeminado*.

—Charles ha querido jugar sucio —musitó ella mientras el nombre de Emily pedía salir de su boca—. Creía que mencionar a Emily haría tambalearse mi decisión.

Christina sintió que sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas al pronunciar su nombre en voz alta y tomó aire para tranquilizarse.

—¿Quién es *Emily*?

—Mi hija —susurró ella sin intentar retener las lágrimas.

Nicholas acertó la distancia que había entre ellos y la abrazó. Christina apoyó la cabeza en su hombro y lloró suavemente. Era la primera vez que hablaba de Emily con alguien que no la había conocido y que no era parte de su familia. Sentía una especie sensación de redención al hacerlo.

Nicholas la llevó hasta uno de los sofás que había en el despacho y la sentó sobre su regazo. Limpió sus lágrimas con cariño y le dio un pequeño beso en la sien.

—Ella *se fue* hace dos años —continuó ella con los ojos brillantes, aunque un poco más calmada—. Y yo no volví a ser la misma.

—Por eso no tocas el piano —adivinó él con seriedad mientras ella asentía—. Y él ha usado a Emily para hacerte sentir mal.

Ella volvió a asentir, sintiendo una calidez en el alma al escucharle pronunciar el nombre de su hija.

—Canalla... —dijo él cerrando sus manos con fuerza—. No he debido dejar que se marche tan tranquilo.

—No importa, no quiero que tengas problemas por mi culpa.

—No es por tu culpa, no voy a permitir que se dé el lujo de hacerte sentir mal o de introducir rumores contra mí en tu cabeza. Si el pretende separarnos, es mi enemigo, Christina y también si te hace sufrir. Nadie se mete con lo que es mío y sale indemne.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó la joven preocupada.

—Voy a deshacer esa burla de matrimonio que tenéis y que no debió celebrarse jamás.

—¿Eso es posible?

—Sí, si tienes los medios y conoces a la gente adecuada, pero debes prometerme que no cuestionarás mis métodos.

Christina sopeso la opción y aceptó. Si él podía conseguir que ella se viera por fin libre de aquel matrimonio absurdo que había robado siete años de su vida, sería bienvenido.

Pasó sus brazos enredándolos alrededor de su cuello y él la apretó contra sí, durante unos segundos y le escuchó suspirar junto a su cabello.

—¿Me has echado de menos? —preguntó ella, separándose de él para mirarle mientras colocaba su frente contra del hombre.

—Más de lo que imaginas —musitó Nicholas acercando sus labios a los de ella.

Algo dentro de ella se agitó al escucharle, pero no quiso mostrarlo, sonrió tímidamente mientras en su interior su corazón latía desenfrenadamente y su cabeza comenzaba a divagar. Tenerle frente a ella, tan cerca, la hacía olvidar lo que acababa de suceder con Charles. Nada

importaba y todo carecía de importancia.

—No tienes que volver a marcharte, ¿verdad? —dijo la joven, apoyando las manos sobre su pecho.

—No, he solucionado lo que me ocupaba en tiempo récord, no quería permanecer más tiempo lejos de aquí, no sé qué me has hecho, Christina, pero vas a tener que soportar mi presencia durante mucho tiempo, espero que estés preparada —mientras hablaba Nicholas hizo más fuerte su agarre.

Parecía que quería advertirle, como si para ella fuera inconveniente que él se sintiera así, pero no lo era en absoluto. Ella deseaba que ocurriera de ese modo, no imaginaba que consiguiera hartarla, ni aburrirse o cansarse de estar junto a él.

Christina simplemente acercó sus labios a los suyos y comenzó tímidamente el beso. Enseguida él tomó las riendas de la situación y de un momento a otro se encontró debajo de su cuerpo, recostada en el sofá que había en su despacho. Nicholas comenzó a masajear sus brazos, deslizando sus labios hasta su cuello.

—Alguien... puede... entrar —dijo Christina entrecortadamente.

Cómo única respuesta, Nicholas tomó de nuevo sus labios y con sus manos subió su falda. Se deshizo de sus pantalones y sus enaguas con una facilidad asombrosa. Se separó de ella unos segundos, sin dejar de mirarla se quitó la chaqueta y soltó sus propios pantalones. Christina sintió un ligero rubor cubrir sus mejillas y apartó la mirada, le escuchó reír y ella se sintió enrojecer aún más. No hubiera imaginado encontrarse en una situación así. Hacer el amor a la luz del día e incluso en un establo, donde cualquiera pudiera verlos. Eso era algo que la habría horrorizado de haberlo sabido y, sin embargo, se veía a sí misma como protagonista de aquel comportamiento tan desvergonzado.

Él se colocó de nuevo sobre ella y volvió a besarla, pero de forma dulce y suave, como si estuviera saboreando sus labios y estuviera disfrutando de ello. Christina se vio a sí misma suplicándole más, quería mucho más. Alzaba sus caderas de forma instintiva hasta él. Se introdujo dentro de ella de forma lenta, sin dejar de mirarla a los ojos. Con una de sus manos agarraba una de las suyas y tenía la otra en su cintura. Christina pasó la suya por su espalda e instintivamente la introdujo debajo de su camisa. Ambos continuaban al unísono, sus gemidos resonaban por toda la habitación y entonces se dejó ir junto a él.



Christina aún sentía sus manos y sus besos sobre ella, aunque hacía algún rato que se habían separado. Nicholas había ido a revisar algunos problemas que habían surgido en la propiedad, mientras ella fingía que leía, aunque sentía los ojos de su madre sobre ella, estaba segura de que no tardaría en preguntar, ya que la conocía perfectamente y sabía que estaba deseando saber que había ocurrido.

—¿Vas a contarme de una vez que quería ese *mequetrefe*? —preguntó Laura arrebatándole el libro.

—Quería que regresara a su casa, mamá, insistiendo en el mismo argumento del otro día —musitó la joven con voz cansina, ya que no deseaba hablar de Charles—. Incluso usando a Emily.

—Vaya, parece que ese hombrecillo ha demostrado ser todo un canalla. Menos mal que ha llegado su excelencia a tiempo y le ha puesto en su lugar —musitó su madre con satisfacción—. Hubiera deseado verlo huir por patas.

—Recuerda que Charles no es Boniface, mamá, parece que en ocasiones los confundes.

—Estoy de acuerdo, pero no puedo evitarlo y no me hables de Boniface, porque cada vez que

recuerdo que estás casadas con ese hombre por culpa suya, se me revuelve el estómago.

—Nicholas dice que puede conseguir anular mi matrimonio —confesó la joven con una sonrisa, aunque su madre frunció el ceño—. Creí que te gustaría saberlo.

—Sí, querida, me agrada, pero... Una anulación es muy difícil de conseguir, se deben presentar pruebas muy específicas, como el adulterio y por ahora, solo hay indicios de que tú lo haces y... Cariño, eso haría que tu relación con su excelencia se supiera por todas partes, al menos tienes el velo protector de tu matrimonio, no es lo mismo que se rumoree a que se confirme, eso te hará daño, Christina. Creo que es mejor así y cuando Charles muera...

—Nicholas no permitirá que nada me haga daño, mamá —dijo ella con confianza.

Estaba realmente segura de que él hablaba en serio y le había prometido protegerla de cualquier cosa que la hiciera sufrir. No comenzaría algo que pudiera dañarla, él sabía lo que hacía.

Capítulo 27

❖ 25 de marzo de 1886 ❖

Nicholas había insistido tanto desde que había regresado que no había podido continuar alargándolo. Sabía que él deseaba que se comprara montones de vestidos y le había dado bastante dinero para que lo hiciera. No quería gastar su dinero en grandes cantidades, porque ella no había iniciado su relación con él por motivos económicos. Pero él se había sentido ofendido si no lo aceptaba por lo que había dado su brazo a torcer. Su madre la estaba acompañando, ella tenía permiso también para comprarles ropa a ella y para Bianca, esta había decidido quedarse en casa escribiendo algunas notas. Había dicho que era para su madrina, pero Laura estaba segura de que se carteaba con el doctor Kingsley.

Christina sentía que todo el mundo hablaba de ella a su paso mientras caminaban por las calles de Brighton y sabía que era imposible, sobre todo porque nadie la conocía o al menos eso pensaba, también era consciente de que en las ciudades más o menos pequeñas los chismes corrían como la pólvora. Pero ella había asumido esa situación como lógica debido a su relación, así que iba a aguantar con estoicismo, aunque no era sencillo desprenderse del temor por mucho que se lo dijera a sí misma.

—Siento que todas me observan —le susurró a su madre mientras miraban algunos zapatos en una de las tiendas.

—Son imaginaciones tuyas, Christina, tampoco puedes estar escondida en esa casa, necesitas que te dé el aire fresco —replicó su madre con amabilidad.

—Puedo pasear por el jardín —musitó la joven insistentemente.

—Christina, ya basta —susurró su madre dándole un pequeño manotazo en el brazo para atraer su atención.

La joven se separó unos instantes de su madre para mirar algunos de los artículos decidiéndose por unos de color claro, de ese modo podría usarlos varias veces y no se notaría.

—Me encantan estos —declaró su madre entusiasmada como una niña pequeña con sus zapatos nuevos.

—Yo tomaré estos, deberíamos ir a por unas telas, ¿crees que podríamos confeccionar nosotras mismas los vestidos? —preguntó Christina sin dejar de impresionarse por el precio que tenían que lo que se encontraban expuestos y eso que seguramente tendrían que ser arreglados para ellas—. Tampoco quiero ser demasiado...

—¿La has visto? —dijo una mujer detrás de un montón de telas.

—Sí, no puedo creer que se paseé por la ciudad con la cabeza tan alta siendo una *mujerzuela* —replicó la otra.

Christina torció el gesto y miró a su madre con pesar, esta quiso llevársela de allí, pero la joven no se movió.

—Es la nueva querida de Harford, pobre Eloise, su hermana me ha contado que no para de llorar la desdichada, no entiendo cómo pueden existir criaturas así.

—Incluso he oído que es casada y su madre anda con ella como si nada, ¿qué clase de educación habrá recibido esa muchacha?

Laura pretendió salir de detrás de las telas para hablarles bien claro a esas dos mujeres sobre la educación que le había dado a su hija, estaba segura de que sería mucho más digna que las que ellas mismas habían tenido. Pero Christina la agarró del brazo evitándolo. Sentía unas horribles ganas de llorar y su madre la sacó de la tienda, después de dejar tiradas las cosas que pretendían comprar.

Ellas tenían razón, lo habían expresado de una forma más cruel, pero era exactamente eso. Era una *cualquiera*. Una mujerzuela que se acostaba con un hombre casado, estando también casada. Era más grave aún, porque ni siquiera le importaba el sufrimiento de su esposa, ella le quería para sí y no deseaba que se marchara con la otra mujer.

Se alejaron caminando rápidamente de la tienda, hasta que Christina se detuvo en seco sin poder reprimir por más tiempo las lágrimas. Laura se sentía frustrada por todo aquello y tenía unas inmensas ganas de retroceder sobre sus pasos y hablarles claramente a esas dos mujeres sobre quien era su hija. Ni siquiera eran dignas de pronunciar su nombre.

—Querida, no llores, no merece la pena —le pidió su madre, limpiando el rostro de su hija.

—Pero tienen razón mamá, es lo que soy —susurró la joven con un suspiro.

—No, no lo eres —negó Laura tajantemente, sintiendo cierta rabia por aquel tono tan derrotista.

—¿Qué nombre recibe la mujer que se acuesta con el marido de otra?

—Ellas no te conocen como yo, sé que si no sintieras algo verdaderamente fuerte por él nunca lo habrías hecho, nunca te habrías interpuesto en un matrimonio feliz y créeme que ese no lo es.

—No lo sabemos, quizá ella acepta de buen grado sus salidas y él la quiere, pero necesita...

—Christina sabía que estaba siendo incoherente, muchas veces Nicholas había mencionado de forma nada cariñosa a su esposa, pero no podía evitarlo.

En su cabeza aún reverberaban las palabras de aquellas mujeres.

—¡Bobadas! Hablarás con su excelencia y le contarás lo que has oído, él dice que te protegerá, ¿no? Pues que comience —exigió Laura enfadada.

—¡No! No voy a involucrar a Nicholas en una pelea de mujeres, sería infantil por mi parte. No haremos nada, porque por mucho que lo niegues y a mí me duela, tienen razón.

—Yo pienso que deberías...

—Pero no, mamá. No voy a decírselo y tú tampoco lo harás, promételo.

Laura terminó asintiendo no muy convencida, ella estaba segura de que callar era un error, pero tampoco quería importunar más a Christina, por lo que no tuvo más remedio que aceptar no decir nada. Al fin y al cabo, era una decisión que debía tomar ella misma, por muy en desacuerdo que estuviera su madre.



Apenas habían conseguido comprar unos cuantos vestidos, ya que las pocas ganas que tenía de comprar habían sido más anuladas debido a lo que había oído de esas dos mujeres. No podía apartar de su mente sus palabras venenosas, si ellas hubieran sabido lo dolorosas que eran para ella hubieran disfrutado al verla llorar. Subió directamente a su habitación y se tumbó en la cama. No deseaba ver a nadie, sabía que era tonto recrearse en aquellos sentimientos tan negativos, pero no podía evitarlo.

Habían abierto de nuevo aquella puerta en su cabeza. Ella ni siquiera había terminado de cerrarla, apenas estaba entornada y sin embargo... Unas cuantas palabras habían conseguido que

regresaran aquellos temores a su mente. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? En un mundo ideal y perfecto, Nicholas y ella serían libres para estar juntos. Ni siquiera tenía la seguridad de que eso fuera a suceder, no tenía nada y se había lanzado ciegamente a esa vida. Cualquiera que la viera en esos momentos, dudaría de que su decisión hubiera sido la adecuada y pese a sus miedos e inseguridades, estaba segura de que era mucho mejor. Era infinitamente mejor vivir, sentir que no hacer nada. Y eso era su vida antes de Nicholas, nada.

Estaba tan centrada en sus pensamientos que no le había escuchado entrar en la habitación, se sobresaltó cuando sintió su brazo sobre su cintura.

—Me han dicho que te encuentras mal —dijo Nicholas junto a su oído, pegándole más a él.

—Solo estoy un poco cansada, hemos caminado mucho —mintió la joven acariciando la mano que tenía sobre su cintura.

—Y sin embargo apenas has comprado nada, siento que me estas ocultando algo —insistió el apoyándose en la almohada con él brazo para verle la cara.

Christina le miró y sonrió con tirantez. Era demasiado intuitivo, ella demasiado transparente o comenzaba a conocerla muy bien, pero no iba a decírselo. No quería molestarle con esa tontería porque sabía lo que diría. Que debía no escuchar aquellos comentarios, que no debían importarle y tenía razón, pero aún no era lo suficientemente fuerte como para no hacerles caso.

—¿Es por Cornell de nuevo? Continúas preocupada por eso.

—No, ¿por qué no me crees? Solo estoy cansada.

—Entonces debería dejarte descansar —asintió él comenzando a levantarse.

—No, no te marches, quédate conmigo un rato más. A tu lado todo siempre parece más fácil —Christina se levantó y acercó sus labios a los de él.

Nicholas permitió que ella guiara la profundidad del beso y se dejó caer de espaldas sobre la cama, dejando que ella se situara sobre él, este colocó ambas manos sobre su cintura y las movió hasta su torso y su cabeza, soltando las horquillas que sujetaban fuertemente el cabello rubio de Christina, haciendo que este cayera sobre su rostro como una cascada.

Nicholas apartó su pelo de su rostro y colocó una de sus manos sobre su nuca, acercándola de nuevo hasta él. Christina guiaba sus manos por su torso y dejándose llevar, introdujo una de ellas en la cinturilla de su pantalón.

Él rio con gravedad y de un movimiento, dio la vuelta, situándose él sobre ella.

—Desearía que llevaras tanta ropa encima —susurró él junto a sus labios.

Christina sonrió tímidamente comenzando a enrojecer, pero se sintió turbada cuando escuchó un tirón en la parte trasera de su vestido y varios botones saltaron dispersos por la habitación.

—Mi vestido —se quejó ella, aunque no le dio mayor importancia.

—Compraré cientos iguales —replicó él tomando de nuevo sus labios.



Aquella noche, mientras Nicholas dormía plácidamente, la joven no podía dejar de observarle. Sus labios la habían transportado a lugares que nunca hubiera imaginado. Desde la primera vez, nada había vuelto a ser igual para ella. Siempre había imaginado que terminaría sus días con Charles o como una viuda respetable, quizá ahora eso no ocurriría, pero no podía negar que merecía la pena.

No le gustaban los comentarios respecto a ella, ¿pero a quién le agradecerían? Debía asumir de una vez que debía decidir entre soportar aquellas palabras o renunciar a Nicholas y marcharse. No podría vivir sin él, intentaba imaginar el momento en el que llegara el tan temido final y aquello la aterraba mucho más que escuchar los calificativos tan poco agradables que había escuchado sobre

su persona. No quería pensar en los días que vendrían sin volver a sentirle junto a ella, sin volver a recibir sus besos, sus caricias... Que no volviera a hacerle el amor y que todo aquello lo recibiera otra mujer. Una mujer sin rostro que aparecería y que llamaría su atención como lo había hecho ella. Ni siquiera era su esposa, ni siquiera podía quejarse, debía aceptar lo que le viniera.

Y sabía que eso le dolería, algún día comenzaría a planear lo que sería de ella después de aquel momento, pero no sería ahora. Ahora estaba con él, a su lado. Si alargaba la mano podía acariciar su mejilla y su barba incipiente le pincharía los dedos.

No imaginaba cómo podría olvidarle y supo instantáneamente que no lo haría, que aquello era más fuerte que la lujuria, al menos para ella.

Porque ella se había enamorado de él y saberlo no lo hacía todo más fácil, ni más difícil, pero debía comenzar a aceptarlo. Siempre pensó que no le ocurriría a ella, había leído novelas y había oído a su madre hablar de James Whittermore, no podía negar que le ocurría algo similar a ella.

Deseaba y anhelaba estar junto a él hasta el día en que muriera y aquello no podría ser otra cosa. Y probablemente él nunca sentiría algo así por ella. No iba a engañarse ni a hacerse ilusiones. No era por ser más bella o más fea, sino de llegar a tocar el corazón de una persona como él lo había hecho con el suyo y dudaba que fuera capaz de llegar a tanto con un hombre que conseguía lo que quería, como y cuando quería.

Nunca sentiría nada así por nadie, pero tampoco era algo malo. Al menos podría decir que había amado y que había arriesgado por ese amor, aunque el resultado hubiera sido fatal.

Christina le miró dormir con una sonrisa, si él hubiera despertado en aquel momento la joven no habría podido negar sus sentimientos pues brillaban en sus ojos.

«Te quiero».

Capítulo 28

❖ 28 de marzo de 1886 ❖

Haberle puesto nombre a sus sentimientos por Nicholas no lo había hecho más sencillo, pero sí le había dado más sentido y algo más de serenidad. No sabía cómo él no podía darse cuenta. Resultaba tan obvio para ella. Cada vez que le miraba, cada vez que le escuchaba hablar. Cada vez que la tocaba o la acariciaba ella parecía derretirse como la mantequilla entre sus dedos. Quizá no era tan obvia como ella pensaba, a lo mejor le había mirado siempre de esa forma, solo que ahora que ella sabía lo que sentía realmente le parecía más obvio.

Y hacia dos días que no podían hacer el amor. Christina había estado tan centrada en aquellos problemas, en la incipiente relación con Nicholas, que no había recordado aquella *perturbación* por su condición femenina. Al ver lo que ocurría, ella había pensado que él se marcharía, pero no lo había hecho. Había supuesto que él algo debía imaginar, aunque ella no lo había dicho, ya que no debían tratarse esos temas con los hombres, ni ellos querían escucharlos. Pero aun dormía con ella y aunque simplemente le daba unos besos antes de dormir, él hacía que todo en su interior se agitara. Ella misma se encontraba más deseosa de que su periodo se marchara que él, aunque había miradas y gestos, que le delataban y estaba segura de que él deseaba tanto como ella poder estar juntos de nuevo.

—¿Te gustaría que fuéramos a pasear a caballo esta mañana? —le preguntó Nicholas tomando su mano y dándole un pequeño beso en ella.

—Me gustaría mucho —asintió la joven sonriendo, mientras tomaba un trozo de pastel de mora.

—El aire fresco y el ejercicio te hará bien, querida, no puedes estar *encerrada* todo el tiempo —musitó su madre con una clara doble intención que solo su hija pudo captar.

Nicholas frunció el ceño, mientras tomaba un poco de café al escucharla y Christina se percató de ello.

—No estoy encerrada, mamá, ¿de dónde sacas esas cosas?

—Tiene razón, señora Whittermore, quizá sería mucho mejor que pasearan por la ciudad —asintió Nicholas dejando su taza sobre la mesa.

—¿Ves, querida? Su excelencia piensa igual que yo, eres demasiado joven para estar encerrada o ¿acaso hay algo que te inquieta?

—¡Madre! —replicó la joven con voz dura.

Estaba segura de que su madre estaba empecinada en que le contara a Nicholas lo que ocurrió la última vez que fueron a la ciudad.

—¿Alguien te ha molestado? —preguntó Nicholas mirándola intensamente.

Sin embargo, la entrada de la señora Clarke le evitó tener que contestar, aunque no salvó a su madre de una mirada reprobatoria.

—Ha llegado esta carta para usted, excelencia —dijo la mujer colocando una carta junto a la mano de Nicholas.

Este asintió y la mujer se marchó llevándose con ella algunos platos que se encontraban sin usar. Nicholas abrió la nota y conforme iba leyendo comenzó a fruncir el ceño, Christina tuvo una especie de mal presentimiento, esperaba estar equivocándose.

—¿Es importante? —preguntó ella armándose de valor, cogiendo una de sus manos, él dio un apretón cariñoso y la miró sonriendo, aunque de forma rígida.

—Nada especial, debo viajar a Canterbury, mi *esposa* se encuentra enferma y tengo que ir.

Christina apartó la mirada con desazón, ya que realmente era una mala noticia. Una terrible noticia para ella. No quería que se marchara, ni que estuviera con su esposa, ni nada. Pero no podía hacer otra cosa que asentir y aceptarlo, aparentar tranquilidad, aunque no la sintiera en absoluto.



*** 29 de marzo de 1886 ***

El día se había estropeado considerablemente, ya que Nicholas había decidido salir de viaje al día siguiente y había tenido que comenzar a prepararse, puesto que deseaba regresar cuanto antes. Christina sabía que era su deber ir y que debía sentirse bien porque él quisiera estar fuera el menor tiempo posible pero no era así. Había dormido abrazada a él, imaginando lo sola que estaría la cama durante su ausencia.

La joven pasó sus brazos alrededor de su cuello y le besó desesperadamente como si no fuera a volver a verle en mucho tiempo. ¿Y si veía a su esposa y decía que la quería? ¿Y si se acostaba con ella? Ella hacía dos días que no podía hacer nada y él...

—Si continúas conseguirás que me quede —susurró él junto a sus labios, apretando sus manos en su cintura y pegándola hasta él.

—¿Me añorarás? —preguntó la joven intentando no comenzar a llorar de forma infantil.

—Todo el tiempo, Christina. No pretendo estar mucho tiempo lejos de ti —musitó él volviendo a besarla, ella notó cierta ansiedad también por su parte.

Eso la tranquilizó en parte, ya que significaba que tampoco deseaba marcharse. Continuó besándola unos momentos más hasta que el cochero le llamó, ya que su equipaje estaba listo.

—Ten cuidado —le pidió la joven con una sonrisa, sintiendo la presencia de su madre junto a ella.

—Hasta pronto —dijo él con otra sonrisa, caminando hasta el coche.

De pronto, se paró y caminó sobre sus pasos, volviendo a pegar sus labios a los de ella en un beso lleno pasión, que la dejó sin aliento. Apenas unos segundos después, él entró en el coche y este comenzó a alejarse, mientras ella comenzaba a llorar.

—No llores, cielo. Él va a regresar —auguró su madre con tono grave, pasando su brazo por su cintura y pegándole a ella.

—¿Y si decide quedarse junto a ella?

—Ni siquiera la quiere, Christina. No quería marcharse, estoy segura de que ni siquiera está enferma o lo ha exagerado para llamar su atención.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque también soy mujer y utilizamos esas artimañas. Mañana puedes escribirle y decirle que estás enferma y por la tarde le tendrías aquí.

—Temo que no regrese junto a mí... Ni siquiera sabemos cuánto tardará en curarse.

—Bien nos vendría que no lo hiciera —susurró la mujer con suspicacia.

—Eso es espantoso, mamá.

—Ella también desea lo mismo para ti, Christie, te lo puedo asegurar. Ella sabe que le pierde,

además ni siquiera tiene hijos que usar. Sería fantástico que tú sí pudieras jugar esa baza.

—No voy a quedarme embarazada, mamá. Si Nicholas regresa quiero que sea porque desea estar junto a mí, no voy a perder otro hijo. Nunca más.

Laura suspiró ya que entendía lo que decía su hija, pero ella era incapaz de comprender que era lo mejor para ella. Darle un hijo al duque de Harford, todo el mundo sabía que no tenía decencia, ella podría convertirse en la madre del futuro heredero y la haría perfecta a ojos de su excelencia, más de lo que ya lo era.

Quizá necesitaba algo de ayuda en ese menester...



✿ 2 de abril de 1886 ✿

—No, señora, solo ha llegado esto para usted —le dijo la señora Clarke mientras le entregaba una nota con un sello extraño.

Christina lo dejó sobre la mesa de té con fastidio. Hacía cuatro días que Nicholas se había marchado y ella no sabía nada él. Parecía que sus peores temores se estaban haciendo realidad y finalmente había pasado lo que ella había estado temiendo desde el principio. Lady Harford había perdonado a su marido y ahora estaban juntos y felices. Él se habría dado cuenta de cuanto la necesita debido a su enfermedad y ella quedaba en el olvido.

No quería creerlo, pero nada parecía negarlo. Hubiera esperado pasar mucho más tiempo con él, había sido demasiado poco...

—Si te enviara una carta, llegaría él antes, querida —musitó Laura sin despegar su vista de su costura mientras Christina paseaba de un lado a otro de la sala—. Imagina que ha muerto y cuando llegue te da esa esplendida noticia.

—¡Mamá! Yo no deseo la muerte de su esposa —musitó la joven, aunque no podía negar que...

Sacudió la cabeza con rapidez, su madre comenzaba a llenar su cabeza de tonterías. Se sentó en el sofá y cogió la carta que la señora Clarke le había entregado. La miró con extrañeza.

—¿Qué? —le preguntó Laura con impaciencia.

—Parece un sello judicial —musitó la joven mostrándole el cierre de la nota.

—¡Ábrelo de una vez!

Christina rompió el sello y comenzó a leer. Las palabras comenzaron a mezclársele y a carecer de sentido por lo que tuvo que comenzar de nuevo. Su rostro iba tornándose más y más extraño conforme leía las palabras y cada vez hacía que su madre estuviera más nerviosa.

—Es una citación... Un magistrado desea hablar conmigo... sobre Charles.

—¿Crees que te ha demandado por adulterio?

—No, no dice nada, dice que es como... *testigo*.

Christina no entendía qué ocurría y deseaba que Nicholas estuviera allí para ayudarla, pero la notificación rezaba que debía ir a la mayor brevedad y no podía esperarle, pues no sabía cuándo volvería.

—En que problema se habrá metido ese bobo —replicó su madre con enfado—. ¿Qué planeas hacer?

—Saldré mañana mismo a Londres y responderé las preguntas que me hagan —no podía negar que estaba asustada. No sabía qué ocurría o si ella corría peligro, pero no podía negarse a ir a un requerimiento oficial—. Ojalá Nicholas estuviera aquí...



✿ 3 de abril de 1886 — Londres, Inglaterra ✿

Christina sabía que su madre no iba a dejarla sola y agradeció que la acompañara. Habían

dejado a Bianca en Brighton por si tenían la suerte de que Nicholas regresara. Ella le diría lo que ocurría, la joven deseó que apareciera allí junto a ella.

Nunca había entrado en aquel edificio. Los juzgados eran para ladrones, maleantes, asesinos... Para criminales. Ella nunca había tenido la necesidad de ir y Charles tampoco. No quería imaginar lo que habría hecho para que la llamaran a ella y qué tendría que ver.

Los pasillos eran largos y los techos altos, parecían hacer sentir a una persona excesivamente pequeña. Uno de las guaridas las guio hasta el despacho del caballero que la había citado.

Lord Alfred Douglas, la recibió con amabilidad en su despacho y las instó a tomar asiento —al ser mujer se le permitía entrar en compañía—. Christina juntó sus manos con nerviosismo.

—Buenos días, señora Cornell, lamento tener que hacerla pasar por este mal trago, créame que lo siento, nada me gustaría menos que evitarle este bochorno —comenzó el juez, tomando su mano con respeto.

—Imagine lo extrañada que me encuentro, desconozco los motivos por los que solicita mi presencia, excelencia, pero si puedo ayudarle en algo...

—Me avergüenzo de tratar este tema con una dama como usted, señora, pero es necesario. Hace unos días unos guardias entraron en una de las casas de pecado de la ciudad, en ese lugar se realizaban actos pecaminosos y pervertidos que no voy a reproducir ante usted por respeto — Christina tragó el nudo que tenía en la garganta, pues no necesitaba más, sin embargo, mantuvo su rostro sereno—. Lamentablemente su marido fue hallado en uno de esos cuartos en compañía masculina.

—¡Santo Dios! —exclamó su madre.

—Debo suponer que su marido practicaba esos delitos a sus espaldas, ¿cierto? —la joven entendió que aquella amabilidad en realidad escondía bastante suspicacia, él pretendía dilucidar si ella estaba al corriente de aquellos asuntos turbios.

—No... Yo no puedo creerlo, ¿están ustedes seguros? —musitó la joven utilizando la turbación que sentía por saber que había sido descubierto para fingir estupor.

—Por desgracia sí, es mi deber saber cuánta gente estaba al tanto de esos delitos y sin embargo callaron, ya que estarían cometiendo a su vez un delito.

—Parece una pesadilla... No puedo creer que Charles tuviera su mente tan confundida —la joven sacó de su bolso un pañuelo y lo sostuvo entre sus manos evitando que temblaran.

Christina se sintió mal por fingir que no lo sabía, pero no estaba dispuesta a asumir ninguna culpa, ni ningún castigo por aquel tema. Pobre Charles, que lejos le había llegado aquella confusión. No le amaba, no lo quería, pero habían convivido muchos años juntos y aunque no siempre se agradaron, no quería que le hicieran nada malo. Sintió pesar en su interior, no podía hacer nada por él. Una vez tenían la sospecha no había nada que pudiera hacerse y aquello ni siquiera era una sospecha, le habían descubierto en la cama con otro hombre.

—¿Qué será de él? —preguntó la joven con voz temblorosa.

—Se celebrará un juicio y se evaluarán las pruebas, luego se dictará una sentencia —contestó el juez con suavidad.

—¿Puedo verle? —musitó la joven, vio que el juez iba a negar y prosiguió—. Solo unos minutos, necesito comprender por qué.

Christina sabía el porqué, pero quería ver cómo estaba. Cómo se sentía, cómo había sido tan tonto para que le atraparan. Si Nicholas estuviera allí, quizá podría ayudarle...

El juez terminó asintiendo y llamó a un guardia para que la guiara hasta las celdas que se encontraban en un piso inferior de aquel edificio. Conforme fue bajando fue sintiendo aún más

calor y el hedor era un tanto insoportable. El guardia cogió una antorcha y la guio hasta una de las celdas, colocó la antorcha en uno de los soportes y le avisó de que tenía cinco minutos.

Christina tardó en acostumbrarse a la escasa luz del lugar y achicó los ojos, para ver mejor. Notó una sombra en el suelo de la celda y se agachó para ver.

—¿Charles? —susurró la joven hacia la oscuridad de la celda.

La sombra se acercó y el golpeado rostro de Charles Cornell quedó visible a la luz de la antorcha.

Capítulo 29

Christina se llevó una mano a la boca de la impresión. Uno de los ojos de Charles se encontraba totalmente cerrado, su rostro estaba completamente amoratado e hinchado.

—Dios mío, Charles, ¿qué te han hecho? —le susurró la joven con pesar, metiendo su mano entre los barrotes para tocarle.

—No deberías estar aquí —se quejó él débilmente, agarrando su mano—. Lo has negado, ¿verdad?

Ella se limitó a asentir mientras miraba a su espalda, asegurándose de que no hubiera nadie escuchando.

—Lo siento —susurró ella con pesar.

—No pasa nada, Christina. Sabía que ocurriría en algún momento y no me importa. Me da igual lo que me ocurra, ¿sabes? Ni siquiera tengo una vida digna de la que sentirme orgulloso.

—No digas eso. Hablaré con Nicholas, él te ayudará —musitó ella mientras las lágrimas emergían por sus ojos.

—No puede hacerlo y aunque pudiera, no lo merezco. No he sido un buen marido, ni un buen padre, tenías razón. No quiero que me ayude, Christina, solo desearía poder tener la seguridad de que cuidará de ti y eso ni siquiera lo sé.

—No hables como si fueras a morir, Charles. No puedes perder la esperanza.

—No hay cabida para la esperanza aquí abajo, Christina. Ese sentimiento se queda en lo alto de la escalera.

—Charles...

—¡Se ha terminado el tiempo! —gritó el guardia con fuerza.

—Tienes que irte, vamos.

—Volveré, ¿de acuerdo?

—No quiero que lo hagas, Christina.

El guardia la agarró del brazo y la obligó a salir de allí. Subió las escaleras sin saber muy bien cómo, ya que no sabía qué hacer. No podía abandonarle allí abajo, necesitaba ayudarlo. Algo debía poder hacerse.

La joven salió del lugar y junto a la puerta que daba a las escaleras que llevaba hasta los calabozos, se encontró con Nicholas que la miraba con el ceño fruncido.

Christina se sintió más tranquila a verle allí, aunque su gesto estuviera contrariado. Él debía saber lo que había ocurrido y por eso había ido. Sabía que no le agradaría, pero tampoco podía dejar a Charles allí abajo a su suerte, sin ni siquiera preocuparse por él.

El guardia le saludó con una inclinación de la cabeza y se marchó, inmediatamente después Nicholas la agarró del codo y la instó a caminar por el pasillo hasta la salida.

—Nicholas... —comenzó a decir ella.

—Calla y camina —replicó él sin mirarla.

—Mi madre está...

—De camino a Brighton con Paul —la interrumpió él de nuevo.

Christina no entendía qué le ocurría, ni por qué estaba tan enfadado. Además, no podían salir juntos a la calle. Cuando salieron ella intentó hacérselo notar, pero volvió a callarla y la hizo subir al carruaje.

—¿Se puede saber que en qué demonios pensabas? —le impelió él, una vez que el carruaje comenzó a andar—. Deberías haberme esperado, Christina, no tenías por qué venir a un lugar como este sola y menos aún bajar ahí.

—No podía faltar a un requerimiento judicial, Nicholas y no estabas, no sabía cuándo pensabas regresar, si es que lo harías —replicó ella enfadada.

—Te dije que iba a regresar, Christina, te prometí que lo haría, no vamos a hablar de ese tema ahora— aclaró él tenso—. Quiero saber que ha hablado Douglas contigo.

—Estoy segura de que te lo habría dicho si le hubieras preguntado, no hay nada en esta ciudad que tú no puedas saber.

Nicholas parecía a punto de saltar sobre su cuello, nunca le había visto tan enfadado, tan molesto y apenas sabía por qué era.

—Dímelo tú, qué sabes, qué quería de ti.

Christina se dio cuenta de que parecía demasiado ansioso por saber qué le podría haber dicho ese hombre. Obviamente no necesitaba saberlo por sus palabras, él podría averiguar, aunque Charles hubiera dicho que no deseaba ayuda, estaba segura de que mentía.

—Le han encontrado en la cama con otro hombre... Le juzgaran por sodomía, Nicholas y querían saber si yo lo sabía.

—Dime que lo has negado, Christina —le suplicó cambiándose de lugar en el coche para sentarse junto a ella.

—Sí, lo negué y él pareció creerme. Tienes que ayudarlo, Nicholas. Está muy golpeado, está muy mal.

Nicholas pareció relajarse considerablemente y abrazó fuerte contra él con alivio.

—No imaginas el miedo que he pasado, pensé que aceptarías que lo sabías y cuando supe que estabas en los calabozos me temí lo peor —susurró él junto a su oído.

Comenzó a besarla con ansiedad sujetándola muy cerca de él, como si temiera que fuera a desaparecer si se alejaba.

Christina se relajó instantáneamente entre sus brazos, olvidando los días que había pasado por la incertidumbre de saber si regresaría junto a ella, aquella era una prueba de que lo hacía, incluso se había preocupado por su seguridad. Pero no debía olvidar otro tema que era incluso más importante, la vida de Charles estaba en juego y si había alguien que pudiera hacer algo era él.

—¿Le ayudarás? —preguntó la joven cuando él se separó de ella para observarla.

—Nadie puede hacer nada por él, Christina, ni siquiera yo —sentenció él secamente sujetando su rostro con ambas manos—. Deberás aceptar la sentencia que se decida.

—¿Cómo puedes hablar tan fríamente de la vida de una persona?

—¿Acaso él no sabía dónde se estaba metiendo? —Christina no pudo rebatir su argumento, por lo que Nicholas aprovechó su indecisión para continuar—. Debe hacerse cargo de sus errores, Christina.

—Es como si desearas que le ocurriera algo malo, como si... —Christina abrió expresivamente los ojos cuando aquella idea cruzó por su mente.

Ella le había contado lo que era Charles y de pronto los guardias le habían atrapado. La joven negó con la cabeza palideciendo repentinamente, aquella absurda idea había calado en su mente y

no podía sacarla, aunque sabía que era una locura, se vio preguntando:

—¿Has sido tú? ¿Has denunciado a Charles por sodomía?



✿ 6 de abril de 1886 — Brighton, Inglaterra ✿

Él no lo había negado. Se había sentido demasiado ofendido como para responder a su pregunta y apenas habían vuelto a hablar de nada desde que habían regresado de Londres. Nicholas andaba enfadado de un lado para otro, quizá lo estaba con ella por haberle descubierto. Christina no sabía qué pensar respecto a eso, sentía que había sido demasiado descuidada al acusarle tan rápido, pero en esos instantes se había sentido demasiado confusa. Él había regresado de pronto, su preocupación, el temor de su citación, lo ocurrido con Charles, era demasiado para ella. Su cabeza iba a explotar, no sabía qué pensar. Hubiera deseado que él se defendiera de su acusación, pero no lo había hecho.

El doctor Kingsley había decidido quedarse unos días también, ella sabía que Nicholas le había invitado, estaba segura de que él le quería allí por si acaso le daba un ataque de histeria. Dormían espalda contra espalda y era realmente triste porque ella había extrañado su regreso y ahora no sabía cómo tratarle, qué decir. Quería entenderlo, necesitaba entenderlo.

La señora Clarke había dejado una carta para ella en su mesilla. La joven la abrió mientras tomaba el té que Bianca le preparaba todas las mañanas. Comenzaba a acostumbrarse a su mal sabor, incluso podía decir que lo notaba incluso más apetecible.

Era la petición de anulación de su matrimonio con Charles. Aquello que Nicholas le había ofrecido. En el papel se la instaba a presentar algunas pruebas que certificaran su mala convivencia.

Christina se levantó de la cama con el papel en la mano, se puso su bata y bajó las escaleras rápidamente dispuesta a hablar con Nicholas. Caminó hasta su despacho e iba a entrar, pero se detuvo al escuchar el tema de conversación:

—¿No piensas decírselo, entonces? —preguntaba Paul Kingsley.

—No por ahora, la mantendré lejos de Londres y de los rumores. No quiero que nuestra situación se agrave más, ella ya piensa que he sido yo, no debe saber nada de esta porquería — musitó Nicholas con un suspiro.

—Terminará enterándose, Nicholas. Y deberías decírselo, aunque ella ya no sea su viuda, querrá saber lo que le ha ocurrido, preguntará y terminará enterándose, deberías decírselo tú.

—No puedo creer que ese inconsciente se dejará atrapar tan fácilmente.

—Él ha debido sentirlo mucho más, he oído que su cuello no se rompió al instante y que tardó varios minutos en asfixiarse.

Christina se llevó una mano al pecho sin poder creer lo que acababa de oír. Su cabeza comenzó a dar vueltas y sentía que sus piernas perdían fuerza, de pronto, todo a su alrededor se tornó negro.



«Su cuello no se rompió al instante».

«Tardó varios minutos en asfixiarse».

La joven abrió los ojos y se apartó de algo que había junto a su nariz que le causaba desagrado.

—No te levantes —le pidió una voz suave y tranquilizadora—. ¿Quieres un poco de agua?

La joven asintió y el doctor Kingsley le acercó un vaso. De pronto sintió a su lado, un cuerpo fuerte y grande, que pasó su mano por su cintura en un intento de llamar su atención, Christina alzó

a la vista y se encontró con los preocupados ojos de Nicholas, que la miraban fijamente.

—¿Te encuentras mejor, cielo? —preguntó su madre preocupada.

—Sí, solo ha sido un pequeño mareo —dijo ella, incorporándose lentamente.

—Deberíamos dejarla descansar —dijo el doctor Kingsley.

Después de varias peticiones su madre consintió en marcharse de la habitación y esta se quedó en silencio durante varios minutos.

—¿Charles ha...? —Nicholas asintió simplemente, acariciando su rostro con cariño —. Ha debido ser horrible para él. Charles no era mala persona, solo un hombre extraño y confundido, pero no merecía un final así.

La joven lamentaba profundamente no haber podido despedirse de él. Había sido su marido, había estado embarazada de dos hijos suyos[CPR6]. Era el padre de Emily, por ella debía haberle ayudado.

—No fui yo, Christina —dijo él de pronto con voz afectada—. Sé que sospechas de mí, pero te juro que no fui yo. No iba a usar eso en mi favor, quería anular vuestro matrimonio, pero no de ese modo. Créeme, por favor.

Christina le observó fijamente y pudo ver que claramente no mentía, él podría haber sacado provecho de la situación, pero no lo había hecho. No sabía cómo podía haber dudado de él. No tenía motivos para dudar y no lo haría. Ella sabía que se hacían investigaciones en esos lugares, había sido cuestión de tiempo que salpicara a Charles. Recordaba las palabras que Paul Kingsley y él habían intercambiado, no estaba vanagloriándose de su hazaña, sino todo lo contrario, estaba segura de que no había sido él.

—Te creo... no debí dudar de ti, Nicholas, pero yo... Estaba tan asustada, tan confundida, no sabía lo que decía y tú no lo negaste.

—Mi orgullo no me permitía dar explicaciones, para mí era tan sencillo. Debías creerme, confiar en mí. Necesitaba que lo hicieras y me sentí dolido cuando no ocurrió, perdóname.

—No hay nada que perdonar, no sabíamos de lo que hablábamos y luego estaba Charles, no puedo imaginar lo que habrá padecido...

—No pienses en eso, hubiera preferido que no lo supieras de esa forma. Sabía que te sentirías culpable y por eso quería retrasar el momento.

Christina escondió el rostro en su hombro y suspiro. Charles se había marchado de la misma forma en la que había llegado a su vida. Rápido y sin darse cuenta. Había sido un padre y un marido nefasto, pero no era una persona malvada. Solo había tomado algunas decisiones que habían desviado su camino. Sentía pena por él, por su alma, quería pensar que estaba junto a Emily, al menos él tendría esa suerte. Ojalá hubiera tenido oportunidad de despedirse de él, de hacerlo bien. Esperaba que al menos se hubiera ido en paz, todo lo que estuviera a su alcance. Ni siquiera era capaz de pensar en lo que habría sufrido, en lo mal que lo había pasado hasta que había llegado su final.

Pobre Charles, al fin y al cabo, había sido como un niño grande. Un tanto egoísta y despreocupado, había vivido por su carrera política, por su buen nombre y este había terminado por el fango por sus errores.

Christina suspiró con pesar mientras Nicholas, besaba su pelo con cariño. Deseaba fervientemente que Charles encontrara en la muerte la paz que no había encontrado durante su vida.

Capítulo 30

❖ 11 de abril de 1886 ❖

Su relación había mejorado mucho desde que se habían aclarado aquellos temas. Se sentía algo tonta por haber pensado que Nicholas hubiera sido capaz de condenar a Charles a un vestido así, pero habían sido unos días tan extraños aquellos. Su propia tensión por no saber cuándo regresaría, los nervios de enfrentarse a una situación así habían terminado confundiéndola.

Había recibido la anulación de su matrimonio, se había retomado el caso, aunque lamentablemente nada les había retenido de encausarlo por sodomía. Había sido rápido, ya que el delito estaba probado. Lo que había hecho que oficialmente Christina no fuera la viuda de Charles Cornell.

Aquellos días que había pasado parecían haber devuelto todo a la normalidad. Bueno, la normalidad que podía haber en su situación. Nicholas no había vuelto a marcharse, algo que ella había agradecido, aunque tampoco había tocado el tema de su visita anterior a su esposa, ya que, aunque se moría de la curiosidad, no era asunto suyo y no quería inmiscuirse.

Habían aprovechado el sol esa mañana, la primavera había llegado a Inglaterra y los campos comenzaban a teñirse de colores. Nicholas la había invitado a pasear y comer fuera, un *picnique* real, como aquel que prometieron hacer hacía algunas semanas cuando comieron frente a la chimenea. La señora Clarke había dispuesto una cantidad de comida abundante, parecía que los acompañarían varias personas más.

Habían ocupado un hermoso lugar junto a un lago, a la sombra de unos hermosos árboles, la joven se sentía en paz en la naturaleza, aunque los insectos eran unos visitantes para nada bien recibidos entre ellos.

—¿En qué piensas? —le preguntó Nicholas mientras ella descansaba apoyada en el tronco de un árbol, adormecida después del almuerzo.

Christina sonrió abiertamente, pero continuó con los ojos cerrados.

—¿Qué crees? —repuso ella con una carcajada.

—Déjame pensar... —musitó él con tono jocoso, cada vez más cerca de ella—. Creo que celebras el momento en el que aceptaste venir conmigo.

Christina abrió los ojos por la sorpresa encontrando su rostro más cerca de lo que pensaba. Aun sabiendo todo lo que había conllevado y lo que aún tendría que ocurrir, realmente se alegraba de haber aceptado finalmente ir con él. Quizá cambiaría los modos, sobre todo teniendo en cuenta lo que después le sucedió a Charles, pero... Por ella, se quedaría eternamente en aquel lugar, mirando sus ojos.

—Yo lo hago cada vez que me sonríes, cada vez que me miras, cada vez que te beso y te toco... Me arrepiento de no haberte conocido mucho antes, de haber estado perdiendo mi tiempo en... *otros asuntos* —continuó él alargando su mano hasta su mejilla, acunando el rostro de la joven—. Quisiera haberte oído tocar, como lo hizo Cornell.

—Si hubieras conocido a Emily, entenderías por qué soy incapaz de pulsar de una tecla —

susurró ella débilmente—. Era mi mayor admiradora.

—¿Me hablarías de ella? —preguntó él con amabilidad.

Christina sintió que algo dentro de ella se agitó al escuchar aquella petición. Parecía algo tan simple y tan extraño a la vez. Sin darse cuenta se encontró hablando de ella. Era la primera vez que lo hacía con una persona que no la había conocido. Estaba segura de que Emily sería incapaz de mirarle a la cara, hasta no tener más confianza. Había pasado todo ese tiempo reprimiendo sus recuerdos sobre su hija, tenía miedo de que fueran demasiado dolorosos, demasiado angustiosos. Durante mucho tiempo su recuerdo solo había incluido aquel último y fatal día. Como si su mente fuera incapaz de recordar los buenos momentos que habían pasado juntas, ni siquiera había recordado las nanas que cantaban alegremente juntas. Solo aquella última que finalmente la durmió para siempre en sus brazos.

Era un sentimiento liberador y apacible. Como si al fin fuera lo suficientemente fuerte como para enfrentar los pensamientos y recuerdos felices. Qué difícil era. Su mente se había encerrado en el horror y egoístamente había trasladado todo lo bueno de su hija a un lugar escondido de su mente que no había aflorado hasta aquel día. Tontamente había resumido la vida de Emily en su último día en la tierra y ella no lo merecía, porque habían sido tres años de risas, abrazos y amor.

—Ella se sentaba todos los días en mi regazo, mientras cantábamos juntas, ella... golpeaba el piano sin sentido, pero era adorable. Tenía las mejillas redondas y suaves, los ojos castaños y el pelo oscuro como Charles —musitó la joven con la cabeza sobre el hombro del duque—. También heredó por él su fascinación por los dulces, aunque ella se controlaba mucho menos.

Este había escuchado atentamente todo lo que ella había dicho, mientras acariciaba lentamente su brazo con la yema de los dedos.

—Ella te hacía feliz —asintió Nicholas—. Me gustaría devolverte aquella felicidad, Christina. Sé que no será igual, pero lo deseo.

—Ahora soy más feliz de lo que lo he sido en años y deseo poder hacerte sentir de igual modo.

—Solo debes mantenerte aquí, no quiero que le temas a nada, por muy difícil que sea todo, yo siempre encontraré el camino para volver junto a ti —susurró él instantes antes de acercar sus labios a los suyos.

Lentamente, Nicholas se inclinó sobre ella, hasta que Christina quedó tendida sobre la manta en la que habían colocado la comida que habían ingerido. De un movimiento rápido y sin dejar de besarla, el duque quedó sobre su espalda y con la joven sobre él.

Christina acercó sus manos hasta su pecho, mientras él comenzaba a subir lentamente su falda.

—¿No vas a detenerme? —preguntó él sin despegar los labios de su cuello, mientras profería una carcajada.

Christina sabía que se refería a su queja permanente de hacer el amor en lugares donde podían verlos, sin embargo, se encogió de hombros y susurró junto a su oído:

—¿Tú permitirás que me vean?

La joven quedó sin aliento al encontrarse de nuevo debajo de él, ella sonrió seductora, ya que, aunque era imposible que alguien caminara por allí, nadie sería capaz de verla a ella sin él se encontraba sobre su cuerpo.

Christina suspiró entrecortadamente, mientras él encontraba parte de su piel bajo aquellas capas de ropas. Nicholas había deseaba comenzar una batalla sobre la excesiva cantidad de ropa interior femenina, pero Christina estaba segura de que exageraba. En momentos como aquellos, debía darle la razón: era una absurda incomodidad.



Regresaron cuando el sol estaba a punto de esconderse, había sido una tarde maravillosa, en la que no solo había podido hablar de Emily libremente, sino además para ella estar con Nicholas fuera del modo que fuera era algo ansiaba día y noche. Estaba segura de que, si bien él no la amaba con la misma fuerza que ella, sí sentía algo lo suficientemente fuerte por ella como para querer permanecer todo el tiempo a su lado y eso le bastaba. Y luego estaba la sensación de estar junto a él íntimamente. Recordaba haberse sentido asqueada después de las visitas nocturnas de Charles, pero ahora...

Subieron a bañarse y cambiarse para la cena. El doctor Kingsley había regresado de Londres para informar a Nicholas sobre algo importante, aunque Christina comenzaba a creer que su madre tenía razón y que la verdadera razón por la que él acudía tan seguido a visitarles era que deseaba ver a Bianca. Su madre se aventuraba a suponer que la joven se enviaba carta con él, ya que nunca hablaba de lo estas decían y supuestamente eran de Claudia Terrence, siempre preguntaba por la correspondencia. Y le brillaban los ojos cuando sabía que el médico acudiría a visitarles.

Christina bajó al salón antes que Nicholas, ya que aún estaba esperando a que prepararan su baño, iba a buscar a su madre para hablar sobre el tema de Bianca y el médico, deberían estar de acuerdo en cómo se comportarían en cuanto a ese tema. Debían conocer las intenciones del hombre con la muchacha. Pero al bajar, se encontró al doctor Kingsley caminando por el recibidor un tanto nervioso. Quizá aquella era la oportunidad perfecta, ella era como la tutora de Bianca y se había comprometido a procurar su bienestar.

—Buenas tardes, doctor Kingsley —saludó la joven al nervioso invitado—. ¿Busca algo?

—No... Buenas tardes, señora —asintió el médico tomando su mano.

—Me gustaría hablar con usted, cuando sea posible —musitó la joven sentándose en el sofá de la sala de estar.

—De hecho, a mí también me gustaría.

—Bien, supongo que podemos aprovechar este momento, si lo desea —asintió la joven invitándole a sentarse.

—Me gustaría hablarle de... la señorita Porter —comenzó él con más seguridad—. Ella valora su consejo, no sé si conoce que nosotros nos hemos comunicado en varias ocasiones por carta, algo totalmente inocente, claro, le prometo que no deseo hacerle ningún mal a la señorita Porter, es más... yo... ¡demonios, no sé qué iba a decir!

Christina sonrió disimuladamente, ya que nunca había visto al doctor Kingsley tan nervioso, realmente era incapaz de terminar una frase elocuentemente, cualquiera pensaría que se trataría de un muchacho atolondrado.

—¿Desea saber si me opongo a su cortejo? —preguntó la joven con tono serio.

—Exactamente eso, gracias —suspiró él más tranquilo, pasándose un pañuelo por la frente para retirar el sudor.

—No podría negarme a algo que a Bianca le hace tan feliz, mientras ella se sienta cómoda y tranquila, puede continuar.

—Gracias, señora, muchas gracias, le prometo que no deseo otra cosa que la felicidad de la señorita Porter.

—No lo dudo.

Christina estaba segura de que era un hombre fuerte y seguro de sí mismo en campos conocidos para él, sin embargo, aún no tenía la seguridad del corazón de la joven, que le convertía en alguien mucho más nervioso y descoordinado. Estaba segura de que haría muy feliz a

Bianca... Si algún día se decidía a pedir su mano, claro.



✿ 12 de abril de 1886 ✿

No había parado de observar el comportamiento de Bianca con el doctor Kingsley y estaba cada vez más segura de que a ella le agradaba su compañía. Este había acompañado a Nicholas a Brighton ya que este debía ir a realizar algún tipo de encargo que ella desconocía, mientras Bianca se encontraba en su huerto, aprovechó para hablar con su madre sobre la conversación que había tenido el día anterior con él médico.

—El pobre hombre temblaba como una hoja por los nervios, debo suponer que tenías razón en cuanto a tus sospechas —terminó la joven tomando un sorbo de su té.

—Por supuesto que la tenía... Quién hubiera imaginado que un hombre así temería declararse. Debemos propiciar que se queden solos, que salgan a pasear que se conozcan en persona y no solo por carta —musitó su madre pensativa.

—¿No sería mejor dejarles que continúen a su modo?

—¡No! Conforme son ambos no serían capaces de comprometerse ni aun siendo ancianos, necesitan un empujón.

—¿He de suponer que tú te encargaras de ese *empujón*? —preguntó Christina con media sonrisa, mientras abría una invitación que había junto a su plato.

La joven comenzó a leerla sin saber a qué venía a aquello. Al parecer las damas de Brighton realizarían una merienda esa tarde para realizar donaciones para el orfanato y pedían su asistencia. Christina apartó la invitación ya que no deseaba encontrarse con esas mujeres. Recordó la forma en la que dos de ellas hablaron de sí misma en la tienda y se le revolvió el estómago.

—Sí, tú déjame a mí... ¿Qué ocurre? —su madre tomó la invitación y la leyó rápidamente—. Vas a ir, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! No quiero que me hagan sentir mal de nuevo y sería como ofrecerme de carnada.

—Te han invitado por algo, querida. Estoy segura de que esperan ansiosas a que niegues la asistencia para confirmar sus sospechas, pero no deberías hacerlo. Deberías ir con la cabeza alta.

—Soy su querida, mamá.

—Eres su mujer —matizó Laura con fuerza—. No voy a permitir que seas una cobarde, no me dejaste hablar con Nicholas, así que deberás defenderte sola, si dicen algo de ti las callarás.

Debía admitir que su madre tenía parte de razón, pero no sería ella la que se mezclaría con esas mujeres y la que se sentiría herida por sus palabras. Se trataba de una colecta para los niños huérfanos, sino iba tampoco podría ayudar.

Sabía que se arrepentiría de asistir, pero al menos podría ayudar, que su vergüenza y su pesar sirvieran para algo.

Capítulo 31

Le había dicho a su cochero que regresara a por ella en una hora, dudaba que fuera a aguantar mucho más. Sin embargo, su madre tenía razón, no podía pasar todo el tiempo escondida en la casa, los rumores se acrecentarían si ella se mostraba reticente a aparecer en público. No estaba segura de cómo terminaría la velada, pero al menos quería ayudar con una aportación al orfanato. Los pobres niños no eran culpables de nada.

La reunión se iba a celebrar en la casa de lady Grace Ingram, era la esposa de un marqués y la máxima autoridad por la zona. Si se era amigo de lady Ingram, automáticamente se era aceptado en el círculo íntimo de la sociedad de la zona. Durante su estancia en Londres había oído hablar de lady Ingram, incluso había coincidido con ella en alguna reunión social, aunque apenas podía definir su rostro en su mente.

El ama de llaves que le abrió la puerta estaba al tanto de quien era ella, ya que pudo verlo en su rostro. La mujer simplemente asintió cuando le mostró la invitación y la hizo acompañarla. La condujo hasta un salón donde había cinco damas de alta alcurnia, Christina se arrepintió inmediatamente de haber escuchado a su madre y haberle hecho caso. Todas guardaron silencio en el instante en el que la vieron y Christina alzó la cabeza con dignidad.

—Bienvenida, señora Cornell... ¡oh, lo siento! Ya no ese su apellido, ¿cómo debemos llamarla? —inquirió lady Ingram con malestar mal fingido.

Christina se dijo que aquello era de esperar, sin embargo, no podía decir que no le había dolido aquellas palabras tan malintencionadas.

—*Whittermore*, estará bien... Aunque solo he venido unos instantes para entregarle mi pequeña contribución para el orfanato —replicó la joven apartando su brazo de la mano de la mujer.

—¡No permitiré que se marche tan pronto! No sea tan sensible, ha sido un triste fallo el mío, discúlpeme y ya me dará eso, el dinero puede esperar —dijo la mujer agarrándola de nuevo, con gesto desdeñoso.

—Yo también creía que esta reunión se oficiaba en favor de los niños —dijo una de las invitadas tomando la voz con el ceño fruncido.

—Y eso será después, querida Anne —asintió lady Ingram obligando a Christina a que tomara asiento junto a ella.

—Buenas tardes —saludó la joven con un asentimiento.

—No voy a negar que usted nos provoca una gran curiosidad, señora *Whittermore* —inició una nueva dama que la joven no reconoció—. Mi nombre es lady Loretta Spencer.

Christina no sabía qué contestar a eso y aquello comenzaba a darle muy mala espina. Allí apenas había señoras, no parecía una merienda de recaudación en absoluto, ni siquiera había querido tomar su dinero y desde que había llegado se había centrado la atención excesivamente en ella.

—Soy una mujer como otra, lady Spencer, para nada puedo provocar su curiosidad— repuso

Christina aceptando la taza que el ama de llaves le ofrecía.

—Bueno, nosotras hemos oído cosas que son bastante llamativas sobre su persona, como su marido, una pena lo de su enfermedad —continuó otra de las mujeres, Christina reconoció la voz como una de las que la criticó en la tienda y se puso aún más a la defensiva.

—Charles no estaba enfermo, no me gustaría monopolizar el tema de conversación sobre mi persona.

—No puede negar que es lo más interesante que haya en esta sala, quizá para usted no somos lo suficiente *masculinas* como para merecer su atención —musitó lady Spencer alzando una ceja.

—¿Me disculpan un momento? —susurró Christina levantándose rápidamente del asiento para salir al recibidor.

Aquello era mucho peor de lo que había pensado. Habían organizado una especie de caza de brujas con ella, habían creado aquella excusa de la recaudación para burlarse de ella de la forma más cruel que existía. No debió haber ido, había sido una estúpida, ella se lo había buscado. Salió a la puerta con desesperación. Tenía que marcharse de allí enseguida, sin embargo, no pudo hacerlo, ya que, de forma masoquista, escuchó el resto de la conversación que escapaba por las ventanas que había en el salón.

—¿Qué quieres decir con eso, Loretta? —terció la mujer llamada Anne dejando la taza sobre la mesa de cristal—. Supongo que te disculparás por tus palabras.

—¿Vamos a hacernos las tontas ahora? Todas sabemos lo que esta joven hace con el duque de Harford en esa gran casa. He hablado con la pobre lady Harford, no puedo creer que ella viva como si fuera su esposa mientras la pobre Eloise enferma cada día más de pesar.

—Me pregunto quién será el verdadero responsable de la situación, hasta donde yo sé es el duque de Harford el que engaña a su esposa —replicó de nuevo Anne con tono más duro—. No puedo creer que hayáis pretendido que me convierta en vuestra cómplice en un juego tan horrendo. Ni puedo creer que entre nosotras mismas organicemos estos aquelarres para hacer sentir mal a otra mujer. Era innecesario.

—Pero Anne, querida, no te molestes —musitó lady Ingram con tono suplicante.

—Por supuesto que me molesto —sentenció la mujer saliendo de la casa, topándose con una llorosa Christina que apenas podía controlarse.

La mujer negó con la cabeza y se acercó a ella.

—¿Tienes todas tus cosas, querida? —le preguntó amablemente, Christina asintió confusa—. Entonces sígueme, mi cochero te llevará a casa.

—No es necesario, señora, el mío llegará en una hora.

—¿Y piensas esperar una hora aquí fuera? —replicó la mujer con sarcasmo enarcando una ceja.

Christina miró al cielo y vio que iba a llover de un momento a otro, así que decidió que el menor de sus males era aceptar la compañía de aquella mujer, ya que había sido la única que había salido en su defensa cuando las otras mujeres habían comenzado a atacarla.

—De acuerdo, señora, muchas gracias —asintió la joven mientras la mujer sonreía—. Lo que ha ocurrido ahí dentro, yo...

—No tienes por qué justificarme nada, me parece deshonroso para las mujeres que esas *señoras* hayan intentado acorralarte por el simple hecho de conseguir un cotilleo fresco. Y deja de llorar, no merece la pena sentirse mal por estas cosas.

Christina sentía la necesidad de excusarse ante ella, no quería que pensara que ella era una ligera que se encamaba con cualquier hombre que la encontrara atractiva.

—Yo... le... quiero —susurró la joven un tanto avergonzada.

—Debe ser una historia tan complicada la tuya y créeme que conozco algunas que te sorprenderían, soy una vieja experta —confesó la mujer mientras su coche paraba frente a ellas—. Mis hermanas y yo hemos sido muy desdichadas para encontrar la felicidad.

Christina siguió a la mujer dentro del coche y se sentó frente a ella, con interés.

—Lo cierto es que sí es muy complicado —musitó Christina pensativa—. Le agradezco de corazón lo que ha hecho por mí, señora...

—Anne Richmond, querida —finalizó ella con una sonrisa—. Y no tienes por qué agradecerme.



Conocería pocas mujeres como Anne Richmond, aquella mujer no podía imaginar lo que había sido para ella escuchar su defensa hacia su persona. Nunca lo habría esperado de una mujer de la alta sociedad, había esperado lo que había encontrado en las otras damas. Se sentía contenta de haber asistido, solo por haber conocido a una señora de verdad. Porque ella lo era. Una dama de los pies a la cabeza.

Christina se despidió con la mano de la señora Richmond cuando la dejó en la puerta de su casa. Entró rápidamente y se cruzó con su madre por el camino.

—No quiero hablar de eso, mamá —le pidió la joven sin detenerse junto a ella.

Subió las escaleras rápidamente y se encerró en su habitación. Se tumbó en cama dispuesta a pasar el resto de la tarde calmando su pesar y su tristeza. No quería ver a nadie. Escuchó la puerta abrirse y suponiendo que era su madre, dijo con voz ronca por las lágrimas:

—Hablaemos luego, mamá.

—Prefiero hablarlo ahora —replicó suavemente Nicholas, arrodillándose junto a la cama para ver su rostro—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, solo me encuentro mal.

—No me mientas, dime que ha hecho que te sientas mal esta vez, Christina —exigió saber mientras retiraba una de sus lágrimas con los dedos.

Christina se sentó sobre la cama y él se levantó del suelo, situado junto a ella en la cama, la joven comenzó a relatarle todo lo que había ocurrido en la supuesta merienda de recaudación.

—Esas mujeres solo querían hacerme sentir mal, no debería haber asistido —susurró la joven con pesar, apoyando la cabeza sobre su hombro—. Dijeron que sentía pena por... tu esposa enferma, que ella sufría por mi culpa.

—¿Quiénes lo dijeron?

—Lady Ingram y lady Spencer —musitó la joven con pena.

—Supongo que esas mujeres no conocen bien a Eloise—replicó Nicholas con voz dura.

—No tanto como tú —replicó ella con algo de celos en su tono de voz.

Nicholas agarró su barbilla y la obligó a mirarle con una sonrisa de satisfacción en su rostro.

—Parece que no te agrada Eloise... Me pregunto por qué.

—No me gusta pensar en tu esposa, Nicholas. Sé que existe, pero prefiero evitar escuchar hablar de ella —replicó Christina apartando la mirada—. No deseo conocer lo que haces con ella cuando la visitas, deseo ignorarlo.

Christina intentó levantarse de la cama, pero él lo evitó agarrándola más fuerte contra sí.

—Si Eloise fuera importante para mí, estaría en Canterbury consolándola a ella por su supuesto sufrimiento, en lugar de estar junto a ti —susurró él junto a su oído.

—Pero te preocupas por ella, no puedes negarlo, Nicholas, te marchaste en cuanto recibiste

aquella nota porque estaba enferma y tardaste días en regresar...

—¿Acaso crees que fue placentero para mí? Ni siquiera soy capaz de mirarla a la cara sin sentirme asqueado por su persona, Christina. No quería casarme con ella, ni si quiera hubiera tenido que hacerlo de no haber heredado el título. Eloise es la ahijada predilecta de mi madre. Se fue a vivir con nosotros cuando quedó huérfana y mi madre siempre deseó que ella se casara con uno de sus hijos. Se supuso que mi hermano, al ser el heredero, el mayor, sería el marido de Eloise, no yo. Pero él era un calavera que despilfarraba el dinero y mi padre terminó desheredándole. Él bebía y se dedicaba a la mala vida. Después de desheredarle y cuando estaban a punto de casarse, mi hermano golpeó a Eloise dejándola muy malherida.

Christina frunció el ceño con sorpresa, ya que no había pensado que él no hubiera deseado ser el duque de Harford, sino que fue algo que se encontró de pronto, sin él buscarlo.

—Nadie creyó a Brandon, ni siquiera yo, cuando él juraba que no había sido, que ella misma se había hecho eso. Eloise siempre había sido una niña tímida y buena, amable, un tanto pretenciosa, quizá, pero no malvada. Al menos eso creía yo, por aquel entonces me tenía muy engañado, como al resto. Mis padres expulsaron a Brandon de la casa, ella era como su hija pequeña y la creímos ciegamente. Unas noches después, me llevó un té a la hora de dormir a mi despacho y después comencé a sentirme mal. Me marché a la cama y la mañana siguiente, me despertó un grito de mi madre. Eloise estaba junto a mí en la cama, ambos estábamos desnudos. Yo no sabía qué había ocurrido.

»Ella lloraba y decía que no era la primera vez que ocurría algo entre nosotros, que incluso había sucedido mientras era prometida de Brandon, dijo que lo sentía. Yo sabía que aquello era mentira, incluso dijo que estaba embarazada. Mi madre se negó a que ocurriera otro escándalo parecido al de Brandon y me exigieron que reparara la falta que había cometido. Tampoco me creyeron cuando negué toda aquella historia que había inventado y me vi obligado a casarme con ella, convertirla en lo que más deseaba ser: lady Harford. Eloise finge ser un alma cándida y apacible, le encanta parecer frágil y enferma, Christina, pero solo es una imagen que ella proyecta para salirse con la suya.

—¿Cómo puede jugar de esa forma con los sentimientos de tu madre? —musitó la joven, aquella mujer era un ser horrible, había conseguido poner a los padres contra los hijos por un título.

—Porque solo piensa en sí misma y es imposible que mi madre se dé cuenta de cómo es —musitó él acariciando su rostro—. Sin embargo, hay algo que Eloise no ha podido darle a mi madre.

—¿Qué?

—Un nieto sano —susurró él acercando sus labios a los de ella—. En su infinita sabiduría, Dios creo a Eloise infértil como la tierra yerma. Es incapaz de llevar a buen término un embarazo, ha tenido varios abortos, si quedara en estado de nuevo significaría su muerte. Hace años que no convivimos como marido y mujer gracias a ese motivo, aun cuando nuestra relación era ya escasa antes.

Christina pensó que no era una situación muy diferente a la suya, sentía algo de pesar por aquella mujer. Haber inventado tanto y haber hecho tanto mal para que luego no sirviera de nada. ¿De qué le serviría a ella un título si no le tenía a él a su lado? Toda mujer deseaba ser madre, quizá aquel era el castigo por sus engaños.

—Me haría el hombre más feliz del mundo que me dieras un hijo —continuó dejando un rastro de besos por su cuello.

Christina se removió algo incómoda, entendía su deseo, pero no podía hacerlo. Un hijo suyo y de Nicholas. Se sintió mal por estar tomando aquel té que evitaba precisamente eso, pero no dijo nada. Esperaba que solo fuera un comentario sin importancia.

Capítulo 32

❖ 17 de abril de 1886 ❖

Christina se había sentido bastante mal desde aquella conversación con Nicholas, sobre todo estaba el hecho de que le estaba mintiendo. Al tomar aquel té sin que él lo supiera le estaba engañando. Debería haberle dicho abiertamente cuando tuvo la oportunidad, ella tuvo la ocasión perfecta para hablarle claramente sobre lo que había decidido hacer, pero no lo había hecho. Había sido lo suficientemente cobarde como para callar y dejar que él le hiciera el amor de forma suave y dulce, al igual que las demás noches que habían seguido a esa.

Aquel tema la había hecho olvidar lo ocurrido en la casa de lady Ingram, ya que de aquello prefería no acordarse, en realidad, pero aquel tema le parecía mucho más delicado. Al fin y al cabo, lo que pensaban esas mujeres se quedaba relegado a un segundo plano y todos obviaban el tema para no hacerla sentir mal. Nicholas no había vuelto a sacarlo a colación. Él parecía admitir que la causa de su ceño fruncido era aquel asunto, cuando no lo era en absoluto. Contra todo pronóstico era lo que menos le importaba.

—Christina, querida, ¿podrías decirme a que se debe ese mutismo que tienes? —dijo su madre, mientras tomaban algo del sol del mediodía—. Hace unos días que estás especialmente seria.

Christina miró a su madre y luego a su alrededor, si no podía confiárselo a ella, ¿a quién podría?

—Nicholas me dijo que... deseaba que le diera un hijo —susurró la joven, a lo que su madre abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Laura con ansiedad.

—Nada, no pude contarle lo del té y... me siento mal por ocultárselo, pero tampoco deseo ser madre, mamá, ya sabes todo lo que he sufrido por eso —musitó la joven con voz temblorosa.

—Podría ser distinto...

—O igual. Con Emily tuve tanto miedo durante el embarazo y cuando nació creí que todo el peligro había pasado, pero ya sabes que no y... Si tuviera otro le haría la vida imposible y sería horrible para mí, temería todos los días que le ocurriera algo malo.

—Lo comprendo, querida, créeme que lo hago. Pero puede ser una bendición para ti. Necesitas ser madre, necesitas vencer ese temor y si él también lo desea...

—Prefiero no arriesgarme, no soportaría enterrar otro hijo, mamá, desearía encontrar una forma sencilla de decírselo.

—No la hay, querida —sentenció su madre arrugando el ceño.

—Debe haberla...

Christina vio a la señora Clarke salir y dirigirse hasta ellas e interrumpió su frase inmediatamente por temor a que esta pudiera escuchar algo que la comprometiera.

—Señora —la avisó la señora Clarke situándose junto a ella—. Su excelencia desea que me acompañe a su despacho.

La joven se encogió de hombros y se levantó de su asiento para entrar en la casa hasta el despacho. No imaginaba que querría hablar con ella en el despacho, se le antojaba un lugar tan formal... Aunque claro, había sido testigo de uno de sus encuentros.

La señora Clarke se retiró cuando Christina se dispuso a llamar a la puerta, esta se encontraba abierta y Nicholas en persona la abrió para ella. La joven le observó y no parecía enfadado por nada, más bien todo lo contrario. Colocó una mano en su cintura y la instó a caminar hasta un caballero que se encontraba en el centro del despacho.

—Christina, te presento al lord Floyd Rodrik, es mi abogado y administrador —dijo Nicholas señalándole con la mano.

—Un placer, señora —asintió el hombre alargando la mano hasta ella que la aceptó con un ligero apretón.

Christina regresó la vista a Nicholas sin entender nada aún.

—¿Puedes dejarnos a solas unos instantes, Rodrik? —le ordenó Nicholas al hombre que abandonó la estancia enseguida.

Cuando se quedaron a solas, Nicholas la llevó hasta uno de los asientos y la instó a sentarse.

—¿Qué quiere ese caballero, Nicholas? No entiendo nada —dijo Christina encogiéndose de hombros con una sonrisa trémula.

—Quiero hacerte un regalo, Christina y deseo que lo aceptes.

—No tienes que hacerme ningún regalo, me conformo con que estemos juntos —susurró ella acariciando su mejilla con emoción.

—Yo también, pero sé que el mundo que hay fuera es cruel, sobre todo contigo. No deseo que ocurra de nuevo lo del otro día. No voy a permitir que nadie te haga sentir mal y mucho menos por mi culpa.

—No es culpa tuya, yo acepté venir contigo.

—Me siento responsable y en deuda contigo por estas semanas maravillosas que he compartido contigo y por las que vendrán. He adquirido un título nobiliario, un condado, los nobles podemos comprar títulos que han perdido herederos o que han sido retirados por la reina.

—Vaya, enhorabuena —dijo la joven con una sonrisa genuina.

—No es para mí, tú lo representarás. Es mi deseo que lo aceptes y lo ostentes.

Christina aguantó el aire durante unos momentos sin saber que decir, ni siquiera sabía dónde mirar. Aquello era una locura, era una solución de lo más drástica, al puro estilo del duque de Harford. Si deseaba cualquier cosa él la conseguía como fuera, incluso si era el respeto para su amante.

—Nicholas yo... no puedo aceptarlo —repuso la joven levantándose del sofá—. Es demasiado, yo no... ¿Cómo puedo ser una condesa? Te lo agradezco, pero no puedo.

—Me sentiré muy ofendido si desprecias mi regalo, Christina.

—Lo sé, igual que sé que lo haces con buena intención, pero es demasiado para mí, ¿no lo entiendes?

—No lo entiendo, porque intento hacerte feliz, poner el mundo a tus pies, Christina y lo estarían. Todas esas personas que te han hecho sentir mal en la vida, tendrán que agachar la cabeza con respeto, ese que mereces y que deseo que todo el mundo te tenga —le dijo con rabia agarrándola de los brazos.

—¿Acaso no te agrada que te relacionen con una burguesa?

—¡No digas tonterías! —le gritó él sacudiéndola un poco—. A mí eso no me importa, me da igual. Quiero que la gente te respete, incluso que si deben humillarse, se humillen. Quiero que te

sientas segura de ti, de mí, no deseo que cualquier persona pueda influir tu mente y de pronto desees marcharte.

—Pero eso no va a ocurrir nunca...

—Demuéstramelo, acéptalo —insistió él con fuerza.

Christina no deseaba ese título, pensaba que le traería más problemas que alegrías, pero tampoco podía negarse. Él lo había hecho pensando en su bien, con la única forma que tenía a mano para que nadie volviera a acosarla. Si él se sentía más tranquilo así...

La joven asintió y Nicholas la abrazó, dando un beso en su cuello.

—No se arrepentirá, *milady* —susurró él con satisfacción junto a su cuello.



Nicholas llamó inmediatamente al abogado de nuevo. Estaba segura de que él pensaba que se arrepentiría si no firmaba rápidamente. El abogado entró y cogió una maleta que tenía sobre el escritorio de Nicholas, cogió algunos papeles de interior y comenzó a leer:

«Su excelencia Nicholas Theodore Russell, XIV Duque de Harford, en Brighton, Inglaterra, a día 15 de abril de 1886, firma que adquiere el título desierto de herencia del Condado de Millward por valor de nueve mil libras esterlinas. Así pues, afirma y de acuerdo con su rúbrica, traspasa el citado título a la señorita Christina María Whittermore, así como las propiedades de Millward House en Londres, Ware Cottage en Brighton, Inglaterra, que quedan unidas al citado título. Además, dispone que se le entregue la renta anual de veinte mil libras esterlinas para la citada señora.

Debido al carácter excepcional de este contrato y al ser el remitente del mismo una dama, el título no podrá ser heredado por los descendientes de la dama, ni podrá ser reclamado bajo ningún concepto.

El título y todo lo que este conlleva regresará a su excelencia si la dama fallece o contrae matrimonio.

Si la citada señora acepta el presente contrato, podrá ser anunciada, presentada, respetada y nombrada como: lady Christina Maria Whittermore, Condesa de Millward.»

—Si está de acuerdo, puede firmar aquí — finalizó el abogado.

En la mente de Christina aún versaban las palabras «condesa», «propiedades», «veinte mil libras». Aunque no podía decirse que Nicholas fuera tonto, era obvio que aquella clausula sobre el matrimonio era una forma de asegurarse que nadie se aprovecharía de eso. Ella no tenía intención de volver a casarse, por lo que cogió la pluma y firmó rápidamente. Si era lo que él deseaba, entonces lo haría.

Nunca había ansiado para sí un título de esa categoría, ni se imaginaba a sí misma como una condesa, ¿cómo podría ser ella una noble? Había sido muy amable por parte de Nicholas, pero estaba decidida a no aprovecharse de esa circunstancia.

El abogado tomó los papeles y se despidió de ellos con un asentimiento, cuando este se hubo marchado, Nicholas la abrazó y ella respondió con el mismo entusiasmo.

—Podríamos pasar la tarde juntos, *milady* —susurró Nicholas de buen humor antes de comenzar a besarla.

Christina se dejó llevar por sus labios, era una sensación a la que sentía que nunca podría acostumbrarse. Nunca se vería satisfecha de sus besos y sus caricias.

—No me llames así, sabes que solo he firmado para que no te sientas ofendido —musitó la joven despegando sus labios ligeramente.

—Y eso me encanta de ti, lady Christina —continuó dándole pequeños besos en los labios.

—Para de llamarme así —replicó ella dándole un manotazo en el brazo.

—¿Me echarás de la casa? Ahora soy un pobre invitado que vive a su costa, *milady*.

—No me provoque, su excelencia.

Nicholas soltó una carcajada y dio un mordisco suave en el cuello de Christina, que la hizo olvidar donde se encontraba e incluso de que se estaba quejando hacia unos segundos.



✿ 18 de abril de 1886 ✿

Christina alargó la mano y acarició el hocico del potrillo que había en los establos. Era dócil y agradable, confiaba ciegamente en cualquiera que se acercara a él, aunque su madre se podía tan nerviosa que habían tenido que separarles.

La joven le dio un poco de alfalfa y sonrió cuando sintió la pequeña lengua cosquillear sus dedos.

—Emily estaría como loca contigo —le confesó al animal que masticaba sencillamente sin prestarle atención—. Le encantaban los animales, le hubiera encantado pasear contigo.

Christina alzó la mirada cuando escuchó a la yegua relinchar nerviosa por su excesiva cercanía a su cría, supuso ella.

—Parece que tu madre es tan sobreprotectora como yo —suspiró la joven dejando de acariciar la cabeza del potrillo.

Christina se giró y se encontró a Nicholas apoyado en la entrada, con los brazos cruzados y una sonrisa.

—¿Llevas mucho tiempo escuchando? —preguntó Christina un tanto avergonzada porque la hubiera descubierto hablando con el caballo.

—No mucho —dijo él cambiando de postura y alargando una mano hacia ella, que aceptó.

Comenzaron a caminar de regreso a la casa, Christina le miró y volvió a preguntarse cómo no podía darse cuenta de cómo le amaba, estaba segura de que era algo que saltaba a la vista.

—Ha llegado esto para ti —dijo él mostrándole una carta que tenía el sello roto.

—No deberías haberla abierto, Nicholas, no es tuya—replicó ella alzando una ceja.

—Tenía el sello de los juzgados, era más oportuno que yo la leyera antes.

—A lo mejor hubiera preferido que me la dieras y yo te hubiera permitido que la leyeras después, me gustaría al menos tener esa privacidad.

—¿Acaso recibes algo que no pueda leer? —preguntó él con tono más seco, deteniéndose a mitad de camino.

—No, pero de igual modo creo que también requiero de cierta intimidad —susurró ella cruzándose de brazos.

—Lo tendré en cuenta —repuso Nicholas, aunque era obvio que pretendía volver a hacerlo, entregándole la carta.

—Yo no reviso tu correo. — La joven tomó el papel y comenzó a leer.

Los bancos iban a quedarse las propiedades y el dinero de Charles, se lo habían embargado todo. Christina sabía que aquello solo obedecía a algo que solía practicarse con los condenados, era una forma de retribuir por su pecado. El juez decía en la carta que le disponía de dos días para retirar sus cosas personales de la casa que tenían en Londres. Ella tenía todos sus vestidos, algunas de sus joyas aun allí, ya que no pudo cogerlas cuando se marchó.

—Menos mal que Charles no está presente para ver esto... —susurró ella para sí misma—. Debo ir a Londres inmediatamente.

Christina comenzó a andar hasta la casa para preparar el viaje, pero Nicholas la agarró del

brazo evitando que diera más de tres pasos.

—No se te ha perdido nada allí —replicó él frunciendo el ceño.

—Mi ropa continúa en esa casa.

—Puedo comprarte cientos de vestidos, Christina, te lo he dicho muchas veces, es una estupidez viajar por ese motivo. Los caminos son peligrosos y no permitiré que te arriesgues por unos vestidos.

—¡Nicholas! ¿Qué te ocurre? Solo estaré una noche fuera, me quedaré a dormir en casa de Charles y al día siguiente...

—No, me niego a eso, no permitiré que duermas en aquel lugar de nuevo. Y no viajarás sola, ni siquiera tu madre servirá de escudo para los asaltadores de caminos. Yo iré contigo, te quedarás en mi casa, conmigo.

—La gente...

—¡Al demonio la gente! —gritó con frustración—. Tú y yo, lo demás no importa, *milady*. Solo nosotros.

Christina terminó asintiendo porque nunca podía negarse más de dos veces seguidas si él la miraba con esos ojos azules y la besaba con aquella pasión con la que lo hizo en ese instante.

Capítulo 33

❖ 19 de abril de 1886 ❖

Christina bajó del coche con la ayuda de Nicholas. No había conseguido que él desistiera de su empeño en acompañarla, ni siquiera en que aceptara que era mejor que se hospedaran en lugares diferentes. Su madre había decidido a última hora no ir, Christina estaba segura de que en la mente de su madre aún confluían esos pensamientos de que un embarazo sería lo mejor que podría ocurrirle y por ello pretendía dejarla a solas el más tiempo posible con Nicholas. Sin embargo, ella había sido más rápida al llevarse el té, lo seguiría tomando, aunque tuviera que preparárselo ella misma. Después de conocer sobre el título su madre había insistido en la necesidad de que fuera ella que le concediera ese heredero a Nicholas y la joven estaba harta de escuchar sus argumentos. Su madre parecía desoír sus miedos, parecía haber olvidado lo ocurrido anteriormente. Incluso había terminado soñando con una imagen de sí misma con un bebé en brazos. Un bebé que no era Emily, ni su primer hijo, sino uno castaño de ojos azules.

Ella se sentía realmente satisfecha de comprobar el deseo que Nicholas tenía de estar junto a ella, incluso sin haber accedido a sus deseos paternos, él continuaba deseando su compañía tanto como ella la de él. Comenzaba a sentir agrado ante su insistencia de mostrar a toda su relación. Él nunca se había sentido avergonzado, bueno, a los hombres nunca se les juzgaba por esos temas. Y ella, ella prefería no pensar en eso y dejarse llevar.

Recordó el rostro de desaprobación que vio la primera vez que fue a aquella casa, la vez que hizo el amor con Nicholas por primera vez y volvió a ver esa misma expresión de molestia al verlas entrar.

—Hemos preparado las habitaciones que requirió, excelencia —dijo la mujer con un asentimiento—. ¿Se quedará varios días?

—Sírvanos el almuerzo y suba nuestras pertenencias—replicó él sin responder a su pregunta, agarrando a Christina de la mano.

La llevó hasta la sala de estar donde el doctor Kingsley la había curado cuando se conocieron. Christina se sorprendió de ver cuántas cosas había sucedido desde ese momento. Cómo había cambiado su vida en lo que parecía un abrir y cerrar de ojos.

Nicholas se sentó en el sofá y la vio desde allí observar la estancia y los adornos que la componían.

—Ven, siéntate conmigo —le pidió el duque alargando la mano hasta ella.

Christina obedeció al instante y se sentó sobre su regazo. Sabía que estaba mal, probablemente su esposa hubiera dormido entre aquellas paredes, los criados sabían que ella era su querida, ¿pero qué importaba ahora? Quizá Nicholas no la amara a ella, pero tampoco quería a su esposa. Ella no le había quitado nada, él se lo había asegurado, ¿qué clase de persona se interpone entre unos padres y sus hijos? ¿O entre hermanos? Solo por su propio beneficio, no, aquella mujer no merecía su pesar en absoluto.

—¿Por dónde caminan tus pensamientos? —continuó él retirándole el pelo de la cara.

—Pensaba en aquella primera vez que nos conocimos —susurró ella colocando la cabeza sobre su hombro—. Cuando el doctor Kingsley me curaba y tú agarrabas mi mano.

Él asintió y cogió su mano para acercarla a sus labios y besar sus dedos uno a uno.

—No hubiera imaginado que terminaría aquí de nuevo —suspiró ella con la voz enronquecida.

—Yo no hubiera parado hasta no conseguir un desenlace parecido, *milady* —susurró él acercando sus labios a los suyos.

—Y luego sucedió aquella coincidencia en la fiesta, yo no sabía quién eras hasta ese momento.

—No fue una coincidencia. Yo incluí tu nombre en la lista a última hora, quería verte con Cornell, quería ver cómo de dura era la competencia —replicó él con una sonrisa arrogante.

—Ya veo que no se le escapa nada, excelencia, ¿y qué captaron sus ávidos ojos? —preguntó ella rozando sus labios con los suyos.

—Que me necesitabas, tanto como yo a ti.

Nicholas tomó posesivamente sus labios y colocó su mano en su nuca acercándola más a él. Él comenzó a introducir una de sus manos por debajo de su falda, hasta encontrar el agarre de sus pantaloncillos interiores, para acariciar al fin su piel debajo de la ropa. Sintió su mano bajar por su estómago hasta su zona más íntima que acarició levemente con sus dedos haciendo que ella abriera los ojos, mientras soltaba un gemido.

—¿Te gusta? —susurró él con una risa orgullosa cerca de su oído.

La joven no podía decir que no le gustaba, porque los sonidos que salían de su garganta la dejarían por mentirosa. Pero tampoco podía decir que se sintiera cómoda, estaba tocándola en el salón, a plena luz del día. Estaba convirtiéndose en una auténtica descocada. Las mujeres de bien no disfrutaban de esa forma de aquellos placeres y ella...

No podía pensar coherentemente si él continuaba tocándola así.

—Ya veo que sí, veamos —continuó él con satisfacción.

De pronto Christina sintió uno de sus dedos introducirse dentro de ella y casi se atragantó con su propia saliva por la impresión. Aquello no podía estar bien... Sin embargo, mientras se repetía eso a sí misma, él continuaba jugando con su cuerpo. Por su tono de voz satisfecho, era obvio que él se sentía orgulloso de todo lo que le estaba haciendo sentir.

La joven terminó estallando en un clímax intenso, como tantas veces había conseguido él, pero nunca de esa forma.

—Me encanta ese tono acalorado que tienen tus mejillas —susurró él besando su cuello, mientras daba unas últimas caricias en el interior de su feminidad.

—No vuelvas a hacer eso —replicó la joven, sentándose recta, intentando retomar la compostura, aunque su respiración afirmaba todo lo contrario—. Ha sido indecoroso, no debemos tocarnos así.

—Claro que podemos, Christina, solo por ver de nuevo tus ojos brillar de placer ante mí, volveré a repetirlo —contestó él, acercando sus labios a su oído—. Hay formas diferentes en las que podemos darnos placer. Contigo pienso probarlas todas.

—Nicholas, me siento demasiado avergonzada ahora mismo —replicó la joven apartando la cabeza.

—No tienes por qué sentirte avergonzada conmigo, creía que habíamos superado esa fase.

—Puedo hacer el amor contigo de forma normal, incluso en sitios poco habituales, pero... No cosas extrañas —replicó ella cruzándose de brazos.

—Muy bien —asintió él con una sonrisa, colocando uno de sus dedos en su barbilla para que le mirara—. Será como tú quieras, *milady*.

Christina se sintió algo tonta, ya que realmente había disfrutado de aquella cosa extraña que le había hecho. Quizá era estúpido por su parte. Él la había tomado varias veces y en varios lugares, algunos, como el establo, de lo más extraños. Sabía que aquello era más inocente que lo otro, pero no dejaba de ser extraño para ella.



✿ 20 de abril de 1886 ✿

Nicholas la había dejado uno de sus carruajes para ir a su antigua casa a recoger sus cosas, las de su madre y las de Bianca. Apenas tardaría unas horas ya que podría contar con la ayuda del ama de llaves y algunas criadas. Él mientras iba a realizar algunas tareas en la ciudad para poder quedarse más tranquilo durante el verano de Brighton, junto a ella. Aquello había sido una muy agradable noticia, ya que eso significaba que pretendía pasar aquellos meses junto a ella, algo que animaba su pobre enamorado corazón y la hacía sentir esperanzas de que, en algún momento, Nicholas correspondiera a su amor.

—Señora —exclamó el ama de llaves al verla entrar—. ¡Qué alegría verla de nuevo! Lamento tanto lo que le ocurrió al señor Cornell.

—Gracias, ¿ha ido todo bien? —preguntó la joven amablemente quitándose el sombrero.

—Como cabía esperar, señora. Cuando supimos que la casa sería puesta en venta me adelanté y ordené a las muchachas que recogieran sus pertenencias, las de su madre y las de la señorita Porter, señora —indicó la mujer con amabilidad.

—Se lo agradezco tanto, precisamente venía a engarme de eso —asintió la muchacha.

—¿Y usted cómo se encuentra, señora? Se han oído tantas cosas sobre el señor Cornell, no imaginé que le harían algo así. Pensé que se trataba de un error, pobre hombre. Era un buen jefe.

—Sí lo era, ha sido todo muy lamentable —concordó Christina con seriedad—. Como veo que lo tiene todo dispuesto, ¿por qué no tomamos un té mientras suben todo al carruaje?

La mujer asintió y caminó hasta la cocina, lo que le dio a ella tiempo para observar aquella casa por última vez. Nunca le había parecido un verdadero hogar, salvo cuando Emily vivía, nunca había sentido una casa compartida con Charles como un hogar. Simplemente era un edificio donde dormía. Lamentaba terriblemente que Charles se hubiera marchado de esa forma tan indigna, incluso se iba a arrebatar su casa de forma indecorosa.

Y aquella casa, al igual que la primera, había captado bien la esencia de Charles. Frío y distante. Extraño.



Christina salió de la casa y decidió ir caminando hasta la de Nicholas. Le apetecía dar un paseo hasta allí, hacía mucho tiempo que no caminaba por las calles de Londres y decidió que era una buena forma de acostumbrarse a que la gente la mirara porque era lo que terminaría ocurriendo si su relación se externalizaba cada día más.

—Lady Millward —la saludó el doctor Kingsley deteniéndose junto a ella—. Qué agradable sorpresa, pensaba ir a Brighton para hablar con usted.

Christina se sorprendió a oírse llamar de esa forma, estaba segura de que no se acostumbraría nunca a ese título.

—¿Podemos tratarlo ahora? Voy de camino a casa de su excelencia —contestó al joven con una sonrisa agradable.

Estaba segura de que él quería hablar de Bianca, comenzaba a sospecharlo realmente.

—No, me gustaría que la señorita Porter estuviera presente —replicó él moviéndose nervioso—. No quiero que nadie lo sepa antes de conocer sus pensamientos, ni siquiera Nicholas, ¿sería

tan amable de no contarle nada sobre nuestras conversaciones?

—Como quiera, sabe que es bien recibido —asintió ella verazmente.

Este inclinó ligeramente la cabeza como despedida y se marchó después de reiterarle sus agradecimientos. No sabía por qué no quería hacer a Nicholas partícipe de sus planes con Bianca, pero no veía nada de malo en no decírselo por el momento.

Retomó su camino hasta la casa y cuando llegó, llamó a la puerta. Le abrió el ama de llaves de nuevo, solo que en esta ocasión en lugar de mirarla con desaprobación parecía estar muy satisfecha.

—La acompañaré hasta el salón, desean hablar con usted —dijo la mujer en tono ceremonioso.

La trataba como si fuera una visita no grata en la casa. Se preguntaba quién la esperaba, ya que ella misma no habría esperado ninguna visita. Tampoco ella se sentía la señora de la casa, pero aquella mujer no era nadie para tratarla con suficiencia. No entendía nada, pero la siguió hasta la sala donde había una mujer castaña sentada cómodamente en uno de los sofás. Tenía una taza de té entre sus manos y la dejó elegantemente en la mesita cuando la vio.

Christina la miró sin saber de quien se trataba, vio que el ama de llaves sonreía más abiertamente, estaba realmente disfrutando de aquella situación y estaba comenzando a ponerla histérica tanta ceremonia y tanto remilgo. Tanto silencio nunca conducía a nada bueno.

Vestía de forma elegante y llevaba el pelo sujeto fuertemente en la cabeza con más rigidez que gracia. Tenía las facciones duras y estiradas. Si algo tenía claro, era que no la había visto en su vida. Al menos no recordaba haberla visto nunca, ¿y qué hacía buscándola allí a ella? Deseaba que Nicholas apareciera de pronto, porque aquel ambiente era de lo más desagradable.

—Disculpe...

La mujer se levantó con elegancia, sonriendo con cinismo, sin darle tiempo a hablar, le dijo:

—No pienso disculparla, supongo que no sabe ante quien está, pero no tengo problema en despejar sus dudas, mi nombre es Eloise Mansfield, soy la esposa del duque de Harford.

Capítulo 34

Christina supo por qué no la había reconocido. Apenas la había visto una vez a lo lejos, en el baile de máscaras y había llevado la cara cubierta. Ella sintió un nudo en el estómago y entendió por qué el ama de llaves parecía tan complacida. Había ayudado a preparar aquel encuentro, en el que ella tenía todas las perder.

Ni siquiera podría discutir los argumentos de aquella mujer porque tendría razón en todos. Por muy malvada que Nicholas dijera que era, ella continuaba siendo su esposa ante los ojos de Dios y de los hombres; mientras que ella era su amante.

—Un placer, lady Harford —asintió Christina con compostura, mientras la otra mujer la miraba de arriba abajo, como si estuviera evaluándola.

—Sospecho que miente, para mí no es ningún placer conocer a la nueva mujerzuela que se acuesta con mi marido, espero que esté disfrutando bien los placeres que concede ser su nueva favorita, lástima que no dure demasiado. Él siempre termina regresando a mi lado, su verdadero hogar —replicó ella con voz furiosa, comenzando a enrojecer de enfado.

Christina aguantó el golpe con toda la dignidad que pudo, no quería olvidar lo que Nicholas le había contado de ella, pero no podía evitar que aquellas palabras la hirieran. Ella parecía tan segura de sus palabras, de que él regresaría con ella. Christina tuvo que hacer uso de su autocontrol para no gritarle como una loca que era una embustera manipuladora, que Nicholas la despreciaba, pero no era su pelea. Ella no podía decirle nada de eso, porque solo conseguiría pasar por la vergüenza de que la echaran de la casa a la fuerza y no quería darle esa satisfacción.

—No lo discuto, pero creo que, si mi presencia le resultara tan superficial en la vida de su marido, no se hubiera tomado la molestia de venir a hablar conmigo —se encontró diciendo a sí misma.

—Esta es mi casa, no la suya y puedo venir cuando quiera —replicó Eloise furiosa dando un paso hasta ella—. Como usted comprenderá no es plato de gusto que usted se quede aquí, deseo que se marche. Estoy segura de que sus *servicios* no serán requeridos nunca más, pienso reconciliarme con mi marido.

—No lo pongo en duda. Estoy segura de que su aliada habrá preparado mis cosas diligentemente —replicó ella con un asentimiento.

Salió del salón y efectivamente encontró su maleta junto a la puerta. Christina apretó los puños con fuerza. Esa mujer parecía muy convencida de que Nicholas se quedaría con ella y la había echado como si se tratara de una prostituta.

Aguantó el tipo como pudo y cogió su maleta, saliendo de la casa rápidamente. Encontraría un lugar donde dormir en un hostel del centro, quizá. Todo el mundo la miraría mal al verla entrar sola, pero ¿qué importaba? Suspiró ya que no podía engañarse, sí que le importaba. No le quedó más opción que regresar a la casa de Charles, aunque fuera para pasar la noche. Estaba segura de que el ama de llaves la recibiría bien y finalmente así fue.

Nicholas tenía que buscarla, se negaba a pensar que él pudiera reconciliarse con aquella

mujer. Ni siquiera se había presentado como la esposa de Nicholas, había dicho *la esposa del duque de Harford*, era obvio donde se encontraban sus prioridades. Solo le quedaba aferrarse a la idea de que Nicholas no se dejaría convencer por ella.

Nada más entrar en su habitación, escribió una nota a la casa del doctor Kingsley para que le avisará al duque de dónde se encontraba.

Cuando se la entregó a uno de los muchachos se sentó en la cama mirando a la ventana, esperando que él regresara junto a ella.



No se había dado cuenta de que se había quedado dormida hasta que se despertó sobresaltada por unos golpes en la puerta, unos golpes bastante insistentes que parecían amenazar con tirar la puerta abajo.

Christina se levantó de la cama algo tambaleante y adormilada, se acercó a la puerta y abrió, encontrándose de pronto entre los brazos de Nicholas.

Este besaba su rostro con adoración, como si hicieran días y no horas que no se veían.

—Has venido a por mí —suspiró la joven dando rienda suelta a su llanto contenido.

—Por supuesto que sí, ¿acaso creías que te iba a permitir separarte de mí? —replicó él cerrando la puerta de una patada.

—Pero ella...

—Has tenido la desgracia de cruzarte en su camino, pero espero que no hayas creído nada del veneno que haya podido escupir esa mujer, Christina. Te aseguro que se le han terminado las ganas de volver a molestarte —musitó él besándola con desesperación—. No debiste haberte marchado, casi me vuelvo loco hasta que Paul acudió con tu nota, no sabía cómo encontrarte.

—¿Cómo iba a quedarme? Ella es tu esposa, tenía todo el derecho a...

—Nadie, ni siquiera ella, tiene ningún derecho en echar de mi casa a la mujer que amo —la interrumpió él con emoción, apoyando su frente sobre la de ella.

Christina no sabía qué decir, se había quedado con la boca abierta de la impresión. Sabía que parecía una estúpida, pero no había esperado aquella declaración espontánea de amor. Nunca había imaginado que él podría amarla, lo había deseado, pero... La joven comenzó a llorar.

—¿Qué te ocurre? No quiero que llores, dime qué te pasa —insistió él con el ceño fruncido de preocupación.

—Nunca hubiera imaginado que me amaras, Nicholas.

—¿Por qué no? ¿Acaso no ha sido obvio desde que te conocí? Mis actos han sido los de un hombre enamorado desde que puse mis ojos sobre ti. Incluso celaba a Cornell cuando no tenía ningún derecho, Christina, nunca he sentido esto por nadie. Me tienes completamente en tus manos. Deseo que llegues a sentir lo mismo que yo, pretendo ser muy paciente.

—Yo te amo, Nicholas, no sé desde cuándo, solo ocurrió, temía que llegara el momento de nuestra separación porque sabía que otra ocuparía mi lugar, pero tú nunca podrás tener un sustituto en mi corazón.

—Ninguna podría reemplazarte, Christina. Nadie, jamás, hasta el día de mi muerte y saber que correspondes a mis sentimientos solo afianza aún más lo que siento —susurró él contra sus labios.

La tumbó en la cama con delicadeza y acarició su cuerpo con adoración durante horas. Hicieron el amor con ternura y suavidad, como si ella fuera algo muy preciado para él que pidiera romperse. No volvieron a hablar durante horas, ya que todo lo que había que decir, lo hablaban sus cuerpos.



Christina suspiró mientras mantenía la cabeza apoyada sobre el pecho. Nicholas le estaba acariciando el pelo. La joven suspiró con satisfacción mientras le sentía respirar bajo ella y su corazón latir relajado.

—Me hubiera encantado que aparecieras en mi vida hace nueve años —suspiró él sin dejar de acariciarla acompasadamente—. Ahora estaríamos casados y tendríamos varios hijos.

—O quizá hubieras terminado hastiado de mí, como ha ocurrido con tu esposa —replicó ella, aunque no podía negar que la imagen que él evocaba era de lo más atrayente.

—*No puedo hastiarme de ti*, Christina, veo que no confías en mis sentimientos, sé que tengo cierta reputación que me precede, pero he cambiado —contestó él con voz grave—. Voy a solicitar la disolución de mi matrimonio.

Christina se sentó sobre la cama rápidamente, no había esperado aquello. La joven le miró con los ojos abiertos por la impresión, era demasiado... demasiado todo.

—Nunca he pensado en dar el paso porque no he sentido la necesidad y quería ahorrarme la discusión con mi madre y sus falsos lamentos, pero desde que has aparecido en mi vida, todo ha cambiado. No necesito una esposa si te tengo a ti. No me importa lo que tenga que hacer, como si tenemos que escapar juntos, no me importa. Abandonaría todo lo que tengo por estar contigo, Christina —declaró él acunando su rostro entre sus manos.

—Y yo me iría contigo, Nicholas, donde fuera, siempre que no tengamos que separarnos. Te quiero tanto —suspiró ella acercando sus labios a los de él.

—Lo eres todo para mí —Nicholas continuó su beso, se alejó de ella unos centímetros y continuó—. Con todo lo ocurrido no he podido darte una cosa.

Christina se sintió abandonada cuando él salió de la cama a buscar algo en el bolsillo de su chaqueta. Cuando lo encontró regresó a la cama a su lado y tomó su mano con cariño, acercándola a sus labios para besarla tiernamente.

—Tenía planeado entregártelo de otra forma, pero no importa —musitó él para sí mismo, luego colocó un brillante anillo en su dedo y volvió a besarlo.

Christina lo miró impresionada, ya que la había descubierto por sorpresa, era elegante, pero muy sencillo.

—No deberías haberte molestado, no necesito cosas materiales, solo a ti —musitó la joven con una sonrisa, apartando la vista para verle a él.

—Tómalo como un préstamo, cambiaré ese anillo por una alianza de matrimonio algún día, Christina. Mientras tanto, este protegerá ese lugar para el otro —le prometió él con fuerza.

Christina sonrió feliz, estaba segura de que él lo haría. Nicholas siempre cumplía sus promesas, fuera de la forma que fuera.



***** 21 de abril de 1886 *****

Christina observaba el brillante anillo relucir en su dedo y sonrió tontamente mientras el carruaje se alejaba de Londres y la llevaba hasta Brighton. Aquel viaje había comenzado con una pelea, pero había finalizado de la mejor forma posible. Nunca se hubiera atrevido a imaginar que Nicholas terminaría declarándole su amor, que le prometiera que iba a divorciarse de Eloise y que aseguraría que se casaría con ella.

Parecía un verdadero sueño del que no quería despertar. Hubiera preferido que él la acompañara de regreso a Brighton, pero él había visto más conveniente comenzar a mover sus contactos para deshacerse de su matrimonio. Él le había prometido que estaría fuera apenas unos dos días y ambos habían visto mejor que ella regresara a casa. Nicholas había contratado a unos

guardias que la acompañarían.

Estaba segura de que su madre no se creería la cantidad de novedades que tenía que contarle.



✿ 22 de abril de 1886 ✿

—Es una joya maravillosa, querida —repitió su madre al día siguiente por enésima vez, mientras sujetaba su mano para ver mejor la piedra—. Estoy tan feliz por ti, Christina.

La joven asintió con una sonrisa que no había desaparecido de su rostro de que hablara con Nicholas.

—Yo nunca lo hubiera esperado, sobre todo teniendo en cuenta la visita de lady Harford —musitó la joven con un escalofrío, recordando lo ocurrido el día anterior.

—Esa mujer debe ser una verdadera víbora, me hubiera encantado estar presente cuando apareció... ¡Le hubiera aclarado un par de cosas! Desearía poder ver su rostro cuando se entere de la noticia —declaró Laura con frustración, aunque con cierta satisfacción por imaginar cómo se quedaría la otra mujer—. Por cierto, querida, ¿te has sentido bien estos días?

Christina frunció el ceño por la pregunta, ya que no había esperado aquel cambio de conversación tan repentino.

—Sí, mamá, ¿acaso tengo mal color? —contestó la joven levantándose del sillón para mirarse al espejo.

—Claro que no, solo que han sido tantas sorpresas que me preocupaba que pudieras enfermar de los nervios —dijo su madre rápidamente.

Christina iba a intentar sonsacarle algo más, ya que no la creía en absoluto, pero entró Bianca corriendo en el salón con una sonrisa de oreja a oreja y la respiración entrecortada.

—¡Niña, por Dios! ¿Por qué corres así? —replicó Laura exaltada.

—El doctor Kingsley está aquí —musitó la joven entusiasmada.

Christina y su madre se miraron con una sonrisa mal disimulada, acompañando a la joven hasta la puerta de la casa para recibir al no tan inesperado visitante. Si todo sucedía como ambas sospechaban, quizá no solo Christina terminaría celebrando una buena noticia durante aquellos días.

Capítulo 35

El doctor Paul Kingsley bajó de su coche y se acercó a las tres mujeres que le esperaban en la puerta. Todas la saludaron, pero Christina había notado que la forma en la que Bianca y Paul lo habían hecho había sido de lo más cariñosa.

—Bienvenido, doctor Kingsley, espero que haya tenido un buen viaje, Nicholas no se encuentra en estos instantes... —comenzó a decir Christina concienzudamente, ya que sabía que el hombre no venía buscando a Nicholas en absoluto.

—Es muy amable por honrarnos con su visita, doctor Kingsley, ¿verdad, Bianca? —musitó su madre enarcando una ceja con una sonrisa amplia.

—Sí, ha sido un viaje tranquilo, teniendo en cuenta cómo se encuentran los caminos estos días es un alivio, sin embargo, me gustaría hablar con usted, *milady*, si no es molestia —replicó él con más seguridad que la que había mostrado en sus anteriores conversaciones.

Christina escuchó una risa nerviosa que provenía de Bianca mientras asentía amablemente, invitándole a entrar.

Aunque estaba segura de que tanto su madre como Bianca habrían matado por encontrarse presentes en aquella conversación, no habría sido lo adecuado. En realidad, ni siquiera era adecuado que ella tratara un tema así con un hombre, pero teniendo en cuenta que Bianca se encontraba bajo su protección, era ella la que debía hacerse cargo de aquel trámite.

Los dos tomaron asiento en la sala y la joven guardó silencio durante unos instantes, esperando que él comenzara a hablar.

—Señora, no soy un hombre que se quede sin palabras, generalmente no me ocurre, pero debo admitir que, en cuanto a este tema, estoy siendo de lo más torpe... —Paul suspiró—. He de admitir que he estado manteniendo correspondencia con la señorita Porter.

Christina fingió sorpresa abriendo los ojos expresivamente.

—Vaya, no lo habría imaginado —musitó la joven con delicadeza.

—Debo decir que han sido del todo inocentes, señora, no debe alarmarse. Mi interés por su protegida es sincero y si usted está de acuerdo, sería un honor para mí casarme con ella.

Christina se levantó del sofá y caminó por la habitación pensativa, aunque por dentro saltaba de felicidad por Bianca, ella había sido una gran compañía, incluso una buena amiga, la apenaría separarse de ella, pero sabía que era lo que ella quería.

—¿Ella conoce sus sentimientos? —el hombre asintió sin dejar de observarla—. Debo suponer que corresponde a estos.

—No me hubiera atrevido a dar este paso de no ser así, no es mi deseo que sea infeliz, me hubiera apartado de haber sido de otra forma.

—Disculpe la insistencia, pero debe comprender que soy responsable de su seguridad y su felicidad.

—Por eso mismo he decidido preguntarle, señora, sé que Bianca tiene su opinión en muy alta estima y nunca aceptaría casarse conmigo si usted no lo considerara bien.

—No hay ningún problema para mí, siempre que me prometa que cuidará de ella y la hará feliz.

—No deseo hacer otra cosa en la vida.

—En ese caso, no tengo ninguna objeción para que pida su mano, *milord*.

Christina sonrió al ver los ojos del médico brillar de entusiasmo, al igual que lo hicieron los de Bianca cuando Paul le pidió dar un paseo con ella aquella tarde, cuando regresaron ambos se encontraban exultantes.

Christina y su madre se sintieron hervir de felicidad al verla tan contenta. Estaba deseando que Nicholas regresara para contárselo.



***** 26 de abril de 1886 *****

Paul se había marchado de regreso a Londres hacía unos días para preparar la ceremonia y todos los asuntos legales. Bianca no había dejado de sonreír y Christina con ella, aunque también por sus propios motivos. Saber que Nicholas la amaba y deseaba estar con ella había sido todo lo que había ansiado desde que le conoció.

Estaba feliz porque todo comenzaba a cambiar, a ser mejor. Desde que Emily murió no hubiera imaginado que llegaría el día en el que viera el futuro con algo de luz y esperanza. Esperaba que Nicholas regresara pronto junto a ella. El día anterior había recibido una carta donde le explicaba que debía viajar a Canterbury a hablar con su madre. Christina sabía que aquella conversación sería sobre ella y sobre su idea de separación y que no le agradaría nada a su madre, por lo que esperaba que no fuera muy duro para él aquel enfrentamiento, teniendo en cuenta que su madre quería tanto a su esposa.

—Debemos comenzar a preparar tu ajuar de novia, querida —dijo Laura a Bianca con una sonrisa.

—Tengo unos ahorros, podría...

—No, Bianca, nosotras vamos a procurarte tu ajuar de novia, no digas tonterías —la interrumpió Christina negando con la cabeza.

—Pero señora yo no quiero aprovecharme de su amabilidad. Han sido tan buenas conmigo todos estos años, que yo...

—Nosotras lo compraremos y se terminó el tema —sentenció Laura sonriendo—. Podríamos ir mañana a Brighton y ver algunas tiendas. Tenemos tantas cosas que hacer y tan poco tiempo.

Su madre comenzó a idear la boda perfecta, estaba claro que disfrutaba como una niña al imaginar cómo sería. Christina sintió cierta envidia, sana, claro. Pero envidia, al fin y al cabo, se preguntaba cuándo sería el momento en el que ella misma se vería inmersa en los preparativos de su propia boda, estaba segura de que sería muy diferente a la anterior.

—Señorita Porter, ha llegado esto para usted —declaró la señora Clarke entrando en la sala con un ramo de margaritas en los brazos.

Bianca se ruborizó instantáneamente y sonrió aceptando las flores. Era un ramo sencillo, pero a la vez cargado de cariño. Era obvio que el doctor Kingsley era un hombre de detalles sencillos, pero no por ello menos importantes.

—A la madre del doctor Kingsley le fascinaban las margaritas —musitó Bianca mientras abrazaba el ramo—. Él me contó que siempre tenía en un jarrón de su casa, porque amaba el perfume de la flor.

—Es un detalle muy bonito, querida, ese hombre está loco de amor por ti —musitó Laura tan entusiasmada que parecía que ella había sido la receptora del regalo—. Lo pondremos en la

entrada, así podremos disfrutar también de su olor como lo hacía la madre del doctor Kingsley.

Bianca asintió con agrado y fue a buscar un jarrón con agua.

—Es todo un romántico... Finalmente terminaré enamorada de él yo también —suspiró su madre con exageración después de que Bianca se marchara.

Christina rio por las ocurrencias de su madre.



Ciertamente las flores de Paul Kingsley despedían un aroma muy agradable. Christina estaba segura de que ese era el motivo por el que su madre adoraba aquellas flores. Y saber que había hecho partícipe de aquel detalle privado a Bianca le agradaba más de lo que ya lo hacía.

Aquel hombre era el adecuado para Bianca y cada día que pasaba estaba más segura de ello. Bianca se fue a dormir aquella noche y Christina estaba segura de que hubiera deseaba besar las flores como si significara darle un beso al propio Kingsley.

Christina se tumbó en la cama y acarició con añoranza la almohada de Nicholas, le extrañaba tanto, deseaba que no continuara retrasando su regreso. Ansiaba tenerle de nuevo junto a ella, deseaba sus besos, sus caricias.



El sonido de un caballo acercándose rápido a la casa la despertó. Christina se levantó y se puso su bata para asomarse por la ventana. Era extraño que alguien se acercara a la casa tan tarde. Sintió un pánico repentino al pensar que algo malo le hubiera podido ocurrir a Nicholas, pero ese sentimiento cambió rápidamente a la alegría cuando reconoció su figura desmontar velozmente de su montura.

Christina salió de su habitación y corrió rápidamente escaleras abajo para ir a su encuentro. Estaba segura de que él ansiaba tanto aquella reunión como ella misma. Llegó al pie de las escaleras con la respiración acelerada en el instante en que él entraba por la puerta.

Se deshizo de su ropa de abrigo y se dio la vuelta, deteniéndose repentinamente al verla. Christina dio un paso hasta él para abrazarle.

—Nicholas... —susurró la joven con alegría.

Sin embargo, notó con desconcierto, que él no parecía igual de entusiasmado al verla. Nicholas la apartó de sí con un movimiento brusco que la hizo tambalearse. Él la miraba con ojos helados y el rostro tenso, como si tuviera un serio debate en su interior.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven con el semblante preocupado.

—No me toques—replicó secamente, utilizando un tono que nunca había empleado con ella—. ¿Acaso creías que ibas a engañarme siempre, Christina?

Christina tenía un nudo en el estómago y ciertas nauseas, sus manos temblaban de miedo.

—¿Qué? No te he mentado en nada, Nicholas—preguntó ella sin comprender nada.

—¿Ah, ¿no? —dijo él secamente agarrándola con fuerza del brazo—. Entonces por qué no me has hablado de las visitas de Kingsley, no puedes ser tan tonta como para creer que no me enteraría.

Christina intentó hacer caso omiso al dolor que sentía en el brazo, no pudo hacer otra cosa que mirarle sin comprender. No entendía cómo podía molestarle que Paul y Bianca fueran a casarse, ella no había visto al doctor Kingsley en otro momento que no fuera ese.

—¿Qué visitas? Él apenas ha estado aquí para... —de pronto las manos de Nicholas se enredaron en su cuello impidiendo su respiración.

—Ni siquiera piensas negarlo, al menos debo aceptar que tienes agallas —dijo él con rabia mientras ella intentaba desesperadamente alejarse de él—. Incluso te ha hecho regalitos, si

hubiera sabido que te abrías de piernas por unas margaritas no habría gastado tanto dinero en rosas.

De pronto Nicholas la soltó y Christina comenzó a respirar rápidamente intentando recuperarse. Mientras tanto vio con desesperación cómo él golpeaba los muebles del recibidor, poniendo más saña en destruir las flores que Paul había regalado a Bianca. La joven recordó sus anteriores palabras, él había dicho que las flores eran un regalo de Paul para ella misma, ¿por qué pensaría eso?

—¿Has perdido el juicio, Nicholas!? —le gritó la joven cuando se encontró lo suficientemente bien—. ¿Se puede saber que te ocurre?

—¿Quieres que consienta que te acuestes con mi amigo como si nada!? ¿Realmente fuiste tan estúpida como para creer que podías jugar conmigo de ese modo?

Christina comenzó a negar reiteradamente con la cabeza. Aquel era un error terrible, ¿quién le había dicho semejante locura?

—¡Eso no es cierto! No sé qué significa todo esto, pero yo no he estado con ningún hombre que no hayas sido tú, Nicholas —le espetó la joven con desesperación mientras las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos.

—Yo hubiera creído eso mismo hace unos días, de no ser por eso —replicó él dando una patada a las maltrechas flores—. Ese llanto no va a convencerme, ya no puedes conmoverme. Eres una magnífica farsante, incluso habías conseguido engañarme, pero por desgracia para ti he descubierto el juego demasiado pronto.

—¿Pero por qué no me escuchas? ¿Acaso no te das cuenta de lo estúpido que suena lo que dices? Tienes que escucharme, yo nunca habría hecho algo así a tus espaldas.

—¿No lo hiciste con Charles? ¿Acaso sería algo nuevo para ti? Ni siquiera creo que fuera la primera aventura que tuvieras con otro hombre.

Christina palideció de pronto. Había perdido el juicio, no sabía cómo podía haber llegado a aquella conclusión tan estúpida por unas flores. Estaba segura de que aquello era algo más, debía ser algo más. Sin embargo, ella tampoco podía pensar con claridad. Nicholas la miraba con tanto desprecio que parecía que su corazón iba a romperse en ese mismo instante.

—¿Por qué tantos gritos? —preguntó su madre bajando las escaleras, deteniéndose al ver el destrozo de los muebles y a su hija llorando—. ¿Qué sucede?

—Nada, señora, esta es mi forma de dar por terminada mi relación con su hija. Espero que abandonen mi casa a primera hora de la mañana —contestó fríamente Nicholas.

Salió por la puerta sin dirigirle una última mirada y cerró de un portazo. Christina se levantó rápidamente y salió tras él, para evitar que se marchara. Tenían que hablar, él no podía abandonarla de ese modo, ni de esa manera. No podía culparla de algo así y no dejarla defenderse. Ella al menos merecía esa consideración.

Capítulo 36

✿ 27 de abril de 1886 ✿

Sin embargo, no había podido ser aquella noche. Nicholas había sido mucho más rápido que ella y no había podido alcanzarle. Christina no había parado de llorar en el hombro de su madre hasta que había amanecido. Aquello parecía una pesadilla, no entendía cómo podía haber llegado a aquella conclusión. Si al menos la escuchara, podría decirle lo equivocado que estaba, incluso podrían mostrarle las cartas que Paul y Bianca se habían enviado para que él supiera que a quien había visitado había sido a ella, que las flores eran de Bianca y no suyas. Que incluso se iban a casar.

Christina sentía los ojos pesados e hinchados por el llanto.

—No puedes quedarte aquí sentada llorando como si nada, Christina —dijo su madre caminando por la habitación.

—¿Y qué puedo hacer? Ya le has oído, me ha abandonado, incluso nos ha echado de aquí. Me odia, mamá —susurró la joven con tristeza.

Durante mucho tiempo había esperado con temor el fin de aquella relación, pero cuando finalmente él había confirmado sus sentimientos por ella había ocurrido aquello tan espantoso.

—No te odia, Christina, está enfadado, rabioso... Celoso, él cree que le has sido infiel con su amigo, apuesto mi cuello a que ha sido el monstruo de su esposa, él ha ido a Canterbury a ver a su madre, ¿cierto? Seguro que le metieron ideas tontas en la cabeza y tuviste la mala suerte de que las flores estuvieran en ese lugar cuando llegó —dijo su madre con enfado.

Christina no había pensado en eso, pero ¿sería aquella mujer capaz de inventar algo así? Ella recordó cómo la había mirado en su anterior encuentro, Nicholas le había dicho que la había echado de la casa, estaba segura de que estaba lo suficientemente molesta como para hacer algo así. Y Nicholas la había creído a ella, en lugar de escucharla primero. Podría haber intentado hablar con ella, sin embargo, había llegado y la había juzgado sin saber nada más. No le tenía confianza, ¿qué clase de amor era ese que él decía sentir? La había tratado como a una fulana, la había echado de la casa sin ninguna contemplación. La había despreciado. Miró a su alrededor y de pronto se sintió ajena, fuera de lugar.

Ella había creído que aquella casa podría ser su hogar, pero no lo era. Ahora ya no. Sentía un vacío tan profundo en el corazón. Recordó el rostro de Emily en su mente, aquel dolor había sido infinitamente peor y se levantó de aquel golpe. No podía dejarse hundir por aquel hombre. Ni iba a dejar que él la tratara como a una cualquiera. Acarició los lazos negros y se levantó de la cama, secándose las lágrimas. No iba a permitir que tiraran su nombre por el suelo. Era una condesa, ¿no?

Se acercó a su armario y sacó uno de los baúles, para comenzar a llenarlo con algunos de sus vestidos, los que había traído de la casa de Charles, no iba a llevarse ninguno de los que Nicholas le había regalado. Miró el anillo y sintió de nuevo cierto pesar, pero no iba a hundirse, no estaba dispuesta a tumbarse a llorar, lo había hecho por sus hijos, pero no lo haría en aquella situación

tan injusta.

—¿Qué haces? —le preguntó su madre.

—El equipaje, madre. No voy a quedarme aquí para que venga a echarme de nuevo y si quieres venirte deberías llamar a Bianca y preparar el tuyo —replicó Christina sin dejar de realizar su tarea.

Laura asintió sencillamente y salió de la habitación. Christina no sabía dónde se quedarían, ni que harían, pero estaba dispuesta a hablar con Nicholas y hacerle ver su error. Luego el que tendría que suplicar perdón sería él.



*** Londres, Inglaterra ***

Se hospedarían en el hostel del centro. No sería extraño ver a tres mujeres que se hospedan solas, no llamarían tanto la atención, ya que por aquellas fechas la casa de Charles ya había sido clausurada por el banco.

Christina dejó a su madre y a Bianca deshaciendo el equipaje, ya que no podía quedarse quieta. Durante el viaje la tristeza se había convertido en enfado. Se encontraba tremendamente enfadada con él por su falta de confianza en ella, al fin y al cabo, supuestamente la amaba y no había tardado nada de tiempo en deshacerse de ella sin ningún tipo de consideración.

Decidió ir a la casa de Nicholas en Londres, aunque cuando iba de camino temió que quizá él no se encontrara allí, quizá se había marchado a otra parte, pero aquello no la hizo regresar, sino todo lo contrario.

Golpeó la puerta con fuerza cuando llegó y recibió la mirada fría del ama de llaves con serenidad.

—Quiero hablar con su excelencia, dígame que la condesa de Millward desea verle —dijo Christina alzando la cabeza con orgullo—. ¿A qué espera?

—Un momento... *milady*. —El ama de llaves la miró con fastidio y le cerró la puerta en la cara.

Christina volvió a llamar con más insistencia por el desplante y porque supuso que Nicholas estaba allí, ya que, de haber sido de otro modo, aquella desagradable mujer no habría dudado en hacérselo saber.

Cuando comenzaba a golpear la puerta con más ímpetu, esta volvió a abrirse y el ama de llaves dijo con una sonrisa entusiasta:

—Su excelencia no desea visitas... *milady* —nunca había escuchado un tratamiento cortés dicho con tanto desprecio.

Christina apretó los puños con fuerza con rabia, pero intentó controlarse para no armar un espectáculo que finalmente terminara perjudicándole a ella.

—Bien, volveré en otra ocasión —dijo Christina y se marchó sin despedirse de la mujer.

¿Qué podría hacer? No podía quedarse allí en la puerta a esperarle como si fuera una estúpida, tenía más orgullo que eso. Ella sola no podría solucionar arreglar aquella situación.

Quizá era un error, pero solo había una persona que podía ayudarla y Christina se dispuso a ir hasta su casa.



Christina recordaba vagamente la dirección hasta la casa del doctor Kingsley, aunque la vez que ella fue hasta allí no estaba muy pendiente de esos detalles. Aquella vez, Charles y ella habían discutido y había terminado marchándose de la casa, Nicholas había ido en su busca para protegerla... Cómo parecía haber cambiado todo desde aquel día. Incluso parecían lejanos los

días en Brighton pese haber abandonado la casa aquella misma mañana.

Nada sería igual si Nicholas no la escuchaba, si no recapacitaba. Sentía un peso en el pecho que parecía querer terminar con ella, hundirla en el suelo, pero estaba dispuesta a no dejarse caer, no podía hacerlo.

Llamó a la puerta de la casa de Paul Kingsley y esperó pacientemente a que le abrieran la puerta.

—¿Qué desea? —le preguntó una criada mirándola con sospecha.

—¿Se encuentra el doctor Kingsley? Deseo hablar con él, dígame que Christina Whittermore quiere hablar con él, es importante —le suplicó la joven con más desesperación de que le hubiera gustado mostrar.

La criada asintió y le permitió pasar al recibidor mientras esperaba. La muchacha desapareció tras una puerta, pero de pronto esta se abrió de nuevo y un preocupado Paul Kingsley se acercó a ella con paso apresurado.

—¿Le ha ocurrido algo a Bianca? ¿Se encuentra bien? —le preguntó él con urgencia.

—Sí, Bianca está bien, no es un problema con ella —Paul se relajó visiblemente cuando la escuchó—. Es un asunto delicado, sobre mí.

—¿Usted? ¿Se encuentra enferma? A Nicholas no le agrada que le oculte esas cosas, señora...

—A Nicholas no le importa lo que pueda ocurrirme, al menos ahora mismo *no*.

El médico la miró sin comprender, pero asintió y la hizo pasar hasta su despacho, donde él se había encontrado unos minutos antes de su llegada. La hizo sentarse en uno de los sillones y después de unos segundos dijo:

—¿Han peleado? —Christina notaba que el hombre no sabía muy bien qué hacía ella allí y por qué había ido si era un problema íntimo entre ellos.

Por lo que la joven reunió todo el valor y comenzó a relatarle lo que había ocurrido. No añadió sus propias sospechas sobre que había sido la esposa de Nicholas la que podría haber sembrado aquello en su mente, ya que no tenía pruebas, ni confianza para hacerlo ante aquel hombre.

—¿No ha venido a verle? —le preguntó Christina después de tomar un poco de agua, ya que sus manos temblaban visiblemente por los nervios.

—No, aquí no ha estado... ¿En qué demonios está pensando? —dijo Paul con enfado, nunca le había oído hablar así y se sorprendió, ya que él siempre había sido muy comedido con sus palabras cuando le había visto.

—Yo he intentado hablar con él, pero no desea recibirme, me ha mandado decir que no reconoce mi nombre, está como loco —dijo ella acariciando su cuello, que comenzaba a mostrar las marcas que los dedos del hombre habían ejercido sobre este, mientras comenzaba a llorar de nuevo con algo de vergüenza por hacerlo ante el médico.

—No se preocupe, yo mismo iré a verle y hablaré con él, aunque no quiera, ¿dónde se están hospedando? —dijo él con tono calmado mientras colocaba una mano sobre la de ella.

—En el hostel del centro.

—Bien... Iré a verla para contarle lo que ocurra, ¿de acuerdo?

—¿Cree que le escuchará? A mí ni siquiera me dejó hablar.

—A mí tendrá que oírme, señora Whittermore.

—Ojalá así sea, no imagino cómo ha podido dejarse envenenar sea quien sea la persona que lo haya dicho.

—Estoy seguro de que Eloise ha sido de lo más insistente —musitó Paul enarcando una ceja. Christina le miró sorprendida de que hubiera llegado a la misma conclusión que su madre.

—Yo también sospecho que ha sido ella —asintió ella en un susurro, mientras él apretaba su mano para darle consuelo.

—Le prometo que... —comenzó a decir Paul, sin embargo, se vio interrumpido por el ruido de unos aplausos solitarios.

Ambos alzaron la cabeza y se encontraron frente al duque de Harford que miraba la escena con cinismo absoluto, mientras continuaba aplaudiendo. Christina retiró su mano de la del hombre y ambos se levantaron del sillón.

—Siento interrumpir un momento tan íntimo, *querido amigo* —dijo él con voz grave, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo.

—Si fueras más observador te hubieras dado cuenta de que no se trataba de un encuentro íntimo, querido amigo —replicó Paul en el mismo tono.

—Nicholas... —susurró Christina dando un paso hasta él.

—Tu cállate —le ordenó salvajemente.

Paul puso su brazo delante de ella y la hizo retroceder colocándola tras él, Nicholas sonrió con procacidad ante aquel gesto de protección.

—¿*La proteges de mí?* Es bastante surrealista, ya que he hecho lo que he deseado con ella, ¿no le has hablado de nuestros encuentros, Christina? ¿No le has dicho cómo gritabas mi nombre de placer mientras te tomaba en un establo? —le espetó él dejando aquella falsa tranquilidad con la que había comenzado, acercándose más a donde se encontraban ellos.

Los ojos de Nicholas la miraban con tal desprecio, que la joven se encontró a sí misma retrocediendo para alejarse de él asustada, por primera vez desde que le había conocido.

—No deberías hablarle así, Nicholas, te arrepentirás de tus palabras —le dijo Paul colocando una mano sobre el brazo de su amigo para evitar que continuara acercándose a la joven.

—¿Tu harás que me arrepienta, Paul? —replicó él con frialdad.

El ambiente era tan tenso que parecía que nadie era capaz de respirar, ni de moverse. De pronto la mano de Nicholas impactó contra el rostro del Paul Kingsley y este le respondió al golpe con otro de intensidad similar. Ambos se agarraban como podían para evitar los golpes del otro. Cayeron sobre la mesa de cristal haciéndola pedazos a bajo su peso. Christina comenzó a gritar pidiendo ayuda histérica, mientras le suplicaba a Nicholas que parara.

Este parecía poseído por algún demonio maligno que le exigía continuar golpeando a su amigo. Cuando por fin Paul pudo quitárselo de encima, le empujó hasta que cayó sobre su escritorio diseminando todo lo que había sobre este por el suelo.

Entraron los cocheros y el mayordomo, como pudieron separaron a los dos hombres, aunque debieron de esforzarse el doble cada uno de los cocheros para evitar que Nicholas escapara y regresará a golpear a su amigo.

Christina los miraba a uno y a otro sin saber que decir o hacer, ambos tenían la cara hinchada e incluso sangraban. La joven se limitó a mirarlos asustada, sin poder moverse.

—¡Ya! ¡Soltadme, imbéciles! —les gritó Nicholas removiéndose entre los dos muchachos para que le dejaran apartarse.

Paul se levantó del suelo con dificultad y dijo en voz alta:

—Dejadlo.

Nicholas les apartó de sí, cuadró los hombros con energía, respirando entrecortadamente, sin dirigir una mirada hacia la esquina donde Christina era testigo mudo de aquello, señaló a su amigo

y con voz gruesa le dijo:

—Quiero una satisfacción. Cuando quieras y con el arma que quieras.
Christina soltó un grito ahogado al oír aquello.

Capítulo 37

No podía ser, aquello no podía ser. Se negaba en rotundo a que ellos se... *Hicieran daño* de nuevo. Ni siquiera había podido mirar a los ojos al doctor Kingsley mientras este se limpiaba el rostro con un paño de agua.

Su madre le había encargado un té para calmar sus nervios, ya que no había podido dejar de temblar desde que viera aquella monstruosidad. Aquello era demasiado para ella. Una cosa era que la echara de la casa, que la tachara de mujerzuela, pero otra muy distinta era que pretendiera herir a una persona inocente.

—Por favor, señora, haga lo que sea, no podría soportar que el doctor Kingsley resultara herido —le suplicó Bianca después de escuchar lo acontecido aquella tarde.

—Mañana iré a hablar con él de nuevo y conseguiré que me escuche —declaró la joven con tenacidad.

—¿Qué puedes decirle tú, criatura? Se ha puesto a golpear como un salvaje a su mejor amigo —susurró Laura pasando su brazo por los hombros de su hija.

—No lo sé, pero no puedo quedarme aquí sentada sin hacer nada, tiene que haber alguna forma de conseguir que recapacite, que comprenda la verdad.

—¿Y si voy con usted, señora? —opinó Bianca con tono desesperado—. Él podría escucharme, le diré que me visitaba a mí, que las flores eran mías, le mostraré el anillo de la señora Kingsley.

Christina miró la mano de la joven donde se encontraba el anillo de compromiso que Paul le había entregado. Era una reliquia familiar que había pasado de madres a hijos cuando estos decidían pedir la mano de la mujer con la que pretendían casarse.

—Podría funcionar... —asintió Christina sintiendo cierto ánimo por primera vez desde que comenzó todo aquello.

—¿Y si no os recibe? —preguntó Laura con tono pesimista.

—Iremos una y otra y otra más... Hasta que consigamos verle —declaró Christina firmemente.



❀ 1 de mayo de 1886 ❀

Y sin embargo, Laura había tenido razón en su predicción. Nicholas no había deseado verlas, ni siquiera habían vuelto a abrirle ante su insistencia. Simplemente las dejaban allí en la calle, hasta que decidían marcharse por aburrimiento.

Pasaban varias horas esperando cerca, por si tenían la suerte de que él entrara o saliera de la casa, pero no había habido esa dicha. O se había marchado a otro lugar o simplemente había decidido no salir de la casa.

La joven comenzaba a fastidiarse de aquella actitud tan cobarde. ¿Por qué no era capaz de recibirla? ¿Acaso no era lo suficientemente hombre como para querer escucharla?

Christina caminó con decisión de nuevo hasta la puerta, estaba decidida a gritar y golpear aquel trozo de madera, solo los guardias podrían apartarla de allí, a ver si él dormía tranquilo

sabiendo que ella se encontraba en un calabozo por su culpa.

—Señora, ¿y si llaman a un guardia? —dijo Bianca caminando detrás de ella.

—Qué lo llamen, ya no me importa —replicó la joven con enfado.

Sin embargo, se detuvo de pronto al ver aparecer por la esquina a Nicholas con una mujer pelirroja del brazo. Ambos parecían muy cercanos, como si tuvieran entre ellos una relación íntima. Christina había visto a la mujer anteriormente, estaba segura de que era la baronesa de Fay.

Christina los vio caminar cerca del otro mientras hablaban con cercanía, sintió su corazón romperse ante aquella imagen. No había pensado, ni por un momento, que él hubiera podido encontrar un remplazo para ella. Aquella era una prueba más de que aquel amor que él había proclamado no había existido. Había jugado con ella, con sus sentimientos, incluso con su vida. No debió haber tirado por la borda de aquella forma su reputación, su nombre. No había merecido la pena, él la había olvidado demasiado pronto. ¿Dónde estaba Nicholas? *Ese Nicholas* del que ella se había enamorado, aquel canalla no era, aquella persona no la conocía. ¿A qué venía entonces que pretendiera hacer daño a Paul? ¿Qué le importaba? Estaba siendo cruel con ella, ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse, no había tenido derecho a hablar en su defensa. El gran duque de Harford obraba como quería, eso siempre lo había sabido, solo que, en aquella ocasión, ella misma era su objetivo. El enemigo por batir.

Apartó la vista sin dejar escapar las lágrimas mientras aquellas personas entraban en la casa.

—Señora... —la llamó Bianca agarrando su mano.

—No importa, era de suponer que iba a ocurrir tarde o temprano —contestó la joven con más serenidad de la que sentía realmente—. Vámonos, no se nos ha perdido nada aquí.

—Pero el doctor Kingsley...

—Encontraremos la manera de ayudarle, Bianca. No voy a permitir que nadie se haga daño en mi nombre —replicó la joven con dureza.



Christina mantenía la cabeza apoyada sobre el regazo de su madre. De niña siempre había encontrado ahí su refugio y su protección cuando quería protegerse de alguna travesura, aunque no habían sido muchas, Boniface Whittermore siempre tenía una palabra dura que dedicarle. Y Laura siempre había conseguido consolarla. Había habido dos ocasiones en las que las palabras de su madre no habían funcionado. Tras su aborto y el fallecimiento de Emily, aquello era lo más duro que había tenido que soportar en su vida y con pesar había intentado reponerse de aquellas heridas y continuar caminando. Pero aquel era un dolor diferente y no era más duro. Por eso mismo estaba decidida a no dejarse caer por aquello.

Nicholas se había alejado totalmente de ella, sus últimas palabras y sus actos hablaban por sí solos. Él había decidido continuar su camino apartándose de ella, pese haber dicho lo contrario, parecía surrealista pensar en eso. Hacía apenas unos días estaba convencida de todo lo contrario. No podía negar que dolía. Lo hacía, realmente lo hacía, pero no iba a dejarse arrastrar por esa pena. Al fin y al cabo, no era mayor que la que había sentido a perder a sus hijos.

Pero sí había algo que quería zanjar, no iba a permitir que le hiciera daño a Paul Kingsley en su nombre. Estaba confundido y lo sabría algún día, estaba convencida de que él descubriría el error que estaba cometiendo y deseaba que se arrepintiera de todo aquello. De sus palabras hirientes y de su trato hacia su persona.

—Ella es hermosa, es alta y distinguida. La vi una vez en una fiesta, también iba de su brazo... Supongo que siempre acude a ella cuando se encuentra solo —musitó la joven sentándose junto a

su madre.

—Espero que Dios inculque algo de razón en esa cabeza, él regresará de nuevo a ti, implorando tu perdón, Christina —dijo Laura con un suspiro.

—No creo que lo haga mamá, pero si ocurriera... No importaría porque todo el daño ya está hecho. Me siento triste, pero también me siento muy decepcionada... Yo confíe siempre en él y sin embargo... —Christina suspiró intentando controlar los sollozos, pues se había prometido no llorar más—. Yo sola me involucré en esta situación y era obvio que podía ocurrir algo así, era consciente de ello y mi deber es aceptarlo. Pero no voy a consentir que por mi culpa Bianca y el doctor Kingsley no puedan ser felices.

—No pienses en eso, ya hace varios días que ocurrió aquello, el doctor Kingsley no nos ha dicho nada más, quizá han podido hablar y lo han anulado.

—Ojalá tengas razón, mamá, de verdad lo deseo y sin embargo... Tengo un mal presentimiento.



*** 2 de mayo de 1886 ***

—¡Señora! —gritó Bianca al día siguiente entrando aceleradamente por la puerta.

La muchacha había salido a comprar algunos enseres que les hacía falta. Christina había mirado mal a su madre ya que no tenían dinero para malgastar en cosas innecesarias, pero ella había insistido en que todo era necesario. Solo tenían la renta anual que Boniface había dejado a su madre, ya que ella se negaba a tocar una sola libra del dinero de Nicholas, este se había quedado en la casa donde él mismo lo había dejado.

Sabía que él se había comprometido a mantenerla, al igual que aquel contrato también le daba derecho a quedarse en las casas que él le había cedido, pero no iba a hacerlo por una mera cuestión de principios. Él le dio todo aquello porque quiso y lo vio conveniente en aquel momento, pero las cosas eran diferentes.

—¿¡Qué ocurre, muchacha!?! —la regañó Laura llevándose una mano al corazón por el susto.

No era muy normal ver a Bianca tan alterada, tampoco era muy dada a aquellas salidas de tono. Christina se preocupó al verla tan pálida y sofocada, parecía que había ocurrido algo grave.

—¿Estás herida? —le preguntó Christina obligándola a sentarse en uno de los sillones de la habitación.

Bianca tuvo que tomar aire varias veces para conseguir comenzar su intervención, ya que apenas podía respirar y hablar a la vez.

—No, yo... El doctor Kingsley y su excelencia...

—¿¡Qué!?! Bianca, por favor, intenta calmarte —le pidió Christina con nerviosismo.

Bianca volvió a tomar aire lentamente y sus ojos se llenaron de lágrimas, mientras agarraba la mano de Christina.

—Ellos se batirán, señora. Será a muerte —susurró la joven rompiendo en lágrimas.

Laura abrazó a la muchacha intentando consolarla sin mucho éxito mientras miraba a su hija con tristeza.

Christina tuvo que sujetarse a la mesa y sentarse poco después. Si todo aquello parecía absurdo, eso solo lo convertía en algo mucho peor. Ni siquiera podía pensar con claridad, ya que para ella era imposible que... Nicholas podía morir.

¿Acaso había perdido el juicio? No entendía nada, ¿cómo podían cambiar tanto las cosas? ¿Y el doctor Kingsley? Él debía evitar que algo así ocurriera, no podía prestarse a semejante acto. Se habían peleado, incluso se habían herido, pero ¿matarse?

—No les deje, señora. Haga lo que sea, pero no permita que lo mate, por favor —le suplicó

Bianca sin dejar de llorar.

No podía permitir aquel despropósito.



Bianca no había parado de llorar desde que había contado lo que había escuchado. Christina no podría continuar mirándola a la cara si no hacía todo lo que estuviese en sus manos para evitar que ellos se enfrentaran. Era obvio que Nicholas era incapaz de actuar con algún tipo de lógica, estaba segura de que era él el que quería un combate a muerte. No imaginaba al apacible Paul Kingsley, médico de profesión, queriendo matar a su amigo. Por eso mismo el indicado para detenerlo era el doctor Kingsley, debía conseguir que se retirara o lo que fuera que se hiciera en esos asuntos.

Christina caminó rápidamente hasta la casa del doctor Kingsley sin dejar de pensar en la posibilidad de que algo fatal pudiera ocurrirle a Nicholas. Era paradójico que con todo lo mal que se había portado en aquellos días con ella, lo que menos quisiera era que le hirieran. No imaginaba lo que sería para ella que fuera él el perdedor, ni siquiera quería pensarlo, pero una parte de sí misma parecía no querer dejar de imaginar ese posible escenario.

Dio unos golpes a la puerta y esperó pacientemente a que le abrieran. La gente que caminaba por la calle la miraba fijamente, estaba segura de que ya toda la ciudad conocería la noticia del duelo, al igual que sabrían que su nombre estaba involucrado, pero no le importó. Había cosas más importantes que hacer que pararse a pensar en lo que pudiera decir la gente de ella.

La criada la guió hasta el salón y la hizo esperar, ya que el doctor Kingsley se encontraba atendiendo unos asuntos en su despacho. Unos instantes después escuchó la puerta abrirse y unas voces masculinas caminar por el pasillo. Entre la puerta abierta pudo ver a Paul con un hombre que portaba una caja alargada. El presentimiento de la joven se afianzó aún más en su interior.

Ambos debieron notar su presencia, ya que la miraron durante unos segundos hasta que el otro hombre la saludó con un asentimiento y se marchó.

—¿Ya lo sabe? —Christina asintió, ya que no hizo falta que dijera nada más—. Debo suponer que también lo sabe la señorita Porter.

—Bianca ha sido la me lo ha dicho... Doctor Kingsley no puede continuar con esta locura, ¿imagina lo que puede pasar si...? —musitó la joven sintiendo un escalofrío.

—Hubiera preferido ser yo mismo el que se lo contara, iba a ir a visitarlas mañana para despedirme. Antes de... *todo* —la interrumpió con calma, como si estuvieran tratando un tema poco importante.

—¿*Mañana*? —susurró la joven sintiendo la garganta seca—. No puede ser, usted debe detener este despropósito, no quiero que nadie salga herido por mi culpa. Si les ocurre algo a alguno de los dos, yo... no podría perdonármelo.

—No es culpa suya, Christina. Pero no puede pedirme que me retire, por mi honor, incluso por el suyo no puede pedírmelo.

—No es cuestión de *honor*, señor Kingsley, ¿no entiendo por qué los hombres le dan tanta importancia a una palabra tan absurda! ¿Acaso es preferible morir por *honor*?

—Sería mucho más indigno vivir como un cobarde. Comprendo que no lo entienda, pero si me retiro, sería aceptar nuestra culpabilidad. Si debo morir, que así sea y si Dios ha decidido que sea a manos de mi amigo, lo aceptaré. Pero no consentiré que se dude de mí, al igual que no pienso aceptar que se hable mal de usted.

Christina se levantó del sillón con fastidio, los hombres parecían absurdos, tomaban decisiones tontas y luego debían ser ellas las que pagaran las consecuencias. No podía negar que

las palabras de Paul le parecían admirables. Enfrentarse a un amigo, por muy equivocado que este estuviera debía ser muy duro para él, pero ambos parecían haber dejado a un lado aquella amistad. Ninguno parecía recordarla, ahora solo había *honor y verdad*. El más rápido sería el vencedor, ¿qué justicia podía haber en eso?

—¿Acaso no le importa Bianca? Ella se sentirá destrozada si le ocurre algo. Deje de pensar en honor y hágalo por ella.

La joven se sentía desesperada, Paul parecía haberse contagiado de aquel sin sentido. Él era el único en el que podía confiar para que detuviera aquello y si él no lo hacía... Nada podría pararlo y al día siguiente uno de los dos... Negó con la cabeza, cubriéndose la cara con pesar. Paul le apartó las manos y la obligó a mirarle, mientras agarraba sus manos con fuerza entre las suyas.

—No podría mirar a Bianca a los ojos si le diera la espalda como un cobarde, Christina. Y si finalmente ocurre algo irremediable, continuará cuidando de ella como hasta ahora, ¿lo promete?

—Yo siempre cuidaré de ella, no es necesario que me lo pida, pero quiero que entre en razón y que hablen, nada de esto es necesario si...

—El momento de *hablar* ha pasado. Él vino a mi casa a ofenderme y a acusarme de algo que no he hecho, mi deber es responder a esa ofensa, por mucho que me pese. Mañana no habrá un amigo frente a mí, simplemente un hombre con un arma en la mano que buscará matarme antes que yo haga lo mismo con él.

Y lamentablemente aquel hombre era Nicholas.

Capítulo 38

❖ 3 de mayo de 1886 ❖

Christina se encontraba sentada mirando por la ventana como el sol comenzaba a brillar dando la bienvenida a un nuevo día. Ella no había podido dormir en toda la noche, en realidad ninguna de las tres había podido. Las palabras de Paul Kingsley habían resonado en su cabeza, sin poder remediarlo. Uno de los dos no vería el amanecer del día siguiente y su corazón sufría y temía que fuera Nicholas. Sabía que era absurdo sentir preocupación por él, quizá era la más tonta de las mujeres, pero aún le amaba. Ella le quería y no deseaba que le ocurriera ningún mal. Podría afrontar mucho mejor todo lo que pudiera pasar a partir de ese día si supiera que él continuaba con vida, aunque estuviera lejos de ella.

Podía asumir que se encontrara con otras mujeres o no verle nunca más, pero no pensar que muriera. Quería resistirse ante esa idea y se encontraba ante una igual de mala que era la de la muerte del inocente Paul Kingsley. Si realmente había alguien que no merecía morir era él. Aquella situación era tan espantosa, tan dolorosa. Sentía que ocurriera lo que ocurriera perdería. Deseaba fervientemente que ocurriera algo que detuviera aquel combate, lo que fuera.

Bianca no había parado de rezar en todo momento, sabía que su situación era mucho más sencilla, mientras ella anhelaba que nada le ocurriera a ninguno, era consciente de que Bianca deseaba que Paul fuera el vencedor y aunque Christina sabía que era lo moralmente justo, no podía evitar retorcerse ante esa idea.

Unos golpes la sacaron de sus pensamientos y las tres alzaron la cabeza con temor. Laura caminó hasta la puerta y la abrió con cuidado. Todas respiraron con tranquilidad cuando vieron al doctor Kingsley vestido de traje negro y un abrigo largo.

Bianca se levantó con rapidez y se lanzó a sus brazos olvidando el decoro que tan propio era de ella, al igual que Paul Kingsley que la apretó contra su pecho. Laura y Christina se miraron entre ellas sintiéndose unas intrusas en aquel momento tan íntimo de la pareja.

Christina sabía por qué estaba allí, el doctor Kingsley había ido a despedirse de Bianca.

—Si Dios es justo no puede morir él —dijo su madre situándose junto a ella, dándole intimidad a la pareja.

—¿Preferirías que Nicholas muriera? —le susurró su hija con voz ahogada.

—Se lo ha buscado él solo, Christina. Se ha portado como un auténtico patán contigo. No puedes ser tan inocente como para creer que llegada la hora no ocurrirá nada.

—Es mis plegarias rezo por que ocurra precisamente eso, mamá. Porque creo que eso es lo verdaderamente justo.

—Yo sé que le quieres y que temes que pueda morir, lo respeto, cielo, créeme, lo entiendo, pero él no tiene razón y no puede acabar con una vida simplemente por rabia y enfado.

—Lo sé —asintió la joven retirándose las lágrimas de los ojos.

Laura pasó su brazo por los hombros de su hija a modo de consuelo.

Paul y Bianca se separaron tímidamente, aunque Christina pudo ver que él era reticente a

separarse de ella. Estaba segura de que Nicholas no iría a despedirse de ella y ella no sabría qué hacer si se decidía a hacerlo, pero mentiría si no aceptara que sintió cierta envidia al ver al doctor Kingsley besar la frente de Bianca con ternura, mientras esta se deshacía en lágrimas saliendo del salón, Laura fue tras ella.

—Señora Whittermore, no olvide su promesa, por favor —le pidió el doctor Kingsley con voz grave.

—Cuidaré de ella, lo prometo —asintió la joven con emoción—. Deseo que no sea necesario cumplir mi palabra y que usted mismo regrese a su lado.

Paul Kingsley asintió con seriedad y se marchó. Christina estaba segura de que él era consciente de lo difícil que había sido para ella decirle eso.



Christina, su madre y Bianca se habían mantenido en silencio desde que la puerta se cerrara tras el doctor Kingsley. La joven desconocía cuánto tiempo debía transcurrir para conocer el resultado del duelo, apenas había pasado una hora y se sentía de los nervios. Había dejado de rezar y había comenzado a caminar de un lado a otro de la habitación con los brazos cruzados. Sentía un nudo en el estómago y la habitación comenzaba a parecer cada vez más pequeña.

—Si continuas caminando de un lado a otro solo nos pondrás más nerviosas —la regañó su madre con amabilidad, mientras dejaba su Biblia a un lado.

—No puedo evitarlo, mamá, no puedo continuar aquí encerrada sin hacer nada, necesito saber qué ocurre —replicó Christina con gravedad.

—¿Y qué piensas hacer? Ni siquiera sabemos dónde es, así que siéntate y continúa rezando —le dijo su madre con algo de enfado.

—St. James's Park —susurró Bianca, hablando por primera vez desde que el médico se había ido.

—¿Qué? —le preguntó Christina mirándola inquisitivamente.

—Es en St. James's Park —repitió la joven.

Christina no dijo nada más y se giró para coger su sombrero y su bolso, sabiendo donde era no podría permanecer allí por más tiempo. Aquella era la única esperanza, solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

—No puedes ir allí, la gente sabrá que es por ti, Christina —le dijo su madre agarrándola del brazo impidiendo que fuera.

—No importa, los chismes desaparecen con el tiempo, si alguien muere hoy, sin que pueda evitarlo, no podré vivir con la culpa, mamá.

—Lo entiendo, pero Christina, por favor...

—Yo iré con usted —intervino Bianca cogiendo sus cosas también con determinación.

—Vayas dos muchachas locas —refunfuñó su madre —. En ese caso yo también iré con vosotras.

Christina asintió y las urgió a darse prisa, debían llegar cuanto antes. Al menos deseaba tener la oportunidad de detener aquello, era lo único que le quedaba. Y si para hacerlo tenía que ponerse entre ellos, lo haría.



Le latía el corazón frenéticamente mientras caminaban por las calles casi desiertas de Londres hasta St. James's Park. Era un lugar que se encontraba alejado de donde ellas se estaban hospedando, además era un parque grande y encontrarles allí podría ser complicado. Lamentaba no haber tenido esa información antes, pero al menos lo había descubierto.

Sabía que era irracional, pero mientras caminaba, la imagen de Nicholas herido no salía de su mente. ¿Y si él agonizaba en esos instantes? Su mente se negaba en rotundo a que pudiera morir, aunque tampoco quería pensar en la otra opción.

¿Por qué no la había escuchado? ¿Cómo de convincente había sido ese relato para que él dudara de ella? Incluso de su amigo hasta el punto de atentar contra su vida. Y Paul al menos era racional, actuaba para defenderse. Nicholas actuaba movido por la rabia y el resentimiento. Su orgullo herido.

¿Realmente aquel era el verdadero duque de Harford? ¿Dónde había quedado aquel hombre que había declarado su amor por ella? Ese que la había defendido de Charles, que incluso había pretendido casarse con ella en un momento que ahora parecía incluso lejano.

Las calles aún se encontraban vacías, parecían ajenas a lo que ocurría o lo que podría ocurrir. Nadie era consciente de que dos hombres se encontraban peleando el uno con el otro, ni siquiera sabrían nunca lo que ella sentía. En algún momento, ella fue igual a esas personas. Desconocía lo que ocurría a su alrededor y dormía ignorante del pesar de otras personas.

Las tres llegaron al parque y se sintieron algo desesperadas al no encontrarles a simple vista. No había nadie caminando por el parque, salvo algunas prostitutas que caminaban agarradas del brazo. Sin embargo, Christina se adentró en el parque siguiendo el curso del lago, hasta que comenzó a escuchar el choque del acero.

La joven caminó más rápido al oír aquel sonido hasta que sin darse cuenta se encontró corriendo con su madre y Bianca a la zaga. Christina las dejó atrás, ya que caminaba más ágil entre las plantas.

Les encontró en un lugar llano entre varios árboles. Había dos hombres, que observaban atentamente la pelea sin decir una palabra.

Christina centró su mirada en los dos hombres que luchaban entre sí. Ambos iban vestidos con una camisa y los pantalones negros, sus chaquetas se encontraban tiradas por el suelo. No podría saber quién iba ganando ya que los dos parecían muy heridos. Nicholas se agarraba el costado, donde su camisa se encontraba manchada de sangre y Paul tenía cortes en las mangas de la suya.

Paul la vio primero y ese descuido le valió un golpe en la cara por parte de Nicholas que hizo al médico tambalearse. Entonces el duque la vio también y torció el gesto, comenzando a atacar de forma más agresiva, casi sin dejar opción a su amigo para detener los golpes.

Bianca apareció unos momentos después, seguida de Laura y profirió un grito ahogado que provocó que Paul la mirara y perdiera el equilibrio haciéndole caer al suelo a los pies de Nicholas. Bianca se dejó caer llorando, mientras el duque pisaba la mano de Paul que sujetaba el estilete, obligándole a soltarlo.

—Levántate —le ordenó Nicholas con frialdad apuntándole con los dos estiletos—. Vamos.

Nicholas le cogió del pecho de la camisa y lo obligó a alzarse, aunque quedó de rodillas frente a él. Bianca comenzó a llorar más fuertemente,

—Por favor, Nicholas, detén todo esto —le suplico Christina dando un paso hasta ellos—. Has ganado, él no podrá defenderse...

—Pero podrá meterse de nuevo contigo en la cama —sentenció cruelmente mientras hundía una de las armas en el pecho de su amigo.

Bianca gritó y Christina se cubrió la boca con espanto, mientras Nicholas sacaba el estilete del pecho y dejaba caer ambos a su lado, al mismo tiempo que Paul se dejaba caer en el suelo, como un ser inerte.

Bianca se levantó corriendo hasta llegar al lado de Paul, uno de los hombres también fue junto

a él con un maletín en la mano, Christina supuso que se trataría de un médico, aunque estaba segura de que no podría hacerse nada por Paul Kingsley.

Christina no podía apartar la mirada de aquel espanto, de aquel horror. Bianca lloraba con pena abrazándose a su amado, sin embargo, los brazos de este no respondían a su abrazo.

Nicholas agarró su chaqueta con frialdad y caminó pasó junto a ella como si no acabara de ocurrir nada.

—No imaginaba cómo de cruel podías llegar a ser —susurró la joven sin mirarle, no podría mirarle a la cara—. Eres un monstruo.

—Tú me has convertido en esto —replicó él con rabia—. Deberías estar orgullosa de tu obra.

—Algún día te sentirás horrorizado por todo esto, solo espero que vivas lo suficiente como para arrepentirte de esta atrocidad —musitó la joven quitándose el anillo que él mismo le había entregado—. Y vivir yo misma para verlo.

La joven lo tiró junto a él y sin volver a dirigirle una mirada, se acercó hasta donde yacía el cuerpo sin vida del honorable Paul Kingsley.

Christina sintió las lágrimas correr por sus mejillas. Paul le había dicho que no era culpa suya, quizá tenía razón, sin embargo, no podía dejar de sentirse culpable.

Con dificultad, Laura consiguió apartar a Bianca del cuerpo de Paul para que el médico hiciera su trabajo. Debía conseguir un carro que trasladara el cuerpo del doctor Kingsley. Bianca tenía el vestido cubierto de sangre y a Christina no le importó cuando se acercó a abrazarla.

—Lo siento mucho —musitó al joven junto a su oído.

—No es culpa suya, señora. Su excelencia es un monstruo cruel y malvado, es el único culpable de todo esto, pero estoy segura de que Dios le hará pagar caro su pecado —sentenció duramente Bianca con rabia.

Christina no intervino más, ya que, aunque sabía que él merecía el odio de Bianca, incluso ella misma no podía verle igual, se sentía mal por haberle querido, aunque sabía que continuaba haciéndolo.

Sin embargo, no podría mirarle a los ojos sin recordar aquel fatídico día por mucho tiempo que transcurriera.

Capítulo 39

❀ 5 de mayo de 1886 ❀

Aunque no era su viuda y no podría serlo, Bianca comenzó a vestir de negro tras la muerte de Paul Kingsley. El doctor Kingsley había sido sepultado en el panteón familiar, donde residían los restos de sus familiares. Christina no sabía que toda su familia había fallecido hacía varios años. No tenía hermanos, ni padres. El doctor Kingsley había crecido con mucho dinero, pero solo. Junto a un tío segundo que también había muerto.

Había tenido una vida corta, pero se había granjeado buenos amigos que lamentaban su partida profundamente. La joven se había sentido incómoda al asistir a su funeral, de forma indirecta, ella era la culpable de su muerte, pero tampoco podía dejar sola a Bianca en un momento tan doloroso para ella como ese.

Pese a lo que podía parecer una vida dura y solitaria, Paul Kingsley no había sido un hombre malvado y no merecía haber muerto de aquella forma tan indigna y mucho menos a manos del que había considerado siempre su mejor amigo, un hermano.

El duque de Harford al menos no tuvo la desfachatez de asistir a los cultos, estaba segura de que no lo haría. Él estaría tan satisfecho de haber hecho lo que llamaba justicia que no tendría tiempo de pensar seriamente en aquel hecho atroz que había llevado a cabo.

Bianca se despidió dejando una margarita sobre el ataúd del médico y los sepultureros cerraron con llave la cripta.

—Me consuela saber que está junto a su madre —susurró Bianca mientras caminaban por el cementerio.

—Por supuesto que sí, querida y desde donde esté te cuidará —le dijo su madre con la voz afectada.

La muchacha parecía más serena ese día. Después de la rabia inicial, se había sumido en una especie de estado de sopor, en el que poco le importaba lo que ocurría a su alrededor. Parecía ajena a todo y sin embargo estaba tranquila.

Antes de morir, Paul le había susurrado algo al oído, sin embargo, ni ella, ni su madre intentaron saber qué había sido, aquellas palabras parecían haberla consolado, ella había encontrado consuelo en ellas, eran suyas, lo único que le quedaba de su amado y nunca las compartiría con nadie más.

❀ ❀ ❀

Bianca había conseguido quedarse dormida después de dos días sin querer tumbarse en una cama. Mientras, Christina intentaba no pensar en Nicholas, aunque era difícil, su amor por él continuaba latente en su interior, aunque sabía que él no lo merecía, esperaba con el tiempo poder pensar en él con frialdad y deseaba no gastar tiempo en recrearse en ese sentimiento que solo podía traerle sufrimiento.

Quería sustituirlo por otro mucho más serio. Se estaban quedando sin dinero, no podrían continuar pagando el hostel y no tenían dónde ir.

—No podremos continuar aquí mucho más tiempo —suspiró la joven a su madre mientras tomaban un poco de té alejadas de la otra joven—. Me parece una frivolidad preocuparme por eso ahora, pero...

—Tienes razón. Este lugar es muy caro, debemos encontrar una pensión más barata... Dios mío —se lamentó su madre comenzando a llorar—. Perdóname, Christie, por favor.

—¿Por qué? Nada de esto es culpa tuya...

—Yo te empujé a sus brazos, si no lo hubiera hecho nada de esto habría ocurrido, continuaríamos con Charles Cornell y tendríamos un techo sobre nuestras cabezas —susurró la mujer con pesar.

—Nadie me empujó a nada, mamá, cometí un pecado horrible contra mi matrimonio y ahora estoy pagando por él... Debí hacer caso a Charles, pero no podemos recrearnos en eso ahora. No podemos deprimirnos, Bianca nos necesita fuertes y nosotras debemos serlo para enfrentar lo que viene.

—¿Y qué viene? —preguntó su madre con ansiedad.

—No lo sé, quizá ese es el problema... Por ahora deberemos dejar este lugar, es demasiado caro y apenas podremos sobrevivir si debemos continuar pagándolo —musitó Christina agarrando las manos de su madre.

—¿Dónde iremos?

—Buscaremos una pensión más barata y quizá tengamos que coser ajeno o algo así.

—Ay, Christie... —se lamentó su madre cubriéndose el rostro con ambas manos.



*** 5 de mayo de 1886 ***

Prepararon el equipaje, aunque Christina les pidió que seleccionaran algunas cosas menos necesarias que pudieran vender y poder desprenderse de ellas. Su madre no pensó mucho si debía deshacerse de su alianza, simplemente lo hizo, aunque la joven intuyó que, con más placer del necesario, sin embargo, no dijo nada.

No podía permitirse ningún hostel decente, por lo que solo les quedaba los cercanos al puerto, donde los ladrones y marineros tenían sus hospedajes. Las calles olían francamente mal. Pero, aunque su situación era lo suficientemente mala, tampoco quería ir a cualquier lugar.

Aquella pequeña parroquia apareció como por obra de Dios, las campanas replicaban dando comienzo a la misa y las tres decidieron entrar, ya que de ese modo sus pies podrían descansar de todo el día caminando de un lado a otro. Todos los feligreses las miraban con impresión. Vestían ropa elegante y cargaban sus maletas de un lado a otro, no era muy difícil suponer que habían caído en desgracia.

Nunca le había parecido una misa tan corta como aquella. Christina se había centrado en suplicarle a Dios que las ayudara y protegiera en aquel difícil camino que se abría ante ellas, además le pedía que la perdonara por la muerte de Paul Kingsley, aunque no tuviera la culpa, sabía que cargaría con ella como si hubiera sido ella misma la que le hubiera clavado aquel estilete en el pecho.

Las tres mujeres se quedaron sentadas en el mismo lugar mientras la Iglesia se iba vaciando. El párroco las miró enarcando una ceja y se fijó en sus maletas.

—¿Puedo ayudarlas en algo? —le preguntó el pequeño hombre suavemente.

—No, ya nos marchamos —contestó Christina levantándose del banco.

—Si necesitan cualquier cosa... —musitó de nuevo el hombre mientras ellas cogían sus maletas—. En la casa de Dios todo el mundo es bien recibido, y parecen necesitar ese consuelo.

—Gracias —asintió la joven con la voz quebrada.

—Recuerden que Dios aprieta, pero no ahoga.

La joven asintió y siguió a Bianca y a su madre hasta la calle. Había comenzado a anochecer mientras habían estado en el interior de la Iglesia. Christina comenzó a preocuparse seriamente, ya que aquellas calles, ya peligrosas de día, podrían ser un infierno de noche.

—¡Oiga, suelte eso! —gritó Bianca intentando que un muchacho no le arrancase la maleta de las manos.

Antes de poder ayudarla, otros dos jóvenes las atacaron a su madre y a ella con idénticas intenciones. Christina pagó su frustración con aquel joven y comenzó a pegarle en el brazo.

De pronto él soltó una mano y la golpeó en la cara haciéndola caer. Escuchó un disparo y los muchachos comenzaron a correr calle abajo dejándolas en paz. Sin embargo, Christina agotada, se dejó llevar por la oscuridad.



Christina se sintió repentinamente cómoda. Durante unos segundos creyó encontrarse de nuevo Brighton e imaginó que si alargaba la mano encontraría a Nicholas a su lado y nada de lo que había ocurrido durante aquellos días había sucedido en realidad.

Todo aquello se desvaneció cuando abrió los ojos. No reconoció la habitación, Christina se sentó rápidamente sobre la cama, demasiado quizá, ya que la cabeza comenzó a darle vueltas.

Una mano apareció ante sus ojos con un vaso de agua, Christina lo aceptó, giró la vista hasta la persona que había junto a la cama, que sorprendentemente no era su madre. Junto a ella se encontraba una mujer vestida con un atrevido vestido color azul claro, sin embargo, lo que más llamó su atención no fue el vestido, sino su aspecto. Sus ojos eran de un extraño color morado y su pelo de un impresionante tono blanco.

—Parece que ya se encuentra mejor —dijo ella con una alegre voz aguda y una sonrisa.

—¿Dónde estoy? ¿Mi madre...? —comenzó ella mirando a su alrededor, impresionada por el estrafalario color oscuro de los muebles y lo chillón de las sábanas y cortinas que cubrían la cama.

—Se encuentra en mi casa, su madre y la otra joven están descansando, les he ofrecido hospedaje —dijo ella sin dejar de sonreír.

—¿Es una pensión?

—Mmm... Algo así, antes de todo debería descansar, se ha dado un fuerte golpe en la cabeza, le pediré a una de mis chicas que le suba un poco de caldo, no quería que estuviera sola cuando se despertara.

—No sé si podremos pagar el hospedaje...

—No es necesario que lo haga, tengo camas suficientes, no tengo ningún problema en cederles una durante unos días.

Christina sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. No podía creer que una persona desconocida pudiera hacer algo así por ellas, ayudarlas de esa forma.

—No sé cómo podría agradecerérselo... ¿Cuál es su nombre?

—Alice Fleming. ¿Y el suyo?

—Christina Whittermore.

—Encantada, Christina, ahora descanse, hablaremos en otro momento, enviaré a una muchacha para que llene la bañera, estoy segura de que estará encantada de tomar un baño caliente —la mujer salió de la habitación con suavidad.

Christina no pudo evitar continuar llorando. Las palabras del párroco regresaban a su mente,

realmente Dios no ahogaba.



Christina se había permitido aquel baño caliente y sus músculos se habían relajado instantáneamente cuando su piel había entrado en contacto con el agua caliente. No deseaba pensar en problemas, simplemente quería permanecer allí sin pensar en nada más, aunque fuera difícil.

Se preguntó qué estaría haciendo Nicholas en esos instantes y se removió incómoda consigo misma. Salió del baño y se vistió de nuevo con un vestido limpio, de los pocos que le quedaban. Cuando se disponía a salir de la habitación para buscar a su madre y a Bianca, la propia Laura entró en la habitación con paso ágil.

—¡Menos mal que estás despierta! —exclamó nada más verla—. ¿Te sientes bien, querida?

Su madre acarició el pequeño golpe que tenía en la frente, mientras Christina asentía.

—¿Crees que te sientes lo suficientemente bien como para irnos? —insistió su madre.

—La señora Fleming nos ha ofrecido quedarnos esta noche...

—Pero no podemos quedarnos, Christina, no en este lugar —negó su madre con espanto.

—¿Qué tiene de malo? Es un hostel, algo extravagante, pero...

—No es un hostel... Este lugar es una casa de caballeros.

Christina abrió expresivamente los ojos mientras comenzaba a comprender el porqué de la vestimenta y la decoración llamativa.

Alice Fleming debía ser la dueña y las chicas eran... Sacudió la cabeza.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que sí, me he dado cuenta desde el principio con solo ver a esa mujer.

—Independientemente, la señora Fleming ha sido muy amable al ayudarnos.

—A saber qué quiere a cambio.

Su madre parecía muy convencida de que tras aquella ayuda había algo maquiavélico, quizá ella era demasiado estúpida, pero no había sentido nada parecido cuando había hablado con esa mujer. Ellas las había ayudado y les había dado cobijo durante esa noche difícil.

—Hablaré con ella.

—¿Para qué? Igual pretende añadirnos a su catálogo de *mujerzuelas*.

Christina suspiró con agobio, no iba a juzgar a aquellas mujeres, ¿quién era ella? ¿Acaso era mejor que esas mujeres? ¿No había hecho ella lo mismo? ¿La hacía diferente por haberse entregado solo a un hombre?

—Le agradeceré su ayuda —replicó la joven con insistencia.

Christina salió de la habitación y se cruzó con algunas chicas y algunos hombres, no podía negar que su madre tenía razón. Sin embargo, la joven no prestó atención a lo que veía, hizo caso omiso a la vergüenza. Bajó las escaleras hasta un gran salón donde algunas muchachas estaban sentadas o se besaban con los hombres, Christina sintió sus mejillas teñirse de rojo por el rubor, pero miró por toda la sala, hasta que por fin consiguió encontrar el lugar donde estaba Alice Fleming, sentada en un lugar apartado desde donde podía ver todo el lugar, con un rifle apoyado en la pared que había junto a ella. La joven cogió aire y atravesó el lugar, hasta que llegó junto a su anfitriona y tomó asiento junto a ella.

Capítulo 40

Christina podría haberse sentido ofendida, incluso avergonzada por encontrarse en un lugar como aquel. ¿Quién le hubiera dicho que se encontraría sentada junto a una mujer así? Si miraba hacia la sala podría ver a aquellos hombres *jugar* con esas jóvenes y si se las observaba fijamente, podría adivinarse que a varias de ellas no les agradaban esos *juegos* y que, por distintos motivos, habían acabado allí, como ella misma.

—Se da cuenta de lo *especial* que es esta pensión, ¿verdad? —musitó Alice Fleming enarcando una ceja.

—¿Si aceptamos su ayuda tendremos que trabajar para usted? —preguntó Christina en el mismo tono que había empleado la mujer.

Alice Fleming rio a carcajadas, algo que provocó que varias personas allí reunidas dejaran lo que se encontraban haciendo para mirarlas durante unos instantes.

—Hubiera esperado un lamento por su parte, no una pregunta tan directa, sobre todo viniendo de una *dama elegante y distinguida* —confesó la señora Fleming.

—Tengo la sensación de que me habría recibido de otra forma de haber sido esa su pretensión, a no ser que me equivoque en mis suposiciones... Hace un tiempo que no acierto demasiado —suspiró Christina con pesar.

Alice Fleming se sirvió un generoso vaso de alcohol y le sirvió otro a Christina. Ella apenas había tomado unos sorbos de vino o champán en las fiestas, no le agradaba el alcohol, pero no despreció el gesto de la otra mujer, no tocó el vaso, pero no le impidió que le sirviera.

—Supone bien esta vez, sé que no aparento ser una mujer muy hogareña y compasiva —dijo Alice Fleming tomando todo el líquido de su vaso de un trago.

Christina concordó con ella, observando de reojo el rifle que había junto a ellas.

—En una ocasión me encontré en una situación parecida a la suya, hace diez u once años, ¿quién se acuerda ya? Cuando llegué de Escocia, no tuve buena suerte, dejémoslo en eso, pero una mujer me ayudó cuando más lo necesité, me dio casa y comida durante el tiempo que fue necesario, no pude devolverle el favor. Al verla a usted en el suelo, supe que había llegado el momento de pagar mi deuda —continuó ella con la mirada fija en un punto frente a ella, como si estuviera recordándolo todo de nuevo—. Desconozco los motivos que la han conducido hasta este momento, pero admito que me genera curiosidad.

Christina creyó sus palabras, aquella mujer no podía estar mintiendo, de ninguna forma. Parecía irrisorio, pero a ella le daba confianza, se encontró a sí misma, queriendo contarle lo que había sucedido para su caída en desgracia.

—Quizá era mi deber heredar esa deuda, sería una forma de expiar mis culpas. Lamentablemente ha sido un camino repleto de tragedia el que me ha traído hasta su puerta —musitó Christina con voz grave—. ¿Qué situación podría haberme traído frente a usted sino *un amor*?

—Esa enfermedad siempre consigue traernos problemas —concordó Alice Fleming.

Christina no hubiera podido creer aquello si se lo hubieran contado hacía unas semanas. No habría podido creerse que se encontraría hablando con una meretriz, en un burdel, como si fueran viejas amigas.

—Y no existe cura, supongo —suspiró la joven cruzando las manos en su regazo.

—Todo se cura con el tiempo, incluso las heridas más profundas —replicó Alice Fleming con conocimiento de causa—. Como la pérdida de un hijo.

Al escucharla decirlo, la joven alargó su mano hasta la otra mujer y la agarró con fuerza. Cuando Alice Fleming la miró, supuso que debió ver que ella conocía también esa pena. Christina sintió un lazo que la unía a ella. Hiciera el tiempo que hiciera, nada podía sanar una herida como esa y tanto Alice, como ella, lo sabían perfectamente.

—Y finalmente encuentra refugio en una casa llena de prostitutas... Debe ser extraño para usted —susurra Alice con media sonrisa.

—La miro y no veo una prostituta... No soy ni mejor ni peor que ninguna de vosotras, solo somos mujeres que, por distintos motivos, nuestros caminos han terminado uniéndose aquí.

—Menuda porquería, ¿no?

Christina se encogió de hombros con una sonrisa y miró a la otra mujer con agrado. La ropa, solo era eso, al igual que los títulos y las propiedades. ¿Quién le iba a decir que encontraría una mano amiga en un sitio así?



*** 10 de mayo de 1886 ***

Cuando Alice Fleming había dicho que podían quedarse en su casa el tiempo que fuera necesario, lo había dicho de corazón y Christina la había creído. Se sentía inmensamente agradecida por su gesto, aunque sabía que no era agradable para su madre y Bianca, encontrarse en un sitio como aquel.

Alice Fleming regentaba con mano de hierro *Alice's Room*, cuidaba a sus chicas con agrado y las protegía de cualquier desalmado que fuera innecesariamente brusco con ellas. Quizá Christina se encontraba en un momento de su vida en el que había dejado de darle importancia a cierto tipo de cosas. Podía sentarse frente a Alice y tomar el té, hablar de cualquier cosa, aunque supiera que de noche hacía lo que hacía. Al igual que le ocurría con las otras chicas. Su madre era más reacia a charlas con estas e insistía en que debían marcharse, sin embargo, aún no tenían ningún lugar donde ir.

Todas eran amables y varias de ellas no comprendían el idioma, pero sonreían con amabilidad todo el tiempo. Christina había olvidado realmente que se encontraba en un burdel y le agradaba Alice. Había conocido otras facetas de esa mujer durante esos días, había sabido que ayudaba en la parroquia y en el orfanato, incluso ella misma la había acompañado en una ocasión.

Ese cambio no había apartado a Nicholas de su cabeza del todo. Aún continuaba pensando en él, incluso le imaginaba en compañía femenina y se sentía asqueada por ello. Se le revolvía el estómago con solo pensarlo. Por el día parecía sencillo, intentaba ocupar su mente haciendo algunas cosas, incluso hablando con Bianca, ella parecía más serena e incluso había sonreído tímidamente alguna vez ante una de las historias que habían contado aquellas mujeres durante la comida.

Pero por la noche, su mente vagaba por las calles de Londres hasta que se encontraba de nuevo frente aquella puerta cerrada, en cuyo interior se estaba Nicholas con la baronesa de Fay, cerrar los ojos era incluso peor, ya que su mente repetía una y otra vez la muerte de Paul Kingsley. Estar tan apartada de todo lo que le había sido conocido podía ayudarla, pero no era suficiente.

Nada parecía serlo.

Y sabía que aquello era temporal y que no debían continuar aprovechándose de la generosidad de Alice.

—He estado pensando. Es cierto que la señora Fleming está siendo muy amable con nosotras, pero creo que es hora de marcharnos. He recordado a mi tía Priddy, hace años que no nos vemos, sin embargo, hemos tenido comunicación por carta este tiempo, podría pedirle hospedaje, estoy segura de que ella no tendrá problema —dijo Laura mientras doblaban parte de la ropa que acababan de recoger del tendedero.

—¿Tía Priddy no vive en Plymouth? —preguntó Christina enarcando las cejas.

Plymouth estaba bastante lejos de Londres, en realidad estaba muy lejos de todo y de... *todos*.

—He pensado que nos convendría a todas un cambio de aires —confesó Laura sin mirarla a los ojos.

—Ya has enviado la carta, ¿verdad? —musitó la joven achicando los ojos con obviedad.

—Hace tres días —asintió su madre encogiéndose de hombros—. Por muy buena que sea esta mujer, no es una buena compañía.

—Es una compañía amable y generosa, mamá, pero es cierto que debemos dejar de ser una carga —aceptó la joven concordando con su madre.

—Será bueno para vosotras, Christie, temo que ese hombre pueda aparecer en cualquier momento.

Christina sintió una sacudida en el pecho ante la posibilidad de que fuera a allí, pero inmediatamente después sacudió la cabeza. Era imposible, estaba segura de que para Nicholas aquel asunto había quedado zanjado tras la muerte de Paul.

—No debes preocuparte por eso, mamá... Estoy segura de que tiene otros *asuntos* más importantes —sentenció la joven sin dejar de doblar la ropa.



Christina intentaba dormir cuando escuchó unos golpes en la puerta de la casa, seguido de unas pisadas que bajaron las escaleras atropelladamente. Aquel día no habían acudido caballeros ya que se había encontrado cerrado, Alice era muy puntillosa con ese tema. Quizá eran unos hombres que no conocían de esa regla del burdel. Unos momentos después escuchó varios murmullos angustiados y sin pensarlo se levantó de la cama. Encendió una vela, se puso la bata y bajó a ver qué ocurría.

Al pie de las escaleras se encontraba Alice con su camisón, se notaba visiblemente nerviosa, el inesperado visitante era el párroco de la zona. Ambos la miraron con sorpresa cuando la escucharon acercarse. Alice parecía a punto de llorar cuando la miró.

—¿Ocurre algo? —preguntó Christina sujetando la vela con fuerza.

—Un incendio en el orfanato —susurró Alice con voz grave.

Christina había sabido lo apegada que ella estaba con esos niños, les visitaba, hablaba con ellos y colaboraba con todo lo que podía. La joven se cubrió los labios con la mano por la impresión.

—¿Los niños...?

—Algunos han perecido bajo las llamas, otros están heridos, sé que no son horas, pero debía avisarle —respondió el cura mirando a Alice—. Necesitamos ayuda con los heridos.

—Voy a vestirme e iré enseguida hacia allá —dijo Alice con un asentimiento.

—Iré con usted, yo también ayudaré —dijo Christina rápidamente.

Alice asintió y el cura se marchó instantes después.



✿ 11 de mayo de 1886 ✿

El fuego se había iniciado en la zona de los dormitorios de los niños. Al parecer algunos de ellos, más traviosos, habían estado jugando con unas velas junto a las cortinas y no había podido hacerse nada para evitar la propagación del fuego. A nadie le importaban esos niños, solo a las monjas que les cuidaban. Algunos vecinos del orfanato estaban ayudando para apagar el fuego. Toda la ayuda era poca para curar a esos niños. Un médico se había ofrecido a ayudar, pero él solo no podía con todo, por lo que las monjas y ellas mismas, actuaban de enfermeras para consolar a esas pobres criaturas que se encontraban solas en el mundo.

Christina intentó abstraerse de todo aquel dolor, algunos de los niños tenían quemaduras bastantes severas y era muy difícil para ellos moverse, incluso comer o beber agua.

La zona del orfanato del colegio había sido la única que había sobrevivido al fuego y en las clases se encontraban los enfermos tumbados en el suelo sobre mantas en la mayoría de los casos.

La zona del orfanato del colegio había sido la única que había sobrevivido al fuego y en las clases se encontraban los enfermos tumbados en el suelo sobre mantas en la mayoría de los casos.

Christina sentía el corazón encogido al verlos llorar e intentaba no mostrar abiertamente lo duro que le estaba resultando aquella experiencia. Incluso su madre y Bianca habían acudido a ayudar. Alice había cerrado su negocio hasta que todo aquello pasara y sus chicas también habían acudido a ayudar. La joven se sentía cansada, hambrienta y un tanto sucia, pero le daba igual, estaría allí todo el tiempo que fuera necesario.

En momentos como aquel podía descubrirse la grandeza de las personas. Allí reunidas había gente que, en un momento normal de su vida, ella misma les habría dado la espalda y sin embargo se encontraban allí, trabajando juntos por un bien común que era muy superior a todos. Recordó que incluso ella había hecho donaciones a esas causas, ya que era la forma que tenían las personas más pudientes de ayudar, o al menos eso pensaban. El dinero ayudaba, por supuesto que sí, pero lo hacía mucho más un abrazo o una caricia amable.

Miró a su alrededor, donde los niños lloraban y pedían ayuda, las prostitutas calmaban sus llantos con paciencia y cariño. A su alrededor, personas que aparentemente eran la lacra de la sociedad, apartaban la comida de sus bocas para ayudar.

Christina se sintió feliz consigo misma, quizá todo lo que había ocurrido podía incluso merecer la pena, solo por haber podido aprender esa lección.

—Mi hermanita... —se quejó una niña que estaba tumbada cerca de donde Christina se encontraba llenando una palangana con agua.

Christina se acercó a la pequeña niña que se encontraba tumbada sobre una manta, se arrodilló junto a esta y se dio cuenta de que a su lado había un sitio vacío. Aquella niña tenía el brazo cubierto con vendas, resultaba obvio que había terminado herida en el incendio.

—¿Necesitas algo, cielo? ¿Quieres agua? —le preguntó Christina retirando un mechón de pelo que caía sobre la frente de la pequeña.

—Mi hermana pequeña no podía dormir, por favor tráigala—le pidió la niña con voz preocupada.

—Claro que sí, cielo, ¿cómo se llama? —asintió la muchacha.

—Linda.

—¿Y sabes hacia dónde se ha ido? —preguntó de nuevo Christina mirando por encima del lugar, sería complicado encontrar a la hermana pequeña de aquella niña entre tanto descontrol.

—La sala de música.

Christina asintió con una sonrisa tranquilizadora y dejó la palangana junto al médico, ya que se lo había pedido, salió de la habitación donde se encontraba y fue a la sala de música.

Capítulo 41

Al entrar en esa habitación en concreto se sintió transportada de repente a su propia infancia, al colegio en París. Aquellos días en los que las hermanas y sus compañeras se sentaban frente a ella, mientras tocaba suavemente las teclas del piano. Aquella habitación era muy diferente a la que ella recordaba, esa era menos elegante, pero también tenía un piano en el centro de la sala.

Revisó rápidamente con la mirada la habitación para ver si la niña se encontraba allí, pero no la vio a simple vista, estaba a punto de marcharse y buscar en otro lugar cuando escuchó el sonido de una tecla del piano.

Christina entró en la sala y sentada en el suelo, junto al piano, se encontró a una pequeña niña de unos tres años, abrazada a la pata del instrumento. La joven se agachó junto a ella cuando llegó a su altura y la pequeña alzó la mirada para observarla. Sus ojos eran de un tono castaño claro y su cabello negro, no se parecía nada a Emily y, sin embargo, al ver su mirada asustada y tímida, sintió que miraba de nuevo los ojos grises de su pequeña.

—¿Linda? —musitó ella amablemente, a lo que la niña asintió—. Mi nombre es Christina, tu hermana me ha enviado a buscarte, vamos con ella, ¿quieres?

—Antes tenemos que cantar—susurró la niña sin moverse—. La hermana Mary Jane siempre canta para que pueda dormir.

Linda se agarró más fuerte al instrumento y Christina miró las teclas con algo de pavor. La última vez que había cantado y tocado había sido junto a su pequeña, no había vuelto a pulsar una tecla desde entonces. Miró de nuevo los ojos asustados de esa niña y se sentó en la butaca frente al piano. Estaba segura de que Emily no se enfadaría porque rompiera su promesa, la ocasión lo requería y si con toda aquella tristeza, aquella niña quería cantar, cantarían.

Christina sintió un pequeño nudo en el estómago, tenía algunas nauseas al verse de nuevo frente al piano, colocó los dedos sobre las teclas, pero antes de comenzar a tocar miró a Linda y dijo:

—Deberás ayudarme —tocó el lugar que había libre junto a ella y la niña se levantó con algo de reticencia y se sentó junto a ella.

La joven tomó algo de aire varias veces y con cierto temblor en la garganta y los dedos comenzó a tocar:

—«*Goodnight, my angel*
Time to close your eyes
And save these questions for another day
I think I know what you've been asking me
I think you know...»

Su voz comenzó sienta ronca y notó claramente que había perdido cierta práctica, estaba dudosa allí sentada, hasta que sintió la cabeza de Linda apoyada sobre su hombro. Aquel sencillo contacto la transportó de nuevo a aquellas tardes con Emily sentada en su regazo, incluso las noches en las que se quedaba dormida después de cantarle una nana. Sus ojos comenzaron a

llenarse de lágrimas, pero se encontraba feliz, estaba segura de que a su hija no le había gustado que dejara de tocar y sencillamente no había encontrado la ilusión para hacerlo, hasta ese momento.

Su corazón estúpido deseó que Nicholas estuviera allí para verlo.



✿ 13 de mayo de 1886 ✿

Después de varios días de angustia, por fin la situación había comenzado a estabilizarse. Los heridos menos graves se encontraban lo suficientemente bien como para que las monjas pudieran cuidar de ellos y los más graves habían sido trasladados a un hospital.

Christina apenas podía sentir los pies cuando regresaron a la casa de Alice Fleming, su madre, ella y la propia Alice habían ido para cambiarse de ropa e intentar dormir un poco. Todos estaban cansados, pero felices de que el peligro hubiera pasado en la mayoría de los casos. Bianca había decidido quedarse más tiempo y regresar más tarde con algunas de las muchachas de Alice, ella había sido una ayuda inagotable, Christina estaba segura de que era una forma que había encontrado para no pensar en su pérdida.

Christina había comenzado a sentirse bastante débil, aquellos días sin comer, ni dormir como estaba acostumbrada parecían estarle pasando factura, ya que en esos momentos comenzaba a sentir que su cabeza daba vueltas por la habitación, prefirió no decir nada para no preocupar a su madre.

—Siento como si les estuviera abandonando —musitó Laura quitándose el sombrero—. Pobres criaturas.

—A mí me sucede lo mismo, es como si fueran mis hijos. Me siento responsable de su bienestar —asintió Alice quitándose también su sombrero y su capa—. Gracias a Dios no hemos tenido que lamentar muchas pérdidas, aunque siempre es una desgracia cualquier muerte, prefiero pensar en los que salvaron la vida.

—Sí, aunque hayan sido pocos... Yo hubiera... —susurró Christina sintiendo como sus piernas comenzaban a temblar.

—¿Qué te ocurre, Christina? —le preguntó su madre agarrándola del brazo.

—Sentémosla en el sillón —dijo Alice agarrándola del otro brazo.

—¿Christina...?

Sin embargo, no pudo continuar escuchando a su madre, porque su mente fue engullida por la oscuridad.



Christina se alejó instintivamente de un fuerte olor que percibía demasiado cerca de la nariz. Abrió los ojos, y se dio cuenta de que se encontraba tumbada sobre el sofá del salón de Alice Fleming.

Su madre se encontraba arrodillada junto a ella y alejó el pañuelo de su nariz al verla reaccionar. Christina intentó sentarse, pero su madre lo impidió colocando una sobre su hombro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Christina con la cabeza algo aturdida.

—Te has desmayado, querida, supongo que debido al cansancio y a lo poco que has comido estos días, la señora Fleming está calentando un poco de caldo —contestó Laura dulcemente.

Christina sintió que su estómago se revolvía solo de pensar en el caldo, ni siquiera tenía ganas de comer nada, pese a que era cierto que hacía varios días que no comían en condiciones.

—Creo que ahora mismo no podría comer nada —negó la joven, consiguiendo sentarse por fin, contra la insistencia de su madre.

—Al menos unas cucharadas, Christina, no debiste excederte tanto —la regañó Laura poniéndose de pie con los brazos en jarras—. Te traeré un vaso de agua.

Laura fue hasta la cocina y unos instantes después entró Alice con una bandeja y un cuenco con el caldo que dejó sobre la mesa de té. Christina arrugó el ceño al captar el olor.

—No lo he hecho yo, solo lo he calentado... No he podido estropearlo —se quejó Alice entregándole la cuchara—. Parece que tiene mejor color, cuando se ha desmayado estaba blanca, coma algo, le sentará bien.

—No podría llevarme nada a la boca ahora mismo, tengo el estómago algo revuelto —se disculpó Christina reprimiendo una arcada.

—Después de varios días de preocupación es normal que a una se le encoja el estómago... Le prepararé un té de hinojo para las náuseas, eso la hará sentir mejor —dijo Alice amablemente—. Era lo único que calmaba el malestar cuando estuve embarazada.

Christina escuchó el sonido del cristal romperse y miró hasta la puerta, donde se madre se había quedado paralizada, el vaso con el agua se había roto al caer contra el suelo. Laura parecía palidecer, como si hubiera visto un espíritu.

—¿Se encuentra bien, señora Whittermore? Haré una jarra de té —dijo Alice enarcando una ceja con gesto gracioso.

—¿Mamá? Ya me encuentro mucho mejor, no te preocupes —le dijo Christina alargando una mano hasta ella.

La joven estaba segura de que después de lo ocurrido, aquellos días sin dormir y comer bien, les había pasado factura a todas.

Laura continuaba mirándola en silencio, caminó unos pasos hasta su hija. Christina notó que tenía los ojos rojos como si estuviera controlando las ganas de llorar. La abrazó y apoyó la cabeza sobre su hombro mientras comenzaba a llorar amargamente, sin dejar de decir *perdóname*.

Alice salió discretamente del salón dándole un poco de intimidad, con la excusa del té, no quería parecer indiscreta, ya que, aunque estaban en su casa, tampoco era necesario que ella fuera participe de conversaciones familiares.

—Me estás asustando, mamá, ¿qué pasa? —insistió Christina, alejando el cuerpo de su madre de sí para mirarla a los ojos—. No hay nada que perdonar.

—Sí, sí hay algo que perdonar, Christina —susurró Laura cuando se hubo calmado, después de varios minutos—. No pensé que ocurriría así, creí que, hacia lo correcto, pero me equivoqué.

—¿Qué has hecho? —le impelió ella comenzando a preocuparse.

—Cambié la infusión, Christina.

—¿Cuál? —le ordenó de nuevo, colocando sus manos en sus brazos, su rostro había cambiado considerablemente al imaginar lo que quería decir.

—La que evitaba el embarazo.

Christina sintió un vuelco en su interior. Aquello no podía ser cierto, no podía... Ella no... Quería gritar, quería llorar y contra todo pronóstico quería reír. No podía ser cierto, ella no lo había querido antes y mucho menos en esas condiciones. Su madre había llegado demasiado lejos, ¿cómo podía haberle hecho algo así? Había jugado con su vida, con todo. Intentó negarse a que fuera cierto, pero de pronto recordó que hacía varias semanas de su último periodo.

—Cómo has podido... ¡Tú sabías lo que significaba para mí! Lo que esto conllevaba y te dio igual —le recriminó la joven dolorosamente.

—Creí que sería bueno para ti, recuerdo como era cuando Emily estaba entre nosotros y estabas tan feliz, deseaba que pudieras conocer de nuevo esa felicidad, sobre todo porque le

amabas y pensé que él también a ti —susurró su madre con nerviosismo, mientras comenzaba a llorar de nuevo—. Y porque quería que le dieras ese heredero que deseaba, que necesitaba... Ese que solo tú podías darle y su esposa no, quería que viera que eres mejor que ella, para que no te abandonara. Llevo semanas deseando que dijeras que habías comenzado a sangrar, quería decírtelo, pero tenía miedo de te enfadaras conmigo.

¿Cómo no iba a enfadarse? Había sido una falta de respeto hacia ella jugar de esa forma con su cuerpo, ella no era quien para decidir si debía tener otro hijo, sobre todo teniendo en cuenta cómo habían resultado todo. Y sin embargo... Tendría un hijo. Un hijo de Nicholas, una criatura que nunca conocería a su padre.

Sería lo único que tendría de él. Ella no había querido tener otro hijo por miedo a lo que pudiera ocurrido, en esos instantes persistía el miedo, por supuesto, estaba segura de que siempre lo tendría, pero iba a ser madre de nuevo. Previsiblemente la última oportunidad de serlo y, aunque había afirmado que no lo deseaba, se encontraba sorprendentemente tranquila. Su madre había obrado mal, pero sabía que no lo había hecho por maldad y al fin y al cabo... era su hijo. Un pequeño o una pequeña que sería la alegría de su vida. Si no pasaba nada... ¿y si ocurría?

—Dime algo, aunque sean gritos, pero no te quedes callada, por favor —le pidió su madre con pesar.

—¿Y si muere? —susurró la joven con temor—. Sería el final para mí.

Laura agarró las manos de su hija con fuerza y la obligó a mirarla.

—No va a ocurrir, Christina, esta vez no —afirmó su madre con fuerza.

La joven deseó que tuviera razón, porque estaba segura de que no sería capaz de resistir algo así de nuevo.



*** 17 de mayo de 1886 ***

A Bianca no lo había agradado la noticia, aunque no culpaba a Christina de la muerte de Paul, si culpaba a Nicholas y la idea de su embarazo no la había entusiasmado demasiado. Ella apenas había ido a dormir a la casa de Alice desde entonces, se había quedado ayudando a las religiosas en el orfanato. Poco a poco todo estaba volviendo a la normalidad en el *Alice's Room*. La noche anterior Alice había abierto de nuevo al público, mientras su madre y ella dormían en sus respectivas habitaciones.

Christina pasaba todo el día sentada en el salón o tumbada en su cama, pasaba el tiempo tomaba aquellas infusiones de hinojo que la ayudaban en algo a calmar las náuseas. Alice había intuido lo que ocurría, ya que insistió en llamar a una partera que la revisara. La mujer había confirmado sus sospechas. Sería madre a finales de diciembre o primeros de enero, previsiblemente, como lo fue con Emily.

Aquellos días también estaban siendo especialmente complicados, ya que además de hacerse a la idea de aquella maternidad inesperada, combatir el miedo a que ocurriera algo malo, la cercanía al aniversario del fallecimiento de Emily, se unía la añoranza que sentía por Nicholas.

Tontamente se encontró imaginando la posibilidad de contarle sobre su embarazado, decirle que le daría un hijo o una hija, como él mismo le había pedido en varias ocasiones. Luego se decía a sí misma lo absurdo que era aquella idea, una locura.

Nicholas no lo creería. Pensaría que era de Paul o a saber quién y diría que quería cargarle a él con las responsabilidades de un hijo que no le correspondía. Christina imaginaba qué diría si fuera un varón. Un niño que a todas luces sería su heredero, quizá incluso se pareciera a él.

—He recibido respuesta de tía Priddy, Christina —le dijo Laura entrando en su habitación sin

llamar—. Dice que nos puede arrendar una pequeña casa en su propiedad por ciento cincuenta libras al año. Está sola y viviríamos a solo unos kilómetros de ella.

—Es una oferta muy generosa —susurró Christina impresionada.

Realmente lo era, ya que aquella cantidad era irrisoria por una vivienda, conllevaba que pudieran vivir bien simplemente con la pensión de su madre, pero pensar en estar tan alejadas de Londres... la hacía sentir mal.

—El campo es un lugar ideal para criar a una criatura, Christina, así podremos cerrar este capítulo y continuar nuestro camino.

—Supongo que tienes razón, mamá, haremos las maletas y saldremos para Plymouth en dos días —asintió Christina, no muy conforme pero no tenían más opciones.



Esa misma noche, después de cenar, le comunicaron la noticia a Bianca y de nuevo se sorprendieron por su escasa emoción, no era solo que estuviera triste por marcharse, sino que no le resultaba una idea nada apetecible.

—Pareces desilusionada, Bianca —dijo Christina frunciendo el ceño.

—No es desilusión, señora... No deseo marcharme —contestó ella tímidamente.

—No puedes quedarte en este lugar, Bianca, es una casa de citas, por muy amables que sean estas chicas —replicó Laura comenzando a enfadarse.

—No me quedaría aquí... La verdad llevo varios días queriendo hablar con ustedes sobre algo que deseo hacer —musitó ella algo indecisa—. Deseo tomar los hábitos.

Christina y Laura se miraron entre ellas con incredulidad y luego la miraron a ella.

—¿Qué? —espetó Christina sin poder creerlo—. No debes tomarte esas decisiones a la ligera, Bianca.

—Sé que parece algo fortuito, pero desde la muerte del doctor Kingsley, lo único que me ha ayudado ha sido socorrer a esos niños. No me imagino sintiendo algo parecido a lo que siento por Paul, no podría hacer feliz a ningún hombre y no podría serlo yo. Consagrar mi vida a un servicio religioso y los necesitados... me haría sentir plena.

Christina podía entenderla. Bianca había sido una joven sin apellido, que había quedado huérfana e incluso su madrina se había deshecho de ella cuando había tenido la oportunidad. Lo único que la había hecho feliz había sido su compromiso con Paul y finalmente no había ocurrido. Estaba segura de que Bianca había pensado mucho en eso para llegar a esa decisión y si era lo que deseaba, debían aceptarlo.

—Sabes que siempre podrás ir en nuestra ayuda, ¿verdad? —le dijo Christina a lo que la joven asintió—. Si es lo que quieres, me parece correcto.

—Pero Christina... —replicó Laura con indignación.

—Nada, mamá, Bianca es lo suficientemente mayor como para saber que desea hacer en su vida y si quiere ser religiosa, es algo tan loable como cualquier otra cosa —sentenció Christina interrumpiendo a su madre.

Capítulo 42

❀ 19 de mayo de 1886 ❀

Christina abrazó a Alice a modo de despedida mientras el cochero cargaba las maletas en el coche que habían alquilado y que las llevaría a Plymouth. Estaba segura de que la extrañaría, aunque no hiciera mucho tiempo que la conocía. Su relación con Alice Fleming había sido de lo más peculiar. A simple visto le había parecido una persona con la que no tendría nada en común. Seguramente la habría prejuzgado nada más verla y se habría apartado de su camino. Pero en situaciones difíciles era donde se conocía realmente a una persona y aquella mujer un tanto extravagante y extraña le había tendido la mano aun siendo una desconocida y por ese simple motivo siempre tendría en ella una amiga.

—Siempre tendrá la puerta abierta de mi casa cuando lo necesite, Alice —dijo Christina, frente a ella—. Le agradeceré siempre lo que ha hecho por nosotras.

—No debe agradecerme nada, créame que ha sido un placer contar con su compañía —musitó la mujer con voz ronca—. Sin embargo, aceptaré su invitación, me encantaría conocer a su hijo, si usted me lo permite.

—Por supuesto, será la primera persona que avise cuando nazca —asintió Christina abrazándola de nuevo—. ¿Estará al pendiente de Bianca?

Alice Fleming asintió seguidamente, ya que la despedida con la joven había sido el anterior, ya que había decidido entrar al convento antes de su marcha. Había sido una despedida también muy dolorosa, ya que habían pasado por tantas cosas juntas que parecía extraño que sus caminos se separaran tan de repente.

El cochero terminó poco después de ordenarlo todo y tanto su madre, como ella se subieron en el coche. Se despidieron de Alice y las chicas hasta que se perdieron tras ellas, Christina sintió bastante desazón al ver las calles de Londres, previsiblemente sería la última vez que lo haría en mucho tiempo.

Se sentía triste al pensar en quien quedaba atrás, y no eran Bianca o Alice. Darle la espalda a esa ciudad era como dársela a Nicholas, asumir que no le vería nunca más y que él ya la había olvidado. Para ella no sería tan fácil. Su madre había asumido que marcharse lejos era lo ideal para comenzar una nueva vida, pero ¿cómo podría hacerlo si llevaba consigo algo tan grande como un hijo suyo? Ese bebé no la dejaría olvidarle y no le parecía nada malo saberlo.

—Estamos de nuevo las dos solas —dijo su madre mientras el coche caminaba lentamente por el camino.

—No será mucho tiempo —musitó Christina llevándose una mano a su vientre—. Pero es como si volviéramos al principio de todo.

—Estaremos bien, Christie, no necesitamos a *nadie* más —sentenció Laura en clara referencia al duque de Harford—. Pero debemos poner de nuestra parte y no mostrarnos tristes, ¿de acuerdo?

Christina asintió, ya que tenía razón. No sería fácil, pero, al fin y al cabo, ¿qué lo era?



❖ 20 de mayo de 1886 — Plymouth, Inglaterra ❖

Después de un día de viaje, por fin llegaron a Berton Cottage, la pequeña propiedad que se encontraba en los dominios de tía Priddy.

Lady Prudence Erford o *Priddy*, como la llamaban sus más allegados, era la viuda de un rico terrateniente que había fallecido hacía varios años. Vívica sola en Darford, ya que sus hijos habían fallecido en la mar. La gran casa desde donde se gobernaba toda la extensión de tierra, se encontraba a solos dos kilómetros de donde ellas vivirían desde ese momento. Era una dama corpulenta y bonachona que reía por todo, quizá demasiado entrometida en la vida de los demás, pero era un defecto que podía perdonarse debido a su gran corazón con los necesitados y arrendatarios. Para más ejemplo el suyo, ya que les estaba permitiendo vivir en su propiedad y bajo su amparo prácticamente gratis.

Christina se enamoró de la casa nada más salir del agobiante carruaje. Era muy parecida a aquel primer lugar donde visitó a Nicholas. Una pequeña casa de campo rodeaba de un bonito jardín. Tenía un gran almendro al lado de la puerta y sobre una de sus ramas se encontraba un columpio. La casa construida en piedra era pequeña, pero acogedora. La joven caminó rápidamente hasta la puerta para entrar en el interior y este no la dejó indiferente. Había un pequeño salón con dos sillones grandes frente a una chimenea y al lado estaba la cocina que actuaba a modo de comedor también, ya que allí se encontraba una mesa para cuatro comensales, también había una pequeña despensa para los víveres. Al fondo había dos puertas, dos de ellas las habitaciones con camas que resultaban bastante cómodas a simple vista. Una de ellas de matrimonio y la otra más pequeña, con cómodas lo suficientemente amplias como para guardar la ropa.

—No es Brighton, pero... —comenzó su madre con tono algo triste.

—Pero es perfecta igualmente —terminó Christina con una sonrisa—. No necesitamos mucho más.

—Tienes razón, aunque deberíamos comenzar a limpiar, hay bastante suciedad —replicó su madre con más entusiasmo.



❖ 23 de mayo de 1886 ❖

Habían tardado varios días en adecentar la casa, pero una vez limpia y con las cortinas nuevas que tía Priddy les había hecho llegar el lugar había tomado otra forma. Laura había decidido arreglar el jardín, ya que quedaría perfecto ahora que era primavera y podrían tomar el té disfrutando del maravilloso olor a flores.

Tía Priddy las había invitado a comer ese día para darles la bienvenida, había dispuesto darles unos días para instalarse y adaptarse a la zona. La casa de tía Priddy era una elegante mansión de la época de regencia que se encontraba situada como en una pendiente, podía verse tenuemente desde Barton Cottage, pero de cerca llamaba la atención su majestuosidad. Frente a la casa se encontraba una fuente grande de agua.

La anciana las esperaba en la entrada y abrazó con efusividad a Laura, que era claramente su sobrina favorita. La apretó con cariño contra su prominente pecho.

—Mi pequeña Laura, ¡cómo te pareces a tu madre! Dios mío, si ella pudiera verte y a ti... —musitó la mujer centrando su atención en Christina—. Gracias a Dios no has heredado ningún rasgo de Boniface Whittermore.

—Gracias, tía Priddy por hospedarnos en tu propiedad —dijo Laura con una sonrisa.

—¿Os ha gustado? Siempre he pensado que es un lugar mágico —contestó la mujer.

—Sí, se respira una paz muy agradable allí —asintió Christina amablemente.

—Me alegro de que os guste, pero vamos a comer, he mandado preparar una gran comida para celebrar que habéis llegado, me he sentido muy sola en este lugar tan alejado, ahora que estáis aquí podremos vernos más y los días no serán tan largos —dijo tía Priddy cogiendo del brazo a ambas mujeres e instándolas a caminar.

Laura miró a su hija encogiéndose de brazos, siguiendo a la dama.



Tía Priddy no había escatimado en nada a la hora de agasajar a sus nuevas invitadas, había ordenado cocinar lo mejor de la zona y había sobre la mesa más comida de la que podrían comer en días. Christina intentó comer lentamente, mientras escuchaba a su madre hablar alegremente con su tía, poniéndose al día de lo ocurrido últimamente. Ambas acapararon la conversación, lo que dejó a Christina poder comer tranquila y alejó de sí la mirada de tía Priddy.

Se encontraban tomando el té y ellas parecían no poder dejar de charlar, aunque no estaba muy atenta a su conversación, tontamente su mente volvía a invocar el rostro de Nicholas. Estaba segura de que todo sería muy diferente si nada de eso hubiera ocurrido, quizá el matrimonio de Nicholas estaría anulado y ellos... Miró su dedo, ahora desnudo, ya que le había devuelto el anillo ese día y sintió como sus ojos comenzaban a picar. Podría parecer que todo estaba solucionado y a simple vista, lo estaba, pero en su interior...

—Escuché aquella trágica noticia sobre Cornell —dijo Priddy con el ceño fruncido—. Hubiera creído que era un hombre decente, pero no te preocupes, cielo, te encontraremos un pretendiente que te haga olvidar esa vergüenza.

Christina abrió los ojos de la impresión, negando con la cabeza. Ella no necesitaba un pretendiente, no quería ni pensar en ese tema.

—Tía Priddy, eso no será necesario, es demasiado pronto —replicó su madre intentando salvar la situación.

—No creo que ese canalla merezca semejante muestra de gratitud, además Christina eres una joven muy hermosa como para permanecer sola. Además, mereces la oportunidad de ser madre de nuevo, ¿acaso no te gustaría, cielo? —insistió tía Priddy.

Christina decidió que aquella mujer debía ser consciente de su situación, debía decirle que estaba embarazada y que ningún hombre querría casarse con ella en su situación, mucho menos cuando era sabido que había sido la querida del duque de Harford durante unos meses.

—Tía Priddy...

—Lady Erford, el coronel Rennold ha venido a visitarla —la interrumpió el ama de llaves con tono serio.

—¡Qué maravillosa coincidencia! Dile que pase Harriet —le ordenó la mujer al ama de llaves—. Creía que no llegaría a tiempo, pero me moría de ganas por presentaros a Aidan, es mi ahijado predilecto.

Christina frunció el ceño por la interrupción, ni siquiera podría hablar con aquel hombre presente y tendría que esperar a otra visita para esclarecer toda aquella situación. Esperaba que hubiera olvidado su interés por buscarle un pretendiente, ya que tía Priddy parecía el prototipo clásico de casamentera.

Escuchó unos golpes en la puerta y las tres mujeres miraron hasta la puerta. Un caballero alto, vestido con un traje oscuro entró con paso decidido y tía Priddy le saludó afectuosamente. No era lo que esperaba, era un hombre maduro y alto, con algunas arrugas, quizá era de la edad de Charles, pero no había punto de comparación entre ellos. El coronel era un hombre esbelto y

fuerte, mientras que Charles siempre había sido algo fondón.

La mujer les presentó con gran alegría, comportándose como la gran anfitriona que era.

—Encantada de conocerle, coronel —musitó Christina, mientras el hombre inclinaba la cabeza con amabilidad ante ella.

—El placer es mío, si hubiera sabido que tomaría el té en tan maravillosa compañía habría venido más elegante —dijo él con voz grave y una sonrisa amplia sin dejar de mirarla.

La joven se sintió algo incómoda ante tanto escrutinio. El hombre se sentó en la silla que había junto a ella y la conversación cambió totalmente de rumbo, tratando temas más dispares que simplemente el cotilleo. El coronel las invitó a comer en unos días a las tres en su finca, que era la vecina de tía Darford. La joven hubiera preferido declinar, ya que no sería adecuado, ni mucho menos correcto. Había visto cierta picardía en los ojos de tía Priddy al mirarlos y podía jurar que era a ese hombre que tenía junto a ella, el que la mujer había asumido como posible pretendiente, debido a que también era viudo. Christina se preguntó qué diría el coronel de saber lo que tenía en su vientre.

Sin embargo, no podía decir que ese hombre le desagradara, era algo serio, pero tenía una conversación interesante y fluida que no provocaba aburrimiento en su interlocutor, además era apuesto. Para alguien que estuviera buscando el amor quizá, pero no para ella.

Después de la hora del té, se despidieron de tía Priddy, el coronel insistió en acompañarlas hasta Barton Cottage para asegurarse de que no les ocurriera nada, obviando sus reticencias. Christina estaba segura de que incluso su madre se había dado cuenta y era obvio que sí, ya que cuando cerraron la puerta de su casa aquella tarde, Laura dijo:

—Al coronel le has agradado, Christina.

—Espero que solo sea eso, no me gustaría ofenderle debido a mi falta de interés —contestó la joven con un suspiro.

—Debemos hablarle a tía Priddy de tu embarazo, sobre todo porque no es algo que se pueda ocultar y cuando suceda él lo sabrá y perderá el interés, si es que lo hay —repuso Laura con firmeza.

Christina estaba de acuerdo. Lo primordial era hablar con tía Priddy cuanto antes.



✿ 20 de junio de 1886 ✿

Llevaban casi un mes en Plymouth y se estaba convirtiendo en una tarea imposible hablar con ella sin que estuviera el coronel presente. La constante presencia de aquel hombre cuando se encontraban con la dama era lo que había respondido a la cuestión de si él era el pretendiente elegido por tía Priddy para ella. Ella propiciaba algunos encuentros entre los dos y aunque por más que le conocía el coronel le resultaba un hombre de lo más agradable, no podía engañarle. Aunque sus vestidos aún conseguían disimular su embarazo, en algunas semanas sería imposible. Sus náuseas y mareos se habían calmado considerablemente, incluso había pasado el aniversario del fallecimiento de Emily con otra perspectiva.

Aquella criatura realmente estaba consiguiendo sanar algunas heridas de su alma, aunque otras aún continuaban abiertas y su amor por Nicholas igual de fuerte. Por ese motivo no quería continuar ilusionando sin querer a ese hombre tan amable. Su madre había decidido separar a tía Priddy a un lado y comentarle lo ocurrido y aprovechó aquel día durante un paseo por los jardines de su tía, mientras el coronel y ella caminaban a unos pasos por delante de ellas.

—Está especialmente bella, señora Whittermore —dijo de pronto el coronel.

—Gracias, coronel, es usted muy amable —susurró la joven un tanto avergonzada.

A lo lejos veía a su madre hablar con su tía y esta dirigió una mirada hasta donde se encontraba sentada, por lo que supuso que ya lo sabría.

—Parecen enfrascadas en una conversación muy interesante —dijo él con una tenue sonrisa.

Durante aquellas semanas que llevaba conociéndole no podía negar que el coronel era un buen hombre, todo un caballero, galante y amable. Sin embargo, era incapaz de sentir algo más porque él que un simple agrado, su mente continuaba demasiado ebria de Nicholas, como para pensar en algo más.

—Me gustaría aprovechar este momento que estamos a solas para decirle algo —continuó él colocándole en el pelo una pequeña flor campestre de color violeta.

Christina se removió inquieta ante su gesto, ya que denotaba demasiada intimidación. Aunque había decidido que él no debía saber nada, al verle pensativo, como si quisiera decirle algo muy importante, decidió que sí debía contárselo. Aunque no le conociera mucho y aunque no fuera de su incumbencia, tampoco iba a sentirse avergonzada en esos momentos por su estado.

—No se asuste, le garantizo que mis intenciones son decorosas...

—Estoy segura de ello, coronel, sin embargo, sería una ofensa para usted por mi parte si las aceptara —le interrumpió antes de que él dijera algo de lo que pudiera avergonzarse después—. Me encuentro en una situación bastante peculiar que no me permite aceptar atenciones de ningún caballero.

—Comprendo que es demasiado pronto, su marido falleció hace apenas unos meses y...

—No es ese el motivo, estoy embarazada.

El coronel se quedó paralizado por unos segundos y luego la miró fijamente en la parte de su vientre como si no pudiera creerlo.

—Comprendo... Pero no me importa, yo podría ser un buen padre para su hijo, si usted me lo permite, ya que lamentablemente el que lo es no está ya entre nosotros.

—Sí lo está —confesó la joven con tirantez, sabía que no debía decirlo, que era una locura hablar de eso ante una persona que no conocía, pero no quería que él pensara cosas que no eran—. El padre de mi hijo no era mi marido.

El coronel Rennold asintió sorprendido. Se disculpó y se marchó con paso acelerado. Quizá no debió decirlo de ese modo, pero no iba a dejar que él continuara alimentando algo que no ocurriría.



*** 25 de junio de 1886 ***

Contra todo pronóstico, tía Priddy encajó bien la noticia. Comenzó a pensar en posibles regalos para su bautizo y se autodenominó su madrina, algo que la joven aceptó con una sonrisa. Sin embargo, la presencia del coronel se había convertido en inexistente desde que le contara sobre su hijo. No habían vuelto a tener noticias suyas, ni habían vuelto a verle. Christina se sentía más tranquila, aunque sentía haberle hecho daño. Le había tomado aprecio al coronel y lamentaba que su amistad hubiera terminado incluso antes de que hubiera comenzado.

Desde que tía Priddy se había enterado, cada día llegaba hasta Barton Cottage un paquete con un regalo para su bebé, Christina comenzaba a tener su habitación repleta de cosas para la criatura.

Aquella mañana llegó un paquete aún más grande, tanto sus madres como ella decidieron que debían decirle a su tía que frenara aquellos regalos, sobre todo porque en los meses que quedaba hasta la llegada de la criatura terminarían sepultadas entre paquetes.

—Este pesa mucho más —se quejó Laura intentando arrastrarlo hasta el centro del salón.

Christina abrió el cartón y se encontró en el interior una pequeña y mullida cuna de color blanco. La joven abrió la nota que lo acompañaba, ya que su tía no lo enviaba nunca con nota.

«Espero que le agrade mi regalo y disculpe mi descortesía del otro día. Quiero que sepa que siempre tendrá un amigo en mí. Coronel Aidan Rennold».

Capítulo 43

❀ 27 de octubre de 1886 — Londres, Inglaterra ❀

—4 meses después—

La vida en Barton Cottage era sencilla y apacible, incluso habían encontrado cierta estabilidad en aquel lugar apartado. Con la única compañía de tía Priddy y la del coronel en algunas ocasiones, Christina se sentía algo más tranquila en ese tiempo, había sido un verano entretenido, entre las comidas con su tía, incluso algunos paseos por el campo junto a su madre. Su embarazo se encontraba avanzado, aunque no lo suficiente como para impedirle desenvolverse por sí misma. Su vientre no era muy prominente, aunque era algo que ya le había ocurrido en sus anteriores embarazos. Además, se encontraba sorprendentemente fuerte y su bebé lo era también. Se movía inquieto en su interior y le daba pequeñas muestras de vida que le llenaban de ilusión, aunque también estaba la otra parte. Imaginaba cómo sería vivir esa experiencia junto a Nicholas.

Si algo no habían hecho esos meses había sido conseguir que su corazón dejara de sufrir por él, aunque sabía que era imposible, algunas veces se quedaba mirando fijamente el horizonte por la ventana, como si esperara que él apareciera en su busca, aunque fuera algo estúpido por su parte.

Y por las noches, mientras su bebé no la dejaba dormir debido a las patadas, ella miraba el techo soñando que quizá durante algún segundo del día él pensaría en ella. Luego se fustigaba a sí misma, recordando lo que le había ocurrido a Paul y la sangre fría que él había mostrado ante ese hecho.

Aquellos sueños se habían convertidos en más recurrentes cuando su tía Priddy la había invitado a viajar con ella a Londres para comprar algunas telas. Ella se había negado, pero habían sacado a colación que su hijo aún necesitaba cosas que no podrían encontrar en otro lugar que en Londres y que tampoco le haría mal comprarse algo ella misma. Incluso su madre parecía de acuerdo con ese plan, por eso había terminado aceptando. El coronel las acompañaría, ya que era ese el motivo por el que su tía deseaba viajar. El coronel debía ir a Londres y su tía no quería viajar sin la compañía de un hombre, por lo que le acompañarían y pasarían allí algunos días.

Christina preferiría no pasearse por Londres, aunque sí quería visitar a Alice, incluso a Bianca. Se habían estado comunicando por carta durante esos meses, pero deseaba verlas de nuevo. Seguramente serían las únicas visitas que haría, además quería llevar unas flores a la tumba de Paul Kingsley, era lo menos que podía hacer después de todo.

—Una casa preciosa, tía Priddy— dijo Christina cuando se hubieron instalado en la casa de Londres de la anciana.

La joven no lo dijo, pero se tranquilizó bastante al ver que se encontraba en el lado opuesto a donde estaba la casa de Nicholas, aunque posiblemente ni siquiera estuviera allí. A lo mejor estaba en Canterbury con su esposa. La casa de la dama se encontraba frente a una plaza y al otro lado, estaban los juzgados. Christina sintió cierto estupor al ver aquel edificio tan cerca de ella, podía verlo desde la ventana de la habitación que le habían asignado. En ese lugar había sido

donde Charles había pasado sus últimos instantes de vida.

—Qué alegría que te guste, querida, no la uso mucho, ya que prefiero Darford por encima de todo, pero es un buen lugar para pasar unos días en la ciudad —asintió tía Priddy concordando con la joven—. Mañana podremos ir al centro a hacer algunas compras.

—Sí, me gustaría encontrar un sombrero nuevo —dijo Laura.

—Yo iré a hacer algunas visitas —intervino Christina, cuando las mujeres fueron a quejarse, la joven las interrumpió diciendo—. Estoy segura de que escogeréis las cosas como si fuera yo misma, confío en vuestro criterio, pero no tengo ganas de caminar tanto.

Aunque parecían dispuestas a quejarse, las dos mujeres terminaron asintiendo, ya que no podían negar que debido a su embarazo se cansaba antes de tanto caminar.



28 de octubre de 1886

Christina sabía la hora a la que debía ir a visitar a Alice Fleming para no toparse con sus clientes. Llamó a la puerta y esperó a que le abrieran, fue la propia Alice la que la recibió con una sonrisa y un abrazo, notando su avanzado estado.

—Plymouth es un lugar encantador, Alice, debería venir a visitarnos, estoy segura de que le encantará —le dijo Christina, una vez se encontraron sentadas en la sala.

—No le extrañe si le tomo la palabra pronto, en invierno nuestro oficio baja considerablemente, ya sabe usted que Londres se queda casi vacía cuando los nobles se marchan al campo —contestó Alice.

—¿Y Bianca? ¿La ha visto? ¿Se encuentra bien? —le preguntó Christina unos instantes después.

—Sí, ahora mismo se encuentra en Belfast. Varias religiosas han viajado hasta allí para ayudar con una epidemia de tifus que está asolando la zona.

—¿Tifus? Pero esa enfermedad es peligrosa y si Bianca...

—Comprendo su preocupación, pero por más que le pedí que se quedara no quiso. Confío en que no le ocurra nada.

Christina asintió de acuerdo y se dijo que mejor no le comentaría nada a su madre para no preocuparla.

—Tenía muchas ganas de verla, quería que me acompañara a poner unas flores en la tumba de su prometido.

—Puedo ir con usted, si le parece bien —se ofreció Alice amablemente.

Christina aceptó la compañía, aunque estaba algo preocupada por Bianca, ¿por qué parecía decidida a poner su vida en peligro?



Entrar en el cementerio la hizo sentir algo incómoda. Desde la muerte de Emily había sido para ella muy duro ir a uno. Pero aquella sensación se parecía en nada a la que sentía cuando visitaba a Emily, era diferente. Después de todo, ella había comprendido que no era culpable de la muerte de su hija, podía hablarle y sentirse en paz con ella y eso era algo que no le ocurría al pensar en visitar a Paul Kingsley. No podía evitar sentirse culpable por su muerte, indirectamente lo había sido, ella así lo sentía.

Alice se quedó unos pasos retirada mientras ella dejaba un pequeño ramo de margaritas junto al panteón de la familia Kingsley. Christina tomó aire, sintiendo como sus ojos comenzaban a cristalizarse.

—No he podido cumplir mi promesa, Paul —suspiró frente al panteón—. Bianca se ha alejado

de mí, no he podido retenerla y está poniéndose en peligro sin pensar en las consecuencias. Creo que desea reunirse contigo, es más, estoy segura de que es ese objetivo el que persigue, sin embargo, estoy segura de que cuidará de ella y que no la dejará sola.

La joven guardó silencio unos segundos y rezó una oración por el descanso del alma del joven doctor Kingsley y junto a Alice emprendió el camino de regreso hasta el carruaje de la otra mujer.

—No pretendo ser impertinente, pero ¿ese hombre que ha visitado es...? —musitó Alice enarcando una ceja, mirando su vientre.

—No, es... *era* solo un conocido —susurró la joven—. Se lo contaré algún día.

La mujer asintió acercándose al carruaje. El cochero bajó de su asiento y ayudó a Christina a subir, para posteriormente hacer lo mismo con Alice. La joven se encontraba sumida en sus pensamientos, mientras el coche comenzó a caminar.

La señora Fleming se ofreció a llevarla a su casa y aunque sabía que su madre no lo vería bien, ella aceptó ya que no tenía mucho ánimo de caminar de nuevo. Mientras atravesaban las calles de Londres hasta la casa de tía Priddy.

—Gracias por acompañarme, Alice —le dijo la muchacha una vez llegaron a la casa de la mujer.

—Ha sido un placer, cuídese —le dijo Alice dándole un ligero apretón en el brazo y regresando al coche.

Christina esperó a que ella desapareciera calle abajo para llamar a la puerta, sintió una ligera incomodidad y miró a sus espaldas como si alguien estuviera detrás de ella.

La joven suspiró ahogadamente, cuando al mirar hacia los juzgados que estaban frente a la casa de tía Priddy vio una figura que conocía bien. Un hombre alto y esbelto que hablaba tranquilamente con dos caballeros más.

Los sentimientos de Christina eran confusos, sentía miedo, pero también interés. Una parte de sí misma deseaba que alzara la cabeza y la viera, estaba segura de que no tendría duda de que se trataba de ella. Sin embargo, debía prevalecer el miedo a cualquier otra sensación.

Nicholas pareció sentir su mirada sobre él, ya que este alzó finalmente la mirada y la dirigió hasta donde ella se encontraba, la joven se giró y golpeó más fuerte la puerta apremiando a la persona que debía abrirle. Cuando la puerta finalmente se abrió saltó al interior y la cerró fuertemente.

Esperaba que no la hubiera reconocido, que pensara que era un producto de su imaginación. Se sentó en una de las sillas que había en la entrada para recuperar la compostura, sus manos y sus piernas temblaban por los nervios. Aunque había temido encontrárselo, había esperado que no ocurriera.

—¿Se encuentra bien, señora? ¿Desea un poco de agua? —le preguntó la criada preocupada.

Christina se limitó a asentir y la joven se marchó cuando su madre y tía Priddy salían para conocer el motivo de tanto alboroto en la entrada.

—Niña, ¡estás pálida! —exclamó tía Priddy asustada.

—¿Te duele algo, querida? Deberíamos llamar a un doctor... —comenzó Laura agachándose junto a ella.

—No, no me duele nada, estoy bien —intervino Christina, intentando dejar de temblar.

—Parece que has visto al mismísimo demonio —replicó su tía.

No había visto al demonio, aunque lo último que recordaba de Nicholas bien podría compararsele.

—Le he visto. Estaba en la plaza, ahí enfrente —musitó la joven con más calma después de

haber tomado varios sorbos de agua.

Laura asintió sabiendo al instante de quien hablaba.

—¿Crees que él también te ha visto?

—No lo sé, cuando abrieron la puerta él parecía que iba a mirarme.

—¿De quién habláis? —ordenó su tía con voz fuerte.

Laura miró a su hija buscando su asentimiento y la joven se encogió de hombros aceptando, ya que su tía no se detendría hasta saber de qué iba todo eso.

—Ay, tía Priddy... Siéntate, porque es una historia algo extensa —comenzó Laura.

Christina apartó la mirada y la dirigió hasta la ventana, estaba tentada a ver si aún continuaba allí, pero se recriminó a sí misma que sería del todo imprudente.



—¡Menudo canalla! —dijo tía Priddy después de que Laura contase a grandes rasgos como había resultado todo—. Niña, ¿cómo pudiste mezclarte con esa clase de hombre? Estoy segura de que Cornell era un desgraciado, pero era un ángel en comparación.

—Tía Priddy, no quiero hablar de eso —susurró Christina tomando asiento en el sillón, junto a sus cosas de costura donde se encontraba lo que estaba tejiéndole al bebé.

—Bien, cambiemos de tema— intervino Laura rápidamente, tomó un paquete que había sobre la mesa y se lo entregó—. Hemos comprado esto para el bebé.

El ambiente aún era tenso y se veía que su tía quería intervenir de nuevo, pero Christina comenzó a desenvolver el paquete con presteza, encontrando en el interior un pequeño sonajero de plata.

—Es precioso, muchas gracias —dijo la joven, mientras se escucharon unos golpes en la puerta.

La criada entró con la respiración acelerada y dijo:

—Hay un caballero en la puerta, pregunta por alguien que no vive aquí, señora Erford, se lo he dicho, pero continúa empeñado en que la ha visto entrar en la casa.

Christina palideció al instante y dejó el sonajero sobre su tarea de costura.

—¿Por quién pregunta? —preguntó con algo de miedo.

—Por la condesa Millward.

Capítulo 44

Christina supo inmediatamente de quien se trataba. No era muy difícil suponer e incluso una parte de ella prefería verle de una vez. Sabía que pretender esconderse era lo más sensato, ya que no imaginaba que Nicholas quisiera hablar con ella sobre los viejos tiempos. Sus últimos encuentros habían sido demasiado tormentosos como para que todo quedara como si nada. No estaba muy segura de qué querría.

¿Pretendía pelear de nuevo con ella? ¿Acaso estaba demasiado aburrido de la baronesa de Fay? Si acaso solo había sido esa mujer, algo que dudaba. Sin embargo, había algo claro, él quería hablar con ella. Podría hacer como él había hecho, negarse. Nicholas le había cerrado la puerta en la cara todas las veces que ella había querido verle y bien lo tenía merecido. Aunque sabía que al negarse él pensaría que huía de él, Nicholas creería que era culpable, que tenía miedo a su presencia y aunque era claro que debía tener cuidado con él cuando estaba enfadado, también sabía que a ella no le haría daño.

—Dile que se equivoca y que aquí no vive ninguna condesa —dijo tía Priddy con tono desdeñoso.

—Soy yo, tía Priddy, el duque de Harford compró ese título para mí —intervino Christina con voz más serena de la que cabía esperar, dadas las circunstancias.

—¡Pero sí va a ser un descarado ese hombre! Voy a salir y le echaré a patadas de mi casa —dijo tía Priddy con enfado—. No me importa si es un duque o la reina, no es bien recibido aquí.

Laura asintió de acuerdo, pero ambas mujeres se detuvieron en seco cuando escucharon a Christina decir:

—Hablaré con él.

—Querida, ¿realmente deseas hablar con ese hombre? —le preguntó Laura confundida—. ¿Y si se pone violento? En tu estado podría ser fatal.

—No deseo esconderme de él, fue Nicholas quien se equivocó, no yo —dijo Christina con dureza—. Ni si quiera se dará cuenta de mi embarazo, me mantendré sentada todo el tiempo.

A su madre y a su tía no les agradó aquello, era obvio que lo veían como una pésima idea, pero Christina estaba convencida y empeñada que terminaron por aceptar.

La criada salió del salón, seguida de las dos mujeres y Christina tomó aire lentamente, esperando a que la puerta volviera abrirse de nuevo sin apartar la vista del lugar.



Nicholas entró en el salón y cerró la puerta tras él. La miraba fijamente como si su presencia le causara algún tipo de sobresalto, cuando él ya sabía que al haberla seguido la encontraría o quizá significaba otra cosa. Christina no podía saberlo y no supo identificar el sentimiento que reflejaban sus ojos, ya que unos instantes después su gesto se convirtió en neutro.

Sería tonto por su parte negar su corazón se aceleró cuando le vio. Parecía que apenas había pasado tiempo y al mismo tiempo, realmente habían pasado varios meses en los que no se habían visto, sobre todo teniendo en cuenta cómo había terminado todo entre ellos, no habría esperado

una visita cordial por su parte. Christina había esperado que no tuviera de pelear, que aquella visita fuera por otro motivo quizá deseaba que firmara una renuncia de ese título que él mismo le obsequió.

—Buenas tardes, excelencia, ¿desea tomar asiento? —preguntó Christina con tono serio, retomando el trato que debía dispensársele a una persona con su título, con la intención de tomar algo de distancia de su persona y los sentimientos que aún despertaba en ella.

Nicholas curvó sus labios en una sonrisa algo cínica, mientras la miraba enarcando las cejas, en clara referencia a su tratamiento, a lo que la joven se limitó a encoger los hombros. Estaba más delgado y algo desmejorado, tenía ojeras, como si no pudiera dormir bien desde hacía bastante tiempo. Christina se sintió tentada a preocuparse por su salud, parecía enfermo... ¿Lo estaría?

—El tiempo lejos de mí parece haber sido agradable contigo —contestó Nicholas con aquel tono sarcástico al que la había acostumbrado durante su relación.

Christina sabía que ella no había cambiado, ya que, debido a su estado, había comido y se había cuidado, incluso en los días en los que se había sentido demasiado apenada para hacerlo, incluso su madre le había dicho que, debido a su embarazo, parecía brillar de una forma especial, aunque no supuso que él notaría algún cambio en ella.

—Preferiría que me contara el porqué de su visita—replicó Christina, sintiéndose frustrada por aquella conversación insustancial—. Si quiere que renuncie al título, puede decir...

—¿Al demonio el título! ¿Dónde has estado? —preguntó él con voz ronca—. Hace semanas que intento encontrarte. He ido a Brighton, a tu casa en Londres y parecías haberte esfumado, ni siquiera te llevaste el dinero. Estaba en el mismo sitio donde lo dejé. No sabía si estabas bien...

Christina tuvo ganas de reírse a carcajadas, de todo lo que hubiera esperado de aquella visita su preocupación era lo último. La joven se removió en su asiento, comenzando a molestarse.

—Recuerdo que me pediste de forma muy *poco* amable que abandonara tu casa, nuestros últimos encuentros no fueron muy agradables como recordarás y no deseaba tener que agradecerte nada —dijo ella con voz dura.

—No tenías que *agradecerme* nada, eso era tuyo, no hace falta que me recuerdes que me comporté como un canalla, lo tengo muy presente —refutó él golpeando la mesa que había junto a él con el puño.

Christina no había esperado tampoco que él censurara su propio comportamiento, pero al menos era algo.

—Una lástima que no lo tuvieras presente antes, de ese modo Paul Kingsley aún estaría entre nosotros—contestó ella sin poderlo evitar—. Y si tus dudas ya han quedado satisfechas, deberías marcharte a tu casa, estoy segura de que tu esposa extrañara tu compañía.

—Eloise murió hace tres meses —contestó el friamente, como si estuviera dándole un parte meteorológico.

Christina tragó el nudo que tenía en su garganta y no supo qué responder durante unos instantes. No había esperado eso, ni siquiera había sabido que ella estaba enferma. La joven le miró de nuevo y no le pasó inadvertido que su brazo carecía de cualquier señal de luto. Era sabido que los hombres guardaban un luto mucho más flexible, apenas portaban un lazo negro en su brazo durante unos meses y enseguida podían hacer su vida normal.

—Siento mucho tu pér...

—No malgastes tus palabras, no lo sientes mucho más que yo —la interrumpió él con un gesto desdeñoso—. Sin embargo, mi preocupación por tu bienestar es sincero, Christina, realmente deseo que tomes posesión de todo lo que dispuse para ti, quiero saber que te encuentras segura y a

salvo.

La joven desconocía qué había cambiado en esos meses para que él dijera eso, ¿habría llegado el sentimiento de culpabilidad tras aquel despropósito que hizo? Realmente él parecía un culpable. Su corazón se agitaba por él, sus manos le pedían que se acercara y la acariciara, incluso sus labios deseaban unirse a los suyos, pero no podía hacerlo. No podía porque, aunque sabía que su amor era puro, sincero... El de él había sido oscuro, malicioso. Ni siquiera sabía si la amaba realmente y si actuaba preso de la culpabilidad. Christina había estado segura de que él se arrepentiría de sus actos y quizá la muerte de su esposa, le había sacudido tan duramente que, aunque él dijera que no le importaba, sí que lo había hecho, hasta el punto de querer resarcirse por sus propios pecados.

—No voy a aceptarlo, Dios dispuso que nuestros caminos debían separarse, Nicholas y así será —replicó ella serenamente.

—No seas absurda, no voy a molestarte, Christina, te dejaré tranquila, solo quiero que estés bien, tómalo como una forma de expiar mis... —sin embargo, Nicholas se interrumpió al escuchar unos golpes en la puerta.

—Señora Whittermore, soy el coronel Rennold, ¿se encuentra bien? —preguntó el coronel a través de la puerta.

Christina se puso de pie instintivamente, golpeando su tarea de costura en el acto, que cayó al suelo sin que se diera cuenta. La joven miró a la puerta, mientras Nicholas se agachó para coger algo del suelo.

Ella se acercó a la puerta para decirle al coronel que se encontraba bien, pero de pronto Nicholas la agarró del brazo y colocó su mano en su vientre, abriendo los ojos sorprendido al notar lo abultado de este. Como si el bebé fuera consciente de la mano de su padre, dio una patada haciendo notar su presencia.

El corazón de la joven comenzó a latir aceleradamente, tanto por su cercanía como al saberse descubierta por él.

—Es de Paul Kingsley —dijo ella rápidamente con nerviosismo.

—Ambos sabemos que Paul no te tocó de ningún modo—le dijo él con crudeza, apretando su agarre más fuerza.

—Te equivocas. Además, hace unos meses estabas seguro de lo contrario, le mataste por eso.

Nicholas torció el gesto ligeramente, pero no se apartó.

—Mírame a los ojos y júrame por la vida de esa criatura que no soy el padre —le ordenó sin dejar de mirarla fijamente.

Christina no podía hacerlo y él lo sabía. Él sabía que habría mentido en su nombre, en el de cualquiera, pero nunca podría hacerlo por la vida de un hijo suyo. Sus ojos comenzaron a cristalizarse y no pudo decir nada.

—Debes suponer que esto lo cambia todo —dijo él aflojando su agarre después de unos segundos.

—No, no lo hace. Puedes fingir que no lo sabes y...

—¿Y que ese imbécil que llamaba a la puerta crie a mi hijo? No, Christina. Ningún hijo mío va a nacer siendo bastardo. Tiene derecho a disfrutar de mi fortuna, mi nombre y mi título, por eso mismo te vas a casar conmigo.

—No voy a hacerlo.

—Muy bien —aceptó él con aparente tranquilidad—. En ese caso haré lo que esté a mi alcance para quitártelo y sabes que no me supondrá ningún problema hacerlo.

Christina le pegó una bofetada mientras la puerta del salón se abría ante el coronel, su madre y su tía.

—Conoces tus opciones, mañana vendré a saber tu respuesta y será mejor que no pretendas huir porque te haré vigilar —le dijo sin dejar de mirarla y después se marchó aceleradamente.

Christina comenzó a llorar terriblemente, ya que sabía que cuando el duque de Harford deseaba algo, hacía todo lo posible por conseguirlo.



Christina se encontraba sentada en uno de los sillones de su cuarto mirando por la ventana, era cerca de la medianoche, pero ella no podía dormir.

Las palabras de Nicholas daban vueltas en su cabeza, aunque su madre y su tía le habían dicho que él no podría salirse con la tuya. Ella era consciente de que eran palabras vacías, ya que ellas no tenían ningún tipo de posibilidad contra él.

Su madre parecía no recordar el ímpetu que tuvo para convertirla en su amante y para después deshacerse de ella. Sabiendo que ella daría a luz a un hijo suyo en pocos meses, un heredero para todo lo suyo, él nunca se daría por vencido y ganaría. Le podría quitar a su bebé con una mano en la cintura y ella no podría verlo nunca más.

No podía negar que su corazón sufría ante aquella posibilidad, pero también había otra posibilidad: casarse con él. Con cuánta ilusión había aceptado la otra vez. Y qué diferente era en aquella ocasión. En esos instantes no sabía qué sentía por Nicholas, estaba confundida entre la rabia por verse obligada a esa circunstancia y el temor de salir herida.

Cuántas veces había soñado con ser su esposa y ahora que podía ocurrir vislumbraba ese camino de una forma triste y oscura. Ella terminaría siendo como su anterior esposa y como ella terminaría marchitándose de amor por él, porque, aunque él había asumido su error y mostrado su arrepentimiento por sus actos no había dicho que la amara.

Vivirían como dos extraños en una casa, cuya única unión era ese hijo que ella traería al mundo, esa era la única diferencia entre Eloise y ella. Tendría a su hijo para darle todo el amor que su padre parecía no estar interesado en recibir o que ella no estaba segura de darle.

Podría fingir que nada le importaba y no pensar demasiado en sus salidas y escauceos. Aceptaría ser su esposa y la madre de su hijo, pero nunca podría entregarse de la misma forma que antes. Habían pasado demasiadas cosas entre ellos para eso. Por mucho que le amara, guardaría ese amor para sí misma y para su hijo, porque no podía confiar en Nicholas, sería vulnerable de nuevo y sería fatal.

Y cuando llegara al día siguiente y aceptara someterse a aquella orden tan malvada que él había expuesto, sería el principio de aquel futuro incierto.

Capítulo 45

❀5 de noviembre de 1886❀

Todo había ocurrido demasiado deprisa, a la mañana siguiente de aquella propuesta se había despertado sorprendentemente tranquila, era como si hubiera asumido su destino, fuera cual fuera este. Tenía absolutamente claro que debía aceptar lo que ocurría, quizá podría haber huido, pero no se encontraba con fuerza para hacerlo, ¿de que servía luchar o resistirse? Conocía a Nicholas perfectamente bien y sabía que después de conocer de la existencia del bebé, no se detendría hasta tenerle junto a él. ¿Y qué otra cosa podía hacer ella al respecto? Ni siquiera podría verle si él no se lo permitía y la otra opción era aceptar aquello. Había luchado tanto, que no deseaba malgastar sus fuerzas en una pelea que no iba a ganar. Podía recordar aun las palabras de su madre y su tía al saberlo al día siguiente...

❀29 de octubre de 1886❀

«Notaba las miradas de su madre y su tía sobre ella aquella mañana. Las tres mujeres se encontraban en la mesa del comedor tomando el desayuno, podría suponerse que era como una mañana normal, salvo porque no lo era en absoluto. Las tres fingían comer y omitían el nerviosismo y la tensión que había en la sala. Las agujas del telón continuaban andando y eran conscientes de que, de un momento a otro, aparecería aquella visita tan poco estimada.

Su madre y su tía parecían incapaces de tomar la palabra, parecían temer decir algo inadecuado o fuera de lugar, Christina soltó los cubiertos sobre su plato sintiéndose verdaderamente nerviosa bajo aquel escrutinio.

—Voy a aceptar casarme con él—expuso la joven, respondiendo a la pregunta muda que reinaba en sus mentes.

—No puedes hacer eso, Christina —replicó tía Priddy con vehemencia.

—Somos conscientes de lo que es capaz ese hombre... —comenzó Laura concordando con la anciana.

—Por eso mismo debo aceptar, porque sabemos lo que puede hacer.

—¿Y qué será de ti, querida? —preguntó madre agarrando su mano.

—Seré duquesa —contestó ella con los ojos brillantes evitando llorar—. Parece que después de tanto tiempo las palabras de aquella pitonisa francesa se hacen realidad».



Finalmente, había preferido enviar una nota con unas palabras de lo más impersonales a la casa del duque de Harford aceptando amablemente su oferta, de ese modo se había ahorrado la visita de rigor y tener que ver en sus ojos el brillo de una victoria cruel sobre ella. Del mismo modo, él había contestado haciéndose cargo de los pormenores de la ceremonia.

Y ahí había finalizado toda su comunicación hasta que había sido convenientemente informada de que solo dos días después, se celebraba aquel insólito enlace. Nada de fiesta de compromiso, ni amonestaciones, ni una gran ceremonia. Y ella lo prefería de ese modo, era la primera que estaba junto a Nicholas y deseaba alejarse de él cuanto antes[e7], de ese modo podría comenzar a

adaptarse a esa nueva etapa de su vida que se abría ante ella. Había sido una ceremonia tan impersonal que casi no la sentía como propia...

«No podía negar que había pasado mala noche, no imaginaba cómo sería la convivencia entre ellos a partir de ese día, estaba segura de que no sería como antes, sería algo extraño, pero tampoco deseaba pelear con él todo el tiempo, finalmente aquello resultaría agotador.

La ceremonia se celebraría ante la presencia de su madre, su tía y el coronel. Este último no era del agrado de Nicholas, ya que su mirada al verle había sido de todo menos grata. Hubiera querido que Alice estuviera presente, pero su madre había pensado que no era conveniente debido a las circunstancias.

Se había dispuesto que la ceremonia se celebrara en una pequeña capilla a las afueras de Londres. Debido sobre todo a su estado y la reciente viudez de Nicholas, aunque ese motivo parecía el menos importante para él.

Sin ningún tipo de artificio se habían situado frente al párroco y este había dirigido su mirada sagaz hasta su vientre, no había que ser demasiado listo como para comprender el motivo que los había llevado hasta allí con tanta urgencia, teniendo en cuenta sobre todo el cargo que ostentaba Nicholas.

Este había sido una figura fría junto a ella, mientras se encontraban frente al párroco que los estaba uniendo en matrimonio. Christina no había podido evitar pensar en lo triste que resultaba aquello. Junto a ella estaba el hombre que más había amado en su vida y se estaba casando con él, sin embargo, lejos de sentir dicha, sentía una fuerte presión en el pecho.

—... si alguien tiene algún impedimento para que este enlace se lleve a cabo que hable ahora o calle para siempre —dijo el hombre con tono solemne mientras alzaba las manos.

Nadie dijo nada y durante los segundos silenciosos que siguieron a esas palabras, entonces finalmente sentenció:

—Por el poder que Dios y la Santa Madre Iglesia me ha concedido, les declaro marido y mujer.

De ese modo había terminado colocando la alianza alrededor de su dedo anular, el lugar donde algunos meses antes él mismo había colocado otro, prometiendo cambiarlo lo antes posible por uno como ese.

Christina miró el anillo sintiéndolo pesado, aquel sería mucho más difícil de llevar que el de Charles. Ningún sentimiento la había unido al otro hombre, más allá del respeto mutuo, aunque esa relación se hubiera enfriado al final, pero ese anillo parecía pesar mucho más que el anterior».

La joven dirigió la vista hasta los árboles que flanqueaban el camino hasta la propiedad de Nicholas en Canterbury. Él había dispuesto que aquella casa era el lugar idóneo para ellos, por mucho que Christina no lo pensara así. Aquella casa había sido el territorio de su primera esposa, ese lugar casi abstracto que en su mente no tenía ningún aspecto. No habían llegado y ya se sentía como una invasora, como si estuviera fuera de lugar.

Aunque no podía decir que no fuera un sentimiento conocido, Christina había sentido algo parecido en la casa de Boniface Whittermore, pero en aquella ocasión se enfrentaría sola a todo eso. Su madre no la acompañaba, debido a una petición expresa de la propia joven. Había preferido que permaneciera con tía Priddy y que la visitaran en alguna ocasión. Y aunque su madre se había negado, finalmente había conseguido convencerla de que era lo más adecuado.

Miró de reojo a su acompañante, Nicholas también parecía mantenerse pensativo al otro lado del coche, sumido en sus pensamientos, no habían intercambiado ninguna palabra demasiado

profunda y eso que se habían casado, aquello parecía mostrar claramente cómo sería el futuro de su matrimonio.

El coche se detuvo finalmente frente a una propiedad de gran porte con todas las características de las residencias campestres propias de la nobleza. Los jardines eran de impecable trazado característico inglés y borde sobre el río Stour.

Aberlash Manor se encontraba a cuarenta millas al oeste de Canterbury en una isla de cuatro acres en el medio del Stour. Los jardines de la propiedad se inundaban cuando el río se desbordaba por las lluvias. La casa del siglo XVII tenía nueve dormitorios, dos salas de estar, una algo más amplia y formal en estilo inglés tanto en el mobiliario como en la decoración, dos salas de comedor; una era para el uso diario e informal, y la otra para comer con invitados y fiestas.

Nicholas se adelantó al cochero y la ayudó a bajar del carruaje, soltando su mano inmediatamente después, cuando ya se encontraba en el suelo. Era curioso, pero no podía pensar en sí misma como su esposa, como lady Harford. Parecía algo ajeno a ella, incluso la propia Christina sentía que esa deferencia aún pertenecía a su fallecida esposa.

—Adelante, es tu casa —le dijo Nicholas alargando la mano hasta la entrada.

Christina tuvo la tentación de negar aquella afirmación, pero se mantuvo en silencio caminando hasta la puerta. Tragó fuertemente al ver el crespón sobre la puerta. Una mujer mayor la esperaba a la entrada, no vestía lo suficientemente elegante como para tratarse de la madre de Nicholas.

—La señora Mascow es el ama de llaves, cualquier cosa que necesites, puedes pedírsela a ella —le dijo Nicholas recibiendo un asentimiento amable por parte de la otra mujer.

—Bienvenida a su nuevo hogar[e8][LC9], lady Harford —dijo la señora Mascow con una agradable sonrisa.

—Gracias —asintió la joven con la voz temblorosa.

—Ya veo que has llegado, Nicholas, además vienes con... *ella* —dijo una voz femenina de pronto.

El ama de llaves se removió incómoda en su lugar y tanto Christina como Nicholas miraron a la dirección desde la que venía esa voz.

Una mujer alta y elegantemente vestida, de riguroso luto, por supuesto, salía de uno de los salones. Tenía los ojos verdes, los ojos parecían algo hinchados, presumiblemente de llorar por su ahijada, tenía el pelo negro, aunque varias canas lo salpicaban, recogido en un estricto moño. Aquella era, sin lugar a duda, la señora Harford, la madre de Nicholas y era algo latente que no deseaba su presencia en aquella casa.

Nicholas hizo caso omiso a sus palabras y se giró para mirarla, besó suavemente su mejilla y le dijo en un tono de voz íntimo, parecido al que usaba antes de que todo ocurriera. Christina sintió que algo en su interior se agitó al oírle, era la primera vez que ocurría algún tipo de contacto entre ellos y aunque se había prometido no sucumbir, no pudo evitar sentir una ligera sequedad en su garganta.

—Debo hablar con mi madre, permíteme unos segundos —luego con más ímpetu se dirigió al ama de llaves y le dijo—. Señora Mascow acompañe a mi esposa a la habitación, necesita descansar.

La amable mujer asintió y agarró del brazo a Christina. La joven iba tan confusa que se dejó guiar por la otra mujer escaleras arriba.



Christina había decidido quedarse en la habitación, ya que no deseaba pasearse por la casa.

Aquel recibimiento por parte de la madre de Nicholas había sido suficiente para saber que no la quería allí y que la veía como una intrusa que pretendía sustituir a su adorada Eloise, además, si ambas mujeres eran tan cercanas, la señora Harford estaba al tanto de su relación anterior con su hijo, algo que aparentemente había hecho sufrir a Eloise Mansfield.

Pero debía tomarse todo aquello con calma, no quería exaltarse, ni mucho menos que la vida de su hijo corriera peligro por esos temas.

Se mantuvo tumbada en la cama aprovechando que era bien entrada la tarde. La señora Moscow le llevó una bandeja con té y un trozo de pastel que agradeció amablemente.

Otro tema comenzó a acudir a su mente, la forma en la que Nicholas se había dirigido a ella la había afectado. Había sonado como hacía algunos meses y ella se había sentido bien al oírle. Su corazón se había acelerado alegremente cuando le había hablado y eso era fatal. Si se tambaleaba ante él y después se iba con otra mujer, ella no podría soportarlo.

No podría acercarse a él de nuevo, involucrarse con él y que conociera una nueva *Christina* que lo apartara de su lado.

Decidió ponerse temprano el camisón y dormir hasta el día siguiente, aunque aún no había llegado la hora de cenar, ya que después de no haber dormido la noche anterior y por el viaje, se encontraba bastante cansada.

Estaba terminando de trenzarse el pelo, cuando escuchó la puerta de la habitación abrirse y Nicholas entró, deteniéndose unos segundos a observarla. Christina sabía que con la tela fina del camisón su embarazo era mucho más visible y se sintió algo incómoda. Además, tampoco entendía por qué entraba en su habitación. Le vio sentarse en la cama y quitarse los zapatos. ¿Acaso pretendía dormir con ella? ¿Como si nada hubiera ocurrido? ¡No podía consentirlo!

—¿Pretendes dormir aquí? —preguntó Christina en un tono demasiado alto.

—Es mi habitación, ¿dónde voy a dormir si no? —contestó él como si fuera la cosa más natural del mundo.

—En ese caso, debo ser yo la que se marche a otro lugar —replicó ella poniéndose en pie.

—No digas tonterías, Christina. Nosotros nunca hemos dormido separados mientras hemos convivido bajo el mismo techo —contestó él con cinismo, enarcando una ceja—. ¿Qué ha cambiado ahora?

—Todo ha cambiado, no deseo compartir tu cama, ni tu techo y no lo habría aceptado si no me hubieras amenazado para que lo hiciera, pero no pienso aceptar nada más.

Nicholas se quedó callado durante unos segundos, sin dejar de mirarla, aunque no dejó de quitarse la ropa.

—Has dejado claro lo que piensas y lo respeto —asintió él con rotundidad—. Pero ahora eres mi esposa y deberás soportar mi presencia, incluso al otro lado de la cama.

—En ese caso, solo me queda esperar a que te aburras y te marches en busca de diversiones más... *complacientes* que yo —finalizó la joven caminando hasta la cama rápidamente.

Se tumbó de espaldas a él y se quedó quieta, cerrando los ojos. Le escuchó moverse y sintió el peso de su cuerpo en el colchón. Acercó su mano hasta su mejilla en un intento de llamar su atención, pero ella se alejó de él con celeridad.

—No quiero pelearme contigo, Christina —dijo él suavemente cerca de ella—. Sé que no me merezco que me lo pongas fácil, pero sabes que no soy una persona que se rinda fácilmente. No he hecho las cosas bien, lo sé, pero estoy dispuesto a recuperarte.

—Y yo estoy dispuesta a evitar que lo consigas.

Capítulo 46

❀ 6 de noviembre de 1886 ❀

Christina se despertó al día siguiente con un ligero dolor de espalda, se dio cuenta de que no había abandonado la postura rígida que había adoptado al principio de la noche, cuando se había tumbado en la cama. Había intentado hacer caso omiso de la presencia de Nicholas en la misma habitación. Le había escuchado moverse a través de esta y luego se había tumbado a su lado de espaldas también. Era curioso después de todo, podría haberse reído irónicamente, de no ser por la situación en la que estaba inmersa.

Se puso boca arriba mirando al techo cuando notó que Nicholas no estaba en la habitación. Su lado de la cama se encontraba frío, por lo que debía hacer algún tiempo que se había marchado. Había sido un auténtico martirio dormir con él y fingir que no le afectaba. No había podido evitar recordar las noches en las que había dormido plácidamente entre sus brazos, cuánto había lamentado que eso no ocurriera de nuevo y por muy tentada que se sintiera a ceder, no podía permitírselo. Él quería recuperarla... ¿acaso se podía recuperar algo que ya le pertenecía a uno? Porque por mucho que se resistiera, que le atacara, incluso que peleara con él, ella continuaba amándolo y así sería por siempre. Giró la cabeza hasta el otro lado de la cama y vio una rosa blanca sobre su almohada.

Con una rosa blanca había empezado todo y con una flor blanca se había terminado.

Una bendición y una maldición, era curioso encontrar respuesta al fin a aquel enigma después de tantos años pasados. Cómo había cambiado la vida de esa niña de ocho años que había escuchado asustada el presagio de aquella mujer y cuán acertada había estado.

Su amor había comenzado con una rosa igual a aquella y como la primera, no iba a aceptarla, así que, aunque la cogió y la olió delicadamente, la dejó sobre la mesilla de Nicholas, para que este la viera cuando regresara.

❀ ❀ ❀

Terminó de vestirse y perfumarse un rato después, se aseguró de que sus lazos negros estuvieran en su lugar y escogió el vestido que más disimulaba su estado y decidió salir de la habitación. No sabía si era un error, pero quedarse allí encerrada no le agradaba para nada. Sabía que ella no le era grata a la madre de Nicholas, pero ambas deberían asimilarlo y tendrían que acostumbrarse a verse, ya que previsiblemente tendrían que soportarse durante bastante tiempo.

Bajó las escaleras y entró al salón informal, donde supuso que se tomaría el desayuno. La madre de Nicholas se encontraba allí y a su lado una dama de edad parecida, Christina supuso que se trataría de su dama de compañía. Hubiera preferido tardar algo más y no encontrárselas allí, pero una vez que había bajado no podía salir corriendo, por lo que entró en la instancia y ambas señoras la miraron con desdén.

—Buenos días, señora Harford —la saludó la joven con amabilidad, intentando que no se notara su incomodidad.

—Se me ha quitado el apetito, acompáñame a mi habitación Nora —dijo la señora, dejando la

servilleta sobre su desayuno recién servido y levantándose de la mesa.

La otra mujer la siguió con paso rápido y pasaron junto a ella sin mirarla, dejándola sola en la estancia.

Christina suspiró, pero al menos lo había intentado y no tendría que soportarlas mientras comía.

—Lady Harford, buenos días, ¿ha dormido bien? —le preguntó la señora Mascow entrando con una jarra de zumo en la mano. Notando que las mujeres se habían marchado.

—Buenos días —contestó la joven tomando asiento, al menos una persona en la casa no fingía que no existía—. He dormido bien, es muy amable por su parte preguntar.

—¿Qué desea desayunar?

—Lo que haya estará bien para mí —musitó ella mientras le servía un poco de zumo.

La mujer se retiró con un asentimiento. Aquella habitación tenía vistas al gran jardín de la propiedad y era algo tranquilizador. Un pequeño cuadro que había sobre la chimenea se mantenía cubierto, sin verlo la joven estaba segura de que era Eloise Mansfield, sintió unas repentinas ganas de llorar al verse tan sola allí. No habría esperado que la recibieran con los brazos abiertos, pero tampoco de aquella forma tan hostil, ¿acaso era ella la culpable de que esa mujer hubiera muerto?

Sintió una patada de su hijo y que le hizo sacar una sonrisa, parecía decirle que no estaba sola, que estaba allí con ella y ciertamente cuando él llegara al mundo, no le haría falta nada más.



Que la señora Harford hubiera desaparecido de su vista nada más aparecer, le daba la oportunidad de pasearse por la casa sin ningún tipo de problema, parecía que siempre que ella apareciera la otra mujer saldría en espantada en su presencia. Encontró un piano en el gran salón de fiestas, era idéntico al que ella tocaba junto a Emily. Desde que había vuelto a acariciar las teclas en el orfanato para aquella niña asustada, había regresado a ella la inquietud por sentarse delante de aquel instrumento. Su tía Priddy tenía uno y había vuelto a tocar varias veces más después de aquello. De niña le encantaba que la escucharan tocar, incluso de mayor adoraba amenizar las fiestas de sus padres con algunas canciones, aunque a Boniface no le agradara mucho.

Se sentó frente al piano de nuevo y pasó los dedos por encima de las teclas con un ligero movimiento que hizo que sonaran las teclas, parecía afinado, por lo que comenzó a tocar algunas de las piezas antiguas que se sabía de memoria, como el *Nocturne in C-Sharp Minor* de Frédéric Chopin.

Christina cerró los ojos suavemente, mientras la música inundaba la gran sala con suavidad. Cuando finalmente la canción llegó a su fin, la sala quedó en silencio y de pronto sintió unas manos sobre sus hombros, lo que hizo que abriera los ojos rápidamente y provocó que diera un respingo.

Nicholas se sentó junto a ella con una sonrisa y un brillo en la mirada, mientras la observaba.

—No pretendía asustarte —se disculpó con suavidad, acercó la mano hasta su mejilla, pero ella se alejó unos centímetros.

—No volveré a tocarlo si es una molestia —dijo ella, sintiéndose algo avergonzada porque la hubiera escuchado.

—No me molesta, no sé de dónde sacas esas ideas absurdas, Christina, es todo tuyo para que hagas lo que desees con él... Me alegro de haber podido comprobar por mí mismo lo que decía Cornell, ¿puedo saber qué ha provocado que vuelvas a tocar? La última vez no parecías muy

deseosa de hacerlo.

—Es una larga historia —replicó ella.

—Y no me la quieres confiar, como quieras, no insistiré, pero espero que algún día quieras compartir de nuevo las cosas conmigo, como antes.

—Nunca será como antes, no mientras no sea capaz de olvidar lo que hiciste, lo que dijiste.

—Que yo deba vivir con eso, no significa que tengas que hacerlo tú.

—Pero lo hago, Nicholas. La muerte de Paul Kingsley pesa sobre mis hombros, al igual que sobre los tuyos.

El duque achicó los ojos al escuchar el nombre de su amigo y alejó su mirada de ella durante unos momentos. Christina podía intuir que no era tan indiferente a ese hecho como él hubiera querido parecer. Parecía finalmente que sus palabras se habían cumplido y sentía el peso de la culpabilidad sobre él.

—Deja que me haga cargo de esa penitencia, Christina, porque nadie más que yo la merece.

—Y, sin embargo, mi hijo y yo viviremos con ella también.

Nicholas se encogió de hombros y la joven apartó la mirada, entonces escuchó que el instrumento volvía a sonar. Él estaba entonando de nuevo la canción que ella misma había tocado instantes antes. No conocía esa faceta de él, era curioso, ya que había supuesto que le conocía muy bien.



❁ 11 de noviembre de 1886 ❁

Christina observaba pensativa cómo el río comenzaba a cubrir parte del jardín debido a las lluvias que se habían sucedido desde su llegada. Aquello había impedido claramente que ella pudiera salir de la casa, lo que la estaba comenzando a agobiar. Se encontraba en el comedor informal, donde apenas acababa de desayunar.

Los días pasaban con una lentitud pasmosa, no podía poner toda la distancia que deseaba entre Nicholas y ella mientras estuvieran en la casa. Además, la señora Harford con su intención de evitarla, solo provocaba que el ambiente en la casa estuviera aún más tenso. Y Christina ni siquiera se sentía lo suficientemente libre como para caminar por la casa, ya que ni siquiera la sentía su hogar. Había visitado varias veces cada instancia de la casa, aunque solo había una que le agradaba: la sala donde estaba el piano era su favorita y donde pasaba la mayor parte del día. Luego estaba otra que apenas había pisado, el salón pequeño tenía un cuadro enorme de Eloise Mansfield que la hacía sentir escalofríos. Se encontraba cubierto por una tela negra, que debajo dejaba ver un poco la imagen. Además de la habitación de la mujer, donde la señora Harford pasaba todo el día, entre las cosas de Eloise, que continuaban en el mismo lugar donde esta las dejó.

Christina estaba segura de que incluso estaría todavía el hueco que la cabeza de la joven dejó sobre la almohada la última vez que se posó sobre esta.

—Pareces triste —dijo Nicholas a sus espaldas.

—El invierno me entristece—replicó ella sin dejar de mirar por la ventana—. Hace días que no puedo salir, ni siquiera puedo caminar por el jardín.

—¿Solo es el *invierno*? —preguntó él colocando su mano en su barbilla para que le mirara—. Sé que no eres feliz, Christina, no hay que ser un erudito para darse cuenta. Intento no apremiarte, porque sé que nuestra relación es complicada.

—¿Quieres decir que la complico más aún? —Christina dio un paso hacia atrás para alejarse de la caricia de Nicholas.

Sin embargo, sentía un ligero hormigueo en el lugar donde antes la había tocado.

—Puedes decirlo de ese modo, si lo deseas. Me molesta que hagas eso, precisamente — confesó él con dureza—. Tengo en mente que debo conformarme, pero no es una cualidad que tenga. Intentó esperar y deseo que llegue el momento en el que no huyas de mí y todo vuelva a ser como antes.

—Me casé contigo para no perder a mi hijo, no para complacerte, quizá deberías esperar a que amaine la tormenta e ir al pueblo, alguien allí estará dispuesta a satisfacer tu *frustración*.

—Deja de repetirlo, porque quizá te tome la palabra.

Christina tenía un nudo en el estómago, ya que no quería que él se marchara con otra, claro que no, pero tenía tanto miedo a estar con él de nuevo, temía que ella se entregara de nuevo y él se deshiciera de ella de forma fría y cruel, y no podría soportarlo. Otra vez no, por ello debía mantenerse apartada.

—Adelante, entonces —susurró ella con más entereza de la que sentía.

—Christina...

—Excelencia, el señor Blake ha llegado, me ha dicho que tenía una cita con usted... —musito la señora Mascow interrumpiendo lo que fuera a decir Nicholas en ese momento.

La joven agradeció la intervención y suspiró.

—Bien, llévelo a mi despacho —ordenó él sin dejar de mirar a su esposa—. Vamos a continuar esta conversación, todas las veces que haga falta. No voy a buscar otra mujer, teniendo a la que deseo bajo mi techo.

Nicholas se marchó dejándola allí plantada, quizá él tenía razón y debían hablar claramente de todo. Al fin y al cabo, él daba a entender que sentía culpa, que era consciente de sus errores y parecía arrepentido. Sin embargo, había una parte de ella, más vengativa que la primera, que deseaba que él se sintiera tan mal como se había sentido ella. Ni siquiera era por Paul Kingsley, era absurdo, pero era así. Recordaba los meses que había pasado lejos de él, imaginándole que, con otras mujeres, recordando sus palabras y quería que él también sufriera por eso. Era como si su propio orgullo necesitara una retribución...

—¡Contigo quería hablar! —le gritó la señora Harford entrando en la sala con rabia.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven sorprendida de que le hablara directamente a ella por primera vez desde su llegada.

—¿Dónde está el anillo? ¡Devuélvemelo! —le gritó histérica agarrando su mano y tirando de su alianza con fuerza—. ¿Cómo has podido ser tan mezquina? Nunca será tuyo, ¿lo entiendes? Ninguna mujerzuela como tú lo merece.

—¿De qué habla? ¿Qué anillo? —replicó la joven apartándose de la mujer, que de nuevo intentaba arrancarle la alianza, estaba segura de que si tuviera un cuchillo a mano le cortaría el dedo.

—El anillo de Eloise, ¡tú lo robaste! Sabes que es mucho más valioso que esa baratija que llevas en el dedo —contestó ella empujándola con ambas manos.

Christina perdió ligeramente el equilibrio y cayó sobre el suelo golpeándose en el abdomen.

Capítulo 47

La joven sintió un dolor punzante en la parte baja del vientre y notó como su ropa íntima y parte de su vestido comenzaba a mojarse. La madre de Nicholas parecía haberse quedado paralizada mirándola, cuando repentinamente le sobrevino un dolor que reconoció inmediatamente y no pudo evitar gritar. La joven comenzó a negar con la cabeza, con un nudo en el estómago. No podía ser, no tan pronto.

—¡Señora! —exclamó la señora Mascow situándose junto a ella—. ¿Le duele?

—Mi hijo... —susurró ella aguantando la respiración ante un nuevo dolor.

La señora Harford dio un paso atrás, alejándose de la escena que sin querer ella misma había provocado. Christina intentaba aguantar las ganas de gritar debido al dolor que sentía, como si aquello fuera la solución a todo. Sentía el brazo de la señora Mascow sobre sus hombros, al igual que la escuchaba murmurar algunas palabras, palabras de consuelo quizá, pero ella no podía centrarse en ellas. Era curioso que el ama de llaves mostrara más preocupación por su hijo y ella misma que la otra mujer.

Apenas podía pensar en otra cosa que no fuera el significado de aquellos dolores. No había hecho falta un golpe para que perdiera a su primer hijo y sin embargo ocurrió. Christina volvió a sentir un pinchazo y no pudo evitar quejarse en voz alta.

Sintió la presencia de Nicholas junto a ella antes de que hablara. Ordenó en voz alta que llamaran a un médico y se agachó a su lado, pasando su brazo por su cintura para cogerla en brazos. Christina emitió un quejido por el movimiento, entonces él dijo, sin dejar de caminar:

—Sh... No llores, mi amor, no te preocupes, no va a pasar nada.

—No quiero que le ocurra nada —susurró ella con angustia, poniendo la cabeza sobre su hombro.

—No va a pasaros nada —contestó Nicholas con tal rotundidad que Christina deseó tener aquella seguridad tan grande como la de él.



La señora Mascow había subido tras ellos y se había encargado de ayudarla a quitarse el vestido manchado y ponerse un camisón. La intensidad del dolor había menguado, aunque repentinamente la sacudían varios seguidos que le quitaban el aliento.

La espera se le hizo eterna hasta que al fin llegó el médico, no podía negar que sentía verdadero alivio al ver a Nicholas junto a ella, agarrando su mano. Sabía que su posición era delicada, los hombres no se involucraban en esos aspectos de la vida femenina, era algo que debían pasar ellas solas. El hombre esperaba saber noticias sentado en el salón, tomando un poco de whisky o coñac, pero él no. Nicholas estaba a su lado y tenerle allí fue muy importante para ella, ya que era la única persona que deseaba y necesitaba a su lado.

Hubiera querido que su madre se encontrara también, pero realmente... Nicholas también formaba parte de aquello. Era su hijo y estaba genuinamente preocupado por lo que ocurriera.

El médico la revisó y confirmó sus peores presentimientos: el niño nacería antes de tiempo.

Christina supo inmediatamente lo que significaba aquello: la posibilidad de que su hijo no sobreviviera. No podría volver a pasar por todo eso, no esa vez. No podría soportarlo de nuevo. Negó con la cabeza, como si aquello fuera a solucionarlo, pero sintió una nueva contracción que la hizo morderse el labio inferior.

—Por favor, tiene que salvarlo —le pidió la joven mirando a Nicholas—. ¡Ordénale que haga algo!

—Vamos a traer al mundo a su criatura, lady Harford, haré todo lo que este en mi mano para ayudarla —dijo el médico en un tono más suave, mirando a Nicholas.

Este se alejó unos pasos con el otro hombre y le dijo algo en voz baja, Christina comenzó a ponerse nerviosa y estaba a punto de exigir que le dijeran qué ocurría, cuando sintió una nueva contracción.

Entonces el médico comenzó a sacar cosas de su maletín y Nicholas regresó de nuevo junto a ella.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que debo salir, no debes preocuparte de nada. Nuestro hijo desea conocer el mundo antes de tiempo, es un impaciente, supongo que se parece a mí.

Christina agarró su mano antes de que él se alejara y le pidió con voz cansada:

—No te vayas.

Nicholas se agachó junto a ella y acercó sus labios a su oído, acariciando su mejilla con la otra mano.

—Estaré tras esa puerta.

Christina asintió y el duque se marchó con reticencia de la habitación. La señora Mascow colocó unas almohadas y luego la ayudó a cambiar su posición para que fuera más fácil para el médico ayudarla. El hombre se colocó frente a ella y le dijo:

—Bien, relájese, tome aire, lady Harford. Vamos a traer un niño al mundo y necesito su ayuda, ¿de acuerdo? —dijo él hombre con una pequeña sonrisa.

Christina asintió enérgicamente, agarrando la mano de la otra mujer, cuya presencia la tranquilizaba bastante. Esa señora que apenas acababa de conocer, pero que le estaba dando todo el apoyo en aquel momento, que por desgracia su madre no podía darle.



—10 horas después—

La señora Mascow limpió su frente de sudor con amabilidad. Había perdido totalmente la noción del tiempo mientras se encontraba allí. Intentaba hacer caso de las indicaciones del médico, empujar cuando él se lo decía, pero se empezaba a encontrar tan cansada, que apenas tenía fuerzas para empujar. Su agarre en la mano de la señora Mascow había bajado notablemente de intensidad, apenas podía mantener los ojos abiertos y parecía como si su cuerpo comenzara a acostumbrarse al dolor. Ni siquiera tenía fuerza para gritar, ni empujar como al principio.

—Vamos, señora, solo queda un poco y todo habrá pasado —le dijo la señora Mascow con energía—. Solo un poco más.

Christina intentó hacer lo que le pedía y apretó ligeramente su mano, al igual que el colchón que había debajo de ella. Entonces sintió como finalmente su hijo llegaba al mundo y la habitación se quedó en silencio unos segundos eternos, hasta que finalmente comenzó a escucharse el llanto del bebé.

—Es un niño, señora —dijo la mujer con una sonrisa.

Christina vio de forma borrosa como el médico se movía con lo que presumiblemente era su

hijo envuelto en una sábana. Podía escucharse su llanto fuerte y contundente. La joven sonrió comenzando a llorar, mientras se sentía aún más cansada y débil. Deseó tener fuerza para pedir que le permitieran verlo, sin embargo, no pudo evitar verse arrastrada hasta la oscuridad.



«Christina abrió los ojos y frunció el ceño al notar la molestia del sol frente a ella. Estaba segura de que hacía relativamente poco tiempo se había sentido hastiada de la lluvia y el mal tiempo. No sabía de dónde provenía aquel sol tan brillante. Se sintió bastante desconcertada, ya que estaba segura de que estaba olvidando algo muy importante...»

—Mami, mami —dijo una suave y conocida voz, mientras alguien se ponía entre el sol y ella.

Christina frunció el ceño más profundamente y alargó la mano hasta la persona que había frente a ella.

Las mejillas adorablemente regordetas de Emily eran tan suaves como las recordaba y Christina se cubrió la boca al conseguir ver claramente el rostro de su hija de nuevo frente a ella. Impulsivamente, la abrazó fuertemente contra sí, hasta que la niña comenzó a removerse inquieta.

—¿Qué pasa, mami? —le preguntó la niña.

Christina no sabía qué responder, parecía un milagro, realmente había creído que la había perdido para siempre.

—He tenido una pesadilla y estaba muy asustada —repuso la joven sin dejar de acariciar los mofletes de la pequeña.

—Pero ahora ya no lo estás.

No, realmente Christina ya no se sentía asustada, aunque tampoco se sentía bien del todo. Era una sensación extraña, como si hubiera olvidado algo muy importante y fuera incapaz de recordarlo. Estaba segura de que solo había una persona que pudiera decirle que era. Su madre podría ayudarla.

—No, cielo, ahora ya no, ¿quieres que vayamos a visitar a la abuelita?

Emily la miró como si estuviera diciendo una locura.

—¡La abuelita no está aquí, mami! —exclamó la niña con más sensatez de la que recordaba que tuviera con anterioridad.

—¿Y dónde está? —replicó ella como si todo fuera parte de una broma.

—Con el bebé que llora.

—¿Qué bebé, cielo? —preguntó la joven con seriedad.

De pronto sintió que la figura de la niña desaparecía ante ella con la misma velocidad con la que había aparecido. Miró a su alrededor, levantándose y buscándola mientras la llamaba asustada.

Christina entró corriendo a la casa y se sorprendió al encontrarla vacía, ni siquiera se encontraba el piano, ni las cortinas. Parecía que aquel lugar había sido abandonado. Ella sentía que conocía la respuesta a sus dudas, pero algo en su cabeza parecía negarse a dejarla saber.

Subió corriendo las escaleras buscando a Emily por todas las habitaciones, que como el resto de la casa se encontraban totalmente vacías. Entró finalmente en la de Emily, la única que permanecía intacta, tal y como ella la recordaba. Y en uno de los rincones, se encontraba la niña.

—¡Emily! —la regañó la joven acercándose a ella—. Me has asustado, creí que te habías

perdido.

Christina se sentó junto a ella con el corazón agitado.

—No, mami, yo siempre estaré aquí contigo —le dijo la niña, de nuevo sonando demasiado mayor para tener aún cuatro años, mientras señalaba la zona donde su corazón latía aceleradamente.

—Y yo contigo —susurró ella con una sonrisa, retirándole un mechón de cabello que caía sobre su frente.

Entonces la joven se detuvo abruptamente cuando comenzó a escuchar una voz cerca de su cabeza.

«Él estará solo si te marchas. No puedes abandonarnos, Christina. ¿Qué será de él? ¿Y de mí? ¿Qué será de nosotros si tú nos dejas?»

Christina miró a su alrededor buscando a la persona que había dicho esas palabras, pero no había nadie.

A su mente acudió el llanto de un bebé... Su bebé. Acababa de nacer y ella... le estaba abandonando».

Capítulo 48

❖ 16 de noviembre de 1886 ❖

Christina se despertó sintiéndose bastante confusa. Tenía la garganta seca por la sed, pero no le pareció lo más importante en ese momento. Se dio cuenta de que solo una de las ventanas de la habitación se encontraba abierta. Por la luz podía saber que el día estaba nublado, ya que carecía del matiz brillante que tenían los días de sol. La joven miró a su alrededor en la habitación y vio a Nicholas, dormido, en un sillón junto a la cama. Él, como si notara que estaba siendo observado abrió también los ojos y la miró fijamente durante unos segundos como si no supiera que decir.

Se levantó de su asiento con movimiento rápido y ágil, apoyándose en la cama, para abrazarla como si hiciera años que no se veían. Acariciaba su pelo y su rostro como si no creyera que estuviera realmente ahí.

Christina no sabía qué ocurría, parecía triste, como si estuviera consolándola. La joven imaginó inmediatamente a que podía deberse aquello y se alejó de él para hablarle.

—¿El niño? ¿Dónde está? —le preguntó ella con impaciencia.

—Está perfectamente, Christina, ahora todo está bien —musitó él pegando su frente a la suya. Christina sintió un alivio inmediato.

—No me mientes, ¿verdad? —Nicholas negó con la cabeza. —Quiero verlo.

—Ordenaré que te lo traigan enseguida —asintió él, aunque no se movió de donde estaba—. Avisaré a tu madre de que has despertado.

—¿Mi madre? ¿Cómo ha llegado tan deprisa? —preguntó ella confusa.

—Llegó hace dos días, ¿tú que crees que ha ocurrido hoy? —repuso él.

—Ha nacido el bebé, debo haberme dormido más de lo que creía —musitó la joven para sí misma.

—Eso ocurrió hace cinco días, Christina. He estado muy preocupado por ti... Pensé que ibas a marcharte para siempre.

Christina intentó recordar algo de aquellos días y no había nada. Parecía como si para ella todo hubiera sido un simple pestañeo y sin embargo parecía que, mientras tanto, el tiempo había avanzado de forma alarmante. La joven advirtió por primera vez desde que había despertado el aspecto que lucía Nicholas en ese momento. Su barbilla estaba cubierta por una barba espesa, lucía algo descuidado. Tenía unas manchas moradas bajo los ojos y se veía agotado.

—Yo no me acuerdo de nada.

—Supongo que debe ser por la fiebre. Delirabas y decías cosas sin sentido, ni siquiera parecías consciente de lo que ocurría —dijo él con la voz grave—. Pero no importa, ya todo ha pasado.

Christina se sintió conmovida por su preocupación, sabía que aquello no podía fingirlo, al igual que sabía que no era una persona malvada en el fondo. Había cometido errores muy graves, pero no era malo.

La joven iba a hablar de nuevo, cuando la puerta se abrió y su madre entró rápidamente,

acercándose para abrazarla.

—¡Gracias a Dios que te has despertado! Estaba tan preocupada por ti, cielo. No vuelvas a asustarme de esta forma —dijo Laura atropelladamente, mientras Nicholas se levantaba.

—Ordenaré que traigan al niño —dijo él caminando hasta la puerta.

—Nicholas... —le llamó la joven antes de que saliera, este se giró para mirarla a la espera—. Gracias.

Tuvo la sensación de que él esperaba otras palabras, sin embargo, asintió y salió de la habitación. El ambiente del lugar quedó un tanto extraño tras su salida, ya que ciertamente a ella también le hubiera gustado decir otra cosa...

—Ay, Christie, ¿cómo te encuentras? —le preguntó Laura unos segundos después sentándose junto a ella.

—Bien, un poco débil, pero... Me sorprende que hayan pasado tantos días, que estés aquí... Estoy confusa y deseando de ver al bebé, ¿tú le has visto?

—Sí —dijo su madre con un tono algo molesto—. Parece un príncipe, querida. No he podido estar con él mucho tiempo, estaba muy preocupada por ti... Pero la madre de Nicholas se... ha encargado de todo.

—¿La señora Harford? No me gusta como lo has dicho, mamá, ¿qué ocurre?

—Nada, cielo. Ahora estas bien y podrás cuidar de tu hijo.

—Me estas ocultando algo, mamá, ¿acaso no está bien el niño?

—Está perfecto, no es el niño, Christie... Lo hablaremos cuando estés mejor.

—Mamá, por favor, deja ese tono misterioso y...

—Me ha sorprendido ese hombre —la interrumpió Laura pensativa—. Estaba segura de que era un ser cruel y mezquino. Teniendo en cuenta lo que ocurrió con el doctor Kingsley y sin embargo... No puedo negar que siente algo por ti. No se ha alejado de tu lado en ningún momento, ni siquiera quería comer o dormir. Se sentaba ahí y te miraba, como si su vida también corriera peligro.

Christina sonrió ligeramente al escuchar a su madre. Se sentía conmovida. Ella hubiera hecho eso mismo por él de haber sido al revés. Echaba de menos su antigua complicidad, tenía la sensación de que desde que se habían vuelto a ver no eran ellos mismos, ambos actuaban como si tuvieran miedo. Ella conocía su temor, sabía a qué se debía aquel deseo de tenerle alejado, pero ¿y él? Desde el principio Nicholas había insistido en su deseo de retomar su relación y ella se había negado, había esgrimido excusas para no exponerse, porque no quería resultar herida de nuevo.

¿Era posible que después de aquello pudieran tener una oportunidad? Podría ser, si ella se arriesgaba de nuevo, quizá podría ocurrir. Ella había querido su cercanía en aquel momento tormentoso, la de nadie más. Se había sentido bien, segura a su lado. Quizá tenía que ceder, darle una oportunidad...

—Es un hombre de fuertes sentimientos, parece —continuó su madre sin darse cuenta de los pensamientos que atormentaban a su hija—. Ama y odia con la misma intensidad y se mueve con rapidez entre ambos extremos.

Era una buena definición para Nicholas. Un hombre que amaba con fuerza, pero que también odiaba con ímpetu, con la fuerza suficiente que le empujaba a besar con amor y matar también en nombre de ese amor. ¿Pero merecía esa justificación? Christina sabía que no, nada podía justificar la crueldad que cometió con Paul Kingsley y, sin embargo, ella no era nadie para juzgarle. Dios lo haría llegado el momento.

La joven alzó la mirada al escuchar la puerta abrirse y la señora Harford entró con la criatura entre los brazos. Inmediatamente, Christina dejó a un lado de su mente lo que estaba pensando centrándose únicamente en el bebé. Nicholas entró tras ella y Christina alargó inmediatamente los brazos hasta el niño.

La señora Harford lo colocó con reticencia entre sus brazos, alejándose unos pasos. Christina miró a su hijo por primera vez, notando como sus ojos comenzaban a aguarse. Tenía la cara sonrosada y los ojos cerrados, se quejó por el cambio de brazos, aunque inmediatamente se adaptó a los suyos. Tenía la nariz graciosamente respingona y los labios finos. Tenía más pelo del que había imaginado y este era de un fuerte color castaño, como Nicholas.

Christina sonrió, acercando sus labios a la frente del niño besándole con cariño.

—Hola, cielo, soy mamá. Hemos tardado más de lo acostumbrado en conocernos, pero ya estoy aquí contigo. No dejaré que nada te ocurra, cariño —le susurró la joven con emoción, ajena a la mirada que le dirigían el resto de los ocupantes de la sala.

—Se parece a ti —susurró el duque más cerca de lo que ella había imaginado.

—Yo estaba pensando que se parece a ti —musitó la joven mirándole.

—¿Por qué no les dejamos unos momentos a solas? —intervino Laura mirando a la señora Harford con los brazos cruzados.

—Porque George debe regresar a la cuna, es pequeño y no debe agitarse, además usted está demasiado débil —replicó la señora Harford con intención de llevarse al niño.

—¿George? —preguntó la joven mirando a Nicholas.

—Madre...

—¿Qué? Es un nombre común en nuestra familia, todos los primogénitos Harford se llaman así, al igual que tu padre y tu hermano, Nicholas.

—Le llamaremos como tú decidas, Christina, *tú* eres su madre.

Christina se sintió satisfecha al escuchar a Nicholas salir en su defensa ante su madre, le daba una confianza que no había tenido hasta ese día desde que llegó. Había sentido que esa mujer podía hacer lo que deseara sin que se tuviera en cuenta su opinión y lo último era escoger por su cuenta el nombre de su hijo. No le gustaba *George*, pero, aunque le hubiera gustado, no le habría llamado así por nada del mundo.

Pensó unos instantes y miró a su madre que parecía a punto de estallar de indignación y entonces supo cómo debía llamarse su hijo.

—Quiero que se llame Henry —susurró ella mirando a Nicholas esperando su confirmación—. Henry Nicholas Russell.

—Perfecto —musitó él cogiendo la mano del niño—. Será el primer *Henry* de la familia.

—Tu padre se sentiría muy orgulloso —dijo Laura con emoción, ya que ese había sido el segundo nombre de su padre. Su verdadero padre. Algo que solo sabían ellas.

Christina se sintió muy satisfecha al ver a la señora Harford tener que morderse la lengua. Ya que no había olvidado porque su hijo había nacido prematuro y esa era una conversación que tenían pendiente entre ellas.

Cuando estaba a punto de hablar de nuevo, la señora Mascow llamó a la puerta y entró con el médico que llegaba para revisarla. A la joven no le quedó más remedio que aceptar y la madre de Nicholas se aprovechó de esto para llevarse al niño a otra habitación.

Antes de que el médico les pidiera que salieran, la joven miró a su madre y supo a qué se refería cuando había hablado antes en ese tono de Henry. La señora Harford parecía querer acaparar a su hijo y no iba a permitirlo.



—Me agrada comprobar que se encuentra despierta, lady Harford. Nos ha tenido muy preocupados —le dijo el médico después de revisarla con cuidado.

—¿Eso significa que podré levantarme de la cama? —preguntó Christina con una sonrisa algo impaciente.

Odiaba estar allí echada, teniendo en cuenta que había tenido un bebé que necesitaba de sus cuidados, no le importaba que la señora Harford se hubiera encargado de Henry, su ayuda no era necesaria ya, ni tampoco bien recibida. Escuchó a su madre quejarse en voz baja, pero no le prestó atención.

—Debe ser paciente, *milady*, no corramos ningún riesgo por ahora. Manténgase en la cama unos días más para asegurarnos de que no regresa la fiebre, coma bien y descansa —Christina torció el gesto con contrariedad, no había nada que deseara menos que guardar cama, pero no tenía otra opción—. Vendré a verla mañana, ¿de acuerdo?

—Muy bien —aceptó la joven un poco entre dientes.

La señora Mascow acompañó al médico y su madre cerró la puerta tras él. Lo cierto era que Christina no se sentía conforme con la solución del médico, debido a la forma que había tenido la madre de Nicholas de llevarse al niño, incluso había pretendido nombrarle como ella deseaba, eso unido al tono que había empleado su madre al hablar del tema, la hacía inquietarse.

—Ya casi es la hora de cenar, pediré que te traigan algo ligero, ¿vale? —dijo su madre con la intención de abandonar la habitación.

—Un momento, mamá, ¿tu tono extraño de antes se debía al tema del nombre del niño?

—No creo que debas agitarte por eso, ya has arreglado ese asunto y...

—Madre —la interrumpió la joven sabiendo que su madre ocultaba algo.

—Lo cierto es que siento el sabor de la sangre en la boca de tanto morderme la lengua —replicó su madre sentándose en la silla junto a la cama—. Pues sí, querida, esa mujer se ha apoderado de la criatura como si ella misma la hubiera traído al mundo. Es cierto que tanto el duque como yo hemos estado muy preocupados por ti y que hemos dejado a Henry a su cargo, pero he ido a visitarle todos los días y apenas podía pasar unos minutos con él porque esa mujer me echaba de la habitación con excusa del agotamiento del niño, aunque claro siempre en su presencia o ante esa mujer tan robusta que la acompaña. Y Dios me libre de pensar mal, pero créeme que he comenzado a pensar que...

—Que ella deseaba mi muerte para quedarse con Henry —terminó la muchacha con contrariedad—. Me parece curioso, sencillamente porque desde mi llegada ella se ha dedicado a omitir mi presencia, incluso es la culpable de mi parto prematuro.

—¿Cómo es eso, Christie?

—Esa mujer había perdido la alianza de la primera esposa de Nicholas y me culpaba de haberla robado, estaba furiosa, discutimos y me empujó, cuando caí me golpeé el vientre y comencé a sentir el dolor.

—Vieja maldita... —maldijo su madre en voz baja—. Menos mal que no está presente, porque de otro modo le arrancaríamos los ojos con mis manos... ¡Qué demonios!

Laura se levantó de su asiento con intención clara de ir en busca de la señora Harford y Christina estaba segura de que no sería para hablar tranquilamente.

—¡Madre! —la llamó Christina haciendo amago de levantarse, sintiendo un ligero mareo.

—No, no, el médico te ha dicho que no debes moverte, además no voy a tardar nada en solucionar este asunto.

—Déjame arreglarlo a mí, mamá. Debemos ser más listas que ella, si ahora vas a atacarla, ella inventará cualquier cosa y Nicholas la creería.

—Dudo mucho que anteponga a su madre a ti, Christina.

—Pero no lo sabemos, podríamos molestarle y... Podría llevarse a Henry, ya me amenazó con eso, ¿recuerdas?

—¿Y vas a dejar que esa mujer haga lo que le plazca?

—No, claro que no, sin embargo, hasta que no pueda levantarme de aquí no puedo hacer nada.

—No estoy nada contenta con esto, quiero que lo sepas.

—Lo sé, mamá, yo tampoco. Prefiero pensar que ahora que estoy bien, dará un paso al lado y me dejará tranquila —musitó la joven sin mucha confianza.

—Eso no lo crees ni tú.

Capítulo 49

❖20 de noviembre de 1886❖

Christina había decidido terminar con su convalecencia, aunque el médico prefiriera que estuviera en la cama algunos días más. Sin embargo, había un tema por solucionar que no la dejaba descansar, así que era preferible que se pusiera a solucionarlo.

Durante aquellos tres días que había obedecido al médico, a su madre y Nicholas, manteniéndose en la cama, apenas había podido ver a Henry unos minutos por la mañana. La señora Harford esgrimía como excusa su delicada salud y que el niño era muy pequeño para ir de un lado a otro. Christina estaba harta de esas excusas, ni ella se sentía débil, ni ir de una habitación a otra podía hacer mal a su hijo y más si era para estar con ella. Bien podrían haberle trasladado mucho más cerca de ella, en lugar de llevarse a la habitación que había junto a la de aquella mujer.

Ella había fingido no darse cuenta y estaba segura de que la señora Harford creía haber conseguido su propósito y por muy paranoico que sonara, era obvio que pretendía adueñarse del bebé, por eso mismo debía levantarse de la cama de una vez y hacer notar que ella estaba lo suficientemente sana como para cuidar de su hijo y aunque no hubiera podido, su madre era mejor compañía para Henry que aquella mujer que no había deseado su nacimiento en un inicio. Y Nicholas estaba demasiado distraído, como si tuviera muchas preocupaciones, la visitaba para interesarse por su salud, no dormía con ella, Christina debía admitir que le extrañaba en la misma cama, aunque no pensara decírselo, había comenzado a creer que su madre había exagerado su preocupación por ella. Apenas parecía darse cuenta de lo que ocurría frente a él y ella no estaba segura de contarle sobre sus sospechas, ya que al fin y al cabo era su madre.

—¡Vuelve a la cama, Christina! No puedes agotarte, podrías recaer... —dijo su madre entrando en la habitación, sorprendiéndose de encontrarla ya vestida y peinada.

—No estoy agotada, mamá. Estoy bien, me encuentro bien, estar tumbada en esa cama es lo que me cansa y más viendo constantemente como esa mujer no me deja estar con Henry.

—Te dije que teníamos que dejarle claro su posición hace días. Porque tú no me lo permites, porque de otro modo ya la habría agarrado del pelo —replicó su madre con enfado, Christina estaba segura de que ganas no le faltaban y a ella tampoco, a decir verdad.

Christina se levantó de delante del tocador y se encaminó hasta la puerta, seguida de su madre.

Las habitaciones de la señora Harford estaban al otro lado de la casa, Christina no sabía si siempre había sido su lugar o se había marchado allí poniendo la máxima distancia posible entre ellas dos.

La joven dio unos toques en la puerta donde su madre le había dicho previamente que era la habitación de Henry.

La dama de compañía de la señora Harford, Nora, esa mujer tan robusta de la que había hablado Laura, abrió ligeramente la puerta, sin permitir que Christina viera el interior.

—No puede entrar, lady Harford. El niño aún no está preparado, además aún no ha llegado la

hora de su visita —le dijo la mujer con intención de cerrarle la puerta.

Christina fue más ágil y consiguió evitarlo, con una de sus manos.

—¿A qué se refiera con la hora de mi visita? Soy su madre, puedo verle cuando deseé, incluso tengo más derecho que usted y su señora. Dígale que quiero hablar con ella —le ordenó la joven empujando la puerta.

—La señora Harford me ha ordenado que nadie entre, señora —repitió la mujer como si Christina fuera estúpida—. Usted tiene otras ocupaciones como esposa del duque, por lo que seremos la señora Harford y yo quienes nos encargamos de cuidar y educar a Henry.

Christina la miró como si esa mujer dijera cosas sin sentido, porque así era en realidad. ¿Acaso ella necesitaba un horario para estar con su hijo? Aquello era aún peor de lo que creía.

—¿Acaso están locas las dos? ¡Te he dicho que me dejes entrar! —le dijo Christina golpeando la puerta.

—No, señora, ya se lo he dicho. Henry solo puede ser visitado de doce a doce y media y ese horario las incluye —replicó la mujer cerrando la puerta.

Christina notaba el corazón agitado por la indignación y sin pensarlo, comenzó a caminar en dirección contraria.

—¿Dónde vas? A esto me refería cuando decía que no podías agitarte, Christina.

La joven se limitó a seguir caminando hasta las escaleras y las bajó con paso apresurado. Fue hasta el despacho de Nicholas y sin ninguna llamada que alertara de su llegada entró en la habitación.

—Tenemos que hablar, Nicholas, es importante —dijo rápidamente, moviéndose nerviosa por la habitación.

Nicholas se levantó de su asiento y salió de detrás de su mesa con rapidez, con expresión preocupada, se acercó a ella y la agarró por los brazos.

—¿Te sientes mal? No deberías haberte levantado...

—¡Me encuentro bien! —le gritó de forma histérica, alejándose de él para continuar en movimiento—. Quiero hablar sobre tu madre.

—¿Qué ocurre? —preguntó él cambiando la expresión anterior por otra más seria.

—Comprendo que ella se ha encargado de cuidar a Henry mientras he estado débil, pero creo que ya es momento de que la sustituya en esas tareas. Soy su madre y me niego a tener un horario para poder estar con mi hijo.

—¿Horario? ¿Qué horario?

—Dice que solo puedo verlo media hora al día y que ella lo va a criar, ¿acaso eso es idea tuya? Estoy segura de que ambos rezabais deseando mi muerte para hacer con mi hijo lo que os viniera en gana, pues lamentablemente estoy viva y no voy a permitirlo. Si queréis quitármelo será sobre mi cadáver —le impelió la joven señalándole con el dedo índice remarcando cada palabra de su discurso.

—No vuelvas a decir una cosa así, Christina. Nadie ha deseado tu muerte, ni quiere quitarte a tu hijo.

La joven debía admitir que escucharle decir eso la tranquilizó bastante, aunque sabía que quizá mentía por su expresión no lo parecía.

—Quizá debas explicárselo bien a tu madre, entonces.

—Acompáñame —le ordenó él, aunque sin necesidad, ya que la cogió de la mano y comenzó a caminar de regreso a la habitación que Henry estaba ocupando.

Nicholas golpeó la puerta varias veces y de nuevo, la dama de compañía de la señora Harford

abrió la puerta, aunque en esta ocasión agachó la mirada con sumisión y habló de forma más educada que antes.

—Aparta de la puerta —le ordenó fríamente, haciendo que la mujer se alejara rápidamente ante su orden.

La señora Harford se encontraba sentada en una mecedora con Henry en brazos y alzó la mirada al escucharlos entrar.

—Aún no es la hora de visita, Nicholas.

—Mi hijo no es ningún preso para tener horario de visitas, madre y mucho menos si es su madre quien quiere verlo. Dele al niño —le exigió cruzándose de brazos.

Christina se acercó a la mujer para coger a su hijo, pero en lugar de dárselo se alejó de ella. La joven negó con la cabeza, aquello realmente era inaudito.

—¿Qué dices, Nicholas? Este niño necesita que alguien sensato y adecuado se encargue de su educación, suficiente tiene ella en aprender a ser una buena esposa, como para que le pidamos ser buena madre también.

—No vuelvas a hablar de mi esposa en esos términos, madre. Estoy seguro de que Henry no puede tener una madre mejor de la que tiene y mucho mejor que la que tuve yo —replicó Nicholas con tono neutro—. Dele al niño.

—Este niño será tu heredero, no puedes permitir que lo críe una prostituta.

—Madre...

—Pero soy su madre, por mucho que le pese y desee que lo fuera Eloise, es mi hijo también y si hubiera sido por usted ambos habríamos muerto —la interrumpió Christina girándose para mirar a Nicholas—. Ella me empujó aquel día, por eso me puse de parto, fue por ella.

La señora Harford negó con la cabeza de forma reiterada y poco convincente.

—¿Es cierto? —preguntó Nicholas dirigiendo su mirada a su madre—. ¿Y bien?

—Ella miente, te miente y la crees. Te tiene embrujado —susurró la mujer con desmayo.

—¿Lo hiciste o no? Y por última vez, entrégale al niño.

La señora Harford se lo dio con reticencia y por el movimiento brusco de la mujer, Henry comenzó a llorar. Christina lo acunó dulcemente meciéndolo para calmarlo.

—Le robó la alianza a Eloise...

—Yo no la robé, señora.

—Será mejor que prepares tu equipaje, madre. No deseo que permanezcas un día más en esta casa. Puedes escoger el lugar que desees para vivir, pero márchate de aquí.

—Estás cometiendo un grave error, Nicholas. Me echas de aquí en pleno invierno. No eres el mismo, no te reconozco.

—No, no lo soy, pero eso no es culpa de Christina, sino de tu adorada Eloise, madre. No olvides recoger tus cosas, en una hora el coche te llevará a la ciudad.

Nicholas se giró y salió de la habitación con paso vacilante mientras su madre le llamaba. Christina no había esperado que todo pasara de esa forma, pero prefería que esa mujer se alejara de ellos. Ella salió tras él con el niño en brazos.

—Nicholas, lo siento mucho —susurró ella una vez estuvieron en el pasillo.

—Yo lo siento, tú no has hecho nada, Christina. Sabía que mi madre no estaba bien desde la muerte de Eloise, pero no sabía que era tan grave. Me disculpo por eso —dijo él con tono cansado, acariciando un moflete de Henry—. Ordenaré que trasladen las cosas del niño cerca de tu habitación.

Christina disimuló como pudo la desgana con la que había tomado que él se refiera a la

habitación como si solo fuera de ella.

—Gracias, Nicholas —musitó ella con una sonrisa agradecida, ya que, contra todo pronóstico, él se había puesto de su lado y había confiado en su palabra.

—Es la segunda vez que me das las gracias y no me gusta. No quiero que me agradezcas nada... Deseó muchas cosas, pero el agradecimiento no es una de ellas —replicó él con una media sonrisa algo cínica, acercando sus dedos a su mejilla—. ¿Acaso debo conformarme únicamente con eso?

Christina sabía qué quería preguntar diciendo aquello y la joven no sabía que responder.

—No lo sé.

Sin saber por qué, Nicholas sonrió más ampliamente.

—Me basta con eso por ahora —contestó él, se giró y caminó de regreso a su despacho.

Christina le vio marcharse, pero tuvo que regresar la vista a Henry cuando se removió entre sus brazos, la joven sonrió y besó su frente caminando hasta su habitación. Aunque no podía dejar de pensar en sus palabras.

—¡Lo has conseguido! —exclamó su madre al verla entrar con el niño—. Déjame un momento.

Christina le entregó a Henry con gesto ausente.

—¿Cómo la ha convencido?

—No he sido yo, Nicholas lo ha hecho. Le conté lo que ocurría y... Ha echado a su madre de la casa.

—Vaya, no hay mal que por bien no venga. Te dije que él no se pondría de su lado teniéndote a ti al otro, cielo... ¿Y por qué estás tan seria entonces?

—Por nada, una tontería.

Laura se encogió de hombros aceptando su palabra, aunque estaba segura de que el duque formaba parte de aquella *tontería*, que posiblemente no era tal.



Para alivio de la joven, la señora Harford se marchó aquella misma tarde, junto a su dama de compañía a un hostel y al día siguiente partirían hasta Gales, donde ubicarían su nueva residencia. Christina se sintió más tranquila al saber que estaría lejos de ella y su hijo. Aunque deseaba no tener que permanecer en aquella casa. Ni siquiera la ausencia de la madre de Nicholas consiguió hacerla sentir más cómoda y estaba segura de que era por todo lo que había allí perteneciente a Eloise Mansfield.

Capítulo 50

❖26 de noviembre de 1886❖

Christina abrazaba a su madre antes de despedirse de ella. Laura había decidido regresar a Plymouth junto a tía Priddy. Christina había intentado disuadirla de aquella decisión, pero su madre parecía totalmente convencida. Tanto Henry como ella se encontraban en perfecto estado de salud, como bien había dicho el médico el día anterior y tras la marcha de la señora Harford todo estaba en paz.

Sin embargo, Christina no quería que se marchara, tenía algo de temor para quedarse con Nicholas a solas en la casa. No era que le tuviera miedo, que creyera que pudiera ocurrirle algo, estaba segura de que Nicholas no le haría nada. Si era sincera consigo misma debía admitir que tenía miedo de sí misma. Temía no ser lo suficientemente consecuente con sus propias afirmaciones anteriores. Quedarse a solas con él, sin ningún tipo de injerencia ajena a ellos dos en la casa, era peligroso para ella, porque la dejaba aparentemente desprotegida ante su propia debilidad.

Ella había comenzado a pensar de otra manera distinta desde que se viera obligada a casarse con él. Era consciente de su presencia cuando él se encontraba cerca e incluso extrañaba tenerle al otro lado de la cama. Aunque fuera espalda contra espalda. Sabía que estaba siendo irracional, que en un principio ella había deseado esa lejanía, incluso había querido tener su propia habitación. Pero tras el nacimiento de Henry parecía que algo había cambiado en su interior.

Christina nunca había dudado de sus sentimientos por él. Ella continuaba amándolo tanto o más que el primer día, pero sentía como si el nacimiento de su hijo hubiera multiplicado esos sentimientos, que sin saber por qué la instaban a acercarse a él.

Y ahí radicaba su confusión, porque mientras su lado más impulsivo la llamaba a hacer eso mismo, su sentido más racional la detenían, recordándole lo que ocurrió la última vez que le entregó su amor y confianza. Sabía que era egoísta por su parte, pero deseaba que su madre se quedara con ella y que, con su presencia, frenara esos impulsos ilógicos y ahora Laura se marchaba lejos de allí.

—Sabes que no es necesario que te marches, mamá —insistió la joven intentándolo una última vez.

—Lo sé, querida, pero es el momento de que comiences a valerte por ti misma. No estoy diciendo que no sepas, sino que siempre hemos caminado una cerca de la otra, por mi culpa, estoy segura, ya que no deseaba que te alejaras de mí —dijo su madre dándole un suave beso en la frente—. Y no puede ser, cielo, además estoy segura de que estarás bien, siempre podemos visitarnos.

—Sí, madre, ven pronto, con la tía cuando se encuentre mejor para que conozca a Henry.

—Estará encantada, seguro —asintió su madre, cambiando la mirada a un punto detrás de su hija.

Christina se giró y vio a Nicholas en la puerta saludándola con la mano.

—Cuidaos, cielo.

Laura dio un último abrazo a su hija y se subió al coche convencida de que ocurriera lo que ocurriera finalmente entre ellos, lo ideal era que estuvieran solos para que pasara.

Christina se despidió de ella con la mano mientras el coche comenzaba a alejarse de la propiedad. Sintió una mano sobre su hombro y sintió un hormigueo en la zona donde la mano de Nicholas se posaba, pero no se alejó.

—La voy a echar de menos—musitó la joven.

—¿Sentirías lo mismo si fuera yo el que se marchara en ese coche?

—Sería distinto —replicó ella observándole.

—Supongo que sí... Deberíamos entrar, comienza a hacer frío —contestó él, colocando su mano en su espalda para instarla a caminar.

Christina miró con hastío la casa y el crespón que aún se encontraba en la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó él con voz cansada.

—Esta casa me hace sentir incómoda, como si estuviera usurpando el lugar de tu esposa.

—Tú eres mi esposa —afirmó él con fuerza

—No me siento como si lo fuera.

—Me gustaría demostrártelo de muchas formas, pero no me lo permitirías —musitó él acercando los labios a su oído—. Es la casa más cómoda en invierno de las que poseo, puedes cambiar cualquier cosa que te haga sentir incómoda, Christina, como si quieres remodelarla entera. Haz lo que gustes para adaptarla a ti.

Christina consideró seriamente la idea de sumergirse en la remodelación de esa casa y tuvo que aceptar que aquello le llevaría bastantes semanas de trabajo que harían que su mente se viera más despejada para finalmente tener la cabeza fría en todos los aspectos. La joven no podía negar que él se estaba esforzando al máximo por hacerla sentir cómoda y se vio tentada a girar el rostro y posar sus labios sobre los de él. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para alejarse y mirarle con una sonrisa de agradecimiento.

—No lo digas, no me des las gracias —repuso él antes de dejarla hablar—. Y supongo que podemos comenzar retirando esto.

Nicholas caminó mientras hablaba hasta la puerta y de un tirón arrancó el crespón que había lucido la puerta desde la muerte de Eloise. Lejos de indignarla, aquel gesto hizo que Christina sintiera un horrible sentimiento de victoria, algo por lo que tendría que rendir cuentas algún día.



18 de diciembre de 1886

Había conseguido cambiar el mobiliario de casi toda la casa, había empezado por la habitación de Henry y los salones, seguido de sus habitaciones, incluso había cambiado el despacho de Nicholas. Nuevos muebles, cortinas, alfombras y adornos llegaron a la casa. Era curioso la cantidad de cosas que podían hacerse con dinero, ya que solo tuvo que escoger los muebles nuevos que deseaba y en unas semanas se encontraban allí. De tener un aspecto un tanto austero ahora proyectaba una imagen más acogedora con tonos mucho más claros y agradables que los fríos y oscuros tonos que había anteriormente. Sin embargo, la transformación de la casa finalizó demasiado pronto para su gusto y tuvo tiempo para pensar en todo lo que no deseaba pensar.

Entre Nicholas y ella se había instaurado una paz un tanto extraña. Ya que ambos actuaban como si el otro fuera un mero conocido y a la vez, parecían intentar controlarse. En el caso de él, Christina desconocía que era lo que reprimía, pero ella era consciente de lo que intentaba simular.

Había decidido que era preferible para ella que su matrimonio se redujera simplemente a ser los padres de Henry, sin embargo, cada día que pasaba era más difícil.

Las rosas blancas volvieron a aparecer en su vida y la joven las colocaba en un jarrón en su habitación, ninguno de los dos hacía referencia a ese hecho, pero ambos eran conscientes de lo que significaba. Nicholas era amable y atento, como si fuera un perfecto anfitrión y ella misma había adoptado ese papel, que ya era un viejo conocido. Pasaba la mayor parte del tiempo junto a Henry, que para esos momentos tenía el tamaño de un bebé normal, era un niño sano y fuerte que cada día era más parecido a su padre.

Y Nicholas era parte de sus vidas también, con frecuencia le había encontrado en la habitación de Henry, le escuchaba murmurarle algo, aunque desconocía qué le decía. Al contrario que Charles con Emily, Nicholas era un padre mucho más cercano a Henry y eso le hacía ver incluso más atractivo a sus ojos. Verle con el niño en brazos se había convertido en uno de sus momentos favoritos, aunque él no fuera consciente de eso. Desayunaban, almorzaban y cenaban juntos, hablaban de temas triviales sin profundizar mucho en ellos mismos, él incluso le hablaba de sus negocios y asuntos.

Pero era consciente de que ambos caminaban en círculos alrededor del problema que les inquietaba. No habían vuelto a dormir en la misma habitación, había roces y susurros, amagos de caricias que no podían evitarse, pero su temor la impulsaba a apartarse y él hacía lo mismo debido a ella. Se sorprendía al notar su tenacidad, su paciencia. No había realizado ninguna salida sospechosa desde su matrimonio y eso le gustaba, aunque también reforzaba su miedo a que estuviera más próximo el día que ocurriera.

Christina sabía que llegaría el momento, no era ninguna ingenua. Quizá tardara unos meses, solo esperaba no tener nunca la confirmación, esperaba que las sospechas fueran mucho más fáciles de llevar. En muchas ocasiones se decía que, si no quería que Nicholas encontrara satisfacción con otra mujer, ella misma debía dársela. Y deseaba hacerlo, deseaba levantarse de la cama una noche y buscarle por toda la casa hasta encontrarle. Hacer el amor como tantas veces lo habían hecho, como él deseara, pero luego amanecía y aquella ilusión loca, daba paso de nuevo a aquel miedo a su traición.

Christina abrió los ojos al escuchar el sonido atronador de un trueno, el cielo se iluminó frente a ella como si fuera de día, aunque solo se tratara de una aparatosa tormenta. La joven estaba segura de que, si aquel ruido la había despertado a ella, podría haber asustado a Henry y decidió levantarse de la cama para asegurarse de que se encontraba bien.

Abrió la puerta de la habitación y se encontró a Nicholas observando al niño, se encontraba vestido únicamente con unos calzones y su pelo estaba despeinado. Christina supuso que ambos habían pensado lo mismo, él debió escucharla, porque dijo girándose:

—Deben gustarle las tormentas, no ha movido un músculo.

Christina sonrió y se anduvo unos pasos junto a la cuna, viendo que efectivamente Henry dormía plácidamente.

—Regresaré a la cama —susurró ella dispuesta a regresar a su habitación.

Sin embargo, Nicholas agarró su muñeca impidiendo que se fuera y tiró de ella hasta él.

—No te vayas —le suplicó él enmarcando su rostro con ambas manos—. Él tiene la suerte de encontrarte junto a él siempre que quiere, yo no tengo esa dicha.

—Nicholas... —susurró la joven tomando aire.

—No puedo continuar lejos de ti. Te escapas entre mis dedos y aunque soy consciente de que lo merezco, soy lo suficientemente egoísta como para desear que estés junto a mí.

Sus palabras provocaron que las piernas de la joven comenzaran a temblar. Escucharle provocó que todo en su interior se agitara como solo él sabía hacerlo. Sabía que era sincero, nunca le había oído hablar de esa forma, ni siquiera con ese desprecio con el que se había referido a sí mismo, quizá fue eso, junto con la oscuridad de la noche y la intimidad que les ofrecía estar cerca el uno del otro, lo que hizo que ella misma dejara al descubierto sus propios pesares.

—Lo dices así y todo parece tan sencillo —suspiró ella con voz grave—. Y, sin embargo, no puedo evitar tener miedo.

—¿A mí? ¿Me temes a mí? —inquirió él con tono dolido, alejándose de ella unos centímetros, aunque sin dejar de tocarla.

Ella sabía que él hablaba de su propia crueldad con Paul Kingsley. Nicholas tiró de su mano para abandonar la habitación del niño, llevándola hasta la suya que se encontraba en la que había junto a esa. Cerró la puerta sin dejar de agarrarla y colocó sus manos en su rostro.

—Nunca te haría daño, Christina. A ti no.

—Pero lo hiciste, me abandonaste e hiciste aquello tan horrible. ¿Por qué no confiaste en mí? Todo sería muy diferente y Paul continuaría con vida.

—Porque no puedo actuar con frialdad cuando se trata de ti, desde el primer instante que te vi. Estabas en el suelo y herida, no sabía tu nombre y te necesitaba. Y Paul lo supo— Nicholas torció el gesto con dolor al decir su nombre, pero prosiguió—. Nada fue igual para mí desde ese momento.

Christina recordaba aquel momento con claridad. Ella misma había sentido algo especial cuando él se sentó a su lado, mientras Paul la curaba, le agarró la mano y la miró a los ojos y nada fue lo mismo. Nunca más lo fue.

Capítulo 51

La joven le miró sin decir nada, ya que como para él, nada fue igual. Aunque intentara resistirse, finalmente no pudo evitar ir junto a él. Ella se sentó sobre la cama y le miraba caminar de un lado a otro, como si se encontrara abstraído en su propio relato y estuviera contándoselo a sí mismo.

—Y como él, Eloise también lo supo— continuó Nicholas—. Supo que tú no eras como las otras, que eras diferente y ella comenzó a verte como un peligro del que debía deshacerse. No intento culparla de lo que hice, porque fui yo quien... acabó con su vida, pero sí fue Eloise quien movió los hilos y dijo las palabras que desencadenaron en todo lo que ocurrió. Vine a comunicarle mi decisión irrevocable de anular nuestro matrimonio, ¿recuerdas?

Christina asintió simplemente, ya que recordaba que él se había marchado con ese fin y había tardado mucho más de lo que había esperado y cuando llegó...

—Te dije que era una manipuladora nata, a la vista está. Mi madre tiene confianza ciega en ella, incluso después de muerta. Yo sabía que no debía creerle, que mentía y pocas cosas que decía eran ciertas, pero cuando me dijo que te había visto en Londres hablando con Paul, sembró la semilla de la duda. Él me había dicho que quería hablar conmigo, me había hablado de una joven que había conocido, de la que se había enamorado. Por eso, en lugar de regresar contigo como debí hacer, fui a Londres a hablar con Paul y me dijeron que se encontraba de viaje, que había ido a ver a una *amiga*. En mi mente, eso que me había dicho Eloise comenzaba a tener lógica, aunque viéndolo de lejos no la tuviera en absoluto, pero soy excesivamente celoso contigo, no sabía hasta qué punto lo era. Hasta que vi las margaritas. Yo sabía lo que significaban para Paul esas flores. Y me dije: es ella.

Christina suspiró intentando controlar el temblor de sus manos, ya que ella también lo sabía.

«—*A la madre del doctor Kingsley le fascinaban las margaritas —musitó Bianca mientras abrazaba el ramo—. Él me contó que siempre tenía en un jarrón de su casa, porque amaba el perfume de la flor.*»

—Pero era Bianca —susurró la joven como si estuviera escuchando a la propia Bianca decir aquellas palabras unos meses atrás.

Nicholas asintió agachando la mirada y cuando la miró de nuevo sus ojos brillaban con emoción. Se sentó en uno de los sillones y agachó la cabeza, agarrándola entre sus manos, hablando sin volver a mirarla.

—Lo supe mucho después. Él siempre decía que cuando amara a una mujer lo suficiente como para casarse con ella, le entregaría un ramo así, como hacía su padre con su madre. Fue lo único de lo que fui consciente al entrar en la casa y verlo— la voz de Nicholas era grave y afectada, Christina sintió las lágrimas caer por sus mejillas al verle de ese modo—. Esas flores parecían burlarse de mí. Te amaba tanto, que ni siquiera imaginé que fueran para otra persona. Era incapaz de pensar con lógica o razón. Para mí lo único que tenía sentido era que Paul te quería tanto como para darte esas flores y tú le correspondías, como había dicho Eloise. Creí que habíais estado

jugando conmigo para que yo usara mi influencia y deshiciera tu matrimonio.

Christina sintió una fuerte tristeza por lo mal que habían ocurrido las cosas. Había sido todo un absurdo. Ella podría haber calmado sus dudas si le hubiera hablado de la relación entre Paul y Bianca o si Paul lo hubiera hecho. Incluso un detalle tan tonto como colocar las flores en el salón en lugar de la entrada, hubiera cambiado su destino de forma abismal. Y aquellas palabras no eximían a Nicholas de su culpa, pero sí le daban un nuevo enfoque a lo ocurrido, aunque no devolviera la vida a su amigo.

—Fui una marioneta en manos de Eloise, las acciones las hice yo y me responsabilizo de ellas, pero los hilos los movió ella. Y... maté a mi mejor amigo. Mi hermano. Y te perdí a ti — finalizó él con una larga exhalación.

Nunca le había visto así. Nicholas por primera vez le pareció una persona muy vulnerable y tremendamente solo. Abatido por sus actos, pero dispuesto a hacerse cargo de ellos cuando llegara el momento. Nicholas había estimado a Paul, como había dicho él mismo, como un hermano y aunque no quisiera culpar a Eloise, ella también tenía culpa de lo ocurrido. En su cegación por continuar siendo *lady Harford*, había sido implacablemente malvada. Y Christina era consciente de su tristeza, del dolor que cargaba él también en su corazón y el suyo sufría por él.

Se levantó de su asiento y pasó sus dedos entre su cabello a modo de consuelo. Se agachó junto a él y le abrazó, mientras él escondía su rostro contra su cuello.

—Nunca te hubiera quitado a Henry, Christina —musitó él alejándose para mirarla—. Lo dije porque sabía solo así conseguiría que aceptaras casarte conmigo, pero si no lo hubieras hecho, no habría hecho nada en tu contra. Soy consciente del monstruo que soy y merezco que me temas y no desees estar conmigo. Por eso estoy dispuesto a dejar que te marches, no quiero continuar obligándote a permanecer conmigo y puedes llevarte a Henry contigo.

Christina sabía que aquellas palabras eran sinceras, al igual era sincero el esfuerzo que estaba haciendo por decirlas. Era consciente de lo que suponía para él decir aquello.

—Nicholas, no creo que seas un monstruo, aunque tampoco un inocente. Cometiste un acto imperdonable —musitó deteniéndose unos segundos—. Pero yo no soy nadie para juzgarlo, sin embargo, Dios lo hará con sea oportuno. Sé que he dicho que deseo alejarme de ti, pero solo quería protegerme.

—¿Que? —replicó él como si no hubiera escuchado bien sus palabras.

—No quería que volvieras a hacerme daño, sufrí tanto por ti. Tus palabras hirientes, tu desconfianza... Fueron terribles para mí, no podía dejar de imaginar cómo te marchabas con otras mujeres, incluso antes de que todo ocurriera era lo pensaba. Y cuando todo ocurrió intenté odiarte por lo que le hiciste a Paul, pero no pude. Quizá suene egoísta e insensible, pero, aunque no disculpo lo que hiciste, en mi mente solo había imágenes de ti con la baronesa de Fay.

Una sombra de culpabilidad ensombreció sus facciones y ella supo que habían estado involucrados en algún momento de su separación, pero no quiso pensar en ello. Era algo que había supuesto y estaba preparada para asumirlo.

—Christina...

—No lo digas, lo sé. Lo sentía así y recordaba a Eloise, aquella vez que la vi. No quería terminar como ella, encerrada en esta casa, imaginando con quién estarías, temiendo que llegara alguien... de quien terminarías enamorándote. Por eso me dispuse a poner toda la distancia que pude entre nosotros.

—No hay, ni habrá nadie más para mí. No quiero a nadie más, Christina. Solo a ti —susurró él acercando sus labios a los de ella—. ¿Qué quieres de mí? Di lo que sea y lo tendrás.

—Hazme el amor —susurró ella junto a sus labios.

Nicholas terminó con la distancia que les separaba y comenzó a besarla de forma suave y pausada, aunque terminó convirtiéndose en un beso más ansioso y rudo conforme avanzaron los segundos.

Se levantó y la guio hasta la cama, desprendiéndose de la ropa que les estorbaba, con desesperación, con tristeza, con alegría, con amor. Como si el tiempo se detuviera y no hubiera nada más que ellos y ese instante, en el que serían marido y mujer.



*** 19 de diciembre de 1886 ***

Sabía que estaba despierto antes de que ella misma abriera los ojos. No sabía explicar cómo se sentía en aquellos instantes. Abrió los ojos y se encontró con los de él, que la observaban interrogativos, incluso con temor. Parecía que había cierto miedo, miedo a ser rechazado a la luz del día. Ella misma hubiera esperado sentirse así, pero no ocurrió. Lejos de eso, se sentía... feliz. Como si hubiera regresado a casa después de un largo viaje. Nicholas representaba eso para ella. Un verdadero hogar donde encontrar refugio y protección. Para ella se había convertido en una roca a la que anclarse desde que le conoció. Él se había hecho cargo de todo ofreciéndole una seguridad que no había sentido nunca en su matrimonio.

No había sido consciente de cuándo había extrañado sus caricias y sus besos hasta que los había recibido de nuevo. Habían hecho el amor de forma ruda y salvaje. No se había dado cuenta de cómo había extrañado estar junto a él, hasta que él la tomó de nuevo. Había habido desesperación, agonía y deseo en aquel primer encuentro.

Notó unos arañazos en sus hombros y levantó una de sus manos para acariciar la zona que estaba parcialmente herida.

—¿He sido... yo? —preguntó la joven sorprendida y bastante avergonzada.

—No importa —contestó él encogiéndose de hombros restándole importancia—. Me preocupaba que al despertar estuvieras arrepentida.

—No me arrepiento porque yo misma sabía que era algo que terminaría ocurriendo —confesó ella acariciando su labio inferior con un dedo—. Aunque te hayas equivocado tanto, yo sigo amándote igual. No puedo evitarlo, es más fuerte que yo... Pero no me hagas daño, por favor.

Nicholas terminó con la distancia que les separaba y tomó sus labios con suavidad, colocándola sobre él.

—No volveré a hacerlo. Sé que mi palabra no vale ahora, pero solo puedo demostrarte que te amo con mis actos. Pasaré el resto de mi vida demostrándote cuánto te quiero, Christina. Nunca te daré motivos para dudar de mí —le prometió él con fuerza mirándola directamente a los ojos.

Christina asintió apoyando su mejilla sobre su pecho ya que no tenía más opción que aceptar sus palabras, porque él tenía razón. Realmente el tiempo sería quien daría la respuesta a aquellas dudas que tenía en su mente y pasará lo que pasará ella debía estar preparada para asumirlo. Era más consciente que nunca, allí entre sus brazos, de que lejos de él solo viviría una vida a medias. Parecida a la que había llevado esos meses que siguieron a su separación y no lo deseaba de nuevo.

—Aunque tengo una petición—le dijo él, haciendo que ella le mirara confusa—. ¿Me aceptarías de nuevo como marido? Hagamos que un cura bendiga de nuevo nuestro matrimonio, como si empezara de nuevo. Solo nosotros.

—Me parece perfecto —asintió la joven con una sonrisa—. Yo también tengo una... Que vuelvas a dormir en esta habitación.

—Creía que te gustaba dormir sola.

—Eso fue antes.

—A sus órdenes, señora —asintió él besándola de nuevo.



❀ 21 de diciembre de 1886 ❀

No podía decirse que todo fuera ideal y perfecto después. Aunque habían cambiado muchas cosas entre ellos. La cercanía que les daba ser marido y mujer en el pleno sentido de la palabra no podía disimularse. Era obvio para quien los viera que algo había cambiado entre ellos, aunque no supieran qué era. Christina pasaba los días junto a Henry, pero Nicholas se encontraba con ellos y si él tenía que trabajar en su despacho, allí se encontraban ellos. Las caricias ya no eran reticentes, sino que se buscaban el uno al otro. Habían decidido contratar a una niñera que la ayudara a encargarse de Henry, para ella poder tener tiempo de encargarse de sus deberes como lady Harford. Era la noble de mayor rango de la zona y sobre ella recaían tareas como sociales y benéficas de las que tenía cierta idea, aunque no eran muy difíciles. Habían evitado ofrecer la fiesta de Navidad, como cada año, ya que preferían evitarse habladurías y cotilleos de personas malintencionadas, aunque debería comenzar a pensar en el baile de máscaras de febrero, ese que tantos recuerdos le traía a la mente.

En el baile anterior no hubiera imaginado que ella sería la anfitriona del siguiente.

—¿Qué piensas? — preguntó Nicholas aquella tarde mientras tomaban el té frente a la chimenea.

—La Navidad ya está cerca y aunque no demos una gran fiesta, sí podríamos celebrarla con una cena íntima—contestó ella mirando las llamas de la chimenea.

—Podríamos incluir solo nuestras invitaciones y disfrutar a solas. Puedo darte una pista sobre lo que me gustaría de regalo... —susurro junto a su oído, mientras llamaban a la puerta—. Piensa en ello.

La señora Mascow entró en la habitación con una carta en la mano.

—Es para usted, señora. De la señora Fleming —le informó la mujer dándosela.

Christina frunció el ceño, ya que no esperaba una carta de Alice, hacía varios días que había recibido una y ella había contestado. Se encogió de hombros y la abrió con presteza, mientras la señora Mascow se retiraba.

—¿Quién es la señora Fleming? —le preguntó Nicholas, besando su hombro.

—Una amiga... —musitó ella con gesto ausente comenzando a leer.

Tuvo que leerla dos veces para comprender exactamente lo que ocurría, ya que no podía creerlo. Sus ojos brillaban cuando miró a Nicholas.

—Tengo que ir a Londres a ver a Bianca... Está muy enferma.

Capítulo 52

Nicholas le arrebató la carta de entre sus manos y la leyó como si él mismo fuera el remitente. Christina continuaba en una especie de trance después de haberla leído. En ella, Alice le informaba de la forma más amable posible, que Bianca se había contagiado de viruela durante el periodo de tiempo que había pasado cuidado a los enfermos en el norte del país.

Por lo que esta le contaba, las posibilidades de supervivencia eran pocas, teniendo en cuenta la poca disposición que la propia Bianca estaba dedicando a salvarse. Sin entrar en muchos detalles, Alice le había hablado de la fiebre alta y las terribles erupciones que proliferaban por toda su piel.

—No vas a ir a Londres, Christina —dijo Nicholas haciendo una bola con la carta entre sus manos y lanzándola al fuego.

Christina le miró como si se estuviera volviendo loco.

—No puedo dejarla sola en un momento como este —replicó ella duramente—. Bianca no tiene familia, solo nos tiene a mi madre y a mí.

—Lo sé, créeme que lamento mucho esta situación, ¿pero acaso no has pensado en el riesgo? Podrías contagiarte también, incluso a Henry.

—Sé que es peligroso, pero... Ella lo haría por mi —contestó ella con los ojos lacrimosos—. Si fuera al revés, ella iría. No puedo dejarla sola, Nicholas.

—Christina...

—Le prometí a Paul que cuidaría de ella y no lo he cumplido, al menos déjame ir a acompañarla en sus últimos instantes de vida.

Nicholas cambió el rostro al escuchar el nombre de su amigo y Christina supo inmediatamente el porqué. Estaba segura de que en su mente, él también tenía la culpa de la enfermedad de Bianca, algo que había resultado producto del afán de la chica por superar la muerte de su amado. Si nada hubiera ocurrido, Bianca y Paul Kingsley haría meses que se habrían casado.

—Iré contigo y no admito ninguna réplica.



✿ 22 de diciembre de 1886 — Londres, Inglaterra ✿

Christina le había indicado a Nicholas el lugar donde deseaba parar antes de llegar al convento donde se encontraba Bianca. Había notado por su gesto, que pasear por las calles más bajas de la ciudad no era del agrado del duque, ni estaba acostumbrado a hacerlo, ya que incluso miró con disgusto la puerta de la casa de Alice Fleming. La joven estaba segura de que no había pasado por alto el cartel que indicaba claramente la clase de actividades que se realizaban allí.

—¿Desde cuándo conoces gente en un lugar como este? —preguntó él mientras Christina tocaba la puerta.

—Desde hace algunos meses...

La puerta se abrió y una de las chicas de Alice la recibió de forma efusiva, llamando rápidamente a las demás y a la propia Alice que nada más verla la abrazó con alegría, dándose

cuenta poco después de la presencia silenciosa de Nicholas tras ella.

Era obvio que él no se explicaba qué podían tener en común aquella mujer y ella, pero era algo demasiado complicado que él no podría entender.

—Alice, le presento a mi marido, Nicholas Russell, duque de Harford —musitó Christina señalando al hombre que saludo con un ligero asentimiento.

—Un placer, excelencia —contestó Alice con una sonrisa—. Ha venido a ver a Bianca, ¿verdad? ¿No será demasiado arriesgado?

—Tengo que ver cómo está, pero antes quería que me contara qué tal la ha visto, sé que hay más de lo que me dijo por carta —musitó Christina preocupada.

Y era cierto, Alice no había incluido en su carta que la enfermedad estaba muy avanzada y que la fiebre apenas permitía que Bianca se encontrara consciente. Las erupciones eran cada vez más graves, hasta el punto de hacerla gritar de dolor y rascarse hasta hacerse sangrar.

Christina intentó mantener la compostura mientras la escuchaba y agradeció tener el apoyo de Nicholas en un momento así.

Gracias a las palabras sinceras de Alice, no debería haberse sentido tan impresionada al entrar en la habitación donde se encontraba la muchacha, pero no fue así.

Unas sábanas finas cubrían la cama a modo de dosel improvisado. Habían decidido atar sus manos y pies a la cama para evitar que continuaran haciéndose daño. Su rostro se encontraba desfigurado debido a las graves erupciones enrojecidas, apenas podía cubrirse el cuerpo con una fina sabana que no le provocara mucho picor. Su respiración era acelerada y sus lamentos dolorosos.

Christina se acercó a la cama, pero no levantó aquel dosel por orden de las monjas y el médico que cuidaban de ella. Nicholas se quedó en un discreto segundo plano junto a la puerta.

—Bianca... —susurró la joven intentando reprimir las lágrimas.

—Señora —dijo la joven girando la cabeza hacia ella—. Me alegro de que... esté aquí.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Christina sintiéndose algo estúpida, debido a lo obvio de la respuesta.

—Bien... Paul ha venido a verme, señora. ¿Cómo podría... encontrarme de otro modo?

Christina la miró confusa y agachó la mirada sin poder evitar que las lágrimas comenzaran a fluir libremente.

—No sabes cómo alegre, cielo, ¿se encuentra bien él?

—Sí, dice que me está esperando... Duerme a los pies de mi cama, esperando el momento. Cuando me recupere podremos casarnos.

—En ese caso debemos comenzar a planearlo —susurró Christina con voz grave.

—Me hubiera gustado conocer... a su hijo, debe... ser un bebé hermoso, ¿verdad? ¿Cómo se llama? —dijo Bianca cambiando diametralmente de tema.

Sabía que era producto de la fiebre lo que la hacía hablar cosas sin sentido y desvariar, pero no podía dejar de pensar que, aunque la enfermedad hubiera provocado todo eso, aquellas palabras eran también consecuencia de todo lo ocurrido con anterioridad. Bianca no había superado la muerte de Paul Kingsley e incluso en los últimos instantes de su vida, lo recordaba.

—Sí, es precioso. Se llama Henry, cuando estés mejor le traeré.

—Gracias, señora, usted ha sido tan buena conmigo. Le agradezco todo... todo lo que ha hecho por mí.

—No tienes que agradecerme nada, eres parte de la familia, Bianca. Siempre lo serás.

Christina sintió la mano de Nicholas sobre su hombro y se dejó caer sobre su pecho, sin dejar

de llorar. Él la abrazó con consuelo.

Finalmente, la luz en los ojos de la muchacha se apagó aquella noche. Christina quiso imaginar que después de ese momento tan triste, Bianca al fin se reencontró con su gran amor, en un lugar donde serían felices y estarían juntos al fin.



***** 29 de diciembre de 1886 *****

No fue una Navidad feliz, ¿cómo podría haberlo sido? El fallecimiento de Bianca les había dejado con un sabor amargo a todos. Su madre habría deseado ir, encontrarse a su lado cuando ella partió, pero debido a las distancias y el tiempo que tardaría en recibir la nota, apenas llegó para su entierro.

Christina agradeció que no la viera de ese modo, ya que su madre no habría podido resistir la impresión de ver las condiciones en las que la había dejado aquella enfermedad.

Si algo la mantenía tranquila era tener la seguridad de que fuera donde fuera ella estaría de nuevo junto a Paul. Prefería creerlo así.

Nicholas no hablaba mucho de ese tema, pero estaba segura de que le había afectado de algún modo y había sumado una nueva carga a esa que ya llevaba a sus espaldas, sin embargo era algo con lo que él mismo debía vivir y a lo que debía hacerle frente, aunque estaba segura de que finalmente Bianca se había marchado sin ningún tipo de rencor hacia él, de hecho ella misma se había abandonado y se había colocado en una situación de riesgo, con ese desenlace final incluido. Christina deseaba haberle impedido que se marchara, aunque ella se hubiera enfadado.

Y ahora solo le quedaba eso, arrepentirse de no haber dicho algo, algo realmente absurdo, pero demasiado humano como para dejar de preguntárselo.

Capítulo 53

❀ 23 de febrero de 1887 ❀

Christina paseó la mirada por la habitación repleta de gente. El salón se encontraba colmado de personas que bailaban y se divertían, sin saber que ella les observaba desde un lugar conocido para ella.

Parecía que había transcurrido una eternidad desde que se había encontrado allí, junto a esa columna, observando también lo que ocurría a su alrededor. Sentía que si cerraba los ojos y volvía a abrirlos podría ver a Charles frente a ella, igual de amedrentado por la opulencia del lugar y por sus distinguidos invitados.

Hacía tanto tiempo y tan poco al mismo tiempo, que no parecía posible que toda su vida hubiera cambiado tan radicalmente en esos meses.

Era difícil no sentirse melancólica al pensar en todo lo que había sucedido, las vidas que incluso habían quedado atrás. Hacía exactamente un año, ella no hubiera imaginado que Charles moriría de esa forma tan cruel o Bianca, incluso.

Recordaba haber buscado con la mirada al duque de Harford para satisfacer su curiosidad, sin saber que ya le conocía, incluso su esposa le había producido interés y algo de pena. En ese preciso instante, como había hecho en el pasado, alzó la mirada y encontró a Nicholas que miraba entre las personas, buscando algo o a alguien.

Su madre esperaba en casa, impaciente por saber cómo había resultado la velada y ella había criticado la falta de diplomacia que había mantenido Eloise en su papel de anfitriona.

Y al día siguiente de aquel baile, había comenzado todo...

—Disculpe —dijo una voz masculina junto a ella, que ya se encontraba alejada del resto de bailarines.

Christina alzó la vista y fingió sorpresa al ver Nicholas frente a ella, solicitando su atención.

—Excelencia —dijo Christina con una reverencia de acuerdo con el protocolo, fingiendo solemnidad, mientras Nicholas alzaba una ceja con burla.

—¿Sería muy inoportuno por mi parte si le pido el siguiente baile, *milady*? —dijo él en siguiéndole el juego, alargando la mano hacia ella.

—Será un honor para mí, excelencia —susurró ella, aceptando su mano.

Nicholas caminó con ella a su lado. Llegaron hasta el centro del salón, donde las parejas de bailarines danzaban alegremente. Aunque para Christina, en el instante en que Nicholas colocó su mano en su cintura y comenzó a moverse junto a ella al ritmo de la música, todo pareció detenerse.

Como pasó aquella primera vez. Parecía que solo importaban ellos y, sin embargo, por mucho que se pareciera a esa ocasión, no podría ser más diferente. Lejos de ser una invitada, ella era la anfitriona, era su esposa, aunque habían ocurrido muchas cosas hasta que habían conseguido una especie de estabilidad.

Henry dormía plácidamente en su habitación en el piso de arriba, ajeno a la fiesta al ajetreo propio de la celebración. Su madre charlaba alegremente con varias damas de sociedad, algunas

viudas como ella y otras casadas. Todos parecían haber olvidado que hacía poco menos de un año, otra mujer había ostentado el título de lady Harford y que ella había sido la amante de Nicholas.

Estaba segura de que muchas de esas mujeres que ahora la miraban sonriendo, habían hablado de ella a sus espaldas, siendo excesivamente crueles en sus comentarios y ahora todo parecía olvidado.

Y, sin embargo, ella continuaba siendo la misma. Lo único que había cambiado era que su nombre iba seguido del de Nicholas y esa era la mayor diferencia. Nadie quería ofenderle, temían demasiado su influencia y su título como para hacerlo.

Pero lejos de lo que pasaba al principio, aquella falsa adulación no le importaba. Para ella Nicholas era el mismo con o sin título. No eran importantes las riquezas, solo servían para hacer la vida más sencilla, pero si esta no era satisfactoria de poco podía ayudarte.

—Quiero saber si eres feliz, necesito saberlo —le susurró Nicholas junto a su oído—. Parecías triste allí apartada, ¿hay algo que te desagrada?

—Solo recordaba como fue el baile del año pasado —contestó ella, notando como los hombros de Nicholas se relajaban.

—Yo también, sobre todo cuando me he encontrado buscándote de nuevo entre la multitud. Me alegra saber que el final de la velada será diferente —dijo él con tono misterioso—. Y hoy podré realizar el brindis contigo a mi lado, justo como deseaba hace un año.

Christina sintió sus mejillas comenzar a sonrojarse y suspiró, mirando a su alrededor, para comprobar que solo ellos fueran testigos de aquella conversación.

La música se detuvo y todos los bailarines, ellos, entre los mismos, saludaron a sus respectivas parejas. Los criados comenzaron a repartir unas copas con champán entre los asistentes.

—Buenas noches, estimadas damas y caballeros —comenzó Nicholas tomando la palabra, agarrando su mano—. Es un placer para mí reunirnos de nuevo como cada año. Esta celebración es muy especial para mí, es la primera que paso con mi esposa y mi hijo, como todos sabéis. Estoy inmensamente feliz de encontrarme aquí, pese a lo que ha ocurrido este año pasado y de lo que no es momento de hablar. Quiero agradecerles que hayan acogido a Christina tan amablemente en sus amistades, es muy importante para mí. Este año, me gustaría dedicar este brindis a la familia. La familia que nos acompaña y la que ya no está.

Tras las palabras de Nicholas, se hizo un silencio durante unos segundos y seguidamente todos los invitados asintieron y corearon *familia* antes de beber de sus copas.

Christina tenía los ojos ligeramente brillantes, ya que ella había captado el matiz que Nicholas le había dado a ese brindis. Lo había usado para reivindicar de nuevo la importancia de ella misma en su vida. Sabía que, al hablar de la familia, hablaba de ella, de Henry, pero de Paul también. Ese hermano que lo había sido a todos los efectos, menos en el sanguíneo.

La joven estaba segura de que Nicholas siempre le tenía en su mente.



La joven colocó el muñeco de tela con el que Henry adoraba dormir, mientras la veía respirar pausadamente. Sintió las manos de Nicholas rodear su cintura y miró por encima de su cabeza al niño dormir.

—¿No estás cansada? —le preguntó Nicholas cogiéndola en brazos.

—Solo un poco —susurró ella, mientras él caminaba con ella en brazos hasta su habitación.

Nicholas cerró la puerta tras ellos y la colocó sobre la cama, situándose sobre ella, apoyando

los brazos sobre el colchón.

Christina alargó los brazos, enredándolos en su cuello y alzó la cabeza acercando sus labios a los suyos.

—Christina, yo...

Christina colocó un dedo sobre sus labios impidiendo que continuara. La joven le observó en silencio, ya que no hacía falta que dijera nada más. Ella lo sabía. Podía verlo en sus ojos siempre que la miraba, cuando se miraban.

Entonces acertó la distancia que les separaba y terminó uniéndolos sus labios a los de su marido.

Fin

Epílogo

❖ 14 de agosto de 1901 ❖

-14 años después-

La Reina Victoria había fallecido hacía casi siete meses y el país comenzaba a asimilar los cambios que indudablemente surgirían con su sucesor: el rey Eduardo VII. El país se había afligido por la pena y había atravesado un luto especial por la que había sido su reina durante tantos años.

Sin embargo, la llegada de su hijo, el rey Eduardo, había sido recibida con bastante expectación. Era por todos sabida su afición a los viajes y los deportes, por lo que ante ellos se había abierto previsiblemente una nueva etapa en la que surgirían nuevas situaciones. Muchos decían que con el cambio de siglo llegaría un cambio en todos los sentidos y el fallecimiento de la que había sido su reina durante sesenta y tres años, aunque triste, abría esa posibilidad para conseguirlo.

Sin embargo, esas eran simples especulaciones de personas que ideaban muy a largo plazo. Para Christina, nada había cambiado en esos meses.

Nicholas y ella habían caminado juntos a través de los años, sin mucha dificultad. Christina imaginaba que era una especie de recompensa debido a lo que había ocurrido hasta que ambos habían conseguido esa paz tan ansiada y deseada.

La joven sentía que sus sentimientos por su marido no cambiarían nunca y, aunque había dudado de Nicholas, había comenzado a confiar en que los de él tampoco lo harían. Nicholas era un marido atento, amoroso y fiel. Un padre ejemplar. En esos años había dudado de él, sobre todo al principio, cuando él debía ir a Londres a solucionar algún problema de negocios y ella debía quedarse en casa con Henry, pero él siempre regresaba junto a su lado. Precisamente, ese día se encontraba de viaje.

Christina abrió los ojos cuando escuchó un quejido infantil frente a ella. Sonrió ligeramente mientras veía a sus hijos correr de un lado a otro huyendo de la niñera.

Henry era igual que su padre. Era alto para su edad, tenía sus ojos del mismo tono azul oscuro y su cabello cobrizo un tanto rizado. Y era parecido a su padre, en lo bueno y en lo malo, porque al igual que Nicholas, tenía un carácter fuerte, impulsivo y tenaz, que esperara no le causara muchos problemas cuando creciera. Incluso con trece años, como tenía en aquel momento, era difícil sobrellevarle.

Paul tenía once años y no era demasiado difícil en honor a quien llevaba aquel nombre y como si a través de él pudiera heredarse, en cuanto al carácter, era el más tranquilo y pacífico de los cuatro. Físicamente era muy parecido a Nicholas, pero sus ojos eran un color marrón cálido y pasaba las horas sentado leyendo. Era un estudiante aplicado, muy inteligente.

Daniel era un pequeño demonio rubio de ojos azules de nueve años, que solo parecía calmarse cuando dormía. Su afición favorita era correr y trepar por donde pudiera, algo que le había valido más de un susto a Christina y más de un castigo por parte de Nicholas. Incluso a tan corta edad,

resultaba obvio que sería todo un seductor de mayor. Tenía un rostro adorable y a la vez terriblemente pillo que era capaz de engañar a cualquiera. Decía que quería ser soldado y su madre temía que lo cumpliera.

Y entonces llegó ella. La pequeña Elizabeth o Lizzie, como la llamaban cariñosamente, era pequeña con el pelo castaño claro y los ojos verdes, iguales a los de la señora Harford, la madre de Nicholas. Tenía seis años y había llegado para sorpresa de todos una tarde lluviosa de marzo. Se dedicaba a corretear detrás de sus hermanos mayores y a jugar a las guerras y batallas, tanto que su abuela temía que creciera siendo demasiado *masculina*, aunque entre sus pasatiempos también se encontraba obligar a sus hermanos a tomar el té y jugar en con la casa de muñecas.

Finalmente se había visto recompensada con la llegada de sus cuatro niños que habían ayudado a que la vieja herida que la marcha de Emily provocó, doliera un poco menos. Aunque, inevitablemente, cada cuatro de junio era difícil de superar.

—¡Papá! —gritó Lizzie provocando que Christina se levantara del asiento que ocupaba para ver a Nicholas salir al jardín donde ella tomaba algo de sol, mientras los niños jugaban.

La niña salió corriendo a su encuentro y cuando llegó a su lado, se lanzó a sus brazos, su padre la cogió, mientras sus hermanos se acercaban alegremente a saludar también a su padre.

Christina se levantó a su vez y caminó a su encuentro, Nicholas alzó la mirada y sonrió al verla, ambos rieron mientras los niños hablaban todos a la vez.

—Hemos visto un ciervo, padre, ¿salimos a cazar? —preguntó Henry con los ojos brillantes.

—¿Sabías que la mejor parte para terminar con la vida del animal está en el cuello? —preguntó Paul retóricamente, ya que era el único que conocía aquella característica.

—¿Nos has traído regalos? —preguntó Daniel con su voz aguda.

—¡Has llegado para el cumpleaños de mamá! —exclamó Lizzie aplaudiendo alegremente.

—Saldremos a cazar mañana, Henry. No, no lo sabía Paul. Están en la entrada, Daniel y sí, lo cierto es que no quería perderme el cumpleaños de mamá, Lizzie —contestó Nicholas a cada una de las preguntas de los niños.

Los niños salieron corriendo rápidamente hasta la entrada para coger sus regalos, entonces Nicholas se acercó a ella y la besó suavemente, mientras Christina enredaba sus manos en su cuello.

—¿Quieres ver tu regalo?

—¿Hay uno para mí también? —preguntó Christina con coquetería.

—Hay varios para ti, aunque en presencia de los niños solo puedo darte uno —le susurró él junto al oído, haciendo que su piel se erizara—. Cierra los ojos.

Christina obedeció y notó algo frío sobre su cuello, al abrirlos de nuevo, se encontró un hermoso collar de perlas, con seis de un tamaño superior al resto, sonrió.

—Feliz cumpleaños, Christina —continuó él con ternura.

—Es precioso, Nicholas, me encanta —musitó ella acariciando las perlas.

—Cada una de ellas simboliza a uno de nuestros hijos —dijo él tocándolas también.

—Pero son seis... —contestó ella confusa.

—Una por el pequeño Charles y otra por Emily. —Christina asintió emocionada.

—Muchas gracias, es...

—Lo sé —asintió él retirando de la mejilla de su esposa una lágrima—. Ahora deberíamos ir a evitar que comiencen a pelearse por los regalos.

—Son buenos chicos.

—Sí, lo son. Solo deseo que los tres tengan la misma suerte que yo cuando te encontré... Sin

embargo, rezo para que Elizabeth no tenga la tuya.

Christina le besó tiernamente, ya que, salvo algunas cosas, ella tampoco había salido tan mal parada, pero entendía lo que él decía y en secreto esperaba lo mismo.

Y abrazados, ambos caminaron hasta el interior de la casa, donde sus hijos comenzaban a disputarse los nuevos juguetes, mientras Paul comenzaba a leer el nuevo libro que su padre le había obsequiado.

Extras: Nicholas

I

El baile de máscaras

El duque de Harford observaba la multitud congregada a su alrededor captando con cierto cinismo los mismos rostros, gestos y sonrisas falsas que asistían a aquella fiesta cada año. Escuchaba las charlas tediosas y repetitivas de los caballeros que se encontraban junto a él y agradecía llevar el rostro cubierto para que no se notara lo hastiado que se sentía con aquella conversación.

A unos pasos de él, se encontraba Eloise mascullándole alguna queja seguramente a su madre, mientras intentaban fingir que se divertían en la fiesta, cuando la realidad era que su presencia era una especie de declaración. Ella pretendía reafirmarse como su esposa frente a todo el mundo, pese a no serlo realmente desde hacía varios años. Sin embargo, se veía en la obligación y con el derecho de mostrar ese poder que ella creía que poseía.

Sin embargo, Nicholas se encontraba más pendiente de otras cosas. Repasaba cada segundo los rostros de los invitados ansiando encontrar uno que no había abandonado su mente desde que lo había visto por primera vez hacía algunos días. Fue más difícil de lo que había supuesto, ya que las máscaras suponían una dificultad añadida, pero finalmente la encontró.

Bailaba entre los brazos de un tipo gordo y demasiado mayor como para tratarse de su marido, pese a que él sabía que lo era. Ella parecía fruncir el ceño con dolor, Nicholas se percató de la forma tan torpe que tenía su marido de agarrar el brazo herido de su esposa y sintió un súbito deseo de ocupar su lugar. Él sabría cómo agarrarla sin hacerle daño. Y aunque sabía que era una irresponsabilidad por su parte, ya que ni siquiera había tenido el baile de rigor con su esposa, se decidió en el acto.

—¿Me disculpa, lord Beckley? —dijo Nicholas interrumpiendo al otro caballero de forma algo irrespetuosa.

—Eh... Sí, excelencia, adelante —asintió el hombre sin poder hacer otra cosa más que aceptar.

Caminó entre la multitud que le detenía para saludarle y agradecerle la invitación, hasta que consiguió llegar al lugar apartado, donde Christina Cornell y su marido parecían esconderse de los demás.

—Disculpe —dijo Nicholas llamando la atención de la pareja, sin querer despegar sus ojos de la mujer.

Esta alzó la vista palideciendo levemente bajo la máscara, al verla más cerca pudo comprobar que efectivamente no se había equivocado, era realmente ella.

—Excelencia —susurró su marido, inclinando la cabeza con displicencia, utilizando un tono de voz algo casposo y complaciente.

Nicholas sonrió para sí mismo ya que podía comprobar que aquel hombre le respetaba y temía de su influencia, algo que podía usar en su favor.

—¿Sería muy inoportuno por mi parte si le pido el siguiente baile a su esposa? —dijo él con una ligera burla, ya que estaba seguro de que no se negaría, al contrario, su esposa parecía

decidida hacerlo.

—Por supuesto, excelencia —asintió Cornell, entregándole la mano de su esposa.

Nicholas sonrió de nuevo, ya que, para él, aquel hombre acababa de entregarle mucho más que un simple baile.

Sin embargo, Nicholas era consciente de la reticencia de la joven, por ello tomó su mano fuertemente y caminó con ella hasta el centro de la sala. Todos parecían pendientes de aquel baile. Eloise y su madre lo observaban con estupefacción, pero no le importó. La música comenzó a tocar y todo el mundo se vio obligado a retomar sus respectivas conversaciones.

Ella le miraba fijamente como si estuviera preguntándose quién estaba tras la máscara, supuso que debió reconocer su voz, por la vez anterior que se vieron. Sonrió ampliamente y decidió sacarla de dudas al preguntar:

—Espero no hacerle daño en su herida, ¿aún le duele? —acercando sus labios a su oído.

Ella dio un respingo entre sus brazos y el duque supo que sabía de quien se trataba.

—No, apenas lo noto.

—No me lo ha parecido antes... ¿Acaso su marido lo desconoce? No le veía agarrarla con delicadeza, para evitar hacerle daño —musitó él fingiendo confusión.

—Charles no es un ávido bailarín —susurró ella como si necesitara defender a su marido.

—Lo he visto, es un milagro que continúe teniendo ambos pies... ¿Recibió su bolsa? —preguntó Nicholas ansiosamente.

Había tenido que sobornar a varios guardias para que tomaran tiempo en encontrar al ladrón que la había herido y que desde el día anterior dormía en una celda. Además, había conseguido recuperar la bolsa, aunque vacía, él mismo había repuesto el dinero que el hombre había robado.

—No sabía que había sido usted quien me la había remitido, le estoy sinceramente agradecida, excelencia —contestó ella algo confusa, pero de forma demasiado educada.

—Me hubiera gustado llevársela en persona, pero no habría sido adecuado, ¿verdad? —confesó Nicholas, provocando que ella diera un tropezón con sus propios pies.

Él apretó su agarre en su cintura y aprovechó el movimiento para acercarla más a sí mismo.

—No, no lo habría sido, aun así, ha sido muy amable —replicó Christina, como si fuera una institutriz molesta con su alumno.

—Debo suponer que no me habría invitado a una taza de té, por mi *amabilidad* —susurró él ahogando una risa, ya que nunca le habían agradecido un favor de esa forma.

—¿Se está burlando de mí, excelencia? —Christina comenzaba a enfadarse e intentó separarse de él.

—Nunca haría tal cosa, pero debo reconocer que nunca nadie me ha agradecido un favor con tanta vehemencia como lo hace usted.

—Lamento si algo en mi tono le ha ofendido —replicó ella dejando claro que era lo que pretendía.

—No me siento ofendido —negó él con fuerza, ya que sentía algo demasiado diferente al enfado—. Disfrute de la fiesta.

El duque hizo una leve inclinación con la cabeza y se retiró de la pista de baile con una sonrisa.



Nicholas recordaba esa conversación aquella noche mientras descansaba en su despacho. Observaba las llamas de la chimenea, mientras anhelaba sentir una vez más a Christina Cornell junto a él. Al principio había decidido no hacer nada en cuanto a ella, pero verla junto a ese

mequetrefe que era su marido había provocado un sentimiento extraño en su interior. Nunca se había encontrado en la situación de cortejar a una dama casada, siempre había pensado que era una pérdida de tiempo, pero ella...

—Nicholas quiero hablar contigo —espetó Eloise entrando en su despacho sin llamar, vestida con un camisón y su bata.

—Supongo que vas a insistir hasta que hables, así que hazlo rápido —le ordenó secamente el duque mirando el fuego a través del líquido de su copa.

—¿Cómo has podido dejarme en vergüenza de esa forma? ¡Bailando con esa mujer! ¡Mostrando que no somos felices! —gritó Eloise histérica golpeando su mano, provocando que el vaso cayera al suelo y se rompiera.

—Ni siquiera he pensado que pudiera ofenderte un baile, querida, teniendo en cuenta lo que hago cuando no te encuentras presente.

—Eres un ser malvado, Nicholas. Sufro mucho al saber que te encuentras con otras mujeres y tú solo me lo muestras frente a mí, mis amistades, ¿qué dirán de mí?

—Lo que deseas que digan: *Pobre Eloise* —replicó burlescamente el duque levantándose del sofá.

—Hazme el amor esta noche, Nicholas.

—No se me ocurre nada peor para terminar la noche.

—Es por esa mujerzuela, ¿verdad? He oído que está casada, si se convierte en tu querida haré que todo el mundo sepa qué clase de mujer es —le amenazó la mujer con una mirada fría, que solo mostraba cuando se encontraban a solas.

—Será mejor que regreséis a Canterbury, Eloise —dijo él fríamente, agarrando fuertemente su brazo—. Y si haces algo, puede que tú termines pagándolo. Sabes que no puedes contra mí.

II

La visita

Christina había dejado de devolverle las rosas. Le había declarado abiertamente lo que quería, lo que deseaba. Anhelaba estar junto a ella, siempre que quisiera y no tener que urdir planes estúpidos para hacerlo y sin embargo ella había terminado rechazándole.

Sentía una mezcla de rabia y frustración difícil de explicar, por eso había decidido abandonar la ciudad unos días para evitar encontrársela, no había nada que deseara menos que verla del brazo de Cornell. Incluso había buscado a Stella Grant, la baronesa de Fay, que había sido su amante de forma esporádica desde hacía algunos años, aunque nunca de forma exclusiva por parte de ninguno de los dos. Siempre había sido fácil con Stella y, sin embargo, había sido incapaz de encontrar el atractivo que había llamado su atención con anterioridad y había terminado marchándose de regreso a su casa.

—Estás molesto porque ha dicho que no y nadie le dice *no* al duque de Harford —le decía Paul con sorna mientras tomaban una copa de coñac en el despacho.

—Para nada, solo me ofende que niegue algo que ella quiere también —replicó Nicholas tomando todo el líquido que había en su copa de un trago.

—Quizá solo tú lo deseas, Nicholas, ten en cuenta que debe ser complicado. Es fácil para ti, pero ponte en su situación.

—Sé que ella también me desea. Cornell no le agrada más que Eloise a mí.

—Pero eso no importa, es su marido después de todo.

—Deja de referirte a ese hombre como su marido, me hierva la sangre solo de pensar en esas manos sobre ella —replicó Nicholas con rabia lanzando el vaso contra la chimenea, mientras escuchaban una llamada a la puerta.

Paul se quedó en silencio ante el súbito ataque de ira de su amigo, ya que era obvio que aquello era mucho más grave de lo que había llegado a suponer.

—Nicholas...

—¡Adelante! —gritó Nicholas ante la insistente llamada a la puerta.

—Excelencia, tiene una visita —dijo el ama de llaves un tanto amedrentada.

—No deseo ver a nadie, dígame que se marche.

—¿Ni siquiera quieres saber de quien se trata? —intervino Paul enarcando una ceja.

—Diga quien es para satisfacer la curiosidad de mi amigo y luego dígame que se marche —replicó Nicholas con cinismo.

—La señora Christina Cornell, excelencia —susurró el ama de llaves.

Paul vio cómo su amigo se levantó rápidamente del sillón de había estado sentado las últimas dos horas y apartó a la criada con rapidez para buscar a la mujer.

Nicholas abrió la puerta, pero no esperaba encontrarla tan cerca, ni siquiera había esperado que fuera a buscarle.

—Excelencia, yo... —comenzó Christina, pasando inconscientemente su lengua sobre sus

labios.

Nicholas no pudo resistirse por más tiempo allí frente a ella, la distancia que les separaba le parecía ridículamente larga, por lo que dio un paso hasta ella y unió sus labios a los de ella.

La cogió en brazos y, olvidando que había dejado a su amigo en su despacho, subió con ella hasta su habitación. Él la dejó en el suelo y cerró la puerta tras de sí, temiendo que ella se arrepintiera de ir y escapara huyendo de él. Volvió a acercarse a Christina y acarició su mejilla, mientras la joven la apoyó contra su mano.

Ella llevó uno de sus dedos a sus labios y los acarició tímidamente. Él cerró los ojos y suspiró, agarrando su mano entre las suyas.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó él en tono serio, sin un atisbo de burla en sus palabras.

—Hazme el amor —le susurró la joven.

Él suspiró satisfacción y tomó de nuevo sus labios con un beso profundo y tierno, cumpliendo con su petición con todo el deleite del mundo.

III

Te amo

Nicholas alzó la cabeza de los papeles que observaba en esos instantes. Le había parecido escuchar el sonido de una risa e instintivamente había sabido a quien pertenecía.

Se levantó de su asiento y miró a través de la ventana. Christina, su madre y la joven que las acompañaba parecían muy entretenidas organizando el pequeño huerto que había en aquella parte de la casa. Le había parecido curioso que las tres quisieran encargarse de una tarea no demasiado cómoda. Las damas que él había conocido, incluidas su madre y Eloise, nunca habrían optado por una actividad tan poco elegante para pasar el tiempo libre.

Pero Christina era diferente en todos los sentidos a cualquier mujer que él hubiera conocido con anterioridad.

Hacía unos días que se habían instalado en Brighton, no podría describir lo que sintió cuando vio que Cornell la había herido al descubrir que había pasado la tarde con él. Aún podía notarse en su mejilla una leve muestra de aquel golpe, su sangre hervía al verlo y recordarlo. Si hubiera tenido a ese hombre frente a él no sabía cómo hubiera reaccionado, sin embargo, había sido Christina la que se había encontrado a su lado en ese momento y ella le había necesitado.

Debía admitir que podría haberse sentido agradecido a Cornell ya que aquello había provocado que él consiguiera algo que había deseado fervientemente: que Christina se marchara con él. Pero hubiera preferido que sucediera de otra forma, aunque el resultado le hubiera resultado beneficioso.

Él conocía de las reticencias de Christina a aquella relación que mantenían, ella estaba asustada por lo que pensaría la gente, pero a él no le importaba. Estaba seguro de que mientras permanecieran juntos nadie sería capaz de alzar la voz en su presencia, ni diría nada que le molestara. Él lo sabía, pero ella no quería creerlo y de ahí había nacido la necesidad de marcharse a un lugar tan alejado como Brighton para establecerse.

Un lugar donde nadie supiera quiénes eran, aunque seguramente los rumores terminarían apareciendo irremediablemente. Allí Christina era feliz y estaba tranquila, y él había comenzado a sentirse cómodo con aquella vida familiar tan curiosa. Nunca había deseado regresar a una casa tanto como anhelaba regresar a aquella y sabía que era por la mujer que le esperaba.

Esa que reía en aquel momento. No deseaba nada más, ni siquiera el dinero o el título, para él permanecer en aquella casa a su lado era más importante que todo lo demás.

No podía imaginar un momento anterior en su vida que se hubiera sentido más feliz que en aquellos días. Sabía que ella pensaba que podría hartarse de ella y abandonarla, si supiera la verdad, quizá incluso se sentiría asustada de lo fuertes que eran sus sentimientos.

En unas semanas ella se había convertido en el centro de su mundo, en lo más importante. Necesitaba deshacerse de Cornell, no quería que continuaran compartiendo el mismo apellido.

Volvió a escuchar el sonido de su risa y sonrió con ella. Paul era el romántico de los dos. Él deseaba conocer a la joven que le robara el corazón, esa que mereciera recibir un ramo de

margaritas, como le entregaba su padre a su madre. No él.

Nunca imaginó que terminaría amando a una mujer, como él amaba a Christina.

IV

Estorbo

Hubiera preferido que Christina dejara las cosas que había en la casa de Cornell y que otra persona se encargara de todo ese asunto. Sin embargo, ella, haciendo gala de esa testarudez que le exasperaba, había insistido en ir ella misma.

Se había sentido igual de impresionado, como el resto del mundo, al saber conocer sobre el arresto y condena de Cornell. Aunque él había querido deshacerse de su matrimonio, nunca hubiera hecho nada para llegar al extremo de acabar con su vida. Sin embargo, él había tenido mala suerte en sus compañías. Cornell había sido descubierto en una casa de caballeros junto a otros jóvenes y como hecho, solo inquietaba a la sociedad, que era incapaz de imaginar aquellas inclinaciones y quizá se hubiera podido cubrir ese pequeño escándalo, probablemente el propio Nicholas lo habría usado para conseguir que Cornell accediera a anular su matrimonio con Christina y podría haber sucedido así de no haber sido por lo otro.

El joven amante de Cornell había sido uno de los hijos menores de un magistrado, y aquel hombre no estaba dispuesto a que se descubriera el papel de su hijo en aquel lugar y mucho menos a que retomaran sus relaciones pese a la negativa familiar, por eso mismo, la sentencia de Cornell había sido tajante y prefería que Christina no lo supiera.

Aunque sabía que entre ellos no había nada, no podía negar que ella tenía cierto cariño por el que había sido su marido y padre de sus hijos, por lo que saber que la muerte de Cornell se había tratado más de un acto egoísta de un hombre ajeno a ellos, a justicia como lo habían hecho llamar, sería demasiado para ella o al menos, eso había supuesto Nicholas cuando había decidido no contarle nada de esto.

Había decidido instalar a Christina en su propia casa porque estaba harto de tener que esconderse, además no quería que ella durmiera sola en su antigua casa y había sido un regalo para sí mismo mostrar abiertamente que no se avergonzaba de ella, ni de su relación. No quería esconderla.

Esperaba que ella hubiera regresado de casa de Cornell y pudieran volver a Brighton al día siguiente para retomar con facilidad sus vidas. El ama de llaves abrió la puerta y agarró su abrigo.

—La señora está en el salón, excelencia —le dijo la mujer con satisfacción.

Nicholas no contestó y caminó hasta el salón, donde Eloise esperaba sentada en uno de los sillones, ese que había compartido el día anterior con Christina de forma íntima.

—Nicholas...

—¿Dónde esta Christina? —preguntó el duque interrumpiendo a su esposa.

Eloise se detuvo y arrugó el ceño con contrariedad, cruzándose de brazos.

—Le he ordenado que se marche de la casa, como es natural sería indigno que compartiéramos el mismo techo, obviamente ella debía irse —contestó Eloise con tono altanero y contenta con su acción.

—¿Que has hecho *qué*? —preguntó de nuevo el duque con una falsa calma.

—¿Acaso pretendías que durmiera aquí y tú compartieras la cama con ella? ¿No crees que he sufrido suficiente con esta situación? —replicó la mujer.

—Si te molestaba su presencia se habría solucionado marchándote tú, Eloise.

—¡Soy tu esposa! —gritó ella indignada.

Nicholas se encogió de hombros con indiferencia ante su intervención y dijo:

—Ni siquiera sé qué haces aquí, estaba seguro de que estabas lo suficientemente indispuesta como para quedarte en Canterbury— dijo Nicholas dispuesto a marcharse.

Eloise se acercó rápidamente a él y le agarró del brazo, para impedir que se marchara.

—¿Dónde vas?

—Voy a buscar a Christina y me casaré con ella en cuanto pueda deshacerme de ti.

—No puedes hacerme eso. ¡Te exijo que dejes de verla!

—Será mejor que cuando regreses comiences a preparar el equipaje, Eloise —sentenció fríamente el duque apartando la mano de la mujer y saliendo del salón con celeridad.

V

Enredo

Nicholas sabía a qué se debía la prisa de su madre cuando había recibido su carta. Ella le había pedido que fuera a Canterbury porque había un problema en la propiedad y requería de su presencia para solucionarlo, pero él sabía que era toda una patraña para hacerle ir e intentar convencerle de no llevar a cabo sus planes de anulación de matrimonio.

Tanto su madre como Eloise desconocían que su decisión estaba más que tomada y que nada le haría cambiar de parecer, aunque sabía que aquello era parte de las armas de las que disponía Eloise para conseguir lo que deseara y la principal era su madre.

Sin embargo, le había parecido de lo más curioso no haber recibido quejas y reclamos a su llegada, hacía dos días que había llegado y no se había tratado ese tema, estaba seguro de que querían hacerle creer que no estaban confabuladas, pero no era tan estúpido y ellas debían saberlo ya.

Aunque sí habían usado excusas absurdas para obligarle a retrasar su viaje, hasta esa mañana, en la cual se encontraba terminando de desayunar para emprender el camino de regreso a Brighton. Por eso mismo, Nicholas no se sorprendió demasiado cuando aquella mañana, antes de que se levantara de la mesa, su madre dijera:

—Me gustaría tratar un tema muy importante contigo, Nicholas.

—Me alegro de que al fin hayas encontrado el valor para querer hablar de la anulación, madre —asintió Nicholas tranquilamente, mientras Eloise fingía un sollozo al otro lado de la mesa.

—¿Cómo puedes decirlo de esa forma tan fría? ¿Acaso has perdido el juicio, Nicholas? Cuando Eloise me lo contó no podía creerlo, quería pensar que había oído mal...

—No, madre, en realidad estoy seguro de que escuchó muy bien y te reprodujo nuestra conversación con todo lujo de detalles.

—¿Acaso podía hacer otra cosa? Te comportas como si estuvieras poseído por el demonio...

—A lo mejor lo estoy, ¿quién sabe? —replicó el encogiéndose de hombros.

—No voy a consentir que echés a Eloise para traer a esa mujerzuela a esta casa, ni que la hagas llamar tu esposa, Nicholas.

—No quiero que peleen por culpa mía, si debo marcharme lo haré sin dar problemas, solo quiero que Nicholas... Sea feliz —musitó Eloise prorrumpiendo en llanto.

Su madre rápidamente se acercó a ella y pasó un brazo por encima de sus hombros para consolarla, Nicholas miraba aquella escena con ganas de reír. Aquella falsa tragedia que Eloise dedicaba solo sobresaltaba a su madre.

—No digas eso, cielo, tú le harías feliz si él te lo permitiera —susurró su madre mirándole con enfado—. ¿No te parece que eres demasiado cruel? Después de lo que le hiciste a la pobre Eloise, recuerda que si estas casado con ella es por tu *impulsividad*.

—Basta, madre. Recuerda que has sido tú la que ha sacado este tema a colación, ni siquiera entiendo cómo Eloise desea permanecer siendo mi esposa con lo desgraciada que es, deberíais

estar felices de que ese calvario sea ahora de Christina.

—No digas su nombre en mi presencia, Nicholas. Nunca tendrás mi beneplácito para este sinsentido.

—Con su bendición o sin ella, Christina vendrá a vivir conmigo cuando sea mi esposa. Y lo será madre, no hay más discusión sobre eso —finalizó el duque saliendo.

Nicholas abandonó la casa y estaba a punto de subir a su caballo, cuando la voz de Eloise le detuvo, no le sorprendió que sonara más calmada, pese a que unos segundos antes se encontraba llorando, era habitual en Eloise, sobre todo en presencia de su madre.

—¿Y con la bendición de Paul Kingsley también? —Nicholas la miró enarcando una ceja, esperando a que se explicara

—¿De qué hablas? —le dijo con tono grave y la respiración acelerada, agarrándole el brazo con fuerza.

—¿No lo sabes? Parece que esa Christina tiene varias cartas en su mano, no planea dejar nada al azar.

—Piensa bien lo que vas a decir a continuación —replicó él con una sonrisa cínica, ya que aquello debía ser una de las artimañas de Eloise.

—No será necesario, tú lo comprobarás —le retó la mujer con rabia.

Nicholas la empujó lejos de sí, haciéndola tropezar y se subió a su montura, espoleando al animal para que comenzara a caminar. No quería pensar en nada, ya que estaba seguro de que ella mentía. Había insinuado algo que se negaba a creer y que era habitual en ella. Que inventara algo así era lo menos que podía hacer Eloise para continuar aferrándose a su posición y, sin embargo, su imaginación alocada comenzaba a configurar varias imágenes de Paul y Christina juntos, en la intimidad.

Cuando llegó al desvío se detuvo unos instantes. Sabía que debía ir a Brighton con Christina, era lo lógico. No creer en Eloise, no debía caer en su juego, porque era lo que ella pretendía, que él dudara y, sin embargo, cambió de rumbo y cabalgó hasta Londres sin descanso.

Esperaba que Paul le recibiera y hablar con él, sentirse lo suficientemente absurdo y avergonzado, pero él no estaba. Su mayordomo le dijo que estaba en Hove. Y aquella ciudad estaba demasiado cerca de donde se encontraba Christina.

Ni siquiera esperó a que amaneciera para retomar el camino, se marchó de nuevo de camino a Brighton, mientras aquellas imágenes tomaban más fuerza. Se dijo que solo se trataba de una coincidencia. Decidió tranquilizarse, sosegar y hablar con Christina.

Cuando llegó la casa se encontraba a oscuras, sus habitantes dormían o al menos eso quería creer.

Abrió la puerta y entonces lo vio. Sobre la mesa de la entrada, como si estuvieran riéndose de él estaban las margaritas.

Comenzó a sentir calor. Se quitó el abrigo con rabia y lo lanzó al suelo, cuando al girarse se encontró a la propia Christina al pie de las escaleras, con una sonrisa.

—Nicholas...

VI

Sustituta

Christina y Paul se habían estado riendo de él, ni siquiera quería saber desde cuándo. Le interesaba mucho saber cómo había sido y por qué. ¿Acaso habían querido que él usara su influencia para deshacerse de Cornell? Era la única explicación que se le ocurría, la más plausible para intentar comprender por qué su amigo y la mujer a la que amaba habían jugado de esa forma con él. Pensándolo bien, Paul había estado presente cuando conoció a Christina, había acudido a él primero cuando Cornell la hirió. Todo encajaba con demasiada exactitud como para ser una mera coincidencia.

Stella le había mirado como si deseara preguntar qué le ocurría y, sin embargo, había parecido algo temerosa de hacerlo. Era normal. Nicholas había golpeado con fuerza su puerta aquella noche, como si se tratara de un loco que necesitaba ayuda y en realidad lo que sentía era muy parecido a eso. A lo que podía sentir cualquier desquiciado, había pasado varias horas bebiendo sin control y finalmente se había encontrado en aquella casa que hacía meses que no visitaba en busca de algo que sabía que Stella no podría darle.

—Podría ayudarte a olvidar el motivo de tu tristeza—comenzó ella, apoyando su cabeza sobre las rodillas del hombre—. Y sé que has venido por eso mismo.

—¿Sí? —preguntó él cínicamente, mientras se terminaba de un trago el líquido que quedaba en su copa—. Hazlo entonces.

La baronesa de Fay se colocó sobre sus piernas y acercó sus labios a los suyos de forma insinuante, seductora. Ella sabía cómo hacerlo, ya que tenía práctica en esos menesteres y él mismo había disfrutado de estos en varias ocasiones, incluso la noche anterior a conocer a Christina.

Stella era una mujer atractiva y seductora, sabía cómo encender a un hombre, aunque este deseara a otra mujer como le ocurría a Nicholas en ese momento. Stella comenzó a moverse insinuante sobre él y acarició sus hombros, sin dejar de besarle, sin embargo, Nicholas no deseaba tener a aquella mujer entre sus brazos, quería a una rubia que fingía timidez cuando sentía lo contrario, esa que le había roto el corazón jugando con sus sentimientos.

Quizá fue el alcohol, pero cuando Nicholas abrió los ojos sobre él no estaba Stella. Christina se movía sinuosamente sobre él y de forma brusca, Nicholas acarró a la mujer por la cintura y la tumbó en el suelo del salón. Alzó su falda y rasgó su ropa interior, se deshizo de sus calzones y se hundió en ella con un movimiento rudo que la hizo gritar.

VII

Traición

Nicholas ya se encontraba vestido y preparado aquella mañana, antes de que el reloj que había frente a él marcara las seis en punto. No había podido dormir nada aquella noche. Era consciente de lo que deseaba hacer y sentía que necesitaba hacerlo. Su honor mancillado se lo exigía.

Se sentía como un marido que había descubierto que su amada esposa le era infiel y necesitaba venganza. Necesitaba acallar esa voz que le decía en su cabeza que había sido un estúpido ciego. Habían traicionado su confianza, ambos representaban su dolor más absoluto.

Paul y él habían sido amigos desde jóvenes, casi hermanos. Había sentido más complicidad con él que con el propio George. No recordaba un momento de su vida, ni una sola experiencia que no hubiera compartido con Paul. Desde juergas a negocios. Había creído que le conocía bien, si había una persona en el mundo incapaz de traicionarle, era Paul. Y sin embargo lo había hecho. Paul le había quitado a Christina. Se había fijado en ella, aun sabiendo lo que él sentía por ella, lo que había hecho por estar a su lado. ¿Qué amigo hacía eso?

Aquello estaba mal, desear hacerlo, lo estaba. Pero era incapaz de imaginar un mundo en el que Paul y Christina se amaran y vivieran felices ante sus ojos.

Uno de los dos debía dejar este mundo. A Nicholas no le importaba ser él, realmente nunca se había sentido tan vacío como en aquellos instantes. Solo la muerte podría terminar con ello.

Como si sus pies fueran más conscientes de lo que él deseaba que el propio Nicholas, el duque se encontró frente al hotel donde sabía que Christina estaba durmiendo desde que había llegado a Londres. De pronto sintió la necesidad de verla, aunque fuera una última vez, ya que podría serlo.

Entonces vio a Paul salir y caminar calle abajo. El duque apretó los puños con fuerza y se marchó por el lado opuesto del camino.



Cuando Nicholas llegó a Saint James's Park, Paul ya estaba allí junto a su padrino. El duque había escogido el estilete como arma, ya que no deseaba que todo se decidiera a una bala. Paul no lo merecía y él tampoco. No quería terminar con las posibilidades de ninguno.

Él había escogido como padrino a Lord Carter Neville, un viejo amigo de su padre, al que conocía desde que nació. Se quitó la chaqueta y se la entregó a Neville, cuando Nicholas fue a coger el estilete, Carter lo apartó y dijo:

—Una mujer no vale que uno de vosotros muera, Nicholas. Detén esta locura.

—Ha traicionado mi confianza, ha faltado a nuestra amistad acostándose con mi mujer — replicó Nicholas en voz baja con rabia.

—Ni siquiera es tu esposa.

—Es incluso peor —contestó Nicholas girándose quedando frente a Paul que le miraba con gravedad—. Él sabe lo que significa para mí.

—Paul... —comenzó Carter, él debía tener algo de cordura, sería más razonable que Nicholas.

—No, Carter, no pienso malgastar más palabras en intentar convencer a su excelencia de mi inocencia. Él quiere esto, pase lo que pase, deberá asumir las consecuencias —sentenció Paul cogiendo su estilete.

Nicholas se dirigió hasta él con rabia y comenzó a golpear con el arma, mientras Paul se defendía y atacaba también. Los movimientos del duque eran bruscos y furiosos, la rabia que sentía le imposibilitaba para atestar golpes más certeros, al contrario que Paul. El médico tenía de su lado la serenidad que le otorgaba tener razón y ser inocente, sin embargo, la violencia con la que Nicholas atacaba provocaba que las heridas que este infligía fueran más profundas que las suyas.

El plan de Paul había sido herirle lo suficiente como para imposibilitarle de continuar atacando, pero la bravura con la que Nicholas se enfrentaba y se defendía, hacía que esa tarea fuera mucho más difícil. Ambos habían luchado de forma amistosa antes, conocían los puntos fuertes y flacos del otro, por eso era más fácil y a la vez más difícil ganar aquella pelea.

Paul escuchó una especie de exclamación que hizo que dejara de mirar al duque. Christina acababa de llegar y los miraba con espanto. Aquel descuido sirvió para Nicholas le golpear en la cara sin que Paul pudiera defenderse. Entonces Nicholas la vio.

Christina los miraba con una mezcla de pena y espanto, estaba seguro de que sufría por la vida de su amante. Recordó la forma en la que ella estaba apoyada en su hombre cuando los vio en su casa y aquella misma mañana, cuando Paul salía del hotel donde ella se encontraba. No hacía falta ser un genio para saber qué habían hecho esa noche. Por lo que aprovechando el descuido del médico y ante la mirada de Christina, Nicholas comenzó a golpear el rostro de su amigo con agresividad.

Paul se vio imposibilitado para defenderse, incluso volvió a cometer un terrible descuido cuando escuchó a Bianca gritar. Este cayó al suelo y Nicholas aprovechó para pisar la mano con la que su amigo sujetaba el estilete, obligándole a soltarlo.

El duque cogió las dos armas y le apuntó con ambas.

—No lo hagas frente a ella, por favor —le suplicó Paul mirándole fijamente, sin un atisbo de miedo.

—Levántate. Vamos.

Nicholas le cogió del pecho de la camisa y lo obligó a alzarse, aunque quedó de rodillas frente a él.

—Por favor, Nicholas, detén todo esto —le suplicó Christina dando un paso hasta ellos—. Has ganado, él no podrá defenderse...

Nicholas ni siquiera alzó la mirada para contestar. Su padre le había enseñado que, si acababas con la vida de una persona, lo que le debías a esa persona era mirarle a los ojos mientras lo hacías. No hacerlo era una cobardía y él no era un cobarde.

—Pero podrá meterse de nuevo contigo en la cama —sentenció cruelmente mientras hundía una de las armas en el pecho de su amigo.

Las pupilas de Paul se dilataron, pero no emitió sonido alguno. La vida de su amigo se fue apagando ante sus ojos, hasta que Nicholas no pudo continuar mirándole. Sacó el arma de su pecho y la dejó caer al suelo, mientras el cuerpo de Paul caía frente a él y no sintió nada.

No sabía dónde estaba el sentimiento de victoria que había esperado sentir después de aquello. Esperaba que llegara, pero no lo hizo. Sintió frío en su interior y luego nada. No estaba mejor. Lo ocurrido continuaba doliéndole lo mismo.

Paul ya no estaba, se suponía que después debía llegar la plenitud, la calma a su alma, pero no

llegó. No lo hizo porque la muerte nunca solucionaba nada y acabar con la vida de Paul no le había dado satisfacción.

Nicholas agarró su chaqueta con frialdad y caminó intentando fingir que no acababa de matar a su mejor amigo.

—No imaginaba como de cruel podías llegar a ser —susurró Christina incapaz de mirarle—. Eres un monstruo.

Nicholas torció el gesto ante esa palabra, pero se mantuvo firme por orgullo.

—Tú me has convertido en esto —replicó él con rabia—. Deberías estar orgullosa de tu obra.

—Algún día te sentirás horrorizado por todo esto, solo espero que vivas lo suficiente como para arrepentirte de esta atrocidad —musitó la joven quitándose el anillo que él mismo le había entregado—. Y vivir yo misma para verlo.

Ella lanzó el anillo al suelo con asco y se acercó a donde se encontraba Paul. Nicholas sonrió con cinismo.

«Ya lo siento».

VIII

Reparto de culpa

Su madre se levantó del asiento que había ocupado desde hacía varios días, situado junto a la cama donde Eloise atravesaba el final de su vida. Esta le había hecho llamar de forma urgente cuando el médico había negado la posibilidad de una recuperación.

Nicholas estaba acostumbrado a esas repentinas enfermedades y debilidades que afectaban a Eloise de tanto en tanto, generalmente siempre ocurrían cuando más le convenía, entonces el médico llegaba y le recomendaba reposo. Sin embargo, no fue así esa vez.

Después del duelo, Nicholas no volvió a saber nada más de Christina, ni tampoco se molestó en averiguarlo. Ella parecía haber desaparecido y aunque en su fuero interno se preguntaba dónde estaría, prefería no saberlo. Estaba convencido de que tenía razón y de que algún día ella iría a suplicarle perdón, para que la acogiera bajo su protección de nuevo, sin embargo, eso aún no había ocurrido. Pasaba los días viajando de una de sus propiedades a otras, bebiendo y trabajando. Desde que se había separado de Christina, su fortuna había aumentado varios miles de libras y sin embargo nada le satisfacía.

Prefería mantener su mente ocupada y no pensar en Christina, mucho menos en Paul.

Tanto su madre como Eloise habían recibido con alegría la noticia de su separación con Christina y habían estado felices. Hasta que unas semanas atrás Eloise había comenzado a no poder dormir y a verse nerviosa, su madre decía que no podía dejar de llorar. De noche vagaba por la casa sin poder conciliar el sueño, dependía de unas gotas que el médico le había recetado, hasta que el día anterior y sin que nadie pudiera imaginarlo, Eloise había saltado por una ventana.

El médico era claro en su diagnóstico, tenía varios huesos rotos que no soldarían y cada hora que pasaba le suponía más esfuerzo respirar.

—Menos mal que ya has llegado, hijo —suspiró su madre abrazándole sin dejar de llorar—. Estaba tan contenta, ahora que todo se había solucionado... Ha debido tropezar.

Nicholas sonrió con cinismo, sin dejar de abrazar a su madre, estaba seguro de que Eloise no había tropezado, aquello debía ser una nueva forma de llamar la atención que se le había ido de las manos.

—Seguro que sí, madre —asintió él con ironía.

—Nicholas... —le llamó Eloise desde la cama con debilidad.

—Quiere hablar contigo a solas, Nicholas, por favor, no peles con ella —le suplicó su madre—. Ahora debemos estar más unidos que nunca.

El duque asintió y su madre salió de la habitación con paso ligero, cerró la puerta tras de sí. El hombre se acercó al lecho y se situó junto a la cama, no tomó asiento, simplemente la miró desde su altura y la mujer suspiró al verle. Eloise tenía el rostro magullado y su pecho subía y bajaba con dificultad. Al sentir su movimiento, ella giró la cabeza como si necesitara pensar en algo y volvió a suspirar. Nicholas sintió pena por ella. Al fin y al cabo, había sido su esposa durante años, habían convivido como tal, no podía mantenerse impertérrito.

—No me mires así —le pidió ella en voz baja.

—¿Así cómo?

—Como si me tuvieras lástima, no quiero tu lástima —replicó ella con algo de rabia—. Ella cree que he tropezado, quizás sea lo mejor.

—¿Por qué lo has hecho? Eres la esposa de un duque, todo lo que deseabas en la vida, ni siquiera tenías *nada* de qué preocuparte ya —contestó Nicholas encogiéndose de hombros, dando a entender a quién se refería.

—Era imposible para mí continuar viviendo como si nada después de saber lo que ocurrió— Eloise alargó la mano hasta él y este la aceptó con suavidad—. Por mi culpa. Necesito que me perdones.

—¿Por qué? —preguntó Nicholas con voz grave, apretando un poco la mano de la mujer.

—Jamás pensé que harías algo así, nunca creí que... le matarías. Estaba segura de que la abandonarías a ella, pero... no quería que él muriera, Nicholas.

—Habla claro, Eloise —le ordenó Nicholas fríamente, soltando la mano de ella.

—Te mentí, solo quería que volvieras conmigo y que la dejaras, nunca quise que Paul muriera.

Nicholas se alejó de la cama negando con la cabeza. Él estaba seguro de que estaban juntos, los había descubierto, quizá para Eloise era mentira, pero al final... Christina y Paul lo habían negado.

De pronto las imágenes que había estado reprimiendo durante semanas regresaron.

—Las flores eran para la muchacha —susurró él para sí mismo llevándose una mano al pecho—. Y tú me hiciste pensar lo contrario.

—Nicholas, por favor, perdóname.

—Maldita mujer —musitó él con rabia.

—Voy a morir, ¿acaso no te parece castigo suficiente? Al menos, concédeme tu perdón.

—No lo haré, por tu causa yo cargaré con la culpa durante el resto de mi vida, tú tendrás que sufrirla con tu muerte —sentenció el duque saliendo de la habitación con paso apresurado.

Eloise comenzó a llamarlo, pero no le hizo caso, antes de llegar a la entrada su madre le detuvo agarrándole del brazo.

—Pero Nicholas, no puedes irte ahora, ¿dónde vas?

—Al infierno, madre.

IX

Ella

Su cochero dejó el carruaje frente a la entrada del cementerio. Nicholas sentía que era una parada obligatoria en su día a día. Era consciente de la atrocidad que había cometido, aunque fuera tarde. Antes de conocer la magnitud del tremendo horror que había cometido en contra de Paul, ni siquiera había pensado en ir allí. No había sentido nada después.

Había omitido ese momento de su vida, evitando pensar y recordarlo. Había intentado olvidar a Paul y a Christina, escondiéndolos en lo más profundo de su mente.

Las palabras de Eloise le habían despertado, le habían hecho salir de aquel huracán de rabia y celos, poniéndole frente a su pecado. La verdad desnuda estaba frente a él.

«No lo hagas frente a ella» le había pedido su amigo y Bianca era *ella*. Con esa nueva perspectiva todo había cambiado para él. Lejos de no querer saber dónde estaba Christina ansiaba descubrirlo, había pagado a policías y detectives para encontrarla, sin embargo, no había habido ningún resultado.

Christina parecía haberse evaporado, junto con su madre y Bianca que habían desaparecido de la faz de la tierra. Sabía que no era justo por su parte pedirle perdón, ni intentar retomar su relación, si acaso quedaba algo de aquello para ella. Él conocía sus sentimientos, sabía que continuaba amando a Christina y que solo la quería a ella.

Se había apartado tan radicalmente de todo lo que pudiera recordarle a ella, que hasta después del fallecimiento de Eloise no había descubierto que ella no había regresado a Brighton, ni había cogido el dinero que le había entregado.

Después de varias semanas buscándola, sin saber nada de su paradero había comenzado a sentirse muy preocupado. Podría haberle ocurrido cualquier cosa y solo él sería culpable.

Se detuvo al llegar a la tumba de su amigo y observó lentamente el nombre de su amigo esculpido en la lápida. Sentía la culpabilidad y el pesar que se había negado a sí mismo sentir cuando ocurrió, aparándose en su derecho, en su honor. Sin nada de aquello, solo tenía el apesadumbramiento y la tristeza de saber lo que había hecho. Sin ningún tipo de consuelo.

Se había negado a sí mismo el derecho de llorar, no merecía sentir pena por su amigo, había perdido ese derecho.

Se mantuvo en silencio frente a su tumba como hacía siempre que iba ya que no sabía qué decirle. No había nada que pudiera arreglar lo que había hecho, ni siquiera merecía acabar con su vida. Merecía sufrir aquello.

Después de unos minutos en silencio frente a su amigo, caminó de regreso al carruaje y se subió en él con dirección a la plaza donde se encontraban los juzgados. Encontrar a Christina se había encontrado en su meta, ya que era lo único que podía hacer por ella, además de procurar que estuviera bien, aunque fuera lejos de él.

Nicholas sintió que la suerte estaba de su parte cuando el juez Arnold Banks salía del edificio cuando él iba a entrar. Este era un viejo conocido que le debía un favor y Nicholas había decidido cobrárselo pidiéndole que buscara a Christina a través del ingreso de la pensión de su madre.

—Harford, iba a enviarle una nota con mi cochero ahora mismo —dijo el juez después de que ambos hombres se saludaran.

—¿Y bien? —exigió saber el duque con nerviosismo.

—Intento ponerme en contacto con Arthur Whittermore, solo él puede dar la orden a su banco para que nos diga dónde se envía la pensión de la señora Whittermore. Pero no responde a mis citaciones.

—¿No hay alguna forma más rápida? Es muy urgente, Banks.

—Tratar que el banco lo entregue es un camino aún más largo, créame que, aunque parezca que no avanzamos, lo hacemos, excelencia.

Nicholas se pasó las manos por el rostro con frustración, parecía que estaba condenado a caminar en círculos por siempre.

—Espero que así sea, porque ahora mismo siento que estoy perdiendo el tiempo —suspiró el duque alzando la cabeza y apartando la vista del hombre que había frente a él.

—Lo entiendo, pero debe ser... —Nicholas sabía que aquel hombre le estaba hablando, sin embargo, paseó la mirada por la plaza hasta que se topó con una que parecía mirarle fijamente.

Entornó los ojos buscando no confundirse, ya que aquel error le había ocurrido otras veces. Había visto mujeres que parecían ser Christina pero que al verlas de cerca no lo eran en absoluto. Dio un paso instintivo hasta ella, entonces ella se giró repentinamente como si estuviera asustada y huyendo.

—Disculpe, Banks, volveré en otro momento —le interrumpió Nicholas sin despegar la vista de la joven que se había introducido ya en la casa.

Algo en su interior le decía que era ella.

X

Si te pierdo

Nicholas la había escuchado gritar aquel día. Había supuesto que sería el más feliz de su vida, cuando Christina diera a luz a su hijo, previsiblemente el único que tendría. Su alegría había sido mayor al saber que se trataba de un niño, sin embargo, el golpe no había tardado en llegar.

Las esperanzas de que Christina le viera crecer eran muy bajas, el médico casi había dicho nulas, aunque él se lo había prohibido. Desde ese instante, Nicholas se había sentado a su lado, velando su sueño con miedo.

Su esposa no había dejado de sangrar desde el nacimiento de la criatura y se había sumido en un sueño inquieto que la hacía delirar en muchas ocasiones. Él era consciente de por qué ocurría aquello. Sabía que era el merecido castigo que estaba recibiendo por lo que había hecho. Él lo merecía sin duda, pero Christina no. Ella tenía el derecho de ver crecer a su hijo y de ver con él sanar el dolor que había probado en ella la muerte de su hija.

Su hijo necesitaba más a su madre que a él mismo. ¿Acaso él sería un buen padre? Ni siquiera era un buen hombre, ¿qué clase de valores podía enseñarle a su hijo en esas circunstancias?

—Emily... —susurró Christina con miedo.

Nicholas se acercó a ella y cogió su mano con fuerza.

—No está aquí, mi amor —dijo él con tono afectado, cerca de su oído.

Y como si ella le hubiera escuchado musitó:

—¿Y dónde... está?

—No lo sé, Christina, ojalá pudiera traértela de vuelta, pero no puedo —repuso él con impotencia, mientras su corazón latía aceleradamente—. Tú sabes cómo duele una pérdida así, no nos castigues a nosotros. Sé que no tengo derecho a pedirlo, pero necesito que te quedes. Nuestro hijo te necesita. Él estará solo si te marchas. No puedes abandonarnos, Christina. ¿Qué será de él? ¿Y de mí? ¿Qué será de nosotros si tú nos dejas? Si te pierdo no seré nada.

Agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar a Dios, por guiarme en el camino y fortalecerme espiritualmente para empezar un camino lleno de obstáculos, pero que finalmente ha llegado a buen puerto.

Así, quiero mostrar mi gratitud a todas aquellas personas que estuvieron presentes en la realización de esta meta, de este sueño que es tan importante para mí, agradecer toda su ayuda, sus palabras motivadoras, sus conocimientos, sus consejos y su dedicación.

A mis lectores de la plataforma Wattpad, quienes a través de tiempo fuimos fortaleciendo una amistad y creando una familia, muchas gracias por toda su colaboración, por convivir todo este tiempo conmigo, por compartir experiencias, alegrías, frustraciones, llantos, tristezas, peleas, celebraciones y múltiples factores que ayudaron a que hoy seamos como una familia, por aportarme confianza y por crecer juntos en este proyecto, muchas gracias.

Por último, quiero agradecer a la base de todo, a mi familia, en mis padres y mi hermana, quienes con sus consejos fueron el motor de arranque y mi constante motivación, muchas gracias por su paciencia y comprensión, y sobre todo por su amor.

¡Muchas gracias por todo!

Lydia C. Ramírez

Acerca de la Autora



Lydia Carpio Ramírez (1995) nació en La Carolina, Jaén, y estudió Técnico en Administración y finanzas. Aunque desde siempre había soñado con ser escritora. Comenzó a escribir a la edad de 8 años, unos cuentos que leía frente a su clase, aunque ninguno de ellos los escuchaba. Poco antes de comenzar el instituto, dejó de escribir, aunque se dedicó a Leer cualquier cosa que cayera en sus manos.

Cuando tenía 15 años, junto con una amiga, retomó esta afición a la escritura con una historia bastante curiosa que escribían en una librería y se intercambiaban cuando el profesor no miraba.

En 2015, gracias a su hermana, descubrió la plataforma naranja Wattpad, donde, bajo el pseudónimo *Blytherose* retomó la escritura tomándose lo más en serio. Así consiguió que su primera novela, *Lady Sophia*, fuera sacada a la venta por Ediciones Coral, junto a sus sucesoras, *Lady Amelia* y *Lady Anne*, consiguiendo en pocas semanas alcanzar los primeros puestos de ventas, de ese modo obtuvo el sello *Best Seller* en formato digital.

Escribir es una pasión que comparte con la ayuda voluntaria que presta en la Asociación Redmadre. En marzo de 2018, fue galardonada con el premio Ana López Gallego en la categoría mujer de cultura, arte, empresa y deportes.

En diciembre de 2018, investigando un terreno nuevo para ella, salió a luz su primera novela auto publicada con Amazon, *Bajo la Tormenta*.

Ahora siguiendo el mismo recorrido, consigue al fin que *La Belleza Rota de Christina* vea la luz y conquiste los corazones de quienes se atreva a adentrarse en esta maravillosa historia.

Otros títulos de la autora:



Bajo la Tormenta



Aún lates, Travis de **Ana Carpio Ramírez**

[LC1] Me parece bien

[CPR2] Creo que esto necesita revisión. ¿Las paredes de su habitación?

[CPR3] ¿Como adjetivo, o se es voz?

[CPR4] Aquí no conoce el nombre.

[CPR5] En teoría, se dice que no conoce su nombre, ¿cómo se lo dice al médico?

[CPR6] Técnicamente el primer niño no nació, por lo que lo cambiaría a había estado embarazada de dos hijos suyos.

[e7] Pero en su otra boda también quería que pasara cuanto antes, así que no sería la primera.

[e8] ¿Pero la ama de llaves conoce a Christina? Si nunca había estado en esa casa y ella no le reconoce, ¿por qué dice bienvenida de nuevo?

[LC9] No la conoce, pero al casarse con él y ser la nueva duquesa es su casa.